Luvina 65

Universidad de Guadalajara
Revista literaria
Invierno 2011
$80

Quince años

LITERATUR

Günter Grass
Herta Müller
Hans Magnus Enzensberger
Peter Stamm
Monika Maron
Friederike Mayröcker
Michael Krüger
Sibylle Lewitscharoff
Brigitte Kronauer
Ilija Trojanow
Carmen Boullosa
Enrique Serna
Neo Rauch

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara
Rector General: Marco Antonio Cortés Guardado
Vicerrector Ejecutivo: Miguel Ángel Navarro Navarro
Secretario General: José Alfredo Peña Ramos
Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Mario Alberto Orozco Abundis
Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina
Directora: Silvia Eugenia Castillero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >
Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño: Peggy Espinosa
Viñetas: Diana Mata
Editora invitada: Christina Lembrecht
Consejo editorial: Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Jorge Zepeda Patterson.
Consejo consultivo: Luis Armenta Malpica, José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Hugo Gutiérrez Vega, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Daniel Sada, Sergio Téllez-Pon, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.
PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, revista trimestral (invierno de 2011)
Editora responsable: Silvia Eugenia Castillero. *Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título:* 04-2006-112713455400-102. *Número de certificado de licitud del título:* 10984. *Número de certificado de licitud del contenido:* 7630. *ISSN:* 1665-1340. LUVINA es una revista indizada en el Sistema de Información Cultural de CONACULTA y en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex). Año de la primera publicación: 1996.
D. R. © Universidad de Guadalajara
Domicilio: Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C. P. 44100. *Teléfonos:* (33) 3827-2105 y (33) 3134-2222, ext. 1735.
Impresión: Editorial Pandora, S. A. de C. V., Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 46170.
Se terminó de imprimir el 1 de diciembre de 2011.
www.luvina.com.mx

LITERATUR. He aquí una colección de objetos literarios extraídos de su contorno individual para volcarlos en un litoral de voces: orilla que enlaza visiones, sitios, signos y el sentido de esos signos. LITERATUR, lugar de arribo, donde el lector de Luvina podrá tocar las huellas, cicatrices y tatuajes: el derecho y el revés de la lengua alemana contemporánea. Lengua poseída por una magia trashumante, capaz de transmitir a través de sus ficciones la génesis de lo viviente. Obras venidas de Suiza y Austria, además de Alemania, «con sus erres rodadas del norte... y su solícito deseo de ser bueno siempre...» (Günter Grass). Lengua que se interna en el secreto y la profecía, para lograr la expresividad plena de la enunciación humana que explora en detalle. Lengua —no obstante— herida, amurallada, intervenida por el sinsentido y Auschwitz. Por la confusión y ambigüedad. Pero reconstruida y liberada.

Lector y rapsoda se reúnen en este número de Luvina, como en una morada adonde afluyen nuevos signos, gracias a los cuales el mundo accede a transformarse en expresión libre. LITERATUR abre sus páginas para hacer ver las cosas a través del cuerpo de las palabras, mirarse y reconocerse en la otra orilla, donde lo ausente se vuelve presencia. Y donde ocurre uno de los cometidos más ambiciosos del arte: la apropiación misma de la irrealidad.

Índice

11 ☛ **Las palabras de Grimm. Una declaración de amor** *(fragmento)* •
GÜNTER GRASS (Ciudad Libre de Dánzig, hoy Polonia, 1927). Obutvo el Premio Nobel de Literatura en 1999. El presente texto forma parte de *Grimms Wörter. Eine Liebeserklärung* (Steidl, Gotinga, 2010). En español acaba de publicarse su *De Alemania a Alemania. Diario, 1990* (Alfaguara, Madrid, 2011).

14 ☛ **Con la rabia de este mundo y las ternezas del otro** •
HERTA MÜLLER (Nitzkydorf, Rumania, 1953). Premio Nobel de Literatura 2009. *El rey se inclina y mata* es su libro más reciente publicado en español (Siruela, Madrid, 2011).

21 ☛ **Tres POEMAS** •
Hans Magnus ENZENSBERGER (Kaufbeuren, Alemania, 1929). Premio Príncipe de Asturias 2002. Acaba de aparecer en español su novela *Hammerstein o el tesón* (Anagrama, Barcelona, 2011).

25 ☛ **En el búnker cine** •
LUTZ SEILER (Gera, Alemania, 1963). *Die Zeitwaage* (Suhrkamp, Berlín, 2009) es su libro de cuentos más reciente. Su nuevo poemario se titula *im felderlatein* (Suhrkamp, Berlín, 2010).

35 ☛ **GRACIAS por su visita** *(fragmentos)* •
DORIS DÖRRIE (Hannover, Alemania, 1955). En 2010 presentó su película *Die friseuse*. Estos fragmentos pertenecen a su nueva novela: *Alles inklusive* (Diogenes, Zúrich, 2011).

37 ☛ **La maleta** •
PETER STAMM (Scherzingen, Suiza, 1963). Este cuento forma parte del libro *Seerücken* (S. Fischer, Fráncfort, 2011), que publicará próximamente en español la editorial Acantilado.

44 ☛ **elegía para knievel** •
JAN WAGNER (Hamburgo, Alemania, 1971). Este poema está incluido en el libro *Australien* (Berlin Verlag, Berlín, 2010).

46 ☛ **Subsisters** •
ULJANA WOLF (Berlín, Alemania, 1979). Los textos que aquí se presentan están publicados en el libro de poemas *falsche freunde* (kookbooks, Berlín, 2009).

48 ☛ **Tres POEMAS** •
Steffen POPP (Greifswald, Alemania, 1978). Su libro de poemas más reciente es *Kolonie zur Sonne* (kookbooks, Berlín, 2008).

51 ☛ **Hijo de mamá** *(fragmento)* •
MARTIN WALSER (Wasserburg am Bodensee, Alemania, 1927). *Muttersohn* (Rowohlt, Reinbek, 2011) es su nuevo libro. Circula en español su novela *Un hombre enamorado* (Destino, Madrid, 2011).

57 ☛ **El comienzo de algo** •
SIEGFRIED LENZ (Lick, Prusia Oriental, hoy Polonia, 1926). El presente cuento, publicado originalmente en 1958, está incluido en la antología *Der Anfang von etwas* (Hoffmann und Campe, Hamburgo, 2009). En español acaba de publicarse su novela *El teatro de la vida* (Maeva, Madrid, 2011).

70 ☛ **De noche** •
MONIKA MARON (Berlín, Alemania, 1941). Su nuevo título es el libro de ensayos *Zwei Brüder* (S. Fischer, Fráncfort, 2010). En español se publicó su novela *Animal triste* (Herder, México, 2005).

76 ☛ **Rojo (fragmento)** •
UWE TIMM (Hamburgo, Alemania, 1940). Éste es un fragmento de la novela *Rot* (Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2001). La noveleta *Freitisch* (Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2011) es su más reciente libro. Circula en español su ensayo *Tras la sombra de mi hermano* (Destino, Madrid, 2011).

82 ☛ Variaciones sobre 1 rama reseca, a partir del poema «El crujir de una rama que se quiebra», de Herman Hesse •
FRIEDERIKE Mayröcker (Viena, Austria, 1924). Los presentes poemas estaban inéditos tanto en alemán como en español. Su nuevo poemario es *vom Umhalsen der Sperlingswand, oder 1 Schumannwahnsinn* (Suhrkamp, Berlín, 2011).

88 ☛ DOS POEMAS •
GÜNTER KUNERT (Berlín, Alemania, 1929). Los presentes poemas se publican por primera vez. *Als das Leben umsonst war* (Hanser, Múnich, 2009) es su poemario más reciente. Su nuevo libro se titula *Die Geburt der Sprichwörter* (Wallstein Verlag, Gotinga, 2011).

90 ☛ **DOS POEMAS** •
MICHAEL KRÜGER (Wittgendorf / Kreis Zeitz, Alemania, 1943). Los dos poemas aquí publicados pertenecen a su más reciente libro, *Ins Reine* (Suhrkamp, Berlín, 2010).

92 ☛ **Autorretrato como DAMA BLANCA** •
MARION POSCHMANN (Essen, Alemania, 1969). Este poema fue tomado de su poemario *Geistersehen* (Suhrkamp, Berlín, 2010), por el que ganó el premio Ernst Meister 2011.

94 ☛ **El león** •
SIBYLLE LEWITSCHAROFF (Stuttgart, Alemania, 1954). Este texto es el primer capítulo de su novela *Blumenberg* (Suhrkamp, Berlín, 2011). En español se consigue su novela *Apostoloff* (Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2010).

101 ☛ **DOS CUENTOS** •
ROR WOLF (Saalfeld / Saale, Alemania, 1932). Los textos que aquí aparecen se tomaron del libro *Zwei oder drei Jahre später* (Schöffling & Co., Fráncfort, 2007).

103 ☛ **Catorce** •
BRIGITTE KRONAUER (Essen, Alemania, 1940). Este cuento pertenece al libro *Die Kleider der Frauen* (Reclam, Stuttgart, 2008). Ha ganado, entre otros, los premios Georg-Büchner (2005) y Jean-Paul (2011).

106 ☛ **CUATRO POEMAS** •
Michael LENTZ (Düren, Alemania, 1964). Estos poemas forman parte del libro *Offene Unruh. 100 Liebesgedichte* (S. Fischer, Fráncfort, 2010).

110 ☛ **Idiomas previos** •
ULRIKE DRAESNER (Múnich, Alemania, 1962). Poemas tomados de *für die nacht geheuerte zellen* (Luchterhand Literaturverlag, Múnich, 2001 / 2005).

112 ☛ **Equilibrio** •
MONIKA RINCK (Zweibrücke, Alemania, 1969). En 2012 publicará su libro *HONIGPROTOKOLLE* en la editorial berlinesa kookbooks. Estos dos poemas son un adelanto de ese nuevo título.

114 ☛ **Hielo líquido** *(fragmento)* •
ILIJA TROJANOW (Sofía, Bulgaria, 1965). *EisTau* (Hanser, Múnich, 2011) es su nueva novela, de la cual se presenta aquí un fragmento. En español circula su libro *El coleccionista de mundos* (Tusquets, Barcelona, 2008).

123 ☛ **FIN DE PERIOD(IC)O** •
JULI ZEH (Bonn, Alemania, 1974). Su novela más reciente, *Corpus delicti* (Schöffling & Co., Fráncfort, 2009), circula en español bajo el título *El método* (Mondadori, Barcelona, 2011).

132 ☛ **El diablo, probablemente** •
ULRICH PELTZER (Krefeld, Alemania, 1956). Su novela *Teil der Lösung* (Ammann, Zúrich, 2007) circula en español desde 2010, publicada por la editorial argentina Eterna Cadencia.

138 ☛ **Espalda con espalda** *(fragmento)* •
JULIA FRANCK (Berlín, Alemania, 1970). Este fragmento forma parte de su novela *Rücken an Rücken* (S. Fischer, Fráncfort, 2011). En español circula su novela *La mujer del mediodía* (Tusquets, Barcelona, 2009), por la que ganó el Premio del Libro Alemán 2007.

145 ☛ **Cómo es en realidad el ser humano. Ensayo sobre un amigo** •
INGO SCHULZE (Dresde, Alemania, 1962). Su novela más reciente traducida al español es *Adam y Evelyn* (Destino, Madrid, 2009).

151 ☛ ***Go-in* de las belladonas** •
KATHRIN SCHMIDT (Gotha, Alemania, 1958). Este poema fue publicado en *Go-in der Belladonen* (Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2000). Con su novela *Du stirbst nicht* (Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2009) ganó el Premio del Libro Alemán 2009.

154 ☛ **Jáchymov** (fragmento) •
JOSEF HASLINGER (Zwettl-Niederösterreich, Austria, 1955). *Jáchymov* (S. Fischer, Fráncfort, 2011) es su nueva novela.

158 ☛ **Poesía** •
BARBARA KÖHLER (Burgstädt, Alemania, 1959). Este poema se tomó de *Deutsches Roulette. Gedichte 1984-1989* (Suhrkamp, Fráncfort, 1991).

159 ☛ **Proceso constructivo** •
ULF STOLTERFOHT (Stuttgart, Alemania, 1963). Su nuevo poemario es *ammengespräche* (roughbooks, Solothurn, Suiza, 2010).

161 ☛ **Dos poemas** •
Raphael URWEIDER (Berna, Suiza, 1974). Estos poemas se tomaron del libro *Alle deine Namen* (DuMont, Colonia, 2008).

162 ☛ **Oda a la muerte** •
FRANZOBEL (Vöcklabruck, Austria, 1967). Su nuevo libro es *Österreich ist schön. Ein Märchen* (Zsolnay, Viena, 2009).

164 ☛ ***Atlas de islas lejanas*** *(fragmento)* •
JUDITH SCHALANSKY (Greifswald, Alemania, 1980). Los textos que se publican aquí fueron tomados de *Atlas der abgelegenen Inseln* (Mare, Hamburgo, 2009).

166 ☛ **Caer tras de sí** •
SASCHA REH (Duisburg, Alemania, 1974). Publicó la novela *Falscher Frühling* (Schöffling, Fráncfort, 2010).

176 ☛ **Vanidades** •
NORA BOSSONG (Bremen, Alemania, 1982). Su poemario más reciente se titula *Sommer vor den Mauern* (Hanser, Múnich, 2011).

184 ☛ **Estaciones** •
TILMAN RAMMSTEDT (Bielefeld, Alemania, 1975). Cuento tomado de *Erledigungen von der Feier* (DuMont, Colonia, 2003).

193 ☛ **Ciudad junto al mar** *(fragmento)* •
SABRINA JANESCH (Gifhorn, Alemania, 1985). Fragmento de su novela inédita *Stadt am Meer*. Publicó la novela *Katzenberge* (Aufbau, Berlín, 2010).

202 ☛ **¿Qué es lo alemán de la literatura alemana?** •
NAVID KERMANI (Siegen, Alemania, 1967). Su nueva novela es *Dein Name* (*Tu nombre*, Hanser, Múnich, 2011).

211 ☛ **Un país blanco** *(fragmento)* •
SHERKO FATAH (Berlín, Alemania, 1964). Fragmento de su novela más reciente, *Ein weißes Land* (Luchterhand Literaturverlag, Múnich, 2011).

218 ☛ **Esperando a Broch — Texto sobre texto** *(fragmento)* •
DRAGICA RAJČIĆ (Split, Croacia, 1959). De su nuevo libro, *Warten auf Broch* (StudienVerlag, Innsbruck, Austria, 2011), se seleccionó este fragmento.

220 ☛ **Poesía amorosa** •
JOSÉ F. A. OLIVER (Hausach, Alemania, 1961). Su libro de poemas más reciente es *fahrtenschreiber* (Suhrkamp, Berlín, 2010). En español publicó *La balada del duende* (El Tucán de Virginia, México, 1998).

223 ☛ **Incluso los papagayos nos sobreviven** *(fragmentos)* •
OLGA MARTYNOVA (Dudinka, Rusia, 1962). Estos fragmentos se tomaron de su novela *Sogar Papageien überleben uns* (Droschl, Graz, Austria, 2010).

227 ☛ **Invitación a la Boston Tea Party** •
YOKO TAWADA (Tokio, Japón, 1960). En 1996 ganó el Premio Adalbert von Chamisso. Su nuevo libro de poemas es *Abenteuer der deutschen Grammatik* (Konkursbuch, Tubinga, 2010).

231 ☛ **Dimitré Dinev en México** •
DIMITRÉ DINEV **(Plovdiv, Bulgaria, 1968). Entre sus títulos está el libro de cuentos** *Ein Licht über dem Kopf* **(Deuticke, Viena, 2005).**

239 ☛ **Dos poemas** •
Nico BLEUTGE (Múnich, Alemania, 1972). *fallstreifen* (C. H. Beck, Múnich, 2008) es uno de sus poemarios.

242 ☛ **Dos poemas** •
Andreas ALTMANN (Hainichen, Alemania, 1963). Su nuevo libro de poemas se titula *Das zweite Meer* (poetenladen, Leipzig, 2010).

245 ☛ **Dos poemas** •
TIMO BERGER (Stuttgart, Alemania, 1974). Poemas tomados de su más reciente libro, *Ferne Quartiere* (Lyrikedition 2000, Múnich, 2008).

247 ☛ **Tres poemas** •
ANN COTTEN (Ames, Iowa, Estados Unidos, 1982). *Florida-Räume* (Suhrkamp, Fráncfort, 2010) es uno de sus poemarios.

250 ☛ **Dos poemas** •
Swantje LICHTENSTEIN (Tubinga, Alemania, 1970). Su libro de poemas recién publicado es *Entlang der lebendigen Linie* (Passagen, Viena, 2010).

252 ☛ **Viaje al hielo** •
RAUL ZELIK (Múnich, Alemania, 1968). *Der bewaffnete Freund* (Blumenbar, Berlín, 2007) es una de sus novelas publicadas.

El Libro Libre: *la voz del exilio*

262 ☛ **La séptima cruz** *(fragmentos)* •
ANNA SEGHERS (Maguncia, Alemania, 1900-Berlín, Alemania, 1983). Estos fragmentos se extractaron de su novela *Das siebte Kreuz* (Aufbau, Berlín, 1975).

270 ☛ **El diablo en Francia** *(fragmento)* •
LION FEUCHTWANGER (Múnich, Alemania, 1884-Los Ángeles, Estados Unidos, 1958). *Der Teufel in Frankreich* (Langen-Müller, Múnich, 1983) es su libro autobiográfico del que se tomó este pasaje.

275 ☛ **A la sombra de dos gatos por uno** •
CARMEN BOULLOSA (Ciudad de México, 1954). Acaba de publicar la novela *Las paredes hablan* (Siruela, Madrid, 2010).

283 ☛ **Rezo coral por la tamalera asesina** •
JUAN CARLOS BAUTISTA (Tonalá, Chiapas, 1964). Recientemente se publicó su libro *Aluvión de pensamientos inútiles y sublimes* (Quimera, México, 2010).

285 ☛ **Cine Cosmos** •
ENRIQUE SERNA (Ciudad de México, 1959). Su nueva novela es *La sangre erguida* (Seix Barral, México, 2010).

299 ☛ **Dos poemas** •
INTI GARCÍA **Santamaría** (Ciudad de México, 1983). En 2010 se publicó su poemario *Hasta aquí nada pudo separarme del cielo* (Juan Malasuerte, México, 2010).

300 ☛ **Meditación Louis Pasteur** •
MIGUEL AGUILAR CARRILLO (Ciudad de México, 1954). En 2011 obtuvo el primer lugar en el Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario Sor Juana

Inés de la Cruz, en la categoría de poesía, con el poemario *La cosa en sí es lo que importa*.

Premio FIL 2011

301 ☛ Fernando Vallejo: El cielo cargado de rabia •
SERGIO TÉLLEZ-PON (Ciudad de México, 1981). Uno de sus libros más recientes es *No recuerdo el amor sino el deseo* (Quimera / Caimito, México, 2008).

PLÁSTICA

☛ Neo Rauch • I
NEO RAUCH (Leipzig, Alemania, 1960). Ganó el premio Vincent van Gogh 2002. En 2010 celebró sus 50 años con dos exposiciones retrospectivas simultáneas en el Museo de Artes Plásticas de Leipzig y en la Pinacoteca Moderna de Múnich.

• PÁRAMO •

Cine • **Literatura para ver y escuchar y cine para leer** • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 305
Libros • ***La Señora Rojo*** • VÍCTOR ORTIZ PARTIDA 307
• ***Homo-insecta*** • LUIS JORGE BOONE 309
• **La República de las Letras encañonada** • MARÍA ROSA PALAZÓN 311
• **Modesto ensayo sin pretensión curricular** • VÍCTOR MANUEL CÁRDENAS 318
• **La «varia invención» de Esther Seligson** • JEZREEL SALAZAR 319
• **Cartas desde una época sin heroísmo** • ENRIQUE PADILLA 322
• **Infidelidad** • MARIÑO GONZÁLEZ 325
• **Un nuevo continente** • GABRIELA CANTÚ WESTENDARP 327
• **Una voz propia** • SERGIO TÉLLEZ-PON 329
Arte • **¿Quién grababa los videos de Joseph Beuys?** • DOLORES GARNICA 331
Música • **The Notwist, eine musikalische Wanderung von Weilheim nach Guadalajara** • ANA PAULA SANTANA 332
Zona intermedia • **Olvidar, descifrar, evocar** • SILVIA EUGENIA CASTILLERO 334
Favores recibidos • ***Entre voces: Resonancia / Poesía en dos lenguas*** • ANTONIO DELTORO 336
Visitaciones • ***Portrait of Dylan*** • JORGE ESQUINCA 338
Nodos • **El Renacimiento y el poder de la ignorancia** • NAIEF YEHYA 340

www.luvina.com.mx
• • • • • • • • • • • • •
Luvina. Letras al Aire
Radio Universidad de Guadalajara
104.3 FM
www.radio.udg.mx
Lunes, 21:00 h (quincenal)
• • • • • • • • • • • • • •

Las palabras de Grimm.
UNA DECLARACIÓN DE AMOR *(fragmento)*
GÜNTER GRASS

PERO SI HAY QUE CONTAR ahora mi primer encuentro con Willy Brandt, habrá que decir de antemano: en lo que se refiere al hambre como estado permanente, su informe a las Naciones Unidas a mediados de los setenta sobre el Norte rico y el Sur empobrecido sigue siendo válido, lo que podría demostrarse con una película sin fin que llevara por título la cita de Brandt: *También el hambre es una guerra*.

EN REALIDAD, yo no hubiera debido estar presente cuando Hans Werner Richter, jefe y cuidador del legendario Grupo 47, llevó a una docena larga de escritores al ayuntamiento de Schöneberg, donde —a finales de agosto o principios de septiembre del sesenta y uno— nos recibió Brandt, alcalde en funciones de Berlín. Richter estimaba que yo era demasiado anarquista y, desde la aparición de mi primogénita novela *El tambor de hojalata,* tenía una fama demasiado mala, como espanto de burgueses, para resultar apropiado en una entrevista con Brandt. Al fin y al cabo, durante la conversación se trataría de la campaña electoral para el Bundestag, que se estaba desarrollando en paralelo con la prolongada construcción del Muro. Aquel Brandt sería después de todo una especie de mensajero de esperanza en tiempos revueltos.

A mí, sin embargo, un discurso del canciller federal Konrad Adenauer pronunciado en Ratisbona, en el que descalificó al candidato rival como hijo ilegítimo y trató de desacreditar su supervivencia como emigrante, me había puesto en la vía política.

Aquel asesinato moral procedente de unos labios supercristianos no era de recibo. Por eso yo, *outsider* y cachubo de bigote poblado, quise estar allí cuando se recibiera a la docena larga. Por eso Richter cedió. Y por eso oí hablar a Brandt, flanqueado por su secretario Egon Bahr, de la alarmante situación de Berlín y, de paso, sobre las mejoras sociales.

Nos dio qué pensar. Con dificultad y pausas agobiantes, trató de hacernos comprender hasta qué punto la construcción del Muro, acompañada de pro-

testas, huidas y una preocupante inactividad de las Potencias protectoras, lo tenía en vilo, por una parte, como alcalde de una ciudad ahora dividida, pero por otra, como candidato de los socialdemócratas, se veía obligado a viajar, solicitado y reclamado como orador en auditorios y plazas públicas.

Luego, con sus erres rodadas del norte de Alemania, entró en materia. Dijo que el adversario político lo insultaba e injuriaba. Los periodistas de cierto grupo periodístico lo calificaban de enemigo y traidor a la patria. Por eso tenía que reescribir a diario el texto de sus discursos. A menudo necesitaba palabras frescas. Dando por sentada nuestra comprensión, rogaba a los escritores presentes que utilizaran su probada capacidad lingüística para ayudar a la buena causa con hallazgos estimulantes.

Al principio habló más bien cohibido, como si lo abrumara utilizar como tema los agravios sufridos. Su discurso sonaba forzado, como lastrado por pedruscos. Parecía dirigirse al vacío. Luego, sin embargo, la construcción del Muro pareció darle fuerza visionaria: dijo que era absolutamente precisa una nueva política, basada en el diálogo y la distensión entre las grandes Potencias y que mantuviera abierta a largo plazo la unificación del país dividido, para que, de esa forma, aunque en fecha lejana, el Muro resultara superfluo, pero que él necesitaba el apoyo de los intelectuales, especialmente los escritores.

Luego guardó silencio. Y también la docena antes aludida se contuvo al principio. Es posible que Egon Bahr aportase algo complementario, tal vez unas ideas que, ya entonces, avanzaban hacia su tesis posterior del «cambio mediante la aproximación». En cualquier caso, la docena reunida se complació enseguida en la crítica. El SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) ofrecía motivos suficientes. Sus encarnizadas luchas entre facciones. Su continuo empeño en soluciones de compromiso. Su solícito deseo de ser bueno siempre. Su pedante mejora de las correcciones y sus esfuerzos por conseguir continuamente un poquito más de justicia. Su pequeñoaburguesamiento cervecero. Su conciencia equivocada. Y todo lo que había que tragar como provechoso.

Brandt mostró comprensión por casi todas las quejas formuladas. No obstante, cuando, hacia el final de aquella recepción de tiempo limitado —él tenía que ir al aeropuerto de Tempelhof y a la Alemania occidental para hablar y seguir hablando en plazas y auditorios— preguntó otra vez a la docena crítica —¿o quizá fuera Bahr quien hizo la pregunta?— si no habría alguno que quisiera enriquecer los discursos del candidato con aportaciones breves o más extensas, fui yo, el espanto de los burgueses, el invitado admitido sólo con reservas, el único que alzó el dedo.

Así fue. Mientras duró la campaña electoral, estuve en la oficina de Egon Bahr, inclinado sobre textos de discursos, tratando de convertir lo que sonaba demasiado aburrido en algo más sugestivo y concreto, que añadiera mantequilla al pan.

Ya no recuerdo qué hallazgos chispeantes logré, posiblemente provocadores de aplausos. En algunos lugares afinaba, en otros suprimía. Por ejemplo, los comienzos de frase torpes que se debían a la timidez de Brand para emplear la palabra *yo*. Así me acostumbré a sustituir giros como «Quien aquí les habla estima que...» o «Quien está ahora en uso de la palabra insiste en que...» por unos autoafirmativos «Yo digo, yo confieso, yo tengo, yo voy a, yo soy».

Egon Bahr siguió mostrándose escéptico en lo que a mi cautelosa primera persona se refería. Si conseguía salvar aunque sólo fuera un tercio de los «yos» introducidos de contrabando en aquellos discursos luego pronunciados, mi contribución a la campaña electoral habría sido meritoria.

Cuando yo tenía ocasión de estar presente, en alguno que otro viaje a las provincias de la Alemania occidental siempre en vuelo chárter desde Tempelhof, en plazas públicas o auditorios repletos, me acometía un orgullo infantil al oír a Brandt, con sus erres rodadas, hablar a los ciudadanos de Heilbronn, a los de Darmstadt, diciendo a la multitud: «Yo soy...», «Yo voy a...», «Yo os digo...», «Yo quiero...».

Me resultó fácil abandonar mi manuscrito de *Años de perro* para ayudar a Brandt y, en adelante, tomar partido públicamente. De vez en cuando tapaba el tintero, dejaba la calma chicha de mi estudio y me exponía al tiempo exterior variable. Aquello tuvo consecuencias: me convertí en experto socialdemócrata. Lo que quiere decir que nunca llegué, no perseguí un objetivo final, seguí de viaje, sigo viajando aún...

Sin embargo, hay que subrayarlo de nuevo: Willy Brandt no me empujó a una conciencia política, sino el supercristiano canciller. Él, que por caridad cristiana mantuvo a Hans Globke, comentarista de las leyes raciales, como secretario de Estado; él, para quien el Occidente cristiano sólo llegaba hasta el Elba; él, que sospechaba subliminalmente del emigrante Brandt, «alias Frahm», de traidor a la patria. Su cristianismo de tinte católico lo inducía a denunciar el origen ilegítimo de Brandt como un estigma. Konrad Adenauer no reparaba en medios, por lo que sigue siendo considerado hombre de Estado.

Sin embargo, con este rodeo por la hipocresía cristiana hasta llegar al abuso de la palabra clave *Christus*, *Christ*, escrita *Krist* en alto alemán medio, he llegado también a la letra C. Como se prestaba a ser cambiada por otras, sirvió a los hermanos Grimm, coleccionistas de palabras, como una especie de niño suplantado al nacer, por lo que en el segundo volumen de su *Diccionario alemán* sólo ocupó, entre las letras B y D, treinta y siete páginas a dos columnas •

Traducción de Miguel Sáenz

Con la rabia de este mundo y las ternezas del otro

HERTA MÜLLER

«¡VAYA ESCENARIO IMPONENTE, con el biombo de la cordillera de fondo! El teatro, la escritura y la vida real: tres cosas inseparables, pero, ¿por qué duele tanto?», escribe Liao Yiwu en su libro sobre la cárcel. Y a la propia escritura la llama: «aferrarse como una mosca, con un zumbido repugnante, y cuidarse de los manotazos».

«¿Por qué duele tanto?», «Cuidarse de los manotazos»: con ello se enuncian, del modo más breve, los dos aspectos esenciales: domesticar con la escritura a esa cárcel que habita en nuestras cabezas y nos tortura, y la amenaza de un Estado policial que nos dice que podríamos ir a parar de nuevo a prisión por escribir sobre la época en que estuvimos en ella.

Las circunstancias de la publicación de *Für ein Lied und hundert Lieder* (Por una canción y cien canciones) recuerdan la publicación de *Doctor Zhivago,* hace aproximadamente medio siglo. Pasternak quería a toda costa que su novela apareciera en Italia, en la editorial de Giangiacomo Feltrinelli. Todo cobró trazas de novela policiaca. Feltrinelli introdujo un método para la comunicación: el único mensajero fiable sería quien pudiera mostrarle a Pasternak la mitad de un billete cuya otra mitad estaba en manos del propio Feltrinelli. Pasternak, por su parte, le envía un mensaje en papel de fumar diciendo que las únicas cartas válidas son aquellas que él mismo ha escrito en francés. El motivo: el Comité Central del Partido Comunista de la URSS lo estaba intentado todo para impedir la publicación. Por medio de algunas delegaciones soviéticas, habían pedido al Partido Comunista italiano que les ayudara a obstaculizar la salida del libro. A Pasternak lo obligaron a firmar cartas en las que él mismo prohibía su publicación. Y el presidente de la Unión de Escritores Soviéticos, Alexei Surkov, se presentó personalmente en Milán, ante Feltrinelli, e intentó, con unas falsas declaraciones de Pasternak, frustrar la publicación del libro. Feltrinelli lo describe como una «hiena cubierta de sirope». Pasternak, en cambio, se mantuvo consecuente. Quería la publicación del libro costase lo que costase.

También el Partido Comunista chino ha querido impedir la publicación del libro de Liao Yiwu. La presión sobre el autor se volvió enorme. Tuvo que prometerles a las autoridades chinas que ya no quería que el libro se publicara en Alemania. La editorial Fischer sabía, sin embargo, que ése era el más añorado deseo del autor. Así y todo, tuvo que aplazar la publicación —aun en contra de la voluntad del escritor— para protegerlo y que no lo arrestaran. Y eso a pesar de que Liao les había comunicado que insistía en que se publicara la obra, aun cuando tuviera que ir a prisión por ello. Por suerte, eso no sucedió.

En el caso de Liao Yiwu, la intromisión de las autoridades chinas fue un fiasco. Pero no siempre es así. En una exposición colectiva chino-alemana debían mostrarse doce fotos de un reconocido fotógrafo alemán. Tras pasar por la censura china, de las doce fotografías sólo quedaron dos. Y los curadores y el artista alemán lo aceptaron sin más.

En la época de Pasternak, para impedir la publicación de un libro era preciso orquestar intrigas, pergeñar planes de los servicios de inteligencia, enviar delegaciones. Hoy son algunos antiguos directivos de grandes empresas alemanas los que proporcionan los medios. Abuchean cuando en la inauguración de la exposición se menciona la negativa de visado a Tilman Spengler. Están deslumbrados con sus resultados económicos. Pero las adulaciones de los chinos deslumbran también a algunos escritores. Durante una visita a China, Juli Zeh, por ejemplo, declaró que entendía plenamente que, para evitar una guerra civil en aquel país, se les apretara las tuercas a algunos, que se persiguiera y metiera en la cárcel a los provocadores potenciales, que se censurara a la prensa y se restringiera la comunicación por internet. Y luego la autora se pregunta quién, en ese caso, se atrevería a exponerse y a exigir «una verdadera democracia de inmediato».[1]

Sí, como Pasternak, Liao Yiwu también tendría que soportar muchas cosas hasta que apareciera su libro: registros en su domicilio, reiterada confiscación del manuscrito, tercos comienzos desde cero, y todo bajo una continua vigilancia. Y a la integridad y a la responsabilidad moral de Liao Yiwu debemos el que no haya cedido hasta que el libro estuvo terminado.

Pero uno se acuerda del caso Pasternak no sólo debido a la misma odisea que hubo de sufrir la gestación de su libro, sino también por el

1 Citada a partir del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 21 de noviembre de 2006, p. 48.

contenido. *Für ein Lied und hundert Lieder* nos abre los ojos. Como en su libro anterior, *Fräulein Hallo und der Bauernkaiser* (La señora Hola y el emperador campesino), podemos ver a través del papel transparente y reluciente de un imperio de nuevos ricos y ávido de poder. Un Estado que administra sus cárceles y campos de concentración según el modelo del gulag no es un Estado moderno, sino una reliquia maoísta bajo el disfraz de un milagro económico. El precio por ello lo paga el pueblo, con interdicción civil y la represión.

Esos hechos son un aspecto del asunto. Pero lo otro es la gran fuerza literaria de este libro. A través del poder de su lenguaje todo se vuelve indiferente o cercano, uno se enfurece o se torna carismático. En una celda se cuentan los segundos. El sadismo y la compasión alternan de un modo imprevisible. La misma persona puede ser, en ocasiones, un monstruo, y en otras ocasiones un amasijo de miseria. Cada comportamiento es demencialmente normal, como la prisión misma. «El que mataran a alguien en la prisión preventiva era algo tan cotidiano como el arroz en cada comida», escribe Liao.

No es que con ello le reste importancia a la brutalidad de ladrones y asesinos, sino que ésta queda «desdemonizada» gracias a las precisas descripciones. Bajo tales condiciones, esa brutalidad se vuelve inevitablemente legítima. Porque la razón para la deshumanización de los prisioneros, nos dice Liao, es el propio Estado chino, su «antiquísima tradición de gobernar los crímenes con otros crímenes». Gracias al genio literario de Liao Yiwu el sarcasmo de las frases se muestra como el reverso del dolor y la pena. Los pasajes más documentales del libro se entrecruzan con los poéticos. Y esa mezcla se nos clava, durante la lectura, no sólo en la mente, sino que nos oprime el estómago. El lenguaje de Liao Yiwu tiene un efecto físico, porque ha sido padecido físicamente, en carne propia. Ha tragado, como el propio autor, esa interdicción civil, esa tortura, golpea y susurra en un caos de confusión, y finalmente se libera.

A sus compañeros de prisión condenados a muerte se les conoce ya, desde la celda misma, por apodos como «Chen el muerto» o «Chiqui cadáver». Este último tiene sólo diecinueve años. Su madre mantuvo relaciones sexuales con él y luego lo engañó con otro. Y él se encargó de descuartizarla literalmente con un cuchillo. Y aunque está en una celda en el corredor de la muerte, dice: «La rata cierra su nido y siente algo al hacerlo; no digamos ya el hombre». Y otro candidato a muerte dice: «Lo único que podría perder es a mí mismo». Porque las ejecuciones tienen lugar. Y Liao escribe para muchos sus solicitudes de clemencia, y luego, antes de morir, les escribe su última carta a los familiares o su

testamento. Y cuando vienen a buscar a alguien a la celda para llevarlo al paredón, en el libro se dice que esa persona «ya se ha puesto en camino». Hay tal bondad en esas palabras que uno siente un escalofrío. Pero más adelante uno puede leer que al condenado a muerte, la noche antes de la ejecución, un médico de la cárcel le ha extraído la sangre. El Estado también se queda con eso.

En la celda sólo se puede tener papel y lápiz durante una hora al mes, y en ese tiempo deben escribirse unas diez cartas. Es por tal razón que Liao no tuvo oportunidad de anotar ni una sola conversación. Por eso los diálogos son ficticios, han sido reconstruidos a partir de la memoria. No obstante, los intercambios de palabras van subiendo de temperatura, repasan todos los registros del sentir: rabia, sadismo, empatía, depresión, abandono, soledad.

E igual de emotivas son las imágenes del paisaje: «La guadaña de la Luna había cobrado un color más rojo, y yo me tumbé en esa herida; las estrellas, como moscas de cabezas verdosas, se tragaban el infinito resplandor nocturno del fin de la tarde». O: «Las calles arrojaban una luz escasa, era como en la Luna; los edificios se iban disolviendo, uno tras otro, en el firmamento, las callejuelas eran profundas e insondables, y como proyectadas por unas lámparas de ensueño, las ideas comunes y corrientes parecían llegar a su fin».

Sobre sí mismo, Liao escribe: «Escuchaba mi alma huir corriendo»; o: «Mi corazón era como ceniza muerta».

El poema sobre la masacre, escrito por Liao el 4 de junio, cuatro horas antes de que ésta ocurriera, se convierte en su perdición. Esa queja de muerte, esa avalancha de imágenes:

¡Las madres devoran a sus hijos muertos!
¡Los hijos seducen a sus padres!
¡Las mujeres traicionan a sus maridos!
¡Los ciudadanos prenden fuego a su ciudad!

Y los soldados: «Sacan brillo a sus botas con las faldas de niñas muertas». Y como un estribillo, escuchamos una y otra vez:

«¡Disparadles! ¡Disparadles! ¡Saciad vuestro vicio! ¡Disparadles a la cabeza!».

Esto, se ve tentado uno a decir, más que un escrito, es un grito, un poema fúnebre hecho con el imperativo del pánico, con las voces de mando de la impotencia. Este imperativo invertido contiene la fuerza que pretendía impedir que el ejército asesinara.

Y tras el baño de sangre, lleno de resignación, Liao escribe: «La masacre tiene lugar en tres universos: en las alas de los pájaros, en las escamas de los peces, en el polvo más fino».

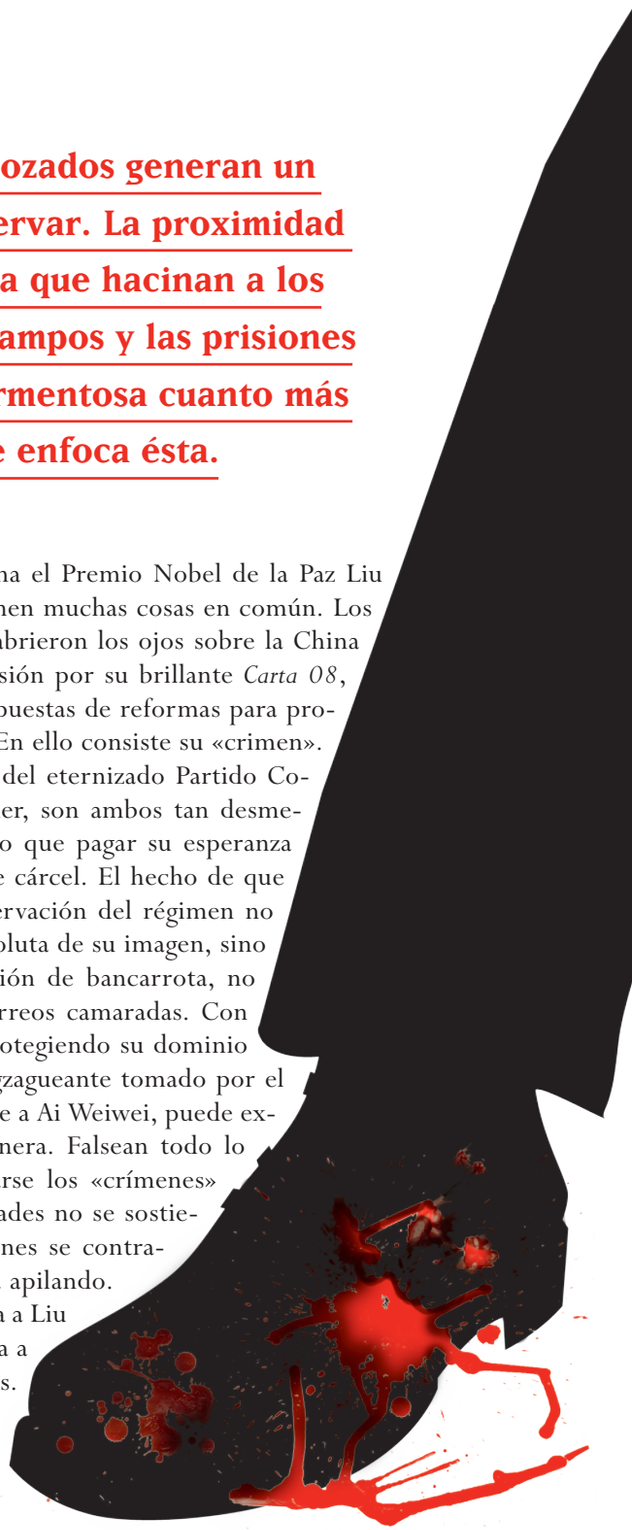
En este libro los hechos incontables y horrendos están escritos en un torbellino verbal centelleante. Y nada se le escapa a este autor. Por otra parte, el libro es una grandiosa labor de memoria. Una memoria fenomenal de lo ocurrido, *a posteriori*, sólo puede concretarse a partir de la observación de lo que sucedió entonces, en el momento de la experiencia. Por los relatos de Oskar Pastior conozco algo sobre las experiencias en un campo, ese inconsciente pero —por esa misma razón— más exacto registro del «punto cero de la existencia». Es probable que a Liao le haya ocurrido lo mismo: la percepción trabaja sin pausa, a veces intencionadamente, otras veces de un modo inconsciente. En el «punto cero de la existencia» la mente hace clic y graba los segundos. Un instinto de fotógrafo de instantáneas que funciona de forma autónoma, incluso contra uno mismo. Los nervios destrozados generan un apremio por observar. La proximidad repugnante con la que hacinan a los hombres en los campos y las prisiones se vuelve más tormentosa cuanto más obsesivamente se enfoca ésta. El apremio de observar distorsiona cada detalle y lo vuelve algo personal, devora la última fuerza que uno debería reservar para sí, porque va a necesitarla.

Y, no obstante, esa obsesión, ese apremio por observar es un acto de clemencia, porque preserva la humanidad en la medida en que nos cuida las espaldas y, probablemente, hasta nos salve. Porque quien observa tiene una mitad fuera, aunque esté completamente dentro. Y allí donde la desolación y el estado vegetativo son una condición impuesta, la observación se vuelve la única ocupación intelectual posible. La percepción es un tormento, y el tormento de la percepción es clemencia.

Tormento y clemencia siempre van de la mano en este libro, se conocen mutuamente. Porque el instinto de ambos es la autoobservación. El libro de Liao sobre la cárcel es una puesta en escena mental que evoca en la memoria lo vivido, como un soliloquio con todo lo que ocurrió. Y esa evocación es también una recaída, lo vivido se magnifica porque, *a posteriori*, sólo existe de un modo abstracto, si bien en lo profundo de la mente continúa habitando como un dolor fantasma, como un miedo latente. A esas fantasías del miedo Liao las llama las «ternezas de este mundo». Uno no podrá deshacerse de ellas mientras viva, ni en el lugar de origen ni fuera de él. Aunque jamás se van, siempre regresan.

Los nervios destrozados generan un apremio por observar. La proximidad repugnante con la que hacinan a los hombres en los campos y las prisiones se vuelve más tormentosa cuanto más obsesivamente se enfoca ésta.

«Viejo amigo calvo», así llama el Premio Nobel de la Paz Liu Xiaobo a Liao Yiwu. Ambos tienen muchas cosas en común. Los dos, cada uno a su modo, nos abrieron los ojos sobre la China actual. Pero Xiaobo está en prisión por su brillante *Carta 08*, un inteligente catálogo con propuestas de reformas para promover una China democrática. En ello consiste su «crimen». La vanidad, así como el miedo del eternizado Partido Comunista chino a perder su poder, son ambos tan desmedidos que Liu Xiaobo ha tenido que pagar su esperanza de un cambio con once años de cárcel. El hecho de que esa ilusión de instinto de preservación del régimen no sólo constituya una pérdida absoluta de su imagen, sino también una implícita declaración de bancarrota, no les importa demasiado a los férreos camaradas. Con obstinación y ceguera siguen protegiendo su dominio absoluto. También el rumbo zigzagueante tomado por el modo en que acosan actualmente a Ai Weiwei, puede explicarse únicamente de esa manera. Falsean todo lo que pueden con tal de inventarse los «crímenes» que necesitan. Pero tales falsedades no se sostienen en absoluto —las acusaciones se contradicen—, y la arbitrariedad se va apilando. Del mismo modo que la condena a Liu Xiaobo no se legitima ni siquiera a través de las propias leyes chinas. Otra arbitrariedad.



Me siento dichosa de que Liao Yiwu haya conseguido llegar hasta nosotros, hasta nuestro lugar extraño, en vez de haber ido a parar a la cárcel. Para nosotros es una dicha amarga, mucho mayor de la que uno puede comprender. Pero esa dicha amarga es, en sí y por sí misma, mucho más valiosa que la dicha a secas; es cierto que siempre ha costado demasiado, pero nos ha ahorrado cosas peores. La dicha amarga no nos sostiene, tenemos que llevarla a cuestas. Nos domina con todas sus «ternezas del otro mundo».

La patria es el lugar en el que hemos nacido y en el que vivimos.

O es el sitio donde nos hacen nacer, donde se ha vivido mucho tiempo, el sitio del que luego nos fuimos y al que siempre regresamos, para pronto volvernos a ir.

Para los perseguidos que se han salvado, la patria es el sitio donde se nos ha hecho nacer, donde se ha vivido mucho tiempo, el sitio del que hemos huido y al que no se nos permite regresar.

Y uno se dice: al diablo con ellos. Pero eso no funciona así. Esa patria seguirá siendo el enemigo más íntimo que tenemos. Porque uno ha dejado allí a todos los que ama. Y ellos siguen expuestos, como uno lo estuvo una vez: y si aún no están en prisión, se verán obligados a «cuidarse de los manotazos».

En los tiempos venideros, Liao Yiwu no podrá pisar su tierra natal. Pero la dicha amarga es astuta: confunde a propósito la añoranza con la falta de ella. Y es un excelente maestro del subjuntivo. Le dice a uno bien clarito: Jamás debiste querer ser como tendrías que haber sido si hubieras querido quedarte en casa. Ese subjuntivo ya no es una forma de expresar un anhelo, sino un resumen, una conclusión. Espanta cualquier añoranza, a sabiendas de que ella, aunque jamás se ha ido, regresará. Pero también el maestro subjuntivo hará entonces su acto de presencia.

Estamos hablando de la patria, y creo que la dicha amarga es la patria del subjuntivo. En el exilio esto se percibe y se siente cada día con la rabia de este mundo y las «ternezas del otro».

Querido Yiwu, a la dicha amarga se le unirá la dicha a secas. En realidad, ya hoy ha estado presente aquí •

Traducción de José Aníbal Campos

Leído en la presentación del libro *Für ein Lied und hundert Lieder*, de Liao Yiwu, en Berlín, el 17 de agosto de 2011.

Hans Magnus Enzensberger

1812

¡Papacito! ¡Ángel! ¡Viva!, gritó el pueblo.
A mitad de su intimidante discurso
acerca de la Gran Guerra, distraído,
el emperador dejó caer un bizcocho,
ya mordido, desde el balcón de palacio.
Todos, generales, cocheros, mayordomos e indigentes,
se agacharon y abalanzaron sobre las migajas.
El buen zar mandó traer un platón
y arrojó bizcochos a la alborotada multitud.
Algunos estallaron en lágrimas de emoción,
otros, aplastados, hallaron la muerte.

1812

Väterchen! Engel! Hurra! rief das Volk. / Mitten in seiner schüchternen Rede / über den großen Krieg, ließ der Kaiser / zerstreut ein Biskuit, in das er gebissen hatte, / vom Balkon des Palastes fallen. / Alle, Generäle, Kutscher, Kammerherren und Eckensteher, / bückten sich und stürzten sich auf die Brosamen. / Der gütige Zar ließ sich einen Teller geben / und warf Biskuits in die tobende Menge. / Manche brachen in Tränen der Rührung aus, / andere wurden zu Tode gedrückt.

Antes de la retirada

Rebosante de comprensión
por el ignorante ministro de salud
—que cree gobernar—
y cansado del infernal desorden,
mientras en el sótano
sobre las mesas baila el bastón señalizador
y entre una y otra sesión
él resuelve un crucigrama
sobre su vacía mesa de trabajo,
yo también me quedo pensando
en presentar mi renuncia.

Vor dem Rücktritt

Voll von Verständnis / für den ahnungslosen Gesundheitsminister, / der zu regieren glaubt, und, / erschöpft von dem heillosen Durcheinander, / während im Souterrain / der Planungsstab auf den Tischen tanzt, / zwischen zwei Sitzungen / auf seinem leeren Schreibtisch / ein Kreuzworträtsel löst, / denke ich auch zuweilen daran, / meinen Abschied einzureichen.

Absolutamente solo contra la entropía

Él se pone de pie
Se mantiene erguido
Tiene los pies en la tierra
Él se esfuerza
Predica con el ejemplo
No se facilita la reproducción
Él se afana en el hogar
Se mantiene al corriente
Despeja y ordena
Él quita la pelusa del cepillo
Se atiene al régimen de casa
Se limpia la nariz, limpia el trapo y al perro salchicha

Ganz allein gegen die Entropie

Er richtet sich auf / Er hält sich aufrecht / Er steht mit beiden Beinen auf der Erde / Er gibt sich Mühe / Er geht mit gutem Beispiel voran / Er macht es sich nicht leicht mit der Fortpflanzung / Er müht sich ab mit dem Haushalt / Er hält sich auf dem Laufenden / Er räumt und räumt auf / Er bürstet die Fusseln von der Bürste / Er hält sich an die Hausordnung / Er putzt die Nase, den Putzlappen und den Dackel / Er hält das Gleich-

Él mantiene el equilibrio
Palea la maleza y deshierba la nieve
Pega y despega botones
Él limpia la mugre del ropero
Se peina el cerebro
Se lo lava
Él no solamente no se despacha
Sino que lo hace a su gusto
Se corta las uñas
Se lava las manos de culpa
Él enjuaga el sombrero
Plancha el reloj
Se pone el foco
Él se quita el sarro y a la cafetera también
Riega la basura
Repara la mierda
Él se ducha el cráneo
Se despierta infatigable
Piensa en todo

Él no se da por vencido
Piensa sólo en el No
Simplemente sigue viviendo

Versiones de Pura López Colomé

gewicht aufrecht / Er schaufelt das Unkraut und jätet den Schnee / Er näht seine Knöpfe an und ab / Er räumt den Dreck in den Schrank / Er kämmt sein Gehirn / Er wäscht es / Er schaltet nicht nur / Er waltet auch / Er knipst seine Fingernägel / Er wäscht sich beide Hände in Unschuld / Er spült seinen Hut ab / Er bügelt die Uhr / Er zieht die Glühbirne auf / Er entkalkt sich und seine Maschine / Er gießt den Müll / Er repariert die Scheiße / Er duscht seinen Scheitel / Er wacht unermüdlich auf / Er denkt an alles // Er läßt die Arme nicht sinken / Er denkt Nur das nicht / Er lebt einfach weiter

En el búnker cine

Lutz Seiler

1

Comenzó con el cartel —en marco negro y tipografía como de esquela. Año tras año colgaba en las estaciones de tren, en las paradas del autobús y en los árboles a lo largo de la calle. El título «Revista» y el año de nacimiento indicado estaban impresos con letras gruesas. De niño yo no sabía qué podía significar en este caso «revista», qué o quién tenía algo que mostrar, o que revisar... La palabra pertenecía aún por completo al mantel de plástico ahulado de la mesa de la cocina, con sus pálidos rombos azules y su opaco brillo que atrapaba mis soñolientos ojos cada mañana.

El cartel desaparecía, yo lo olvidaba, y al año siguiente volvía a estar ahí, en la pared de la iglesia, en el camino que tenía yo que recorrer por lo menos una vez al día. Se trataba de algún tipo de obligación de la que nadie podía escapar, hasta ahí alcanzaba mi entendimiento; había algo que era inevitable, pero los años señalados en las convocatorias (eran los cincuenta) se ubicaban en un pasado inconcebiblemente lejano. Sólo cuando el año 1960 apareció en el cartel, dando inicio a mi propia década, me detuve para fijarme cuál era en realidad ese asunto.

«El registro se llevará a cabo el día...», «Los documentos que se deben presentar son...», «En caso de ausentismo injustificado...». El texto contenía esa seriedad a la que yo en secreto le tenía miedo: no había posibilidad de escapatoria. Desde niño me había predispuesto a creer que tales posibilidades sí existían —un método de evasión que me permitía mantenerme un buen tiempo más o menos libre de preocupaciones. Por eso mi madre me decía a cada rato que yo me tomaba todo a la ligera, lo que en realidad no era cierto, ya que lo que yo percibía básicamente, antes que otra cosa en todo lo que pasara, era lo amenazador, sobre lo cual mi fingida despreocupación intentaba expandirse por un instante. Una especie de capa mágica para hacer desaparecer las exigencias del mundo real durante un prodigioso momento.

El término *destacamento de la zona militar* me impresionaba (y me sigue impresionando hasta el día de hoy): era un término serio, sonaba como a un auténtico léxico de guerra. Yo tenía 17 años cuando el año de mi nacimiento, 1963, apareció en el cartel. El 6 de abril de 1981 entré al destacamento de la zona militar, y con ello obedecí la primera de todas las órdenes en mi carrera de soldado. La fecha la tomo de mi *cartilla de salud*. La cartilla de salud comenzaba el día de la revista militar, y se continuaba por el resto de la vida. Tenía vigencia durante todo el servicio, y al término de éste nos la encomendaban «para custodia personal». Las «Indicaciones para el Manejo de la Cartilla de Salud» están impresas en la cubierta de cartulina de la cartilla: tres indicaciones importantes en letras pequeñas, casi ilegibles sobre la solapa café oscuro, y otras tres indicaciones divididas en puntos y subpuntos referentes al comportamiento personal, incluyendo lo que respecta al manejo cuidadoso de los —según decía textualmente— *medios auxiliares para curación*, entre los que se contaban también los anteojos de las máscaras de gas, que después del servicio activo quedaban en posesión de sus usuarios, y en consecuencia debían mantenerse limpios, cuidados y listos para usarse. De acuerdo con el punto 3, subpunto 2, párrafo *a*, los anteojos de la máscara «deben ser llevados en cada nueva llamada al servicio militar». En cualquier otro caso estaba prohibido usarlos, como de todos modos lo hacían algunos de mis amigos, ya que el armazón de plástico con cintas sobre las orejas —que recordaban a juntas o empaques industriales— simplemente no se resbalaba de la cabeza al jugar futbol. Al ver a un delantero con anteojos de máscara de gas, era imposible no pensar en Wolfgang Borchert, a quien leíamos con entusiasmo en el primer año de estudios: «¿A eso le llama usted anteojos? Creo que se está haciendo el gracioso».

Lo que sucedió en aquella época en el destacamento de la zona militar lo he olvidado casi todo. Recuerdo haber estado completamente dispuesto a obedecer el tono contenido, casi alegre, de las órdenes que ahí se daban. Quizás quería demostrar que yo ni era tonto ni estaba desinformado, y que entendía bien de lo que ahí se trataba, y sin duda esperaba que, después de haber superado el procedimiento, estas cosas pudieran desaparecer otra vez lo más pronto posible bajo mi capa mágica.

Comenzó con la entrega de los documentos de identificación que había que llevar, luego una prolongada espera en el pasillo —acaso fueron dos horas, acaso tres. Al primer interrogatorio breve seguía un recorrido médico a lo largo de varios cuartos, para lo cual tuvimos que desvestirnos y quedarnos en ropa interior. Fui medido y pesado; tuve que mantener el equilibrio sobre una línea a través de la habitación, mantenerme erguido, inclinarme hacia el frente, etc. Logré «seis metros en hablar en voz baja», según los resultados de una prueba auditiva, y según consta en mi cartilla de salud. A pesar de saber, gracias a incontables relatos salpicados de palabrotas, que *eso* llegaría, al final me sorprendió realmente la rapidez

y la firmeza del puño en mis calzones —una mano agarraba mis testículos y los repasaba, testículo y epidídimo, la rutina del tacto que duraba cuatro, quizá cinco segundos, prepucio para atrás, no hay estrechamiento, y entonces: «¡Todo en su lugar!». Algo parecido le dictaba el uniformado médico al aire, y la enfermera a sus espaldas lo anotaba con esmero. Ella estaba sentada en una banca de escuela en medio del cuarto, y escribía sin alzar la mirada con una letra pequeña y meticulosa en la cartilla de salud. Al principio creí que en efecto se trataba de una alumna.

La mayor parte del discurso del médico resultó incomprensible. Pero el tono con que lo pronunció me robó también la última esperanza de que ocurriera un milagro. El sonambulismo consuetudinario que inventé, ya que era sabido que estaba incluido en la legendaria lista de motivos suficientes para ser declarado *no apto para el servicio de manera definitiva*, fue tomado por el médico en jefe, Dr. Seyfarth (leo su nombre y veo su sello en la cartilla de salud), con indiferencia.

Mi sonambulismo: me costó mucho trabajo exponer la historia, puesto que detrás de mí, descalzos como yo y a distancia suficiente como para que me oyeran, había ya toda una hilera de candidatos esperando los resultados de su revisión. En ese instante me avergoncé de algo que en realidad sólo me había imaginado. Sin embargo, no fue mencionado ni siquiera mínimamente en la cartilla de salud. A no ser que la observación «inepto como soldado buzo» tuviera algo que ver. Sobre todo porque es muy probable que el Dr. Seyfarth escuchara cada día diversas versiones de la misma leyenda del sonámbulo. Precisamente debido a que «el sonámbulo» se encontraba en la lista de las historias factibles que supuestamente podrían funcionar, la historia tendría que haberse contado de una manera muy distinta. Pero de tales cosas no tenía yo entonces la menor idea.

Cuando, haciendo un esfuerzo para que la voz no se me quebrara, empezaba yo a relatar mis noches supuestamente inquietas y sobre todo peligrosas en el campo, algunos de los que se encontraban en la hilera detrás de mí intentaron sacudirse las ansias o la vergüenza con comentarios o risitas, pero fueron reprendidos de inmediato por alguno de los oficiales que patrullaban en ronda continua a través de los cuartos. Los desnudos compañeros de sufrimiento, las voces de los oficiales en el recinto, el cerrado rostro del Dr. Seyfarth, harto de todos los sonámbulos del mundo (justo ahora me pregunto si el Dr. Seyfarth vive todavía, y en tal caso, si pensará ocasionalmente en aquella época de los sonámbulos): bajo todas estas circunstancias no era fácil relatar algo. Sin duda en las historias de *Las mil y una noches* la amenaza tiene otra dimensión, pero comparativamente las circunstancias en las que las historias se cuentan son ideales: un cuarto silencioso y a media luz, cortinas, cobijas y almohadas recubiertas de seda o terciopelo, y además un escucha extremadamente atento...

Los recintos del destacamento de la zona militar, por el contrario, tenían una luz deslumbrante, y el piso de linóleo resplandecía tanto que hacía doler los ojos.

Con el tiempo los pies se enfriaban, se veía que el piso estaba recién pulido o que le habían aplicado una cera especial. Si uno se quedaba parado un rato en la misma posición, las plantas de los pies descalzos se quedaban pegadas, de modo que los que esperaban cambiaban involuntariamente de pie de apoyo, produciendo un ruido ligero, como un chasquido. Después de un rato se oía como si continuamente se estuviera rasgando papel, u otra cosa, en todo caso algo que había caducado definitivamente ese día.

Se hacían llamados por nombres, casi siempre varios de una sola vez —la letra *S* estaba bien representada. Como siempre, había muchos Schmidt y Schulze, e incluso alguien más que también se apellidaba Seiler, lo que no me sorprendió especialmente, ya que en el pueblo del que salimos para instalarnos en la ciudad, insertándonos así en la zona militar de Gera y su ineluctable destacamento, varias familias llevan este nombre —«ni parientes ni emparentados», como siempre se recalcaba. Me alegré de no haber olvidado esa mañana ponerme mis pantalones deportivos, y en secreto triunfaba yo sobre aquéllos a los que consideré sujetos desprevenidos en calzoncillos guangos de rayitas.

Al final, la comisión de la revista militar, cuatro oficiales y sus preguntas: yo no tenía ni muchos ánimos, ni una buena historia. Pocos ánimos eran suficientes para rechazar un tiempo de servicio más largo (tres años o más, en lugar de dieciocho meses), y llegando al límite declinar el servicio: «Creo que yo sería incapaz de dispararle a alguien» —eso bastaba, también sin historias, cualquiera lo sabía.

2

El miedo se fue instalando de manera espasmódica. Llegó un momento en que ya no podía yo cruzar la plaza de la estación del tren sin pensar en el 1 de noviembre, el día de mi alistamiento. Antes de entrar a la sala de la estación, mi vista se desviaba inevitablemente hacia la derecha, hacia los andenes de la estación de maniobras. Ahí, en uno de esos andenes, se encontraba la rampa donde los soldados de la ciudad y de la zona de Gera habrían de encontrarse.

Algunos meses antes había yo acompañado a mi amigo M. hasta ahí, a las cinco de la mañana. Frente a la rampa se había reunido ya un grupo relativamente grande con bolsos de viaje. Toda la escena estaba iluminada por los faros de algunas camionetas de carga, cuyos motores permanecían encendidos. En algún punto del camino sobre la plaza de la estación del tren perdí a mi amigo. Se despidió con un

breve abrazo, cruzó una frontera invisible y desapareció. Desde donde estaba lo podía ver muy bien. Vi cómo irguió la espalda, sus pasos se volvieron más cortos, su caminar se adecuó a las disposiciones del otro lado. Poco antes de llegar a la rampa se volteó una vez más: me envió un saludo, es decir, a empujones alzó al aire el brazo izquierdo. Se veía desamparado, y al mismo tiempo parecía que hubiera querido darme alguna señal de resistencia. Y al hacerlo quedó deslumbrado por los faros de los vehículos de transporte. «¡Apaguen sus cigarros!»: fue lo último que oí; luego le devolví el saludo, me di la vuelta y conduje a casa.

3

El salto del carro de tropa: me esforcé en que nada delatara mi desamparo. Quizás diez o quince oficiales se encontraban a la entrada de un predio demarcado con alambre de púas que tenía que ser el de las barracas. Hasta ese momento sólo me parecía una triste colección de cabañas de madera y piedra.

«¡Adentro! ¡Maaaaarchen!». Algunos de nosotros sabíamos lo que se indicaba, pero tardó un momento hasta que nos acomodamos en filas de tres. Miré los rostros de los oficiales, unos se veían tensos y otros divertidos. Todo transcurría, por otro lado, con mucha tranquilidad. Hubo un breve control que se llevó a cabo más bien de manera descuidada, en el cual teníamos que salirnos de la fila con nuestras pertenencias. Durante minutos no se oía otra cosa más que el ruido de coches que pasaban por la carretera secundaria a nuestras espaldas. De los terrenos con fábricas en la otra orilla sobresalía una gigantesca chimenea con la inscripción VEB Leuna.

«¡Cargar aparejos!». La orden: tal vez por descuido, fue gritada casi al mismo tiempo por varios oficiales, de modo que al principio no entendí, pero vi cómo todos al instante se colgaron al hombro sus pertenencias. Algunos incluso llevaban maletas, aunque estaba prohibido por las normas del alistamiento. Tampoco la siguiente orden se pudo entender. De inmediato identifiqué mi miedo: yo no iba a ser capaz de comprender lo suficientemente rápido, o acaso en absoluto, lo que se exigiría de mí en ese lugar. Un ensordecedor silbido cortó el aire, y de la chimenea de Leuna brotó una llama.

Atravesamos el portón —una estructura de tubos de acero sobre la cual se había tensado en diagonal y sin demasiado cuidado un trozo de alambre de púas. El lugar estaba recién pintado, pero se veía como una autoconstrucción, y además venida a menos. Apenas después de algunos metros sobre la calle que separaba las barracas, uno de los oficiales (el suboficial Bade, como después supe) comenzó a marcarnos un ritmo: *izquierda izquierda izquierda, dos tres cuatro*... En la voz sorda de Bade, que sobre todo se empeñaba en parecer profunda, todo eso sonaba como *erda-erda-erda*, *Do Re Fa-Sol*, motivo por el cual dos o tres compa-

ñeros se rieron. Se hizo un murmullo que fue acallado al instante por un grito del suboficial. Como si fuera lo acostumbrado, este suboficial marchaba con sus botas impresionantemente pulidas a través de las áreas verdes a lo largo de la calle de las barracas.

Todo intento de mantener el mismo paso cargando sacos y maletas terminaba siempre en grotescos saltos y tropezones. Lo más extraño, sin embargo, era el vapor: un vapor ligero y blanco que por todas partes brotaba de la tierra, de las grietas en el cemento de la calle, de las ranuras de los andadores entre las barracas, y en algunas partes se elevaba como una neblina maravillosa desde las partes donde había pasto. El suboficial de las botas relucientes marchaba a través de todo esto aparentemente impasible. Cuero negro, resplandeciente, empañado de vapor —tal es la imagen introductoria de mis recuerdos de esa época.

Asignación en la barraca 6, dormitorio 10: siete literas de hierro, catorce armarios, un armario para escobas, catorce taburetes, una mesa. Era el cuarto al final del pasillo, estaba enfrente de la habitación del sargento Zaika —un enemigo, como habría de verse. Por el contrario, los trece hombres de mi dormitorio desde el principio me parecieron amigos.

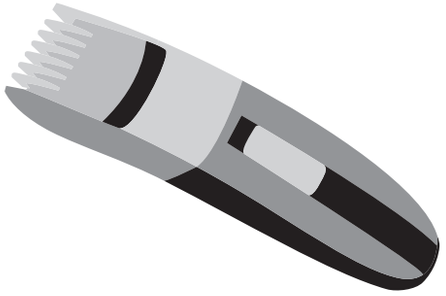
En las siguientes horas recorrimos los laberintos de las barracas de uniformes y de pertrechos. Hacia el mediodía ya todos estaban vestidos con uniforme para salir. En una construcción plana cerca del portón recibimos sopa y té. Desde ahí marchamos de regreso por la calle hasta un edificio que parecía un búnker de grandes dimensiones. Un enorme bloque semicircular sobre cuyo vértice se marcaba claramente una resquebrajadura. Para mi sorpresa, dentro del bloque se encontraba un cine, o en todo caso había una pantalla y varias filas de butacas plegables, y muy pronto escuché por vez primera el nombre *búnker cine*. El búnker cine era sorprendentemente espacioso. Sólo segundos después de habernos sentado se apagó la luz. Yo agradecí la oscuridad. De lo que trataba la película casi no me acuerdo. Salían tanques *Panzer* y otras armas, aunque se hablaba continuamente de la paz y de la difícil pero indispensable tarea de defenderla. Yo tenía los ojos cerrados cuando alguien me tocó en el hombro. Era el suboficial de

Para mi sorpresa, dentro del bloque se encontraba un cine, o en todo caso había una pantalla y varias filas de butacas plegables, y muy pronto escuché por vez primera el nombre *búnker cine*.

las botas empañadas. No dijo nada, pero supe que tenía que levantarme. Mi sombra se proyectó contra la pantalla y se mezcló con las imágenes de un campo de prisioneros. La película mostraba ahora una ciudad completamente destruida por la guerra; sobre las ruinas de la altura de una casa se encontraba de rodillas un soldado del Ejército Rojo ondeando la bandera roja, mientras mi sombra agachada se iba desvaneciendo a sus pies. Nos dirigimos hacia un par de luces pálidas que se extendían a lo largo. Por un momento vi al soldado que accionaba el proyector. Su aspecto era sereno, y yo lo admiré. Porque desde hacía mucho conocía todo eso. Y porque lo había sobrepasado (pensé: *sobrevivido*). En la pared al otro extremo del búnker se habían colocado algunos espejos. Frente a los espejos había poderosas sillas con estribos de metal para recargar los brazos y la cabeza, y con el asiento de altura regulable. Debido a las ideas que me había formado, en lo primero que pensé fue en sillas eléctricas. Ciertamente no se trataba más que de los enseres de un peluquero —eran sillas de peluquería grandes y anchas, forradas de cuero color vino. Los asientos eran enormes, y los respaldos emitían un resplandor grasoso a la luz de lámparas de cono que colgaban de largas barras de metal desde el techo del búnker.

Las bancas de madera detrás de las sillas representaban evidentemente una especie de área de espera. Todos los lugares estaban ocupados ya, y tuve que quedarme de pie. Los estantes del peluquero entre las piletas y también los mosaicos que había encima habían sido pintados de verde. Un oficial de mayor edad y de cuerpo robusto entró gesticulando entre las sillas de peluquería. Parecía alterado, era obvio que trataba de preguntar por qué los peluqueros aún no habían comenzado con su trabajo. Era el capitán Bruddus, jefe del llamado parque técnico, donde más adelante lo conocí en incontables días de parque y durante mi instrucción como conductor de un *W50 Ballon*, un camión de carga con una anchura descomunal, cuyas ruedas recordaban a globos aerostáticos.

La navaja eléctrica acallaba el ruido de la película con una especie de sonido de paja triturada. Era agradable cuando la máquina subía por el cuello; por el contrario, cuando amenazaba alrededor de los oídos el sonido era demasiado fuerte. Los peluqueros llevaban delantales blancos de goma encima de sus uniformes, daba la impresión de que en realidad trabajaban en la cocina o en un casino, y que



se encontraban sólo eventualmente en el búnker cine. Quedaba claro que no eran peluqueros, aunque sabían manejarse con los pequeños aparatos, y tenían sobre nosotros, al igual que el soldado que manejaba el proyector, la experiencia de por lo menos medio año, o en algunos casos de un inconcebible año, en las barracas. La noche anterior a mi alistamiento mi madre me había cortado el pelo. El hueco angosto de los armarios incrustados en nuestra cocina de edificio nuevo: primero tenía yo que girar hacia la izquierda para mostrar el lado derecho, y luego hacia la derecha para el izquierdo. Al mismo tiempo sostenía un espejo de mano frente al rostro y negociaba con ella cada milímetro.

El peluquero dobló mis orejas y dijo algo que no entendí. El ruido de la máquina era demasiado. Olí su aliento, y por primera vez también el olor del producto desinfectante con el que, según supe muy pronto, se lavaba la ropa interior del ejército. Tarde o temprano, el desinfectante provocaba una erupción rojiza en la piel que daba comezón —luego se usaba una pomada que contenía cortisona. La pomada se distribuía en el *Medpunkt*, el dispensario, en forma de tubo. No se sabía que tuviera efectos colaterales. Tampoco le importaba a nadie, siempre y cuando hubiera un efecto que aliviara la comezón en el costado interno de la parte superior de nuestros muslos, incluso si el rígido algodón esterilizado hacía que nos ardieran otra vez las piernas.

Yo dije «ajá», o «psssí», mientras el peluquero usaba el cuello de mi chaqueta para apoyar la máquina y recorrerla como sobre un riel a lo largo de la nuca. Sobre las rodillas bajo la bata sostenía yo el quepí de mi uniforme; era algo peculiar el volver a cubrirme la cabeza. El quepí producía una sensación en la cabeza que me remitía a mi infancia: vacaciones de invierno, excursiones para esquiar, marcas en la frente y en las orejas, o la gorra cubriendo completamente el rostro y cómo ésta se congelaba una y otra vez con el aliento que se enfriaba en la lana... Alrededor de la silla se habían amontonado cabellos, y los peluqueros con sus botas los vadeaban.

Un estruendo de cañones se alzó a mis espaldas, en el espejo yo formaba parte de la película: tanques que pasaban a toda velocidad por las ondulaciones del suelo y al mismo tiempo sobre mi rostro mortecino bajo la luz de neón. Despliegues y giros de cañones y mi mirada horrorizada. «Secciones de las fuerzas de combate en la avanzada...». Por un momento me pareció posible derribarlas con sólo torcer un poco la comisura de mis labios. «Los *Panzer*, hijo mío, ¡son sarcófagos móviles!». Eso había gruñido desde su sofá mi abuelo, que se cubría las rodillas con una cobija gruesa tejida con gancho, él seguro sabía. En el espejo vi mi rostro. Bajo el ruido bárbaro de la navaja eléctrica me sentí por primera vez en paz. No me relajé del todo a causa de mis esfuerzos por captar algo de la trama y de los comentarios de la película. Podría ser, pensaba, que luego nos preguntaran acerca de determinados contenidos, o que de alguna forma éstos pudieran incluir alguna recomendación sagaz para mi supervivencia en las nuevas circunstancias. «Nuestras fuerzas de combate aéreo, equipadas con la tecnología más moderna...».

«¡Fin!, ¡fin!, ¡ahora a la foto!». A la orden del capitán, las máquinas enmudecieron. A la izquierda junto al área de espera de los peluqueros comenzaba una fila que se extendía por la parte lateral, poco iluminada, del búnker. Podía advertirse que la cola de reclutas terminaba en un cobertizo de madera, cuya pequeña puerta se abría a intervalos.

Sólo cuando estuve sentado en el banco de madera, a la luz de una lámpara que brillaba cálidamente sobre mi rostro, me percaté de que el fotógrafo era mujer. Por un instante me avergoncé del aspecto que yo ofrecía: el uniforme nuevo y rígido, el corte de pelo estereotipado. Y percibí rechazo hacia el suboficial que la asistía, a pesar de que se dirigió a mí con un tono algo amistoso, muy distinto en todo caso del que empleaba con Bade o con Buddrus. Pero eso tenía que ver con *ella*, no conmigo —eso lo entendí de inmediato.

La fotógrafa dijo todavía algo dirigiéndose a mí. Creo que fue: «¡Por favor, mire para acá un instante!». Al mismo tiempo alzaba a media altura una pluma que tenía en la mano. Antes de que desapareciera completamente otra vez detrás de la cámara, vi que sus cabellos eran oscuros y que aún era joven. No llevaba uniforme, y sin embargo estaba ahí, en el búnker cine. Me quedé mirando su pequeña mano brillante que sostenía una pluma. Era un bolígrafo. Ahora que abro mi certificado de servicio militar con la cédula de identificación enmicada, veo este atisbo a la pluma y la mano, que se había quedado completamente inmóvil en el aire, la pequeña mano brillante de la fotógrafa con su batuta en control de ese instante. «¡Gracias!» —tal vez dijo «gracias», tal vez no. La mano descendió, y por un momento me quedé mirando el vacío. De este vacío emergió el uniforme del suboficial, quien me empujó hacia afuera llamando a la cámara al siguiente soldado. Desde mi llegada al cuartel, ésta era la primera ocasión en que me sentía extenuado y derrotado.

La foto en mi cartilla militar, que conservo hasta el día de hoy junto con la cartilla de salud y otros vestigios del pasado en una especie de cajón biográfico, habla otro idioma. En ella casi sonrío un poco, y la cabeza está inclinada hacia la derecha como interrogando en silencio. Ya no puedo ver quién era yo en ese momento, lo único que sí se puede reconocer es que aquel que fue fotografiado en esa foto se esforzó en disimular sus aflicciones. A esto se añade la iluminación excesiva, las cejas y los bordes de los ojos como ennegrecidos, mientras que, por el contrario, la frente y las mejillas aparecen casi en blanco. La sonrisa —cerrada en las partes determinantes. En las comisuras de los labios se ve muy apretada y los párpados están ligeramente hundidos, lo que da a los ojos una expresión de distanciamiento y desconfianza: la mirada de un culpable al ser incluido en el fichero de delincuentes. La imagen completa, por su parte, tiene un efecto

enteramente distinto. Los arcos de las cejas conciliadores, la línea en forma de corazón del labio superior y lo blanco que quedó expuesto en torno a las orejas luego del corte de pelo suavizan todo. Lo que se puede ver son dos expresiones completamente distintas al mismo tiempo en el mismo rostro. Hoy me parece casi inverosímil que en el momento de la toma hubiera estado yo mirando solamente una mano con una pluma.

Entre más contemplaba la foto, más difuso y melancólico me volvía. Al final ya sólo sentí lástima —y autocompasión. Y rabia contra todo lo que condujo a que acabara yo en ese búnker, el rostro burdo a la luz de una cámara, entregado por completo, preocupado por una pose, y con un orgullo peculiar y, como ahora me pareció, completamente vano.

Cuando a los pocos días abrí otra vez mi cartilla del servicio militar, por un momento se invirtió el sentido de todo: de pronto era el soldado de veinte años el que me miraba *a mí*. Dejé a un lado la ira, y surgió la pregunta de si él, con esos ojos ligeramente entrecerrados, *ya desde entonces* me pudiera haber estado viendo, al mirar la mano levantada con la pluma —una mirada al futuro, y por eso la sonrisa. La idea funcionó instantáneamente como una especie de conciliación entre él y yo, y mi enojo empezó a desvanecerse. Vi con cuánta inmutabilidad aquel que alguna vez yo debí haber sido me miraba de pronto *desde entonces* en mi ahora, con lo cual me extendía una suerte de permiso. El yo de entonces le permitía al yo de ahora mirar de vuelta en el pasado el cobertizo con la fotógrafa y el suboficial, de vuelta las arcaicas sillas de peluquero, las piletas y aparejos con aspecto de provenir de épocas mucho más antiguas, de vuelta al día de mi alistamiento y al día de mi revista militar, de vuelta al cartel con el año generacional y la tipografía fúnebre, de vuelta a la vergüenza en el instante de la fotografía. Por un momento reconocí el contorno de una verdad constituida completamente por el tejido suave e inquebrantable de la paciencia: en la vida se trataba de paciencia. Se trataba del sentido por el cual todo lo que alguna vez nos ocurrió en la vida aguarda afuera pacientemente, al otro lado de la puerta. Pero de hecho en realidad yo nunca grité «¡Adelante!», y ahora me encontraba yo sorprendido, confuso, acaso todo me estaba resultando excesivo, y ya no supe más si en realidad tenía ganas de empezar a contar ●

Traducción de Gonzalo Vélez

Gracias por su visita
(fragmentos)

Doris Dörrie

Mi madre era la reina de la playa de Torremolinos. Sus senos desnudos eran los más bonitos de todos, eso lo veía cualquiera. Eran redondos como esferas y como con un pequeño tobogán hacia arriba. Yo rogaba que algún día me crecieran senos como los suyos, pero hasta ahora no se veía nada de frente, sólo de lado una diminuta curvatura, y eso sólo si metía la panza. Siempre traía puesto mi bikini azul con franjas rojas y blancas, yo era la única que no estaba desnuda en nuestra playa. Del otro lado de la bahía están los pequeñoburgueses, decía mi madre. Con sus trajes de baño de colores parecían Lunetas tiradas al sol. A mí me hubiera gustado estar del otro lado [...]

Quizás mi madre tenía sueños similares. Quizás a veces también soñaba con una casa con camas de verdad y frescas sábanas blancas y bien planchadas, con un baño con excusado y regadera y agua dulce que saliera a borbotones de todas las llaves.

Dormíamos en *sleeping bags* apestosos en una tienda de campaña debajo de los pinos, atrasito de la playa. Las agujas de los pinos se nos encajaban en los pies, y olía a plátanos podridos.

Yo me sentía sola, mi madre se sentía sola, y las dos lo sabíamos la una de la otra, eso era lo peor.

Nuestra tienda de campaña era amarilla, y cuando en las mañanas me despertaba antes que mi madre y el sol ya estaba alto en el cielo, las dos teníamos la cara amarilla. En la pared de la tienda de campaña se movían las sombras de los pinos al viento. Los otros niños estaban en sus *bungalows* y podían ver películas de dibujos animados en la tele. Mi madre roncaba quedito y a veces suspiraba en sueños.

No estábamos aquí de vacaciones, sino para ganar dinero. En casa, en Gotinga, mi madre trabajaba en un bar de estudiantes y en las noches,

cuando regresaba a casa, olía a cerveza y a *Toast Hawaii*. Ahí había oído que en España se podían ganar carretadas de dinero vendiendo bisutería.

Yo le ayudaba a ensartar collares de perlas, y robaba tenedores de los restaurantes; ella los ponía sobre la arena ardiente hasta que se hubieran suavizado un poco y luego, con unas tenazas, los curvaba hasta darles forma de pulsera. Ése fue un invento suyo, y el verano pasado habían sido un *superhit*, pero este año ya no los quería comprar nadie.

Por eso ya no podía yo comer bocadillos en el bar playero de Gustavo, eran demasiado caros. Comprábamos pan y embutido en el supermercado, el embutido manchaba los dedos y el pan de color naranja rojizo. Gustavo de vez en cuando me daba un refresco y papas fritas gratis, a cambio limpiaba yo las mesas y recogía las servilletas tiradas en la arena, en las que estaba escrito con una delgada letra azul: *Gracias por su visita*. Ya entendía yo el suficiente español como para saber lo que quería decir.

Mi madre extendía todos los días un lienzo para su bisutería junto a la roca grande, a cuya sombra con frecuencia me echaba un sueñito por las tardes. Del otro lado de la bahía había sombrillas y camastros. Mi madre siempre estaba desnuda a no ser por los collares de colores que colgaban de su cuello y los muchos tenedores curvados que le cubrían los brazos hasta arriba.

Los hombres la saludaban de beso, las mujeres preferían pasarla por alto, en cambio a mí me acariciaban el cabello y me daban disimuladamente caramelos viejos y pegajosos. Nos quedábamos en la playa hasta la puesta del sol. Poco antes de que el sol se sumergiera en el mar —mucho tiempo pensé que seguía resplandeciendo abajo del agua y que de noche los peces tenían luz, igual que nosotros de día— venía gente con bongós y cajas llenas de cerveza y tamborileaban hasta que el sol desaparecía y todos aplaudían, como si el sol lo hubiera vuelto a hacer particularmente bien. Las mujeres y mi madre bailaban, y yo me hacía cargo de la bisutería pues a veces por las noches todavía había buenas ventas. No me gustaba ver bailar a mi madre, parecía como si se olvidara de todo a su alrededor, también de mí.

Por las noches, en la tienda de campaña, lloraba con frecuencia y trataba de ocultármelo, pero yo siempre la oía. En España no me dejaba que la llamara mami, sino Ingrid. Pero Ingrid no se sentía como si fuera de veras mi mamá •

Traducción de Claudia Cabrera

La maleta

Peter Stamm

Apenas Hermann ha dejado la lista sobre la cama sin hacer, la coge de nuevo. Ha olvidado ya lo que acaba de leer. «Artículos de aseo». Va al cuarto de baño, reúne todas las cosas de Rosemarie, el jabón de aceite de oliva que había comprado el año anterior en el sur de Francia, su cepillo para el cabello, el cepillo y la pasta de dientes, el desodorante. No sabe cuál de los muchos champúes usa ella, y escoge uno al azar. ¿Qué más? Una tijera de uñas. La pintura de uñas la deja de nuevo en su sitio, tras un breve instante de duda. Va hasta el dormitorio, saca la pequeña maleta de cuero del armario y mete dentro la bolsa con las cosas de aseo. Luego vuelve a examinar la lista. «Suficiente ropa interior». Se detiene delante del armario abierto y empieza a revolver entre la ropa interior de Rosemarie, blancos ovillos que le recuerdan los capullos de las peonías del jardín. Tiene la sensación de estar haciendo algo impropio. ¿Qué significa suficiente? No sabe cuánto tiempo tendrá que estar Rosemarie en el hospital, y le alegraría que regresara. «Pijama o bata de dormir». Recorre el piso en busca de sus pantuflas. Entonces recuerda que las había visto cuando Rosemarie yacía en la camilla y los sanitarios se la llevaban. Estaban prendidas a sus pies, como si éstos fuesen ganchos. Por un momento pensó en ponerle unos zapatos. Ella no hubiera salido en pantuflas ni a recoger la correspondencia. Unas zapatillas deportivas fuertes, por si toca hacer fisioterapia. Hermann no sabe lo que los médicos se traen entre manos con Rosemarie. La mera idea de que pueda llevar puestas unas zapatillas deportivas le hace sonreír. Por el momento no se puede ni pensar en una terapia de esa índole. Los médicos le han inducido un coma y han reducido la temperatura de su cuerpo a treinta y tres grados. La han enfriado, y él no puede dejar de pensar en eso desde ayer.

Mira el reloj. La están operando ahora. Un vaso sanguíneo dilatado en el cerebro, le había dicho uno de los médicos después de varias horas de pruebas, y le explicó en qué consistía la intervención. Luego le puso en la mano un folleto del hospital y le dijo que se fuese a casa.

—Descanse.

En el folleto hay unas palabras de bienvenida del director general, un mapa del hospital y sus instalaciones, un horario de los trenes y alguna que otra información más. Y al final del todo Hermann encontró la lista: «Por favor, el día que entre, traiga lo siguiente».

Nadie había podido decirle qué iba a pasar a continuación, nadie parece saberlo. Hermann mira la lista. «Aditamentos auxiliares como gafas y audífonos, incluidas las baterías». Rosemarie no necesita aditamentos auxiliares, y si alguien necesitaba auxilio ahora, ése era él. Hace décadas que no prepara una maleta. Rosemarie le preparaba la maleta hasta cuando cumplía con el servicio militar, hacía treinta años, cuando todavía estaba en edad de servir. Por entonces, cada vez que acomodaba sus cosas en la taquilla del cuartel, siempre encontraba entre la ropa una tableta de chocolate. Ahora va a la cocina, pero no encuentra nada de chocolate. Desde que padece diabetes, Rosemarie esconde las cosas dulces. «Material de lectura, papel de cartas, cosas para escribir». Sobre la mesilla de noche hay tres libros de la biblioteca. Él lee los títulos y los nombres de los autores, que no le dicen nada. Él no es un lector habitual. Sobre los libros están las gafas de leer de Rosemarie. Lo mete todo en la maleta. Como no encuentra el estuche de las gafas, las envuelve en un pañuelo y las guarda en la bolsa del aseo. La maleta está sólo a medio llenar. Hermann pone allí un jersey de punto, algunas revistas que ha encontrado en el salón y cierra la maleta cuidadosamente.

En la cafetería que está frente a la entrada hay pacientes con sus familiares. Algunos llevan batas de baño; apoyados contra las sillas hay bastones; alguien arrastra tras de sí una mesilla de ruedas con una infusión. Hermann no ha estado en un hospital desde hace años, pero de inmediato vuelve a recordar el olor. Detrás de la cafetería hay un pequeño quiosco. Compra una tableta de chocolate, aunque sabe que a Rosemarie no le hace mucha gracia. Es lo único que puede hacer: una prueba de amor. Las flores le parecen algo demasiado ostensivo. Las flores se regalan cuando ha nacido un niño y es preciso que todos se enteren. Recuerda unos ramos de flores en el pasillo del hospital. Parecían como trofeos en sus floreros. Rosemarie va a guardar el chocolate en su mesilla de noche. Se acordará de él como de algo prohibido, oculto, allí, donde todo es público, donde todo está expuesto bajo la luz clara de los tubos de neón. Hermann abre la maleta un poco para deslizar dentro, entre la ropa de Rosemarie, la tableta de chocolate, pero al hacerlo la

tapa se abre de golpe y las cosas caen sobre el suelo reluciente. Se arrodilla, recoge las pertenencias y vuelve a meterlas tan rápido como puede dentro de la maleta. Mira a su alrededor como si estuviera haciendo algo prohibido. El hombre con la infusión lo mira con cara inexpresiva. La ropa que Hermann ha reunido con mucho esfuerzo está estrujada.

El portero le explica el camino hasta la estación de cuidados intensivos. Aquí los departamentos están señalizados con colores diferentes, lo cual, se supone, facilita la orientación. La unidad de cuidados intensivos es azul; amarilla es la clínica de pediatría; el departamento de urología y el de ginecología son verdes; el de cirugía es violeta. Hermann intenta desentrañar un sentido para esos colores, pero no lo consigue. Sólo el rojo de la unidad de cardiología le dice algo.

Está de pie junto a la cama de Rosemarie. Ella tiene la cabeza vendada y el cuerpo conectado a unas máquinas, le aplican respiración artificial, lleva una sonda y un catéter en la vejiga. Le suministran los medicamentos directamente a la sangre, a través de unas mangueritas. Le enfrían los brazos y las piernas para mantener baja la temperatura corporal. Está desnuda, salvo por una especie de bata blanca que está abierta por los lados y apenas consigue cubrirla. Su cara muestra una expresión extrañamente flácida. Hermann está junto a la cama y la mira con fijeza, no le apetece ni siquiera ponerle una mano en la frente. Así de extraña le parece. Sólo sus manos, con las uñas pintadas, le resultan familiares. A veces escucha desde el pasillo una señal de alarma. Suena como un reloj de péndulo dando la hora.

El médico dice que tiene que operar de nuevo y poner un *bypass*. Pone cara seria, pero también dice que Rosemarie ha tenido suerte. Si la hubieran internado media hora después... No acaba la frase, pero Hermann puede imaginar el resto.

—Esperemos lo mejor —dice el médico—. ¿Quiere preguntar algo más?

—No.

Hermann niega con la cabeza. Es como si nada de aquello tuviera que ver con él o con Rosemarie. El médico se despide con un gesto de asentimiento y una mirada que pretende ser, tal vez, de ánimo. La enfermera dice que la señora Lehmann no necesita nada, y que preferiría que se llevara la maleta, así no se perdería nada. Debía traer las cosas cuando su mujer estuviera en condiciones de dejar la unidad de cuidados intensivos. Le entrega entonces un cuestionario sobre las preferencias y las costumbres de la paciente. Sus respuestas ayudarían a cuidarla mejor, dice la enfermera, que le entrega un bolígrafo y lo lleva hasta la sala de espera. Él se lee las preguntas. «¿Profesa la paciente alguna religión?». «¿Cómo la practica?». «¿Le gusta la música a la paciente?». «Si le gusta, ¿qué música prefiere?». «¿Qué ruidos le gustan a la

paciente y cuáles le dan miedo?». «¿Qué olores le resultan agradables?». Él recuerda el olor del jabón de aceite de oliva. «¿Qué olores no le gustan?». «¿Cuál es su color preferido?». «¿Tiene algún ritual para quedarse dormida?». «¿En qué parte del cuerpo le resultan agradables las caricias?».

Él camina por los pasillos, pasa junto a la recepción y a la cafetería y sale a la fría tarde de invierno. La parada está situada entre el hospital y el lago. Hermann ve partir un tren. El siguiente no vendrá hasta dentro de media hora. Podría ir a casa andando, sería posible hacerlo en una hora, pero ya ha validado el billete de tren, y está cansado, la noche anterior apenas pudo dormir. Aprieta el botón de «Parada solicitada» y se sienta en el estrecho banco. Ha colocado la maleta en el suelo, junto a él. Contempla el lago. A unos cien metros de la orilla el color del agua cambia de repente y pasa de un azul claro a un verde oscuro. Por el paseo de la orilla avanzan dos excursionistas. Se detienen ante una señal y miran hacia atrás. Cuando el tren llega por fin, Hermann está congelado.

No ha estado muchas veces en la biblioteca. Sólo en ocasiones ha acompañado a Rosemarie o ha ido a devolver sus libros cuando ha tenido que bajar forzosamente a la ciudad. No obstante, la bibliotecaria lo saluda por su nombre. Recoge los libros y pregunta si a Rosemarie le han gustado. A Hermann le asombra que esa mujer llame a su esposa por su nombre de pila.

—Sí —dice él—. Creo que sí.

—He separado para ella el nuevo libro de Donna Leon —le dice la bibliotecaria y lo coge de una pequeña estantería sobre ruedas situada al lado de su escritorio—. Le prometí que ella sería la primera en llevárselo.

La mujer estampa un sello con una fecha en un papel que está pegado en la última página del libro. Sólo entonces parece ver la maleta que lleva Hermann y le pregunta si se va de viaje.

—Sí —responde él, poco deseoso de contestar preguntas.

La bibliotecaria le dice que puede dejar el libro allí si no quiere llevarlo consigo.

—No estaré fuera mucho tiempo —dice él y le quita de la mano la novela con un rápido gesto.

Veneno de cristal. La bibliotecaria dice algo, ríe, y Hermann da las gracias y se marcha.

Fuera ha comenzado a oscurecer. Hermann se da la vuelta una vez más y, cuando ve que la bibliotecaria lo sigue mirando a través de la puerta de cristal, huye de allí en dirección a la estación. Por el camino se encuentra con uno de sus vecinos. La familia se había mudado hacía unos dos años, el hombre trabaja en una empresa de seguros y la mujer permanece en casa, ocupándose de los hijos. Hermann la ve a veces en el jardín. Le había hecho unos cumplidos en relación con las peonías y le había pedido un par de consejos. Dijo que antes habían vivido en un piso de alquiler y no sabía nada de plantas. Lo más importante era, le dijo él, encontrar el lugar adecuado para cada planta. La planta debía sentirse a gusto, de ese modo crecía casi por sí sola.

—¿De vacaciones? —preguntó el vecino.

Hermann murmura algo, y el hombre le desea buenas vacaciones sin detenerse.

—Igualmente —responde Hermann, sin reflexionar.

Al parecer los vecinos no vieron la ambulancia ayer por la noche.

Cogió el primer tren que pasó. Cuando el revisor se acerca a Hermann, éste le pregunta hacia dónde va el tren, y valida un billete hasta el final del recorrido. Se pasa la mayor parte del viaje mirando por la ventana, hacia la oscuridad. El tren se va llenando poco a poco y vuelve a vaciarse después de pasar Zúrich, los nombres de las estaciones empiezan a sonar cada vez menos familiares. Una mujer ya entrada en años, más o menos de la edad de Rosemarie, está sentada frente a él en diagonal, y lo mira con tal desparpajo que Hermann termina cambiando de asiento. Después de tres horas, dicen por los altavoces que el tren ha llegado al final del trayecto, la *gare terminus*. El anuncio es bilingüe, como la ciudad en la que Hermann se encuentra ahora. No puede recordar haber estado allí alguna vez, pero tampoco puede descartar esa posibilidad. Deambula por ahí sin rumbo. Las tiendas han cerrado ya, y no hay mucha gente en la calle. En algún momento llega a una callejuela estrecha que pasa junto a un canal. Llega a un parque y luego a un lago. El largo muelle se adentra bastante en el agua. Hermann camina por el muelle cubierto de tablones de madera, de elegantes sinuosidades, iluminado por unas pequeñas farolas, y llega a una plataforma de hormigón de forma triangular, un buen trecho dentro del lago. Se detiene allí bastante rato, con la maleta a su lado, como un viajero en una parada de autobús. Es como si en esa maleta estuviera todo lo que quedaba de Rosemarie. Las cosas tienen más en común con ella que el cuerpo frío que había visto en el hospital un par de horas antes, expuesto en una cama de metal y reducido a sus funciones vitales. Con cuidado, coge la maleta y hace el camino de regreso a través del muelle. Sólo entonces ve, del lado que da al puerto, un banco de arena en el que hay un pequeño abeto, probablemente un árbol de Navidad que alguien arrojó al canal después de los días de fiesta y ha ido a parar allí. Hermann atraviesa el parque y camina junto al canal en dirección al centro de la ciudad.

El portero de noche mira a Hermann de un modo raro cuando éste le pide una habitación doble y paga de inmediato, pero el empleado no hace

pregunta alguna, sólo si el caballero necesita una plaza de aparcamiento y si desea que los despierten temprano a la mañana siguiente.

—El desayuno es de siete a nueve y media en la sexta planta. Con vistas por sobre la ciudad —añade el hombre innecesariamente.

Hermann está sentado en la cama de su habitación. Ni siquiera se ha quitado los zapatos, le asquean la alfombra gastada y el cubrecama; a saber quién se habrá sentado allí. La habitación es pequeña y está iluminada con una lámpara con bombilla ahorradora, cuya luz opaca no basta para espantar la oscuridad. Hay corriente, las ventanas de metal no cierran como es debido. Hermann hubiera podido costearse un hotel mejor, pero le pareció algo fuera de lugar. Se escuchan, muy cerca, las campanas de una iglesia. Cuenta las campanadas hasta llegar a las diez. Entonces las campanas dan las once. Debe de haber dado una cabezada. Sólo entonces recuerda que nadie sabe dónde está. No tiene sus medicamentos consigo y no ha comido nada desde el mediodía. Por lo menos rellenó la ficha de huésped en la portería. Si le pasase algo, sabrían quién es. Reflexiona sobre si debe llamar o no al hospital para informarse acerca del estado de Rosemarie, pero no lo hace. Lo más probable es que no le den ninguna información por teléfono. Se quita los zapatos, pero no los calcetines. Cuelga la ropa sobre una silla. Luego se tumba en la cama. La maleta está a su lado, en el lugar que normalmente ocupa Rosemarie. Deja la luz encendida.

Cuando Hermann despierta a la mañana siguiente, fuera todavía está oscuro. Antes de que se levante, abre la maleta y saca los objetos, uno tras otro, y los contempla largamente. Se pone el jersey de punto de Rosemarie, se come la tableta de chocolate, lee el texto de solapa del libro. ¿Tiene la culpa la riña familiar entre el dueño de una fábrica y su hijastro? ¿O acaso el celador nocturno de la planta de vidrio tuvo que pagar por ser un lector empedernido? Hermann sigue hojeando y encuentra el estribillo de un aria de *Don Giovanni*:

Da qual tremore insolito
Sento assalir gli spiriti!
Dond'escono quei vortici
Di foco pien d'orror?

En el libro abundan las palabras italianas impresas en cursivas, *maestro, canna, servente, l'uomo di notte*. Hermann no puede imaginar qué le aportan a Rosemarie esas tonterías. Deja el libro a un lado y saca la ropa interior de la maleta, la cuenta como se cuentan los días, con esa breve vacilación de la memoria.

Esa mañana se lava el pelo con el champú de Rosemarie, utiliza su jabón de aceite de oliva y se cepilla los dientes con su cepillo. No desayuna, se siente un poco mal a causa del chocolate. Tiene una sed tremenda y se bebe tres vasos de agua del grifo.

En el tren, coloca la maleta a su lado en el asiento. En Olten suben muchas personas. Un joven le pregunta a Hermann si el asiento a su lado está libre.

—Sí —responde él, y se pone la maleta sobre las rodillas.

—¿Quiere que se la ponga en el compartimento del equipaje? —pregunta el joven.

—No —responde Hermann, con mayor acritud de la que hubiera deseado.

Sostiene la maleta con firmeza durante todo el viaje, como si alguien quisiera quitársela. Cuando tiene que ir al lavabo, la lleva consigo.

Es el hospital en el que Hermann nació, en el que nacieron sus hijos. Antes sólo había el antiguo edificio. La alargada construcción de ladrillos situada al lado debe de ser de la década de los setenta o principios de los ochenta. Hermann pasa junto al portero, cree recordar el camino hasta la unidad de cuidados intensivos, pero entonces se pierde y tiene que pedirle ayuda a una enfermera. Ella le pregunta si se siente mal, y lo lleva hasta la unidad, aunque él le responde con un gesto negativo de la cabeza. Allí no pueden decirle nada. El médico está en una reunión y se reunirá con él en un momento. ¿Quería el señor Lehmann ver a su esposa?, le preguntan. Él pide un vaso de agua y dice que quiere sentarse. Una enfermera le trae el cuestionario que no rellenó el día anterior. Es importante.

Hermann está sentado en la sala de espera, hojeando un folleto sobre la detección a tiempo de un infarto del corazón, luego se pone a mirar unas revistas de mujeres. Franz Beckenbauer reza por Monica Lierhaus, que está gravemente enferma, una moderadora del telediario deportivo de la que Hermann jamás ha oído hablar. A él no le interesa el deporte, no obstante, lee el artículo. La mujer había tenido un derrame cerebral, la habían operado, hubo complicaciones y le indujeron un coma. Su vida pendía de un hilo, terminaba diciendo el artículo, y los familiares más cercanos de Monica se estaban preparando para lo peor. «¿Por qué precisamente ella?», puede leerse bajo la foto de una hermosa mujer joven, con los cabellos de color rojo marrón. Hermann siente cómo se le salen las lágrimas. Carraspea y arranca la página de la revista, la dobla y la guarda. Luego va con la maleta hasta la habitación de Rosemarie. Mira a su alrededor, no se ve a nadie. Oculta la maleta tras la mesilla con los aparatos médicos y, sin mirar ni una vez más a su mujer, sale del cuarto ●

Traducción de José Aníbal Campos

elegía
para knievel

JAN WAGNER

«God, take care of me—here I come…»

al verle, el paisaje se vuelve franjas.
un temerario, demonio de hombre
con su camisa cubierta de estrellas
siempre rodeado por el enjambre de abejorros
de su motor. huesos quebrados,
huesos vueltos a sanar. y él saltaba.

¿cuántos obstáculos entre la rampa
y aquel distante punto?
¿cuántos camiones del desguazadero?
¿qué cosa era la duda atrincherada por dentro
hasta abrir las paredes de un cañón
con arena escurriéndose del borde
bajo los gritos de las aves grandes?

tardes en que por un rato la historia
se quedaba en suspenso
para oler a popcorn y gasolina.
como aquí, en yakima, estado de washington,
con esta abollada luna encima del estadio
y miles a la espera con el aliento en vilo:
quince o veinte camiones alineados
y la moto en el aire.

VERSIÓN DE GONZALO VÉLEZ

ELEGIE FÜR KNIEVEL

«God, take care of me—here I come…»

die landschaft zog schlieren, sobald sie ihn sah.
ein draufgänger, ein teufelskerl
mit einem hemd voller sterne
und stets verfolgt von dem hornissenschwarm
des motorenlärms. die knochen brachen,
die knochen wuchsen zusammen, und er sprang.

wieviele hindernisse zwischen rampe
und jenem fernen punkt?
wieviele ausrangierte doppeldecker?
was war ihm der zweifel, der sich eingräbt
im innern, bis ein ganzer cañon klafft
mit rieselndem sand an den rändern,
den schreien großer vögel?

nachmittage, an denen sich die geschichte
für einen augenblick niederließ,
um nach popcorn und abgas zu duften.
wie hier, in yakima, washington,
mit diesem zerbeulten mond überm stadion
und tausenden, denen der atem stockt:
fünfzehn, zwanzig busse und das rad
steht in der luft.

Subsisters

Uljana Wolf

VO

la hermana más joven de lauren tiene el don de seducir, ya en el vestíbulo, a los invitados. parece deporte cómo ella, apenas entra el hombre, ya se mueve en su regazo: sólo con palabras. vivimos en el lobby, no tiene uno obligación de nada. buenos modos, modo de pararse de manos, ser un buen abrigo — el camuflaje es todo. mientras ella entibia a las estatuas en el suelo, aclaro nuestra táctica: semejanza. así puede observarnos cualquiera, y nadie tomar lo que no nos pertenece.

OV

laurens jüngste schwester hat die gabe, gäste schon im vestibül zu verführen. sportlich, wie sie, wenn der herr noch steht, bereits auf seinem schoß schwebt: nur mit worten. wir lebeån ja in der eingangshalle, man ist zu nichts verpflichtet. anstand, handstand, ein schöner mantel sein — tarnung ist alles. während sie die marmorstatue an der treppe wärmt, kläre ich unsere taktik: ähnlichkeit. so kann uns jeder sehen, und keiner nehmen, was uns nicht gehört.

VcS

la hermana más joven de lauren tiene el don de conducir del llano vestíbulo a los invitados. parece deporte cómo ella, apenas entra el hombre, lo lleva afuera cual pelmazo: elocuentes sus palabras. vivimos en el lobby de otro modo, a nuestra nada sometidas. alojamos menos que bellos abrigos, más entibia una estatua de mármol que nuestra piel delgada. al fin y al cabo el lobby es nuestra semejanza: es algo que robamos juntas, y quizá de él algo nos pertenece.

i mean, men are just big sleepers, right. the
only thing that makes them blink is mink.

Versiones de Daniel Bencomo

OmU

laurens jüngste schwestern hat die gabe, gäste schonend aus dem vestibül zu führen. wortgewandt, sportlich, kaum dreht der herr am schloss, da schwebt er schon hinaus. wir leben anders in der eingangshalle, unserem nichts verpflichtet. wir richten weniger als schöne mäntel an, man wärmt sich besser mit der marmorstatue als mit unserer dünnen haut. die sieht uns immerhin ähnlich: etwas mitgenommen, vielleicht gehört sie uns auch.

i mean, men are just big sleepers, right. the
only thing that makes them blink is mink.

Steffen Popp

Silvae (iluminado)

Brota la resina de los árboles, los bosques se levantan
como de costumbre, entumecidos y verdes
frente a mi ventana, por doquier en la Tierra,
donde no hay prados, ni jardines,
ninguna casa similar a la mía.

Un animal algunas veces, un blanco de tiro
bajo el manto de las hojas, con pocos
aciertos del año pasado—
dos caballos vetustos
llevan leña de los árboles tirados por el viento, con la penumbra
llegan cazadores, uno puede ver cómo iluminan
sus tenis amarillos.

Silvae (gelichtet)

Das Harz läuft aus den Bäumen, wie gewohnt / stehen die Wälder, hölzern und grün / vor meinem Fenster, und überall auf der Erde / wo kein Feld ist, kein Garten / kein Haus wie das meine. // Manchmal ein Tier, an der Blattunterkante / eine rehbraune Schießscheibe mit wenigen / Treffern vom Vorjahr— / zwei uralte Pferde / ziehn Holz aus dem Windbruch, mit der Dunkelheit / kommen die Jäger, man sieht ihre gelben / Turnschuhe leuchten.

Situación de hotel, largo reposo

Alteza del corazón, neón y lento empaque de tales mercancías
—meditar en donde sea, permanecer en vigilia como sea—

así como el ambiente nos fascina, en su altura y su fondo
la tarde está llena de lenguaje, pero cojean las palabras

las plantas regeneran sus cuerpos, endurecidos y calmos,
caballos de Troya, en el cimiento de la ciudad reposamos

tan despierta, en su sueño, nuestra carne paciente
conversa con los ríos, las fugas de agua, la cercana bahía

piel vacilante, te hace feliz un breve sentimiento
los signos del sueño caen de mis años, como hojarasca

de árboles sinnúmero. Deja que vayamos de viaje por las aguas,
por los aires y tierras, no nos dejes abandonar este hotel

por largo tiempo. Nunca en las estrellas, nunca concluir,
en la música. Vuelan tu pulso y tu cabello.

Hotelsituation, langes Liegen

Herzhoheit, Neon und langsamer Umschlag dieser Waren / —irgendwie nachdenken, irgendwie wach bleiben— // wie das Milieu uns betört, in seinen Höhen und Tiefen / der Abend ist voll von Sprache, aber die Wörter lahmen // die Körper der Pflanzen regenerieren sich, hölzern und / still, trojanische Pferde, liegen wir am Grund der Stadt //so wach, in seinem Schlaf, unser geduldiges Fleisch / kommuniziert mit den Flüssen. Kriechstrom, nahes Ufer // zögernde Haut, das kleine Gefühl macht dich glücklich / Traumzeichen lösen sich aus meinen Jahren wie Laub // maßloser Baumschnee. Lass uns jetzt lange verreisen / zu Wasser, zu Land und zu Luft, lass uns jetzt lange // dieses Hotel nicht verlassen. Nie bei den Sternen, nie / aufhören, in der Musik. Dein Puls, deine Haare fliegen.

Oda a la nieve, nieve tardía

Oh sueño negro, oh hacha
oh gran tristeza, corazón
voy más allá de la hierba
voy más allá donde tus ojos.

Rotulador, hongo de árbol, hidra,
voy más allá, voy más allá,
sobre la hierba, donde tus ojos.

Atiende a los pequeños nubarrones,
atiende a la muerte, a su sueño dilecto,
atiende a los pájaros, a la tensión de la piel
al golpeo, a la voz, al canto.

Esta emoción cruza el invierno
en tus guantes, jadeo silencioso
como de animal inmenso
bajo el suelo del bosque.

Una vez entre la nieve, exhumas al animal
y encuentras huesos

voy más allá donde tus ojos
voy más allá donde tus ojos

ahí están los muertos, el cosmos
ahí están los pájaros, el canto.

Versiones de Daniel Bencomo

Schneeode, später Schnee

O schwarzer Schlaf, o Axt / o große Trauer, Herz / ich ging hinaus, über das Gras / ich ging hinaus um deine Augen. // Filzstift, Baumpilz, Hydra / ich ging hinaus, ich ging hinaus / über das Gras, um deine Augen. // Achte auf kleines Gewölk / achte auf Tote, ihren besonderen Traum / achte auf Vögel, die Spannung der Haut / das Schlagen, die Stimme, das Lied. // Dieses Gefühl überwintert / in deinem Handschuh, leise schnaufend / wie ein zu großes Tier / unter dem Waldboden. // Einmal im Schnee, gräbst du es aus / und findest Knochen // ich ging hinaus um deine Augen / ich ging hinaus um deine Augen // da sind die Toten, das Weltall / da sind die Vögel, das Lied.

Hijo de mamá
(fragmento)

Martin Walser

a la vida, con amor

I

Ewald, me llamo Percy. Eso lo dijo después de que cerró la puerta tras de sí. Ewald no había respondido cuando él tocó. Percy dijo que lo entendía. En la Sección Cerrada, tocar a una puerta y esperar un adelante es hipócrita, ya que la persona que toca a la puerta tiene la llave que la abre.

Ewald yacía en la cama hecha. Yacía sobre su espalda. Los ojos abiertos. El lado derecho de su rostro era rojo, una cicatriz, la mano derecha también. Esa mano derecha descansaba sobre el pecho de Ewald. Sostenía un teléfono celular. Eso sólo podía significar que estaba esperando algo, lo cual debía salir del celular. Percy dijo: Me sentaré en la silla que está en tu mesa. Luego se quedó callado. No se quedó esperando, se quedó callado. De pronto Ewald se levantó, se deslizó en los zapatos negros que estaban debajo de la cama, se volvió a recostar y se quedó mirando el techo. Era evidente que no quería que nadie lo viera sin zapatos. Mocasines negros, calcetines negros, pantalones negros, camisa negra de mangas largas. Como mancuernillas, piedras rojas montadas en oro. Cornalina, pensó Percy. Durante la acción de deslizarse en los zapatos, Ewald mantuvo todo el tiempo el teléfono en las manos.

Así permanecieron. Mudos. Por dos o tres horas. Luego Percy se levantó, se dirigió a la puerta, la abrió y dijo: No quiero que te sorprendas. En este lugar yo a todos los trato de tú, desde que entré aquí a la escuela de enfermería. El profesor me permitió aprender latín. En esa lengua no existe el usted. Desde entonces, a todos les hablo de tú. Así es como si siempre estuviera yo hablando latín. Me da esa sensación, nada más. Hasta pronto, Ewald.

Una vez que Percy estuvo afuera, giró la llave en la cerradura de la manera más silenciosa que pudo.

Dos sensaciones le eran ajenas a Percy: el miedo y la impaciencia.

En días de mayo como ése, que hacían que lo verde resplandeciera, los senderos del bosque en los terrenos de la clínica estaban muy animados. Pacientes con sus parientes, pacientes sin parientes. Una vez Percy incluso fue saludado por el estruendoso grito de un cuidador que conducía a un grupo de pacientes a una cita. Percy devolvió el saludo. Justo a tiempo cayó en cuenta de que se trataba de Alfons. El Cíclope Alfons. Quien se había formado con él aquí en la escuela de enfermería. Quizá nos veamos luego, había exclamado el Cíclope Alfons. Creo que está difícil, había respondido Percy con otro grito, y pensó que fue después de esa época que Alfons había perdido un ojo. En una pelea con un colérico. El profesor que le había contado esto le había dicho que Alfons no se defendió. Y el no haberse defendido se convirtió desde entonces en el emblema de Alfons. Ambos habían acompañado sus gritos con gestos de las manos.

Cuando a continuación Percy cruzó la plazoleta donde estaba el pozo, la cual le proporcionaba a las zonas al aire libre de la clínica una especie de centro, fue detenido. Un joven que había estado sentado en el borde inferior del pozo brincó de pronto, se le puso a Percy enfrente, pero enseguida con grandes aspavientos le cedió el paso que recién le había bloqueado y le dijo: ¡Haga usted el favor! Hasta ahora han pasado todo tipo de personas frente a Friedlein Vogel, de modo que el barón Schlugen no querrá ser la excepción.

Percy había hecho, o dado a entender, o dicho algo de lo que se arrepentía, pero no acababa de captar qué era. Sólo cuando presenció la escena que se representaba manipulando su nombre o sus nombres, se le ocurrió que a lo largo de los años que llevaba peregrinando por las parroquias y las instituciones que hay entre el Danubio y el lago Bodensee, en algún momento debió haber sido excesivamente comunicativo. Si no fueron las cocineras de la parroquia, entonces tuvieron que ser médicos o gente de enfermería del PLK [Hospital Psiquiátrico Estatal] quienes le añadieron un tono colorido a su fama. ¿Barón Schlugen? Ya ni siquiera sabía a quién le había contado que su madre tenía esperanzas de que los Schlugen alguna vez hubiesen pertenecido a la aristocracia. A ella le gustaba investigar cosas de genealogía.

El que se había presentado como Friedlein Vogel medía por lo menos uno noventa, y era tan flaco que no alcanzaba a llenar la ropa que llevaba. Un mentón como la proa de un barco, y una manzana de Adán que podía competir con la no precisamente diminuta nariz.

Con ceremoniosa lentitud empezó a sacar papeles de su chamarra y a desdoblarlos, y le dijo:

Hace sólo dos semanas no hubiera yo podido estar esperando la oportunidad de hablar con usted. Estoy en la Cerrada, aunque apenas en el nivel dos. Desde hace una semana ya me están creyendo que ni me mataré yo, ni tampoco mataré a nadie más. Por el momento. Mi misión sigue siendo mi misión, pero al farmaconista, Dr. Bruderhofer, le aclaré que mientras yo siga siendo un cero a la izquierda, él no debe temer ninguna acción de mi parte. Candidato a suicida con ambiciones políticas, ésa fue la etiqueta que me acomodaron. ¡Pretende mandar una señal! Pero hay algo que primero se les tendría que explicar con mucho cuidado: mandar una señal —qué manera tan ferrocarrilera de expresarse— es algo que sólo puedo hacer si soy el famoso escritor que tengo toda la capacidad para ser, si bien esto aún no lo tengo en miras. Pasar a formar parte de la élite intelectual no es suficiente si lo que usted está persiguiendo es un chispazo de iluminación histórica. Cociente de inteligencia 147, y en el ámbito del lenguaje 180. A la fecha, once editoriales han rechazado mis manuscritos. A causa de su sintaxis, que vociferaba al cielo su incompetencia, los escritos de rechazo me confirmaron cuán buenos son mis manuscritos. El hecho de que yo no tenga ambiciones literarias, sino una misión histórica, no les entra a esas lumbreras de suplemento dominical. La camarilla americana en el poder tiene que comprender que en la actualidad la paz no se consigue a través de la guerra. Y esta camarilla belicista no se detendrá sino hasta que un escritor no se prenda fuego frente a la Casa Blanca, un escritor de rango secular. Desde que manifesté esto, estoy siendo vigilado por la CIA y el Mossad. El Ministerio del Interior, en donde he suplicado que me asignen protección personal, no reacciona. Naturalmente que no. La CIA y el Mossad, verdaderos cómplices. De guerra en guerra nos hemos acostumbrado a que la guerra sea la única solución para los problemas. Primero creamos problemas, y luego los solucionamos con una guerra. Desde luego hacemos a veces chistes acerca de este o de aquel presidente de Estados Unidos. Cada uno más simplón que el otro. Pronto ya no tendremos que seguir avergonzándonos de nuestros Hohenzollern. La resistencia desapareció en la caja de ropa que es la televisión. Artículo 20.4. La Constitución ya sólo les interesa a los chiflados. Como yo, por ejemplo. Si la CIA o el Mossad me hacen desaparecer, a nadie le importa. Si como autor que marca una época yo me prendo fuego frente a la Casa Blanca, al coloso estadounidense se le caerá la baba. Un autor de renombre mundial, candidato al Premio Nobel, se inmola frente a la Casa Blanca. Y al incendiarme, mi actitud es tan egoís-

ta como la de todos los demás. Platón: El ser humano puede considerar su interés como su bienestar, únicamente si al mismo tiempo toma en cuenta los intereses de sus congéneres. La fuente de donde proviene la cita se proporciona sobre pedido. Y ahora, ¿qué escribo ahora para cumplir mi misión? Poemas. En este momento le voy a leer el más reciente de mis poemas, ahora que está usted al tanto de lo que está en juego.

Y leyó:

Soy el pensamiento divino,
lo máximo superior en todo el infinito.
Sin mí, todo cuanto la existencia abarca
sería nada más maceta sin planta.

Luego preguntó: ¿Continúo?

Percy dijo: Se lo ruego.

Él:

Yo me separé de ti,
para que no te fuera como a mí,
la soledad no es otra cosa que hielo negro,
aunque los poderosos luzcan blancos chalecos.

Dobló el papel, se lo dio a Percy, y dijo: ¿Qué le parece mi idea de intentarlo ahora con poemas?

Te envidio, dijo Percy.

Sabrá usted, dijo el flaco, que el poema me vino a la mente justo cuando comprendí que en realidad los poemas malos no existen. Siempre en un poema está ya dicho todo. Y en poco espacio. Eso me atrajo. Aquel que crea que existen poemas malos es un cortacuellos o un torturador de oficio o un lamebotas. Adiós. Y se detuvo de nuevo. Luego de decir una mentira se quedaba sin poder caminar por miedo de caerse al primer paso. A mí las mentiras me estropean el sentido del equilibrio. Por eso añadiré a continuación a lo que le dije, que le acabo de mentir. Y no se lo estoy confesando a causa de ninguna necesidad de pureza con raíces morales, sino simplemente porque después de que digo alguna mentira, me tropiezo y me caigo. Y esto era la mentira: que en realidad los poemas malos no existen no fue un hallazgo mío, sino de Inocencio el Grande. ¡De quién si no! Además: él quiere incluir por fuerza mis poemas en su antología de Scherblingen. Sin embargo, yo sólo quisiera estar en una antología cuando tenga un libro, todo entero, para mí. Un

libro es como un pilar sobre el cual te puedes trepar y ser visible para el mundo. Adiós. Y se puso en marcha y se volvió a detener y dijo: Necesito testigos. Para mi última salida a escena. ¿Puedo contar con usted?

Siempre, dijo Percy.

Gracias, dijo él y siguió caminando.

Percy oyó que él ahora tarareaba.

Percy se sintió aceptado, aunque sin saber dónde ni por quién. Tampoco es que uno lo tenga que saber, pensó. En especial cuando uno se siente bien. Para él sentirse bien era algo que se manifestaba en las piernas. Lanzaba los pies por delante, con las puntas abiertas hacia afuera de manera casi grotesca. La cabeza erguida con propiedad. Su conciencia de caminante era tan clara, que todos los que lo veían caminar así por fuerza pensaban: ¡Pero a éste qué le ha pasado! Y justo eso era lo que le satisfacía. Él expresaba, él actuaba lo bien que le estaba yendo. Su madre le había dicho más de una vez que a pesar de su corpulencia, su manera de moverse era estupenda. Se le veía que era uno con su cuerpo. Cada uno de sus movimientos era una manifestación de su energía. Cada uno de sus movimientos expresaba que tenía más energía de la que necesitaba. Y: que él dominaba esa energía. Que esa energía estaba a su servicio. Y eso hacía que todos sus movimientos fueran hermosos. Eres un ángel sin alas, había dicho ella. Más de una vez. Y siempre que lo decía sonaba hermoso, un ángel sin alas. Cuando a mamá Fini no le gustaba algo de él, la agarraba en su contra de la manera más brusca; luego le hacía saber cuánto sufría cuando a ella no le gustaba algo de él. Eso hacía que sus halagos fueran dignos de confianza.

Con el tiempo, Percy llegó a sentirse tan a gusto en su cuerpo, que acaso también hubiera salido adelante sin el cantoral continuo que era la aclamación de su madre. ¿O el sentirse tan a gusto en su cuerpo era el efecto de la incesante aclamación de su madre? De momento se sentía bien, porque este contacto con Friedlein Vogel le había resultado. Y sabía que hoy, y quizás también mañana, Friedlein Vogel elogiaría a Percy. Eso era lo más importante. En todo sitio donde estuviese, le gustaba ser digno de aplauso. Tenía la sensación de que todas las frases de encomio que alguien alguna vez en alguna parte le dirigió, ascendían lentamente a las alturas, donde se juntaban formando una especie de nubes celestiales, en las que permanecían como si fueran ecos que se pudiesen recuperar a voluntad. Ah, qué contento se sentía ahora. Y cada vez que estaba contento pensaba en su mamá. No me conduce mi voluntad, decía siempre mamá. Y Percy decía después: A mí tampoco. Al anochecer de un 24 de diciembre, entre Brauchlingen y Merklingen, fue atropellado por un coche que se patinó en la nieve y lo lanzó por la cuneta; el auto sigue adelante, él se

queda tirado, no se puede mover, sin embargo con un palo puede alzar su gorra de cuero hacia el camino, de modo que el pastor Studer, que viene de Brauchlingen de una repartición de regalos en un jardín de niños y desea regresar a su casa en Merklingen, ve el palo con la gorra a la luz de los faros de su coche. Percy es rescatado. Por un tal pastor Studer. Desde entonces lo conoce. La señorita Hedwig, la cocinera de la parroquia, le cuenta a Percy, cuando él llega a principios de año para mostrar su agradecimiento, que el párroco incluso pronunció un sermón sobre Percy. Que un sermón entero trató de cómo al oscurecer, el párroco iba todavía camino de vuelta desde Brauchlingen cuando de pronto vio un palo con una gorra iluminados por las luces de su coche. En diagonal, apuntando al cielo, de la cuneta de la carretera salía un palo con una gorra en la punta. Y frena, acude y encuentra al herido, quien aún ha sido capaz de alzar un palo y de sostenerlo con su gorra de cuero hacia el camino. El accidentado está consciente. El párroco llama a los servicios de emergencia y se queda con él hasta que llega la ambulancia. Antes de ser llevado, el herido quiere saber quién fue quien lo salvó. El pastor se lo dice. Y el herido dice: ¡Felicidades! Al párroco esto le parece extraño. Le pregunta cómo debe entenderlo. Es Nochebuena, dice el herido, lo dice con esfuerzos, porque ahora ya le empieza a doler todo, y además lo felicito por haberme salvado. Ajá, dice el párroco. Y el herido: Piénselo, y entenderá lo que le digo. Y lo meten a la ambulancia. El párroco pensó al respecto, y en Reyes pudo entonces predicar que estaba agradecido, porque en la Nochebuena le había sido otorgado el poder salvar una vida.

Cuando la cocinera de la parroquia le contó esto a Percy, él dijo: ¡Y vaya vida que salvó! ¡La mía! Y ambos rieron.

Frente a la señorita Hedwig, él expresó por primera vez en su vida que no tenía padre. Ella entendió por supuesto que sería huérfano de padre, o que su padre se habría fugado en algún momento. Pero él, sin adoptar un tono de sabelotodo: No. Mi mamá me dijo que me tuvo sin haber necesitado previamente de un hombre. ¡Vaya que la señorita Hedwig dio muestras de asombro! Lo tomó de las manos y le dijo que a ella le había parecido de inmediato que Percy no era como los demás. El pastor Studer entró cuando la hermana Hedwig le decía esto, sinceramente feliz por Percy, y dijo: Hemos estado esperando uno como él. Y se rió. Percy no sabía qué decir, de modo que asintió con la cabeza. En todo caso, dijo el pastor, era una magnífica idea, y sólo esperaba que Percy no se dejara convencer de lo contrario •

Traducción de Gonzalo Vélez

El comienzo de algo

Siegfried Lenz

Con dificultad, Harry Hoppe bajaba por el muelle. Tenía el torso inclinado hacia delante, en una mano una maleta de cartón y en la otra una caja, atada con un cordón. De esta manera se empujaba contra las ráfagas de la tormenta de nieve que ya había empezado en la oscuridad de aquella mañana de víspera de Año Nuevo. El frío se arrastraba desde los almacenes, de las montañas de carbón para los buques y que brillaban mojadas; placas de hielo flotaban en las aguas oscuras del río, haciendo círculos en la corriente, arrastrándose y quebrándose a lo largo del muro; ráfagas de aire pasaban con velocidad sobre ellos, levantaban y crispaban las partes abiertas del agua entre las placas de hielo. Debajo de la tormenta de nieve aparecía Hoppe, al principio únicamente una sombra, un anuncio forzado de sí mismo, salía en el extremo exterior del muelle, con mucho esfuerzo, la frente hacia abajo y contra los golpes del viento, que intentaba abrirle los brazos con el equipaje; apretando el abrigo contra su cuerpo, avanzaba sin cesar hacia abajo, a la caseta verde de aduanas. Cuando estuvo bajo la protección del viento de la caseta de aduanas levantó por primera vez la vista y miró a la cara gris del hombre, que estaba apoyado con el hombro en la caseta y que lo observaba. Era un hombre viejo con chaqueta sucia, zapatos inmensos en los pies, una mochila floja, de la cual sobresalía una báscula —le colgaba en la espalda—; entre las manos tenía una sierra que brillaba con tono azul y a la mitad envuelta con restos de un costal. Permanecía allí inmóvil, únicamente el pedazo cicatrizado de su dedo índice se movía, deslizándose muy cerca sobre la hoja azulosa de la sierra. Hoppe bajó la maleta y la caja atada con un cordón, se quitó la nieve del escote, limpió los zapatos en la caseta de madera y se acercó bastante al hombre, quien lo estaba observando con atención y desconfianza. A la sombra del viento Hoppe veía el camino hacia atrás,

por donde había llegado; veía río abajo, encima de las placas de hielo que allí flotaban: la nieve caía en diagonal, escondiendo del otro lado la orilla, el astillero y el talud pelón, como detrás de una reja blanca de cordones tensados; la nieve se levantaba en remolinos: cuando las ráfagas entraban a la reja, fue lanzada hacia arriba como en una detonación y enseguida bajada justo encima del agua. Mientras la cara de Hoppe estaba volteada hacia el río, contemplaba por el ángulo de sus ojos al viejo, que estaba allí parado en una inmovilidad sospechosa y que sólo frotaba levemente el pedazo del dedo índice sobre la sierra.

«Un día miserable», dijo Hoppe, se volteó y casi tocó al viejo, lo observó un segundo para luego hablarle a su cara gris: «Mi barco se fue, estaba amarrado aquí en este muelle... no hace mucho. Es un buque faro, fuimos a repararlo al astillero». El hombre con la sierra permanecía en silencio, sin moverse, permanecía apoyado en la pared de la caseta.

«Aquí estaba atracado», dijo Hoppe y señaló al muelle sucio, «en este lugar estaba amarrado. A lo mejor lo ha visto, creo que no hace mucho que partió».

«Nada», decía el viejo, «nada»; tragaba saliva, sacudía la cabeza, como si jamás hubiera visto algo, y si acaso hubiera visto algo, no estaría dispuesto a decirlo en este momento o en cualquier otro. Su dedo índice reposaba ahora quieto sobre la hoja de la sierra, su mirada se soltaba del otro y recorría el río, desde donde penetraban desconsoladas las señales de llamada de una barcaza, mutiladas por la tormenta de nieve. La barcaza permanecía invisible.

«No puede haber sido hace mucho tiempo que se fueron», decía Hoppe.

El viejo permanecía en silencio; vio encima de él con rechazo, levantó con indiferencia los hombros, clavó la vista en las placas de hielo, que daban vueltas y que estaban lijadas por el agua sus orillas, y de un azul lechoso, y que llevaban en el centro montoncitos de nieve, pedazos de madera o latas de hojalata.

«No tiene sentido», dijo Hoppe y notó que se lo decía a sí mismo, «no vale la pena esperar. Pronto van a llegar a su posición: me voy a casa». Agarró la maleta, la caja atada con un cordón, echó un último vistazo río abajo, inclinó la cabeza hacia la espalda del viejo, que permanecía allí inmóvil, y se fue. Caminó entre los almacenes, a través de una plaza, cortada por rieles de vía, y subió por un camino montañoso, en el que niños mugrosos jugaban un juego silencioso: en silencio, molestos, esperaron hasta que él pasó. Protegido del viento por un muro

desmoronado, caminó hasta el final del camino montañoso, cruzó una instalación donde pasaba mucho aire, siguió hasta una boca del metro y giró en una calle, que sólo tenía puestos, bares y *varietés*, calentados de forma natural. Un petardo voló con chicheo encima de un muro, quedó un momento allí ardiendo y de repente se elevó con una pequeña explosión salvaje y fue catapultado a las vías del tranvía.

Hoppe se paró, se volteó, miró indeciso a la boca del metro, a la mujer rechoncha con el abrigo largo, que sentada en una silla de tijera enfrente de la entrada, vendía periódicos, y mientras él veía atrás, pensaba «Se va enterar a tiempo, a tiempo».

Suave le aparecía la cara de Anne enfrente de él, una cara como panecillo pálido, que únicamente consistía en limpieza y reproche; él pensaba en ella, escuchaba su voz, el tono de voz de acusación siempre igual, que hacía de cada frase una orden cansada; pensaba en el fastidio quejoso de sus movimientos, cuando veía moronas de pan en el lado de él de la mesa, o cuando quitaba la ceniza de cigarrillo de la silla; era en su mirada, pensaba, donde se encontraba la desilusión temprana del matrimonio, y todavía con el recuerdo presente se dio cuenta de que ya avanzaba por las calles de los puestos y bares.

De lejos se escuchaban desde la cuidad detonaciones sordas, cañonazos, que se oían ahogados en la tormenta de nieve. Hoppe se asustaba cada vez. Una mujer vieja muy maquillada venía hacia él, llevaba en un brazo una botella de leche; en el otro un perro gordo amarillo; ella lo veía con una expresión amenazadora en su cara, se apartó y giró detrás de él a un callejón. Él pasó por una plaza en ruinas aplanada y bajó casi en su totalidad la calle, se encontró con caras desalentadoras a la espera, olía el olor sofocante de grasa asada, hirviendo, que penetraba hacia afuera de los puestos, expuestos al aire. Un cohete salió disparado en diagonal hacia arriba y detrás de él con un silbido espantoso y estalló: la calle de los puestos y bares anunciaba ya la víspera de Año Nuevo.

Hoppe miraba su caja, más oscura por la humedad, la parte de abajo reblandecida, el cordón le cortaba los dedos. Despacio, salió, se dirigió a una reja mojada de tubos de acero y bajó los escalones de cemento hacia un bar en el sótano. «Se va a enterar a tiempo», pensaba, «y cuando Anne se entere de que perdí el barco, va a culparme y dejar de hablarme, como su mamá dejaba de hablar con ella cuando la quería castigar. El silencio nunca había sido otra cosa para ella que un castigo. Ella comenzará con eso cuanto antes...». Bajó la caja, empujó la manija estriada hacia abajo y sintió cómo la manija cedía fácilmente y silen-

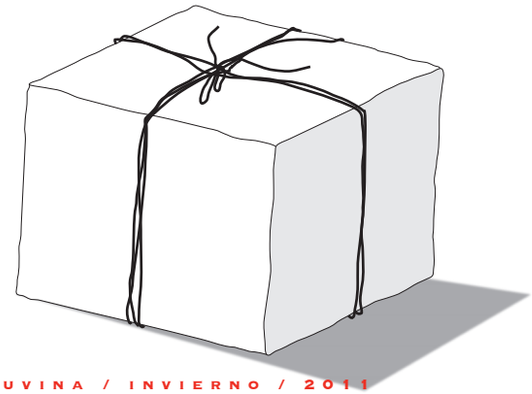
ciosa, y al soltarla se abrió la puerta, y ante el fondo de una cortina de fieltro café, inmediatamente delante de él, estaba parado un hombre con gorra de visera, con la cara salpicaba de puntitos azules, como si fuera de una carga de perdigón. Se vieron mutuamente con sorpresa; después el hombre pasó a un lado de él, por los escalones de cemento hacia arriba de la calle. Hoppe apartó la cortina hacia un lado y entró al bar, pisó un cuarto en penumbra lleno de un olor dulce y cálido; el piso estaba esparcido con serrín, las cubiertas de las mesas estaban cepilladas, brillando mate en la penumbra. El cantinero, un hombre gigantesco en un jersey gris, se encontraba parado detrás de la barra, como si de por vida estuviera encerrado allí; levantó su vista del periódico: juzgaba los zapatos de Hoppe, su abrigo y el equipaje, y sonrió.

«No es un buen día», dijo.

«No», dijo Hoppe.

Se sentó en una de las mesas cepilladas. Encima de él, con ojos fijos, nadaba un pez sierra lento en el humo de tabaco, giraba suave, crujiendo en los alambres. En el techo, una mancha de hollín flameante corría a través del cuarto y desaparecía detrás de un tubo oxidado de una estufa de hierro. La mesa al lado de la estufa estaba ocupada por un hombre y una mujer; miraron hacia Hoppe examinándole, sólo unos segundos, y comenzaron a platicar en voz baja.

«Paula», gritó el cantinero, sin levantar la mirada del periódico. Detrás de una cortina contestó una voz de mujer, la tapa de una olla estalló, se oyeron pasos apresurados detrás de la cortina, una maldición débil; con indignación, se abrió la cortina a un lado y una mujer salió detrás de la barra: un mujer joven con jersey negro, con delantal blanco y un sonrisa tímida. Sonriendo llegó a la mesa de Hoppe, apretó su cuerpo contra el borde de la mesa, esperó, y de repente desapareció la sonrisa de su cara, fue cubierta por un espanto silencioso, que la hizo retroceder instintivamente.



«Harry», dijo ella, « ¡Oh, Harry!».

«Sí», dijo él y miró por un lado de ella a un espejo, en el que aparecía borrosamente su rostro: el cabello rubio ceniza, la frente recta y ancha y los ojos profundos, enmarcados con las letras doradas de una publicidad de aguardiente. Con indiferencia miraba su cara cansada, que todavía era joven, roja, helada por el frío de afuera; en la barbilla, un trocito de papel pegado que cubría una herida de afeitar.

«¿Sabías que estoy aquí?», preguntó Paula.

«No», dijo él, «no lo sabía. He venido por casualidad. Perdí hoy en la mañana mi barco».

«¿Tú eras marinero?», preguntó ella.

«No, estaba en un buque faro, una guardia solo, anclamos afuera en el *Minenzwangweg*, junto a las dunas movedizas».

«¿Y ahora?».

«Ahora, pues nada», dijo él. «Fuimos al dique para arreglarlo y salieron demasiado temprano o yo llegué demasiado tarde al muelle».

«Ahora trabajo aquí», dijo ella, «desde entonces. Tenía que comenzar algo».

Él afirmaba con la cabeza; veía su rostro pálido, la pequeña boca levantada que le recordaba las bocas de los angelitos regordetes de cementerio que escuchan atentamente. El pelo negro estaba peinado liso hacia atrás; en el cuello sin arrugas llevaba una cadena finita. «¿Qué te ofrezco?», preguntó ella.

«Aguardiente», dijo él, «un aguardiente blanco y un caldo».

«El caldo no sirve», gritó un hombre que estaba sentado en la mesa al lado de la estufa, y advertía meneando la cabeza. Estaba borracho. Sus ojos resaltaban como botones y su afilado rostro sin barbilla le daba la apariencia de una rata.

«¿Entonces?», preguntó Paula.

«Ambos», dijo Hoppe, y ella se volteó, lanzó una mirada dura al borracho pequeño y caminó por detrás de la cortina. Las paredes amarillentas por el humo estaban cubiertas con fotografías de luchadores famosos: la mirada firme, la barbilla apretada, con los puños en posición, miraban hacia abajo a las mesas, observando a cada uno, quién estaba sentado allí, con hostilidad oscura. El borracho pequeño contemplaba cómo Hoppe veía la fila de las fotografías y gritó con desprecio: «Serrín, no tienen más que serrín en la cabeza, y sus bíceps están llenos de aire. Sólo pregunta a Henrietta, muchacho, ella sí lo sabe».

«Cierra el pico», dijo Henrietta. Al lado de él se enderezó, con un suspiro, una mujer pesada con la piel de talco, grasosa, con amargura

en su rostro joven; vestía un abrigo de piel gastado que la envolvía como un pellejo desollado. Sus dedos carnosos se doblaban en las palmas de sus manos, la carótida le pulsaba. Lanzó el pelo tupido y gastado hacia atrás, alzó las esquinas del abrigo y tomó un trago.

«Pues, ¿donde está tu Jankel Bubescu?», berreó el hombre pequeño a su lado, «no quiso regresar. Desde hace tres años estás esperando a que regrese. ¿Y ahora? ¿Y ahora? Alguien a lo mejor dejó salir el aire de sus bíceps, y además también su cerebro. A lo mejor tu *Pantera de Przemysl* ha vuelto a ser un viejo neumático de bici».

«Va a regresar», dijo en voz baja Henrietta.

El borracho pequeño con los ojos de botón reía.

«¿Por qué?», gritó, «¿por qué piensas que va regresar?».

«Porque es el hombre más fino que existe. Nunca jamás hubo un hombre tan noble en esta ciudad como Bubescu, nadie lo alcanza».

«Era un cobarde, con nada más que serrín en su cabezota. Tres años te dejó esperando, y esos años se esfumaron, esos años se esfumaron».

El cantinero levantó con calma su mirada, miró al pequeño y dijo: «Bubescu era un hombre fino, no hay más que decir de él en mi establecimiento».

«Así también luce este establecimiento», dijo el pequeño y expulsó un silbido, delgado y penetrante como el de una rata.

«Encárgate de tu propia basura», dijo Henrietta.

La cortina detrás de la barra se movió, resaltando una silueta; Paula salió, caminó con una sonrisa alterada hacia la mesa de Hoppe, colocó delante de él un tazón de caldo humeante, un vaso con aguardiente, y mientras todavía servía, dijo —y Hoppe sabía que lo que ella iba a decir lo había pensado detrás de la cortina—: «Voy a casarme, Harry».

Él no contestó, levantó su vaso, meneó la cabeza y bebió; fatigado, reclinó la cabeza, dejó fluir el alcohol entre su muelas doloridas y tragó y se sacudió.

«¿Todavía los dientes?», preguntó ella.

«Me rendí», dijo él, «se veían muy bonitos, pero todos están flojos. Al final sólo me queda la lengua, para lamer la herida».

«¿No sirvió el tratamiento de entonces?».

«Ya no nos ayuda ningún tratamiento», dijo Hoppe, «sólo nos podemos hacer de nuevo, con todo nuevo. Lo que nos falta es un comienzo nuevo».

«Eres terrible, Harry».

Ella se sentó con cuidado en una silla a un lado de él, vio su equipaje en la pata de la mesa, contempló cómo removía el caldo, levantando la

pasta y las verduras troceadas, y cómo comenzaba a sorberlo, a duras penas y con los ojos cerrados. Fuertemente engulló el caldo, levantó los labios, jaló más aire, cada trago le daba alivio.

«¿Y tú, Harry?», le preguntó ella, «¿estás casado?».

«Más o menos», dijo él.

«¿Cómo es eso, de estar casado más o menos?».

«Con eso se puede imaginar todo».

«No debiste haber venido, Harry».

«Me voy enseguida».

«No tienes que irte, no porque esté yo aquí. No cambiaría nada».

«Entonces tráeme otro aguardiente», dijo él.

Paula se levantó, se inclinó; levantó la caja, la llevó sin una palabra al otro lado, a la estufa de hierro y la puso de tal manera que la parte inferior, negra por la humedad, quedara hacia la estufa, en donde crepitaban y zumbaban las brasas. Hoppe la observó con el rabillo del ojo, movió el caldo, pensó: «Pues hasta aquí, y ahora comienza como entonces».

Ella estaba parada detrás de la barra, llenaba su vaso, y cuando la miró a la cara, ella sonrió: entonces le trajo el vaso lleno, quitó el vacío de la mesa, se quedó dudando al lado de su silla, parada, una mano debajo del deslavado delantal limpio.

«Tengo que hablar contigo», dijo él.

«No puedo, no aquí».

«Entonces más tarde, en algún momento de este mismo día».

Ella no contestó, se volteó y desapareció con el vaso vació detrás de la cortina, que se arrugó por un momento y luego cayó en su lugar. Una niña friolenta con un tambache de periódicos entró al bar. Llevaba calcetines de algodón, guantes cafés que tenían los dedos pulgar e índice cortados: se movió tímidamente por el bar, hizo una reverencia ante el cantinero, colocó un periódico en la barra y salió, acompañada sólo por el sonido de succión que provocaban sus botas de lluvia.

Hoppe bebía, con la cabeza torcida de lado, dejando pasar el alcohol entre sus dientes, cuando el borracho pequeño de la esquina de la estufa se levantó y gritó: «¿Cómo te llamas? ¿Pues de dónde eres?». Salió con esfuerzo afuera del rincón, llegó dando traspiés a la mesa de Hoppe, acomodó una silla y se sentó y lo miró con interés desconfiado.

La cara sin barbilla se empujaba muy cerca de la mesa hacia delante. Debajo de la mesa pegó su pie contra la maleta de cartón de Hoppe.

«Es una maleta miserable», dijo, «¿quieres ir de viaje con eso?».

«Quería».

«¿Y ahora qué?».

«Ahora, pues nada, ahora me quedo aquí».

«No es un buen día para quedarse. ¿Eres de un bote?».

«Sí».

«¿Y? ¿Por qué no estás en tu bote?». Le dio al pez sierra un golpe, el pez dio vueltas, se movió crujiendo en los alambres y dejó de oscilar.

«¿Perdiste tu bote?», le preguntó, mientras Hoppe permanecía callado: «No te pongas contento demasiado pronto, conocí muchos que querían cambiar de bote y entonces pensaban que tenían todo por delante. Así que no te pongas contento demasiado pronto».

Se movió de la mesa, se fue por el bar, apoyándose en el respaldo de la silla y los cantos de la mesa, a la esquina de la estufa, donde se estaba secando la caja de Hoppe. Con desprecio vio la caja; sin apoyo, su cuerpo oscilaba hacia delante y hacia atrás, se inclinaba de lado, parecía que iba a caer con el rostro contra la estufa caliente, pero no cayó, compensaba cada oscilación con un rápido movimiento contrario, y de repente golpeó con su pie derecho en la parte inferior reblandecida de la caja: la punta del pie atravesó el cartón. El cartón chocó retumbando contra la estufa, y, por la fuerza de su propio golpe, el borracho pequeño se tambaleó hacia atrás, hasta la barra. Cuando su espalda chocó contra la barra, salió rápido un brazo inmenso entre las llaves de cerveza, automáticamente, como si no perteneciera a ningún cuerpo; una mano pegó contra el borde superior de la chaqueta, levantó al hombre pequeño; entonces Hoppe vio la sombra de la otra mano que se movía velozmente por el aire, pegando con el borde, en un punto entre el cuello y la clavícula. El borracho pequeño miró con sorpresa, incrédulo. Sonrió desconcertado, y esta sonrisa estaba escrita en su rostro cuando la mano que lo sostenía lo soltó repentinamente. Dio una vuelta una vez sobre sí mismo y cayó sobre una mesa.

«Lo siento», dijo el cantinero, «lo vi demasiado tarde».

«El cartón había cumplido su tiempo», dijo Hoppe.

«Dale a Ludi mi coñac», dijo Henrietta. Ella pasó el vaso de coñac por la mesa, el cantinero lo tomó y lo llevó lentamente al hombre, que estaba acostado con la cara hacia abajo en la cubierta de la mesa gimiendo débilmente. Hoppe ayudó al cantinero a voltear a Ludi y a introducirle el coñac.

«Es un buen sujeto», dijo el cantinero. «Sólo que hoy tiene un mal día».

«¿Quieren que lo lleve a casa?».

«Aquí está en casa».

Paula abrió la cortina, vio asustada al hombre pequeño. Su cara estaba torcida, los párpados no estaban completamente cerrados. Un hilo delgado de saliva chorreaba de su boca. Al deglutir bajaba la manzana de Adán por el cuello amarillento. Hoppe sentía cómo las manos de Paula se estaban cerrando alrededor de su antebrazo; por su angustia aumentaba continuamente la presión de los dedos.

«¡Oh, Dios, Harry!», dijo ella.

«Él está bien», dijo Hoppe, «al menos no peor que alguien en esa situación. Ahora vuelve en sí».

El cantinero jaló al hombre pequeño hacia arriba, frotó sus mejillas gastadas, lo olió y, satisfecho, lo dejó hundirse en la mesa. Sin una palabra, regresó con su periódico detrás de la barra.

«Pronto me relevan», dijo Paula con voz baja.

«Mejor».

«¿Vamos entonces a algún lado?».

«Claro. A donde tú quieras».

«Me alegro, Harry».

«Sí».

La puerta del bar se abrió, no la escucharon, sólo por la corriente de aire que entró se dieron cuenta; una mano pequeña, sucia, empujó entre las cortinas de fieltro, no más que una mano que rápidamente lanzó dos, tres bolitas de papel color verde tóxico al piso, bolitas crepitantes que explotaron con una llama viva de color violeta. Paula fue a la puerta con cuidado, pero antes de que pudiera alcanzar la cortina, cerraron de golpe la puerta, riéndose, y se oyeron pasos de huida afuera en la escalera. Paula regresó.

«Es terrible», dijo ella.

«Hoy es víspera de Año Nuevo», dijo Hoppe.

«¿Por qué tienen que detonar algo así nomás?».

«Porque hoy está permitido».

«Tengo que irme ahora».

«Te espero», dijo él.

El hombre pequeño con la cara de rata se movió encima de la mesa, primero levantó los párpados y parpadeó, después se enderezó, sonrió asombrado mirando alrededor. Se frotó el cuello. Se limpió la boca con la manga. Con cuidado tocó al pez sierra, le bufó amablemente.

«¿Te sientes bien?», preguntó Henrietta.

«Muy bien, Henrietta. ¿Quieres jugar un partido?».

«Juguemos un partido».

«Ninguna palabra más contra Jankel Bubescu», dijo él, «él sí llenaba el traje».

Ellos fueron a una maquinita, que estaba colgada al lado de una vitrina de cristal. En la vitrina había cigarrillos, chuletas en gelatina adornadas con pepinillos, anguila ahumada y empezada, cuyo pellejo comenzaba a arrugarse; rollos de bombones y paquetes de tabaco. Ellos metían un *groschen*[1] en la rendija de la maquinita, bajaban la palanca hasta oír un chasquido; los dos discos giraban con los números, brillando, cada vez más rápido, hasta que no podía reconocerse ningún número ni raya de separación; de repente apretaban un botón y los giros de los discos se volvían más lentos, hacían un *clic*, se encendía una lucecita, y a veces, cuando ya se había apagado el ruido de la maquinita, cuando el silencio significaba una pérdida, una solicitud para una nueva apuesta, entonces seguía con un retraso desafiante un matraqueo, un tintineo intermitente, y por la rendija cubierta les escupía unos cuantos *groschen* de regreso. Hoppe observaba cómo jugaban, oía el ruido de palancas, oía el ruido del salto de resortes de metal retumbando, el zumbido de los discos girando; decidió jugar un partido. Pero, todavía antes de levantarse, el cantinero alzó la mirada, vio alrededor y como únicamente encontró la mirada de Hoppe, le dijo desde la barra: «Esto encaja con este día».

«¿Qué, qué pasa?».

«Lo que escriben aquí», dijo el cantinero. «Otra vez los panameños chocaron con uno de sus buques un barco afuera en la desembocadura, por el medio, y lo hundieron, nadie se ha salvado».

«¿Cuándo fue eso?», preguntó Hoppe.

«Está en el último periódico, pasó en la mañana con la tormenta de nieve y la oscuridad. Era un buque faro, uno de los viejos barcos de reserva que estaba camino a su ancladero. La lista de los fallecidos está anexada enseguida: toda la tripulación, cada uno de los once».

«¿Once?», peguntó Hoppe.

1 Moneda alemana de 10 centavos de esa época *(N. del T.)*.

«Sus nombres están impresos; a dos los pescaron, pero fallecieron a bordo del barco de los panameños».

Hoppe se levantó, caminó a la barra, agarró en silencio el periódico y se dio la vuelta; lo primero que vio fue la foto de su barco: el poste alto del faro en el centro, los dos mástiles con los cabos, el bauprés recortado que daba al buque faro una apariencia de un velero achaparrado, y en la línea de la crujía del costado reconoció el nombre, grande y hasta la línea de flotación: leyó: «Lund II». Estaba parado con la vista clavada en el periódico. Tocó con los dedos la foto, vio el barco, cabeceando con calma en su cadena larga de anclaje, pensó: «Broderson, el viejo Thieß», veía la luz con destellos girar rítmicamente en la noche, oía gritar a Jörgensen desde la popa con su caña de pescar para caballa, el rechinido de la placas de hielo en la línea de la crujía afuera...

«¿Qué pasa?», preguntó el cantinero.

«Nada», dijo Hoppe.

Bajó el periódico, leyó los nombres de los muertos impresos en seminegrita, leyó: *Harry H., 32 años, casado*, y no siguió leyendo. Empujó el periódico al cantinero, el periódico resbaló a unas manchas de cerveza, se empapó, cambió de color; el cantinero lo secó rápidamente, lo agitó y sacudió la cabeza. Hoppe regresó a su mesa, se sentó, entresacó del bolsillo de su pantalón un paquete arrugado de cigarrillos, empujó un cigarrillo, lo enderezó en la cubierta de la mesa y lo guardó otra vez en el paquete. Pensó: «Tengo que comprar un periódico, la vieja de la boca del metro no tiene cambio, diez centavos de cambio, leer a solas...». Levantó la maleta de cartón a la mesa, soltó uno tras otro los candados, bajó la cabeza detrás de la tapa levantada. Los dedos se deslizaban en el borde inferior de la maleta, tocándola; se sumergieron debajo del contenido, atado en diagonal: el jersey azul, la gorra tejida, la bolsa de hule fría y lisa, con las cosas de afeitar. Hoppe sacó la bolsa de hule, la puso en una silla y cerró la maleta y la dejó debajo de la mesa. Permaneció sentado allí, inmóvil, en la oscuridad del bar.

«Tú», dijo el pequeño borracho, «¿qué pasa? ¿Qué hay de ti y un jueguito?».

«Ahora tengo que irme», dijo Hoppe.

«¿Nada?».

«A lo mejor más tarde».

Pagó al cantinero, metió la bolsa de hule a la bolsa del abrigo, fue por la caja a la esquina de la estufa; apresurado, ajustó el cartón encima del hoyo, tocó la parte inferior y agarró la maleta y la caja con una mano.

«Hasta luego», dijo. El cantinero afirmó con la cabeza.

Afuera, un inválido con bigote regaba ceniza sobre los escalones del bar. Hoppe esperó; observaba cómo las ráfagas de viento jalaban de la pala la ceniza en pequeñas banderolas; oía el paso crepitante del inválido que, con esmero, sin ponerle atención, seguía regando, y mientras esperaba sentía cómo el viento frío chocaba, apuñalando sus dientes. La última pala de ceniza rozaba sobre los zapatos de Hoppe; el inválido se dio la vuelta, tiró la pala al bote de mermelada y subió haciendo crujir los escalones. Hoppe le siguió. Cuando alcanzó la escalera arriba, escuchó su nombre. Paula estaba en la puerta, encogida por un escalofrío. Rápidamente subió, quedó un escalón debajo de él y lo miraba.

«¿Ya te vas?», preguntó ella.

«Regresaré».

«¿Cuándo?».

«Enseguida, Paula. Vuelve adentro».

«Tengo que hablar contigo, Harry».

«Lo sé. No tardo mucho».

Regresó por la calle, por la que había llegado, pasando por los puestos y bares, tugurios, *varietés* deslucidos con porteros firmes, adornados en dorado, de pie con las manos anchas metidas en guantes. Más adelante, carros con ruedas pequeñas, viejos carros de circo en los que vendían libros sobre consejos de amor y salchichas, enseguida la carpa de lucha libre que colgaba y que sacudía el viento. Llegó hasta la boca del metro. Le dio un *groschen* a la mujer chaparra que vendía los periódicos, tomó el periódico por debajo de un toldo que estaba como protección encima de la silla de tijera y caminó detrás de un muro de concreto. Abrió el periódico. Buscó la foto de su barco y, mientras buscaba, tenía la impresión de que todo el mundo que pasaba lo miraba, que todos los rostros se levantaban de su encapuchamiento, desconfiados, rígidos por la sospecha. Hoppe cerró de nuevo el periódico y lo guardó en su bolsillo interior. Caminó la calle *Bergstraße*, por las instalaciones por donde pasaba aire, al lado de árboles de color negro mojado y arbustos pelones que flanqueaban el sendero; caminó hasta el muro desmoronado cuando dos niños le cerraron el camino.

«Tienes que ayudarnos», dijo un niño.

«No tengo tiempo», dijo Hoppe.

«Jugamos *quemados*», dijo el niño.

«Pues sigan jugando».

«No podemos seguir jugando», dijo el niño, «falta Rudi. Desde su último *quemado* desapareció. Lo hemos estado buscando desde hace dos horas, pero nadie lo encuentra».

«Eso puede ocurrir», dijo Hoppe, y empujó los niños sucios a un lado, bajó la calle otra vez hasta el muelle, otra vez a la caseta verde de aduanas para protegerse del viento. El hombre con la sierra estaba desaparecido. Hoppe bajó el equipaje, se reclinó contra la caseta y sacó el periódico y leyó todo otra vez; otra vez vio la foto oscura de su barco, el bauprés recortado, que le recordaba siempre a un asta cortada de un pez aguja... escuchaba sus voces, la voz de Brodersen, la voz de Jörgensen... seguía la luz girando encima del agua, que resplandecía verde... las sombras de los barcos apareciendo en la noche... afuera, en las dunas movedizas, con cadena larga de anclaje en el *Minenzwangweg*... leía y leía: *Harry H.,32 años, casado*. Pensaba en Anne, pensaba: «Ahora Evers estará sentado con ella, muy planchado y dándole un cálido pésame, le va a explicar delicadamente que su esposo, uno de nuestros mejores, fue víctima de un accidente —jefe de oficina con la preocupación en su lugar, preocupación a la medida—, sí, su esposo era uno de los mejores, y le vamos ayudar como se requiere, manteniendo su recuerdo con honor».

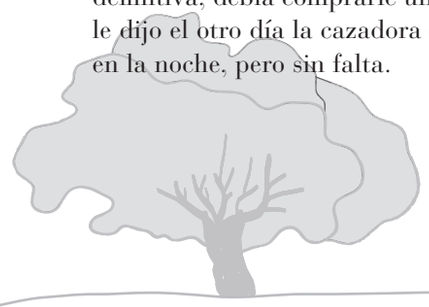
Hoppe miraba encima del río: viento y nieve, bajó la mirada a las placas de hielo flotando, arrugó el periódico y lo lanzó al río. Encendió un cigarrillo. Se apoyó fumando en la caseta que no tenía ventanas; volteó de repente la cabeza, salió de la protección del viento y miró abajo por el muelle; observó los tragaluces de los silos, se quedó quieto y escuchó el ruido áspero de un tranvía lejano. Entonces regresó, levantó sin dudar la caja y la dejó caer justo a su lado entre las placas de hielo: un profundo «wumm» surgió hacia él, un sonido como un profundo suspiro de felicidad. Agarró con calma la maleta de cartón, la llevó hacia atrás, como un disco, se impulsó con la cadera y lanzó la maleta con un prolongado empuje del brazo hacia fuera, al río. La maleta chocó con una placa de hielo, la raspó y resbaló al agua abierta No se hundió. Se empapó de agua y flotó, encerrada entre las placas de hielo, río abajo. Hoppe esperó hasta que la maleta y el cartón hubieron desaparecido detrás de la reja blanca de la tormenta de nieve; entonces tiró la colilla del cigarrillo y caminó hacia arriba, a la ciudad, lentamente, entre los torbellinos de nieve •

Traducción de Frank Kloster

De noche

Monika Maron

Excepto la de su propia casa, no había ninguna ventana con luz en toda la calle, ni una siquiera. Nadie había olvidado tan siquiera apagar la luz. Seguía nevando. Una brillante capa de nieve intacta cubría la sucia y helada del día anterior. Johanna dio el primer paso con cuidado y verticalmente en la nieve, por lo que se marcó una clara huella de su zapato, la única en la calle. Hey, camina, dijo al perro, que se había detenido junto a ella y esperaba que le indicara la dirección. Después corrió al galope hasta la siguiente esquina, donde podía comprobar la posible presencia de sus congéneres desde los tres lados. Como no encontró a ninguno, bajó la nariz; no detectó ningún olor en la nieve fresca y se iba y venía, de acá para allá, confundido entre los árboles del pequeño parque. Johanna se puso el gorro y el chal con que cubría su boca; su aliento húmedo permaneció fijo en la lana. No comprendía exactamente por qué sus pasos producían aquel ruido infernal en la nieve, probablemente millones de cristales que se rozan entre sí. El golpeteo claro de las bandas de aluminio del collar en el cuello de Bredow le indicó que andaba por el parque, registrando directamente en el grueso cerco de arbustos deshojados. En definitiva, debía comprarle un collar con luz: un perro negro lo necesita, le dijo el otro día la cazadora del número catorce; sólo debía colocárselo en la noche, pero sin falta.



Johanna llamó al perro. A pesar de que bajó la voz, le sonaba a ella misma fuertemente cortante, como si se prohibiera en general llamar algo en este silencio. Bredow, dijo afónica, casi susurrando. El perro salió de la maleza. Corrió hacia ella, como un tijerazo, por la blanca superficie. Nada, excepto Bredow y ella, se movía a todo lo largo y ancho; ni el más ligero viento se sentía. No tenía frío, a pesar de que casi siempre tenía frío. Lanzó a Bedrow una bola de nieve, él la devoró y salió corriendo hacia atrás contoneándose delante de ella. Si ella no lanzaba la siguiente bola de nieve, ladraría en medio de ese silencio insondable. Después de la tercera bola sólo sacudió un poco la nieve con la punta del pie. Bredow saltó hacia los copos de nieve más grandes, la nieve le colgaba centellante en la barba y en las cejas. Qué lindo perro eres, dijo Johanna.

Ya en la puerta de la casa, miró hacia la ventana del segundo piso. Desde la oficina de Achim salía opacamente la fría luz de la lámpara halógena. ¿Su marido siempre trabaja?, le había preguntado la cazadora. Podía verlo directamente en la ventana y lo había descubierto en el escritorio, en cualquier momento de la noche. Ella lo sabía, su marido no se sienta en el escritorio, más bien en la peana. Un día había decidido cazarse a sí misma, desde entonces ya no molesta más.

Ven, dijo Johana al perro, vamos por otra vuelta.

Bredow, feliz por el inesperado vuelco, saltó al otro lado de la calle y marcó los árboles de enebro, en el patio de la casa de la esquina.

Evitaron las grandes avenidas que dividen el barrio en todas direcciones, como anchos ríos, de los barrios colindantes. Frente a la oficina postal, donde Bredow de vez en cuando ya había encontrado otros perros, se detuvo y, cuando la puerta automática se deslizó en silencio, corrió a la antesala, donde él esperaba molesto, pues Johanna no lo seguiría sino hasta que la puerta volviera a abrirse y lo liberara. Johanna debía reír, y repetían el juego de la puerta dos veces más.

En la calle de Berchtesgadener vieron una huella fresca que, desde la entrada de una casa, en unos veinte metros, iba a lo largo de la acera, hasta un hueco para estacionar en el que obviamente había estado parado un coche durante la nevada: la primera huella humana que encontraron esa noche.

Antes, pero mucho antes, cuando aún no tenía coche ni dinero para taxis, cuando aún vivía con sus padres y después en aquella ruina de la calle Metzer, andaba con frecuencia sola por la ciudad, cuando volvía de una fiesta o si, en medio de la noche, quería visitar a alguien que no estaba en su casa. Recordaba con exactitud la sensación de triunfo, en la que ella había podido desplazarse en la profundidad silenciosa de la ciudad abandonada por la gente, cuando se había imaginado que todas las personas habrían muerto o huido y todas las casas y las calles le pertenecían ahora. Ella, Johanna, había conquistado la ciudad, sin luchar, por la mera existencia; pues algún fantasma que había acabado con todos los demás no la afectó. La ciudad era suya, sólo de ella.

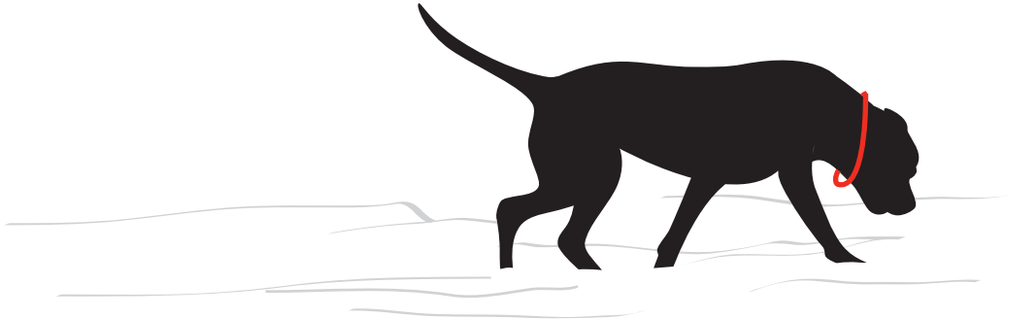
Johanna no sabía si para entonces ella no tenía miedo o si el miedo era parte de eso, porque éste debía ser conquistado como la soledad. Quien estaba solo y era responsable de su propio miedo era adulto. Más tarde, cuando nadie podía dudar que era adulta, ella retiró probablemente su reto a la ciudad. Sólo se había hecho cargo de los caminos solitarios durante la noche, cuando eran inevitables, y las ventanas iluminadas más bien la tranquilizaban y no permitían que se imaginara a los enemigos sobrevivientes detrás de ellas. La ventana iluminada de Rosi B. le hacía recordar que casi siempre la había acogido como la señal de un faro en la entrada de su calle. Algunas veces también había tocado a su puerta; una vez, incluso, en la madrugada, a las tres y media. Rosi había abierto la puerta: en una mano el tejido, una sonrisa infantil en su cara redonda y abultada de cortisona dijo sin mostrar signos de asombro: ¡Ah, eres tú!, entra. Le había ofrecido una taza de té y, ya que Johanna había aceptado un vino a esa hora y en su ambiente, abrió una botella, aunque ella misma tomó té. Ella no estaría en condiciones de beber alcohol, había dicho probablemente. Que no era capaz de algo para lo que los demás sí estaban capacitados, era parte de los recurrentes comentarios de Rosi, que añadía o anticipaba, con su robusta y sensata voz, como una información que se solicita en casi todas las conversaciones.

Algunas veces también había tocado a su puerta; una vez, incluso, en la madrugada, a las tres y media.

Lo que Rosi oía de los proyectos de otras personas, o lo que contaba ella misma, lo completaba mediante la notificación de que ella misma no sería capaz de hacer eso mismo, y observaba a sus interlocutores con expectación y paciencia, como si ellos debieran tener una cura para su infelicidad. Rosi era una actriz. Johanna la había visto en papeles importantes, cuando Rosi todavía era una estrella. Se contaba que Rosi había enfermado desde que su marido, un director, trabajaba en el teatro en Düsseldorf y allí vivía con una actriz, cuando no estaba con Rosi y sus dos hijos en Berlín Oriental. Rosi negó la relación. A veces, su marido traía a la actriz a Berlín Oriental, donde Rosi cocinaba para los dos. Rosi decidió ver en la actriz a una amiga. Algunas veces, Rosi había decidido ir a un estreno en Düsseldorf. Desde que se había mudado, hacía casi ya seis años, Johanna no la había visto más. Tengo que visitarla —pensó—, sin falta mañana, o la semana que viene.

Ahora Bredow había descubierto bajo la nieve un olor que le interesaba. Escarbó en la nieve y lamió la capa de hielo de abajo, probablemente la orina congelada de algún contrincante que Bredow derrotó. Orinó su legado caliente sobre ella y con la cola erguida siguió corriendo.

Desde hace un año, tal vez dos —sucedía cada vez con más frecuencia que un acontecimiento había ocurrido antes de lo que Johanna creía—, hace algún tiempo alguien le había dado un saludo de parte de Rosi; nada más: sólo un saludo. Había sentido un deseo fugaz de las palabras y frases peculiares de Rosi, en las que se mezclaban un dialecto de un pueblo alemán del norte con la experiencia lingüística de Shakespeare y de Brecht y que, por la precisión esmerada con que Rosi contaba, sin importar si hablaba de un patrón de tejido de punto o de la amenaza de guerra nuclear, siempre sonaba un poco divertido. Por ejemplo, a un sujetador Rosi le decía un trapo de tetas, y el recuento sobre la árida separación de alguna pareja de actores siempre lo terminaba con la frase: Si en verdad fue correcto o no, que ella le lanzara, uno por uno, su colección de discos por la ventana, tampoco lo sé.



Seis años viviendo en aquella zona, a doce minutos caminando al sur de los grandes almacenes KaDeWe, y Johanna no conocía a un solo ser en cuya puerta pudiera tocar, simplemente así, de paso, y de ningún modo ya por la noche. Sólo en los últimos meses, desde que sale con Bredow tres veces al día alrededor de la manzana, ha llegado a conversar una y otra vez con otros dueños de perros, de quienes apenas conocía los nombres de sus animales, y nunca había sentido el deseo de algo más que compartir las direcciones de veterinarios. O como cuando el episodio de los collares luminosos, con la cazadora. Por el contrario, disfrutaba de los paseos solitarios por la noche, cuando no pudiera encontrarse ni a la señora Cindy (West Highland *terrier*) o a la señora Rambo (Dackel *terrier* mestizo) ni al señor Kitty (dálmata) o incluso al Sr. Natalie (podenco). Aunque para Bredow el placer de cada salida parecía consistir precisamente en eso, en encontrarse con otros perros, Johanna sentía que esos encuentros molestaban su relación con él de manera que a ella misma le parecía ridícula. A la vista de un perro, Bredow sólo se interesaba por él y remitía a Johanna a su compañía humana, como en efecto corresponde a la naturaleza de todos, pero justo por allí se dificultó la particularidad del vínculo entre ellos, Johanna y Bredow. No es que Johanna envidiara el olfato, el salto o los juegos del perro o que ella le hubiera atribuido un pensamiento o comprensión humanos, pero desde su fatal encuentro con Bredow, en la salida de la autopista, donde Johanna en ese entonces había liberado a un perro sin nombre y con la nariz mocosa de un contenedor de basura, donde una persona sin corazón lo había atado, ella creyó que era una coincidencia, que debía significar más, como que ella ahora, al igual que otros millones de personas, también tenía un perro y por ello se unía sola a ese millón de personas y, cuando Bredow encontraba a sus congéneres, debía hablar con ellas. Cuando andaba de noche sola con él, eran precisamente lo que Johanna veía en ellos: dos criaturas, cada una de las cuales cuidaba de la otra.

Sólo en los últimos meses, desde que sale con Bredow tres veces al día alrededor de la manzana, ha llegado a conversar una y otra vez con otros dueños de perros...

Bredow, que entre tanto andaba tranquilo junto a ella, se detuvo repentinamente, levantó las orejas, de modo que sólo las puntas de afuera se inclinaran hacia delante, y miró concentrado hacia la intersección delante de ellos, donde segundos después el brillo azulado de los faros anunciaba un coche que se aproximaba. Al poco tiempo de eso, rodó lentamente de izquierda a derecha y dejó atrás dos ranuras profundas en la nieve. Ya, dijo Johanna, vamos otra vez a la oficina de correos •

TRADUCCIÓN DE JUAÍSCA RODRÍGUEZ Y CHRISTINA LEMBRECHT

Rojo
(fragmento)

Uwe Timm

Estimados familiares y amigos del difunto:

Estamos ante alguien que supo aprender de sus experiencias, y eso es lo mejor que podemos decir de él; alguien que no fue testarudo, que se entiende a sí mismo como un ser en constante proceso de evolución; Edmond, que una vez quiso contribuir a fundar un verdadero partido revolucionario en Alemania, que mantuvo en alto la tradición de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tse-tung. Edmund, que el 1 de mayo era uno de los doce miembros del Buró Político que portó por las calles la pancarta de doce metros de ancho y tres metros de alto, montada en unos troncos de bambú, la cual mostraba las cabezas de los antes mencionados; él, que una vez superadas las dudas sobre su lealtad constitucional —pues en verdad había pretendido fundar una República Popular según el modelo chino—, y en vistas de que no pudo entrar a trabajar como maestro en el servicio público, había empezado a comprar a granel vino francés en aquellos sitios adonde había ido a trabajar durante las vendimias. Compró primero por botellas, luego por cajas. Viajó por todas partes y, a veces, lo acompañaba Vera —que también había estado en el Buró Político—, y los dos empezaron a almacenar las botellas en el sótano del edificio multifamiliar donde vivían alquilados por entonces. Ofrecieron el vino en venta entre el círculo de amigos, bien selecto, a precio relativamente asequible, y ellos mismos lo probaban a menudo y lo bebían en cantidades. Edmond entró con buen pie en el negocio, era el momento justo para ello. Se expandió. Abrió vinateras, tiendas mayoristas, vendía vinos franceses, pero también *foie gras*, mermeladas, miel, vajillas, asadores de hierro fundido, libros de cocina y, por supuesto, también organizaba veladas de degustación. Muchos maestros y maestras graduados, con examen estatal aprobado, dirigen sus filiales, veteranos del sesenta y ocho que, tras un procedimiento de audiencia, quedaron excluidos debido a sus actividades subversivas y anticonstitucionales, o gente que ni siquiera intentó entrar en el sistema, o que ni siquiera recibió el empleo por causa de la llamada «avalancha de maestros». Cinco meses antes de que la organización para la creación de un Partido Comunista de Alemania —un partido fiel a los principios y comprometido con la revolución— se disolviera por sí sola, Edmond, sencillamente, ya se había apartado de sus filas y se había independizado gracias a su negocio de vinos. Cuando, al cabo de un par de años, empezó a crear las filiales, les dio empleo a sus antiguos compañeros de partido, no sólo a los de su grupo de antes, sino también a los de otras organizaciones comunistas de base que, entretanto, también se habían disuelto. Aquellos revolucionarios, gente que antes combatía ferozmente entre sí, representantes cada uno de la otrora única línea partidista correcta, vendían ahora juntos, en un negocio, el vino francés. Ellos, que antes se habían insultado en plenas discusiones, llamándose «Traidor a la clase obrera», «Siervo del capitalismo», «Agente a sueldo del capital», «Parásito con piel de obrero», discuten ahora con los clientes acerca de la calidad de las añadas de los vinos de Borgoña y Burdeos, así como de problemas políticos, del medio ambiente, del Tercer Mundo, de la corrupción, de las donaciones partidistas, aunque esto último lo hacen sin estrecheces, sin dogmatismos, más bien de un modo calmado, mientras el buen vino rojo (digo, tinto), mientras el queso y el *foie gras* hacen lo suyo, convirtiéndolos en demócratas serenos, moderados y fieles a la Constitución, o por lo menos eso era lo que afirmaba Edmond. De esos depósitos de vino, creo, Edmond llegaría a tener unos once, repartidos por toda la llanura del norte de Alemania.

Hace seis años Edmond y Vera compraron la casa, con techo a cuatro aguas, tejas de pizarra, grande, luminosa, con vistas a la linde del bosque. Vera fue quien la decoró. Ella colecciona grabados y carteles, antiguas vajillas campesinas francesas, pintadas a mano; lo único que no tienen es hijos, por desgracia, pero por lo demás todo les va bien.

Genial.

Sí, durante muchos años han sido uña y carne. Vera abrió en las tiendas un departamento de artesanía en el que vendía tazas, fuentes y copas de Francia, todo lo que forma parte del *lifestyle*. Y también ella es *tough*. «*She is beautiful. She is ginger*». Dice Edmond. También se compraron una casa en Francia, «una casita», dicen ellos, «*une petite maison*». De todos mis conocidos, son los que más tiempo llevan juntos. Un matrimonio muy interesante, hay que decirlo así.

¿Y todavía funcionaba? ¿Es decir, en la cama?

Y de qué manera. Era uno de esos matrimonios apasionados, de esas parejas que se pelean hasta sacar el cuchillo, literalmente, pero que siempre se reconcilian después; en la cama, por supuesto. Un matrimonio como una puesta en escena de ópera.

¿Y tú cómo lo sabes?

Pues yo dormí varias veces en su casa de Hamburgo. Probablemente ello también formara parte de esa representación operística, esa necesidad de tener espectadores, o más bien oyentes, les daba cierto toquecito perverso. Porque cualquier buena relación, cualquier matrimonio, según afirmaba Edmond, desea ser llevado a escena. La cuestión es únicamente cómo se hace. De ese modo podemos agitar desde el escenario.

Cuando yo me quedaba en su casa, se producían auténticas peleas. A finales de los años setenta discutían sobre el pasado político. Vera, al contrario de Edmond, había permanecido en las filas del partido. El partido se había disuelto por sí solo a falta de miembros. En los años ochenta, el tema de sus peleas cambió, la política fue sustituida por el arte, y al final ya sólo discutían sobre personas, ausentes y presentes. Vera asumía el papel de estar, por principio, en contra de todo. Ella era la eternamente crítica. La dura.

—Pues despide a ese tipo si bebe. Eso es un caso social. Nosotros también lo seríamos si no nos defendiéramos contra viento y marea. ¿A qué viene eso entonces?

La última vez que los vi a los dos juntos, estábamos sentados en el gran salón, con el maravilloso cuadro de Kirchner en la pared, el que Edmond le había regalado a Vera por su cumpleaños: una pareja de color azul chillón, mientras detrás titilan los destellos de la gran urbe.

—Edmond es muy flojo cuando se trata de los viejos compañeros, ¿no lo crees? —preguntó ella—. ¿Y sabes por qué? Porque él mismo se escaqueó. Ésa es su mala

conciencia. Y tú también —dijo, señalándome—; tú también te fuiste calladito, te arratonaste. Pero por lo menos tú sólo estabas en ese grupito revisionista, comunistas lavados con suavizante —dijo y alzó la copa a mi salud—. ¡Por vosotros, mis dos héroes!

Edmond se mantuvo tranquilo, fumó, bebió el Borgoña y dijo:

—¿Tú también conoces a Zielke, no? Seguro que te acuerdas, el que estudiaba Germánicas, pues ahora le da tanto al vino que ya a primera hora de la tarde está hasta las cejas. Pero si lo echo, ¿qué pasará con él? A ése nadie le va a dar trabajo. Sería un caso social, un vagabundo.

—Vaya manera la de Edmond de tranquilizar su conciencia: ridícula, grotesca. Imagínate, se mete en cada cosa; le da un crédito a un fracasado como Hellmann, que había abierto un restaurante, y se lo da únicamente porque el tipo fue alguna vez un simpatizante de nuestro partido, jamás un miembro pleno; ya desde entonces era un flojo, se apartó de inmediato cuanto tuvo que ir a trabajar a una empresa por medio año; pues a ése le da un crédito Edmond, y el tipo, en seis meses, está en quiebra, otro de esos antiguos ceros *a la izquierda*—. Y entonces sí que Vera se ensañó—: Esos fracasados, ése fue uno de los errores principales de toda la izquierda, el haber dado fundamento ideológico a la gandulería. Explotación del proletariado, puede que eso fuera cierto en época de Marx, pero ahora ninguno de ellos da el callo, trabajan treinta y ocho o treinta y seis horitas a la semana y se quejan. Todos se quejan. Y siempre esos escudos de protección ideológica: fracasados, criminales, siempre recurrimos a todo el arsenal explicativo del entorno social, la infancia y esas cosas: «No puede, pero ya será, mejorará». Basura. Por eso fracasó todo, el socialismo entero. El que es vago, el que no trabaje como es debido... pues una patada en el culo, una patada, hay que echarlo, ponerlo a media ración.

Ésa es Vera cada vez que se ha tomado una botella y media de vino rojo (digo, tinto), la antigua luchadora por la justicia y la hermandad (femenina, claro), aunque, y eso hay que decirlo, tampoco ella actúa como habla.

Pero Edmond se lo toma todo muy en serio y dice:

—Mírala, quiere poner otra vez a la izquierda en la vanguardia por medio de un sólido darwinismo social. Vanguardia, eso se corresponde con tus nociones de

hoy. Lo militar. ¿O no? ¿Te acuerdas que los campos de concentración estaban organizados militarmente? ¿Y también el gulag?

—Oh, santo cielo. Nuestro Edmond, Edmond, Edmond... El hombre que antes admiraba el ensayo de Stalin sobre el lenguaje; Edmond, eso debes saberlo, ha envejecido, en todos los sentidos —y al decirlo, Vera lo miró fijamente, con frialdad, con los ojos entrecerrados—. Míralo —dijo dirigiéndose a mí—, tan flojito; y sí, esto sí que es darwinismo social.

—Exacto —dijo Edmond—. Tannhäuser lo dice con franqueza, libremente —y entonces Edmond, con hermosa voz de barítono, se pone a cantar la melodía de Wagner—: Ah, este pecho que tiembla lleno de fervor, que antes se henchía frente al puño del obrero, decae ahora lentamente, en pena.

Sabía cantar muy bien Edmond.

—Sí, unas cosas decaen y otras ya no se quieren levantar, así es; canta ahora algo de Los Pantalones Muertos. No vamos a ser hipócritas, ¿verdad? Al menos eso nos propusimos.

Conocía eso, era algo que se repetía. Luego uno yacía en la cama, en esa habitación de invitados decorada con tanto gusto, con los bocetos de Grosz y Dix en las paredes, pero en la que, extrañamente, no había televisión, ni radio, ni reproductor de CD, pues nada debía distraer al huésped del drama acústico que podía escucharse a continuación, tras una noche de crueldades y comentarios maliciosos, la pelea continuaba en la planta de arriba, la voz de él, la voz de ella, a veces intensa, a veces más baja, a veces muy intensa, cada vez más, y luego la calma, y de repente un jadeo, sí, un tenue jadeo, manso, salido de la boca de Vera, y un agradable resoplido de Edmond, no penetrante, pero sí perfectamente audible.

Conocía eso, sabía por ambos cómo funcionaba, pues ellos hablaban abiertamente del asunto, necesitaban esas peleas, eran la sal de su relación, eran la puesta en escena de un matrimonio salvaje y opuesto del que ambos estaban orgullosos, una pelea que se produjo desde el comienzo, después de la primera noche, cuando se acostaron en aquel viñedo, y luego él lo hizo con una chica danesa y ella con un estudiante polaco. Pero más tarde, un año después, volvieron a encontrarse y desde entonces estaban juntos, sin peligro, como ambos afirman, aparte de las ocasionales y breves aventuras de Edmond.

Ella, por el contrario, tenía una fijación con él, aunque formaba parte de su puesta en escena el ofrecerles su respectiva pareja a otros huéspedes: «Si te apetece», decía Edmond, «puedes hacerlo, si Vera te gusta de verdad, puedes irte con ella a la cama; pero eso porque eres tú, nadie más». Sin embargo, estoy convencido de que jamás se produjo un verdadero intercambio de parejas. Porque cada vez que algún despistado huésped pensaba meter mano, ella se mostraba de repente reservada y renuente, incluso caprichosa, aunque ya hubiera colocado sus piernas sobre el regazo del invitado, con la falda levantada. Es —y eso lo sé— ese pequeño toque, los lejanos recuerdos de las saturnales juveniles en los viñedos, la ebria alegría que jamás volverá a presentarse.

Iris duerme. Escucho su respiración, una respiración breve, en busca fugaz. Y no puedo recordar el haberme acostado alguna vez con una mujer que respirara tan bajito mientras dormía. Es como un breve aleteo. Y yo no puedo dormir, por las idioteces que sean: porque podría ponerme a roncar y despertarla, y por esa idea, la idea de un hombre viejo —o digamos más bien de un hombre maduro—, acostado junto a ella, con la boca desencajada, y luego, para colmo, roncando, porque la campanilla en la garganta se pone fofa. La razón de los ronquidos es horrorosamente banal, y me permite reconocer, al mismo tiempo, ante qué detalles fracasa mi ecuanimidad, la ecuanimidad que he venido entrenando, con la cual había pretendido entrar en la vejez, como si fuese armado con una segunda piel impermeable; y ahora se ve bien claro de dónde le vienen los agujeros a esa segunda piel. Iris se da la vuelta, hace un delicado chasquido y sigue durmiendo. Una vez la oí hablando mientras dormía, palabras aisladas, un susurro, como llegadas de una bóveda profunda y oscura. Sin coherencia. Y cuando la acaricié, cuando acaricié su cálido cuerpo —el cuerpo del que salían esas palabras, la cabeza en la que habían sido pensadas—, ella volvió su rostro hacia mí sin despertarse, estiró su mano buscando a tientas, y de inmediato volvió a hundirse en unas profundidades insondables ●

Traducción de José Aníbal Campos

Variaciones sobre 1 rama reseca, a partir del poema «El crujir de una rama que se quiebra», de Herman Hesse

FRIEDERIKE Mayröcker

el arbolito de mimosa en la cama ah el arbolito de mimosa en la cama, se ha rendido el arbolito de mimosa: las hojitas caídas la ramita tronchada las voces desgreñadas, el hirsuto arbolito de mimosa. Opus número 101 la partitura lloriquea la clave de sol de día de campo 1 matorral sobre la mesa de cocina, el arbolito de mimosa se ha rendido, sus espinas son HYPER, el sol de oro desteñido, me ocupaba interiormente con nostalgia, las ramitas las hojillas desgreñadas, tenía forma canina el excremento, matorral sobre la mesa de cocina, la honda gruta de las noches nuestras (escrita junto al Loira), tengo muerte de las zarzas, de las flores néctar y *en peligro de extinción*, fetiche del albatros, o en súbita nieve (de flores) de tu mano, el gaznate seco de la gruta honda, el cual de facto es un trocito de papel crepé y etc., unas cuantas espinas, el arbolito de mimosa en floración, manchas de luna sobre el mar, 1 súbito rayo de tormenta, el monograma de la hiedra, Genet

7.7.2011

Recipientes: ah pero qué pompa (el chocolate líquido y cómo huelen, todavía por largo tiempo, las puntas de los dedos), ah, sí que es 1 fiesta: *1 valija vacía, p. ej.*, en la cual lilas, p. ej., ahí empacar ramos de lilas etc., o la Mongolia entera p. ej., el Atlas, el arbolito de mimosa marchito p. ej., la fragancia del jazmín, o 1 canto de pajarillo, ultramar, los ejercicios de estudio, los dioses de los llantos, lágrimas que él me besó de lejos, etc.,

VARIATIONEN AUF 1 VERDORRTES ÄSTCHEN, NACH HERMANN HESSE'S «GEDICHT "KNARREN EINES GEKNICKTEN ASTES»

das Mimosenbäumchen im Bett ach das Mimosenbäumchen im Bett, das Mimosenbäumchen hat aufgegeben : die abgefallenen Blättchen die geknickten Ästchen das zerzauste Stimmchen, das Mimosenbäumchen gesträubt. Opuszahl 101 das Notenblatt plärrt der Violinschlüssel geht im Wald spazieren, 1 Gestrüpp auf dem Küchentisch, das Mimosenbäumchen hat aufgegeben, seine Dornen sind HYPER, die goldene Sonne gebleicht, ich war beschäftigt innig mit Sehnsucht, die Ästchen die Blättchen zerrauft, das Exkrement hatte Hundegestalt, Gestrüpp auf dem Küchentisch, die tiefe Grotte unserer Nächte (geschrieben an der Loire), habe Tod aus den Büschen, der Blumen Nektar und *schutzbefohlen*, Fetisch von Albatros, oder im plötzlichen (Blüten) Schnee deiner Hand, Gurgel der tiefen Grotte ausgetrocknet, welche eigentlich 1 Fetzchen Kreppapier usw., 1 paar Dornen, das Mimosenbäumchen verblüht, Mondflecken auf dem See, 1 plötzliches Blitzen von Sturm, die Monogramme des Efeus, Genet

7.7.2011

Behältnisse : ach welch 1 Pomp (die flüssige Schokolade und wie die Fingerspitzen noch lange riechen), ach welch 1 Jubel : *1 leerer Koffer z.B.*, in welchen man Flieder z.B., Fliedersträusze verpackt usw., oder die ganze Mongolei z.B., den Atlas, das welkende Mimosenbäumchen z.B., den Duft des Jasmin oder 1 Singvögelchen, Übersee, die Übungen die Etüden, die Götter des Weinens, die Tränen welche er mir weggeküszt, usw., die

las dulces orejas de la hermana, los rojos matutinos (caminata de la aurora), los besos los muchos besos del amigo y cómo es que él, sobre la mesa cubierta, sus brazos lanza rumbo a mí, la violeta ah el rostro femenino de violeta pintado por Magritte, el liguero, el aria de Maria Callas, las inestables estaciones del año, la flama del corazón en un vértigo de amor, los rumores del pajarillo que se había evaporado en mi cámara, el adiós, el largo adiós p. ej. al final, el largo adiós al final de nuestras vidas, a saber «como hace tanto el abedul o sauce la mirada sostenía», como la herencia de Elke

10.7.2011

se ha reavivado el arbolito, sobre la mesa del almuerzo en la cocina se ha reanimado el arbolito de mimosa de nuevo vacilante 1 nuevo impulso como manos pequeñas que hacia mí vienen mis lágrimas han reanimado su hojas verdes ORNAMENTOS en mis ojos se han refrescado una vez más sus raíces etc. mientras afuera la tormenta mientras mi corazón se vuelve arbóreo como el arbusto en la cuesta «étude» el ejercicio, de la naturaleza mientras los rulos del amado ocultan mi rostro que no debo ver su cualidad de ser amado mientras los cucús en mi pecho: *mientras vivo en contrastes*

20.7.2011

(ah Israel el ocaso. . . . . .

vamos paso por paso

los jardines pastos praderas bosques

lieblichen Ohren der Schwester, die Morgenröte (Fuszreise der Aurora), die Küsse die vielen Küsse des Freunds und wie er über den gedeckten Tisch hinweg seine Arme streckte nach mir, die Veilchen ach Magritte's Veilchengesicht einer Frau, das Strumpfband, die Arien der Maria Callas, die wechselnden Jahreszeiten, die Flamme des Herzens in einem Taumel der Liebe, das Rumoren des Vögelchens welches in meine Kammer sich verflogen hatte, das Adieu, das lange Adieu z.B. am Ende, das lange Adieu am Ende unseres Lebens nämlich «wie vordem die Birke oder Weide den Blick hielt», so Elke Erb

10.7.2011

hat sich das Bäumchen wieder belebt, auf dem Frühstückstisch in der Küche hat das Mimosenbäumchen sich neu belebt zaghaft 1 neuer Trieb wie Händchen mir entgegen haben meine Tränen seine Blätter neu belebt grüne ZIERDE in meinen Augen haben seine Wurzeln sich neu erfrischt usw., während drauszen der Sturm während mein Herz sich bäumt wie die Büsche am Hang, «étude» die Übung, der Natur während die Locken des Liebsten mein Gesicht verhüllen dasz ich nicht sehen soll seine Lieblichkeit während die Kuckucke in meiner Brust : *während ich lebe in Kontrasten*

20.7.2011

(ach Israel die Dämmerung . . . . . .

wir gehen Schritt für Schritt die

Gärten Weiden Wiesen Wälder die blaue

el iris azul ante la muerte las florecillas
de la hepática entre lágrimas mi cuna
en la tierra: un verano como nunca antes)

estudios de la inconsolable ramita, hojitas del árbol de mimosa ellas también saben de las horas del ocaso y el alba (= agotadas o muy frescas), uno debería hablar con ellas calmarlas humectarlas con lágrimas al ocaso al alba ah los mirlos *recuerdo atronante* en la espesa fronda etc. y sí que estaban *con alhajas del valle ricamente ataviados* / les quitaron las preciadas alhajas cuando oteamos a lo hondo del valle: nuestra mirada hacia el valle casi nos posee el mareo, ese viento incesante del este. . . . . lechón de Pannonia. O con más modesto atractivo la nostalgia, «Waldszenen» de Schumman, bolsita ramita pata abstracta y melenuda o en la súbita nieve de flores de tu mano a saber tras las silvestres praderas tras las hierbas silvestres estudios / pedacito de abandono / espinas de la partitura / opus sin número

23.7.2011

Versiones de Daniel Bencomo

Iris vor dem Tor die Leberblümchen
unter Tränen, mein Bettlein in der Erd' :
es ist 1 Sommer wie noch nie zuvor . . . .)

untröstlich Ästchen études, Blättchen des Mimosenbaums auch sie kennen Abendund Morgenstunde (= erschöpft oder erfrischt), man soll sprechen zu ihnen sie berühren sie mit Tränen besprühen am Abend am Morgen ach Singdrossel *brausend Erinnerung* in dichtem Gebüsch usw. und waren doch *mit feinstem Talschmuck umwunden* / waren dem feinsten Talschmuck entwunden wenn in die Tiefe des Tals wir hinunterblickten : unsere Blicke zu Tal dasz 1 Schwindel uns faszte, dieser immerzu Wind aus dem Osten . . . . . pannonisches Ferkel. Oder mit sparsamer Locke die Sehnsucht, «Waldszenen» Robert Schumann, Beutelchen Ästchen abstrakt haarige Pfote oder im plötzlichen Blütenschnee deiner Hand nämlich nach wilden Gräsern duftend der Nachtwind nach wilden Kräutern études / Fetzchen von Abtritt / Dornen des Notenblatts, Werk ohne Opuszahl

23.7.2011

GÜNTER KUNERT

Morfeico regalo

Los sueños son asignados
como las notas en la escuela
como la comida en la guerra.
Sin opción.
En una noche deplorable
tarde en la existencia
el retorno de una antigua
amante. Su piel
tan tersa y fresca
como si recién se hubiera
metido bajo las cobijas contigo.
Tus retorcidos dedos
acarician la sábana.
Un último deseo
antes del jamás despertar otra vez
en ninguna eternidad.

Lamento nocturno

La elocuencia con que nada dicen
los poetas
en los insondables mataderos
de las almas muertas.
¿Cuántas rimas se pueden formar con «veronal»?
El letargo de los monstruos
engendra hojas impresas
acarreadas casi siempre al final por el viento.
Ningún rezo, ningún cántico, ninguna queja
del ángel caído de las historias.
Luciferterminado
en formato manual, rellenable,
de resguardarse antes de usar.
Y debes amar a tus enemigos
porque cargan penas
para que pises firme
también.

Versiones de Gonzalo Vélez

Geschenk Morpheisch

Träume werden zugeteilt / wie Noten in der Schule / wie das Essen im Krieg. / Keine Wahl. / In einer der elenden Nächte / späten Daseins / die Wiederkehr einer frühen / Geliebten. Ihre Haut / so glatt und frisch / als sei sie eben erst / mit unter die Decke geschlüpft. / Deine verkrümmten Finger / streicheln das Laken. / Ein letztes Glück / vor dem Niemehrerwachen / in keiner Ewigkeit.

Nächtliches Lamento

Das wortreiche nichtssagende Germurmel / von Dichtern / in den unergründlichen Schlachthäusern / der toten Seelen. / Wieviele Reime gibt es auf «Veronal»? / Die Schlafmützigkeit der Monster / gebiert bedruckte Blätter / zumeist zuletzt vom Winde verweht. / Kein Gebet, kein Gesang, keine Beschwörung / des gefallenen Engels der Geschichte. / Luzifertiges / in handlichem Format, nachfüllbar, / vor Gebrauch zu schützen. / Und du sollst deine Feinde lieben, / weil sie Sorge tragen / für deine Bodenhaftung / sogar.

Michael Krüger

Variación de verano

El verano imparte una lección
sobre la muerte, y todo atiende lo que dice.
Un hombre anciano está junto a la fuente
y bebe, de la mano a la boca,
en paz consigo mismo. La carga insoportable
de encontrar un idioma suficiente.
Pasa un niño corriendo, la rodilla está herida.
Guarda silencio. No quiere herir la calma.

Sobre la sombra

Supe de buenas y de malas sombras,
de las sombras vacantes de los sueños, donde teólogos
disputan la manzana de discordia, de la sombra
que los peces arrojan y las moscas raudas.
Mi abuelo las mezclaba con la siembra
para que de ahí creciera algo, algo era gratuito,
y ya no se desprende la espiga de la paja.
Y alguna vez miré la sombra de las aves,
que cuelga de las piedras cual el algodón de la planta.
Desde hoy lanza mi sueño también una sombra,
al siempre oscuro devenir del mundo.

Versiones de Daniel Bencomo

Sommerwende

Die Sommer hält eine Vorlesung / über den Tod, und alles hört zu. / Am Brunnen steht ein alter Mann / und trinkt, von der Hand in den Mund, / mit sich im Reinen. Die unerträgliche Last, / eine Sprache zu finden, die entspricht. / Ein Kind läuft vorbei, die Knie aufgeschlagen. / Es schweigt. Es will die Stille nicht stören.

Über Schatten

Ich kannte die guten und die schlimmen Schatten, / die raumlosen Schatten der Träume, in denen Theologen / um einen Zankapfel streiten, und den Schatten, / den Fische werfen und eilige Fliegen. / Mein Großvater mischte Schatten in die Saat, / damit etwas wächst, was nicht umsonst ist, / und die Spreu sich vom Weizen nicht trennt. / Und einmal sah ich den Schatten von Vögeln, / der hing an den Steinen wie die Wolle am Strauch. / Ab heute wirft auch mein Schlaf einen Schatten / in die immer lichtloser werdende Welt.

Autorretrato como DAMA BLANCA

MARION POSCHMANN

obstinada, quebradiza, inaccesible:
comencé a parecer, con amargura
me esforcé por el cuerpo imposible
un enorme agujero en el refugio de la parada del camión, un interno
estadio

parecí

un iglú iluminado por dentro, rociada
de estrellas, breviarios de frío
de antiguas casas burguesas,

de calles sumidas en alcohol, aletargadas, tiernas:
yo confeccionaba salones,
fantasmas del comienzo; aquello que hacía

a la niña que yo era, en botas de piel de foca,
con timidez de ser vista, espera bajo la raída luz
de la fatiga nerviosa tranvías y autobuses cual si fuera
efecto secundario de medicamentos mal recetados, una
enjuta sombra total, manchas de sudor bajo las axilas,

espera
baños eléctricos, el enigma que deja un contacto:
la calidad superior de la luz de la zona, hipersensibilidad,
panorama de ruinas;
neblina que se forma al tocar

VERSIÓN DE GONZALO VÉLEZ

SELBSTPORTRÄT ALS WEISSE DAME

eigensinnig, zartwandig, unnahbar: / ich begann zu erscheinen, bitterlich / mühte mich um den unmöglichen Körper / ein riesiges Loch im Hohlraum der Haltestelle, inwendiges / Stadion // ich schien // ein von innen beleuchtetes Iglu, umsprüht / von Sternhaufen, Kaltauszügen / früherer Bürgerhäuser, // von Straßen in Alkohol eingelegt, saumselig, sanft: / ich fertigte Säle, / Phantasmen des Anfangs, an; das, was beruht // das Kind, das ich war, in Stiefeln aus Seehundfell, / scheuend vor Sichtbarkeit, wartet im schäbigen Lichte / nervöser Erschöpfung auf Busse und Straßenbahnen wie / eine Nachwirkung fälschlich verordneter Medikamente, ein / schmächtiger Kernschatten, Schweißflecken unter den Achseln, // erwartet / elektrische Bäder, die Rätsel, die ein Kontakt hinterläßt: / die gehobene Lichtqualität des Geländes, Überempfindlichkeit, / Blickruinen; / Nebel, der sich bei Berührung bildet

El león

Sibylle Lewitscharoff

Blumenberg acababa de tomar un nuevo casete para insertarlo en la grabadora. En eso levantó la mirada de su escritorio y lo vio. Grande, amarillo, respirando: un león, sin duda. El león lo vio, con calma lo vio desde su reposo, pues el león yacía sobre la alfombra de Bujara, a corta distancia de la pared.

Debía de ser un león viejo, quizá ya sin fuerza, pero dotado con el particular poder para estar allí. Blumenberg se percató de ello al menos al segundo vistazo, mientras aún luchaba por controlarse. No hay que perder la compostura, especialmente no en este caso, se dijo; la frase quizá no le salió del todo correcta, a pesar de que se había hecho de una férrea disciplina para formular oraciones mentalmente, porque se había acostumbrado a preparar oraciones ordenadas y no accidentadas, casi tan ordenadas como cuando hablaba comúnmente, así tuviese ante él una grabadora o el oído de un niño.

Blumenberg supo de inmediato que había lugar para muchos equívocos y para una sola cosa correcta: seguir esperando y guardar compostura. Supo también que la figura del león le tributaba un honor extraordinario. Por decirlo así, le habían llevado una notable distinción honorífica, preparada muy de antemano y que se le concedía después de un examen profundo. Evidentemente, creían capaz a Blumenberg de hacer frente a la situación fácilmente a su algo avanzada edad.

Sólo era curioso que del león no emanara algo oscuro, evanescente, leonina y airadamente mezclado. Sus rasgos no temblaban en el ir y venir de las ondas mentales de los pensamientos de Blumenberg. Las neuronas especulares cabeza-de-león no brillaban ni hormigueaban en el cristalino destello de una alucinación. El león estaba allí. Asible, peludo, amarillo.

Aunque él mismo se convencía de ser un inalterable modelo de calma, su corazón se aceleró. ¡Un león! ¡Un león! ¡Un león!

Por supuesto que no le tenía miedo. No parecía ser un león escapado de un circo. Por un lado, a Blumenberg lo protegía el gran y pesado escritorio tras el cual estaba sentado; por otro, el león permanecía tranquilo y de ninguna manera se comportaba como un animal fuera de control en problemas o como un nervioso devorador de cristianos. A Blumenberg le dieron ganas de decir: soy católico, puedes comerme tranquilamente, pero mejor guardó esa frivolidad para sí y entonces, con un gesto que debía significar atenta cortesía, pero que también reflejaba curiosidad, observó al león. Quizá eso llamaría la atención del león, pensó Blumenberg, pues era consciente de su ardiente mirada.

Los ojos color cerveza del león lo examinaron fijamente con concentrada calma leonina. Es decir, en verdad no lo examinaron, más bien vieron a través de Blumenberg hacia algo que yacía tras él, acaso tras el librero, quizá tras del muro de la casa, quizá tras Altenberge y la ciudad de Münster en 1982 en la lejana distancia temporal.

Su corazón latía aún como un diminuto aparato fuera de control.

Blümenberg no se había preparado para conversar con un león. Hasta ahora no había habido oportunidad para hacerlo. Siempre le había resultado fácil a Blumenberg hablar con su querido Axel, su collie de pelo blanco. Axel siempre estaba siguiéndolo por todas partes, para Blumenberg era un placer acariciar el largo pelaje de su voluminoso pecho y rascarle la nuca, mientras, como era natural, casi como un amante infantil, hablaba como loco con el perro, aunque —a diferencia de otros amantes de los perros— con una notable corrección.

Blumenberg se preguntaba si una conversación con el león acaso fuese posible. No era como para levantarse, acariciarle la melena al león y sobársela vigorosamente. El león no parecía necesitar, de manera alguna, un tratamiento cariñoso. A pesar de que no sentía miedo, Blumenberg tenía un gran respeto por el animal. Al pensar esto sintió una sensación de hundimiento. Por un momento tuvo que cerrar los ojos ante aquella magnificencia que yacía en la alfombra al alcance de su negligente mano, un desafío de la noche. Era tarde, las tres y cuarto, como una mirada al reloj le reveló cuando volvió a abrir los ojos.

Del león no emanaba algo fétido ni algo inodoro. El león olía decentemente a león, como para la nariz de alguien que amara a los leones y que después de una visita al zoológico le gustara recordar, quizá apenas perceptible, el olor a león. Blumenberg podía decir con justicia de sí mismo que era un amante de los leones, pero el olor a león no le había preocupado hasta entonces. La denodada y sin embargo aún evanescente picazón olfativa que comenzaba a llenar su ermita, y que en un suspiro flotó por el aire para disiparse en el siguiente, sacudió los sentidos de Blumenberg.

Los pensamientos lo asediaban, poderosos, con una plasticidad desconocida. Era como si todos los anaqueles de su caja de seguridad saltaran y las treinta y seis mil seiscientas sesenta fichas escritas a máquina allí resguardadas salieran volando como en estado de ebullición, pero no en su forma acartonada, sino en la de letras y anotaciones desgajadas y como imágenes diminutas acumuladas en su mente.

Calma, por favor. Prudencia. Al nervio de la imagen, al nervio de un problema, se arriba sólo cuando se presenta con calma el problema, la imagen individual, y se comprueba. ¿Quién era el león? A causa de la resistencia que había construido laboriosamente contra el flujo de imágenes, Blumenberg sintió una ligera sobreexcitación.

El león falso de Ágave. La fábula del león y sus súbditos. El león rugiente del Salmista. El león de Canaán, que desaparece para siempre. El animal símbolo del evangelista Marcos. María Egipciaca y su león acompañante. El león piadoso de San Jerónimo en su gabinete. ¿Quién era el león?

Blumenberg se dio a sí mismo la orden: su memoria debe escudriñar en la Biblia a toda velocidad, pues llegado a ese punto el león ha calado y ha hecho trizas sus referencias otra vez. Sin embargo, tuvo que admitir que su memoria, que normalmente funcionaba mejor que la de cualquier persona conocida por él, ahora no estaba en condiciones de conjeturar un examen exhaustivo al problema del león.

Aunque sólo unos pocos minutos habían pasado desde la aparición del animal, Blumenberg ya se había preparado para confiar en el león. Aún no era evidente que pudiera surgir una relación entre ellos, fuese permanente o no. Es sorprendente que ya pueda ver germinar en mí la esperanza de que nuestra relación pudiera prolongarse, pensó Blumenberg. Por un momento pareció que el león, cuyas fauces sólo estaban un poco abiertas, sonreía.

¿Su edad? El león era viejo, incluso vetusto, con seguridad mayor que cualquier león salvaje y libre que hubiese existido. Blumenberg lo constató con pesar. La melena del animal, que a su temprana y mediana edad pudo haber sido majestuosa, ahora parecía hecha jirones. Su columna vertebral se inclinó y hundió bruscamente. De los ojos del león se desprendieron lateralmente largos, oscuros hilos de lágrimas. Era inquietante que cada vez que respiraba su panza se contrajera como si sufriese un leve calambre.

¿El león habrá venido a morir en mi alfombra?, se preguntó Blumenberg con desaliento. Una superioridad quería burlarse de él y le había enviado, evidentemente, ese petardo mojado de león. Ese pensamiento desapareció tan rápido como había surgido. No, Blumenberg sentía simpatía por el león, y al admitirlo confió en el poder de la simpatía, favorecedora del conocimiento. Muy de repente se sintió envuelto por una hogareña comodidad íntima, que sólo era un poco diferente de una sensación de suficiencia. Él era el asceta ejemplar que se había ganado su león. Noche tras noche tras noche de trabajo, se dijo Blumenberg lleno de orgullo, y el león era el reconocimiento que ahora le llegaba.

Sentirse como María Egipciaca resultaba imposible. Haría falta el desierto, harían falta el desenfreno y las juergas a las que se había sometido antes esta María tan especial, y, por supuesto, haría falta la conversión. Blumenberg no se había sometido a esos extremos de la experiencia, nunca había tenido la necesidad de convertirse y no era mujer. Además, le resultaba antipática la idea de yacer con los huesos secos en el desierto con un león como enterrador.

¿Ágave? ¡Tonterías! Sólo una mujer (más precisamente, el estado crítico de la mujer: la madre de la antigüedad) venida al mundo en la salvaje Grecia podría dejarse llevar por la locura de una bacanal, confundir a su propio hijo con un león y descuartizarlo.

Aunque el león que tenía enfrente no estaba en estado de ensoñación y su cabeza de nariz ancha era sin duda real y no era, de cierta forma sesgada, la cabeza de un gato (el león también observaba de nuevo a través de él), la apacible sensación de estar en un gabinete de estudio fue apoderándose gradualmente del filósofo. Trajo a su memoria el famoso grabado de Durero. Sin embargo, en la ermita de Blumenberg no había reloj de arena en que corriera la arena, no había pupitre, no había vitrales ni un cráneo en el borde de la ventana, y en lugar del friso de cálida madera

había alfombras y vastos libreros que llegaban hasta el techo; pero sí que era una ermita en magnífico aislamiento de las demás partes de la casa. Además, se imponía la noche: eran las horas del radical distanciamiento de las actividades mundanas en las que a lo sumo algunos insomnes se revolvían en sus camas, y en las que sólo muy pocas personas trabajaban.

SIN EMBARGO, las dudas alcanzaron a Blumenberg. Si cerrara los ojos muy firmemente y contara hasta sesenta —se había acostumbrado a hacer ese conteo mediante un mínimo movimiento de los dedos— y después volviera a abrir los ojos, el león quizá se habría ido. Un espejismo nada más.

Blumenberg cerró efectivamente los ojos, pero en la confusión no contó hasta sesenta, sino accidentalmente hasta cincuenta y ocho, pues le resultaba difícil mantener cerrados los ojos tanto tiempo.

Abrió los ojos. El león estaba allí.

Blumenberg tuvo ganas de dejar su lugar tras el escritorio de una vez por todas. Afuera, la luna brillaba. Frente a las largas ventanas se apreciaban los negros esqueletos de los rosales. Quizá debía abrir una hoja de la ventana y, de esa manera, ir hacia el exterior.

¿Si, a pesar de la aparente bondad, él pudiera hacerle algo? ¿Si fuese peligroso darle la espalda?, pensó Blumenberg cuando casi en cámara lenta se levantó del asiento, rodeó a medias su escritorio y fue hacia la ventana lentamente, mucho más lentamente que de costumbre.

¿Peligroso? No, ciertamente no. Blumenberg permaneció algunos segundos junto a la ventana y respiró el aire fresco de la noche, no sin tensión en la espalda. Cuando se dio la vuelta de nuevo, el león aún estaba allí.

Es hora de abrir una botella de Burdeos. Había que celebrar la ocasión, beber vino en honor del león. Con el vaso lleno, Blumenberg se quedó solo, hubiese sido inútil buscar una copa para el invitado en su despacho. El león aún no estaba tan amansado como para sostener una copa en su pata y brindar a la salud de Blumenberg.

EL LEÓN —que, le parecía, mantenía entre tanto la cabeza un poco inclinada, pero seguía viendo a través de él, impasible— alisó dieciséis, diecisiete, ¿o fueron diecinueve?, pisadas de elefante de la alfombra de Bujara, que era una de las pocas propiedades de la herencia paterna que habían llegado hasta él. En la medida en que el león había buscado ese cálido asiento para arrellanarse, se comportaba como un perro casero. Tiene sentido

de la simetría, pensó Blumenberg, puesto que el león se había acostado exactamente en medio, además parece tener un sentido de la estética. La alfombra era el objeto más costoso en el estudio de Blumenberg, con pisadas de color claro, en medio de gradaciones negras, azules, verdes y color granate: en verdad, una pieza exquisita.

Aunque no podría quejarse de su estudio, Blumenberg se lamentó por no tener a su disposición un espacio tan glorioso como el que había pintado Antonello da Messina. El cuadro, creado por el maestro italiano con intensas sombras siguiendo el estilo de los holandeses, guió la memoria de Blumenberg, que ahora funcionaba a la perfección una vez más, con una precisión fabulosa: la imagen atraviesa un marco de piedra; en el borde: un pavorreal, una escudilla de cobre, una codorniz. En el magnífico interior, una escalerita. Uno, dos, tres peldaños llevan a un escenario. El santo sabio, ataviado con un gorro y una flotante túnica de terciopelo rojo de largas mangas, hojea un libro que yace sobre una especie de pupitre con un tablero inclinado hacia él. A la izquierda, una mágica perspectiva desde una ventana. Un paisaje montañoso con cipreses. Y a la derecha, tras el proscenio del erudito, surgiendo de la oscuridad, un escuálido león. No, no con patas de león y garras grandes, sino dotado con delgadas patas de corredor, como un galgo. Antonello nunca había visto un león, probablemente.

A Blumenberg le encantaba el cuadro, ese personaje, digno y solitario, a quien le bastaban pocos libros, pues era evidente que estudiaba una y otra vez los mismos, sobre todo, por supuesto, la Biblia; sus opulentas habitaciones provistas con el enjoyado panorama hacia un exterior bien ordenado, ¡la soledad relegada a una gloriosa placidez! La disposición escenográfica, la elevación del frontispicio, servía para liberar al sabio de las baldosas, de ese primoroso piso exuberante, como si él fuese menos dependiente de la gravedad, como si su piso no fuese el basamento común de la vida, sino la base espiritual sobre la que los pensamientos se alzaban una y otra vez penosamente. ¿Debía revelarse la sublimación del sabio eremita en su túnica roja? Por supuesto, no estaba pintado el arquitrabe que debía dominar entre la gran abertura delantera y los ojivales de las ventanas traseras y por el que rodaban los papeles tirados en el piso. Por un momento, Blumenberg se imaginó al león como un cazador de papeles, un recolector de papeles; interrumpió las oraciones que quería formar en su cabeza, pero de inmediato las reconstruyó, pues no quería extraviarse en tonterías.

De vuelta al león propio. No obstante su memorable aparición, que había sucedido apenas hace media hora, Blumenberg no consideró, de manera alguna, ni siquiera en este caso extremo que hizo que casi se tragara el corazón, renunciar a su rutina. De todos modos, el león lo había alterado tanto que no le había dictado la cuota habitual a su secretaria. Eso bastaba como una relajación a la regla. Puso el casete grabado por completo en un estuche —león por aquí, león por allá—, no se permitió equivocarse, aunque estaba un poco vacilante, al ponerle, bien legible, la dirección de la universidad, le puso una marca, agarró su abrigo y, con la vista fija en el animal, como si hubiera querido clavarlo sobre la alfombra, salió por la puerta del jardín.

Afuera encendió un cigarro, también contra la regla, pues solía recorrer el camino al buzón y de vuelta a casa a paso redoblado, fumar sólo le quitaba tiempo. Esta vez, sin embargo, marchó agitado por las calles escasamente iluminadas —como de costumbre en esa época, no había gente en la calle, incluso los coches estacionados bajo las campanas lumínicas de los arbotantes parecían dormir—, caminó más lentamente que nunca, para comprobar de nuevo en calma, bajo el aire nocturno, lo que le había sucedido en la última hora.

Me tendieron una emboscada, pensó, me pusieron frente a un embuste elemental para poner a prueba mis facultades mentales.

Cuando regresó, el león había desaparecido.

Blumenberg mantuvo la mano en el picaporte de la puerta del jardín, que se encontraba ya cerrada. ¿Había tenido que ver con un león de fábula, *el león ausente*, que no pertenecía, lo que es el caso, que nunca había pertenecido al mundo? Pero, pensó Blumenberg, este león, que se ausenta del mundo de otra manera, ocurre *aproximadamente*, y es así, de una forma nueva y diferente, *el caso*. Los juegos de lenguaje del nombrador del mundo traen de regreso al león a la existencia y a la vida, murmuró para sí quedamente.

Satisfecho con las palabras *nombrador del mundo*, que sin problemas acuñó para sí mismo, Blumenberg se fue a la cama •

Traducción de Héctor Orestes Aguilar

Ror Wolf

Ninguna historia

No he contado historia alguna acerca de la mujer de un contable que pescó una enfermedad con flujos y picores y que por tal razón no se podía sentar. Ni siquiera conozco un caso así. Tampoco he contado historia alguna sobre el nacimiento ilegítimo de un niño, a raíz de lo cual la mujer afectada me suplicó que *no* contara la historia. Nunca en mi vida, menos que menos en un hospital, he cerrado el grifo de un aparato de oxígeno y he contado una historia sobre eso. No sé nada de nadie que haya nacido con una cabeza de rana y jamás he contado nada sobre el tema. Además, tampoco es verdad que haya estado en compañía de alguien, o en compañía de muchos, y que haya contado una historia sobre la supuesta expresión de un hombre según la cual las mujeres se lavan cada vez menos. Es un invento, y no se ajusta a la verdad, que yo, con motivo de la muerte de una mujer, haya dicho que tenía una historia oscura que contar sobre ella. Eso no es cierto. Cierto es, únicamente, que ninguna de esas historias las he contado yo, sino un hombre sobre el que escribí una vez una historia en la que afirmaba que él me había contado una historia muy mala. Pero eso no es objeto ahora de esta historia.

Ni en Schleiz ni en ninguna otra parte del mundo

Un hombre que desea permanecer de incógnito, un tal X —cuyo nombre, además, no viene al caso—, llega un buen día a una ciudad (ya sea por la mañana, por el mediodía o por la tarde, da igual cuándo); llega a una ciudad cuyo nombre no revelaremos. No hace nada sobre lo que

queramos hablar, e incluso aquello que hace es tan insignificante que guardaremos silencio sobre ello. El hombre no lleva ningún sombrero oscuro, ninguna sombrilla, ninguna maleta. No tiene ningún traje de color apagado ni ningún abrigo de invierno. No se oye su voz. Ese hombre no pregunta nada ni responde nada. El único sonido que puede oírse es un breve grito taponado. Su cara y su cabeza no tienen pelos ni están lampiñas del todo. Camina con una lentitud tan provocativa que apenas se le puede llamar caminar a ese movimiento, por eso no lo llamamos así. Cuando él observa algo, lo hace sin sentir nada; cuanto toca algo, lo hace sin motivo. Creo que es un hombre sin intenciones. La mayor parte del tiempo permanece en cuclillas, rodeado por sus propios brazos, con la cabeza oculta entre los muslos, durmiendo, o aparentando dormir. Sólo de vez en cuando interrumpe su silencio con un grito que no expresa ni sensaciones ni necesidades, es decir, un grito sin significado. Ese hombre no conoce el miedo, pero tampoco posee valor, no parece tener alegría pero tampoco parece apto para las tristezas. Jamás he podido ver en él un gesto de bienestar. A veces gira la cabeza cuando lo llaman por su nombre, pero lo habitual es que no se dé la vuelta, sino que siga sentado en el mundo, como una piedra. Sin embargo, es falso que le falte entendimiento para con su entorno y las circunstancias dominantes, que no conozca el amor ni el odio, que no tenga amigos ni enemigos, que sea incapaz de adaptarse a las cosas del presente, tal y como supone Collunder. Y un día lo demostraré.

Un domingo —o un lunes, da igual—, un día cualquiera, este hombre aparece en mi oficina o en otro lugar. Aparece sin hacer ruido alguno, coloca, casi sin movimiento visible, un pie delante del otro y se acerca hasta llegar a donde estoy. Luego levanta la mano —la levanta con un pasmoso silencio, con un pasmoso cuidado— y la extiende. Ahora quizás esperamos una palabra, un comentario, un mensaje; y no nos equivocamos. Ese encuentro, que tuvo lugar a una velocidad tan disminuida, ha sido inolvidable para mí, el lento apretón de manos, la forma increíblemente lenta de levantar el sombrero, de quitárselo, y también todo lo demás. Pero hay motivos muy personales por los que no revelo en público ahora lo que ocurrió a continuación •

Traducción de José Aníbal Campos

Catorce

Brigitte Kronauer

Para entonces tenía veinte años. «¿Y qué es del amor, Rita?», me interrogaban con mayor frecuencia. Por la noche, rechinaba los dientes, yo misma no lo sabía. ¿Por qué todo salió mal? Luego, encima, como un castigo adicional, la curiosidad impertinente de muchos extraños y demasiados muy bien conocidos. Vivía por algunas semanas en una ciudad, en casa de una pareja de ancianos para los que, durante el doloroso mayo, debía sustituir un poco a la hija fallecida. Por eso tenía comida y alojamiento con ellos, mientras durante el día iba como estudiante a un trabajo vacacional bien remunerado, en una verdaderamente canosa oficina estatal, que por razones misteriosas para mí se llamaba «Unión de Estaciones de Energía». El hombre, un conocido de mi padre, me había gestionado este trabajo.

Cada día él anunciaba al desayunar la hora exacta del amanecer, que siempre seguía avanzando más, y por eso, cada vez, parecía esperar un pequeño elogio. Del orgullo del viejo había que concluir que él mismo empujaba los cuerpos celestes arriba y más arriba. Con el solsticio de verano, sin duda, sus músculos estarían más relajados cada mañana. Después del trabajo, le ayudaba a él y a su esposa en su gran parcela. Pero casi siempre ya se había hecho lo más importante del día, y nos sentábamos en la terraza de follaje verde, nos deleitábamos con las lechugas y las diferentes aves, jugábamos a las cartas, bebíamos cerveza y todo me indignaba más de un día a otro.

Pronto florecerían las castañas. ¡Las castañas! ¡Principios de mayo, y yo de veinte! Era para enloquecer. Nos sentábamos bajo el sol o bajo techo, en la terraza climatizada; platicábamos y constantemente se preguntaban los pájaros y los ojos traviesos de estas personitas arrugadas: «¿Qué tal el amor?». Debía tratarse de un crimen de la naturaleza y la civilización, si uno a esa edad no presentaba algún amante. Aun siendo yo realmente muy joven, pero «la juventud» debía ser algo que se tenía que conquistar como un objeto fuera de sí mismo. Una instancia invisible ordenaba traer el trofeo a casa.

Encima se retomaba la costumbre tonta de las Festividades de los Mayos, incluso en las grandes ciudades. Hasta la lila se burlaba en silencio, con su fragancia desde

la ventanilla de la glorieta; los lirios se mordían los labios, alegres ante el mal ajeno, cuando me inclinaba hacia ellos y quería aspirar su olor, en vez de recibirlos en ramo como regalo y en lo alto del pecho de alguien que se hubiese fijado en mí. Lo peor era cuando brillaban en la oscuridad, cuando en la suave luz de la luna se medio ocultaban, se medio desnudaban.

Mis expectativas en el amor eran grandes y maravillosas. Aun cuando no tuviera un amado en ese momento, por supuesto, ya conocía el juego de manos, el ajetreo insignificante, que me era familiar. Lo mejor aún estaba por llegar. Yo estaba segura de eso, pues me sentía totalmente impregnada de amor. Dondequiera que miraba me estremecía, sentía todo el deseo y los espasmos del aire, ninguna pared mugrosa de casa representaba una barrera, todo se juntó en una canción y una exuberancia sin fin. El amor pasó a través de mí con energía eléctrica y conectó mis nervios con todos los objetos que el mes lúdico trajo, unía cada susurro de una voz masculina profunda en una habitación vecina. Con cada paso fuerte viril en el corredor mi piel se agitaba en olas y ondas de un temblor, un escalofrío.

La garganta se me cerró, como si preparara un grito hasta lo alto de las nubes, hasta las pequeñas nubes de color plateado alrededor de la luna y hasta las pesadas, que apenas podían sostener a la lluvia en su hinchazón. Casi me disuelvo, me apoyaba en los muros de afuera y de adentro, estaba en medio del temporal del amor verdadero. Me llevaba en mi dolor por la ciudad y por los caminos desiertos del parque, cuando ya todos estaban frente a la televisión. Excepto las plantas, ellas me miraban y estaban a mi acecho.

La ley del amor de aquella primavera era implacable y plena de censura para mí, pues en realidad no había nadie que resistiera mi tensión. Parecía ser mi culpa que fuera así. Todo Cristo renunció ante los excesos de mi emoción desbordada. La insatisfacción no se encontraba en el mundo, sino en mí.

Eso también me lo decía la mirada de aquella pareja de ancianos; lo decían incluso con tono de trueno los trenes de hormigas en las tablas de la glorieta. Obviamente, parte del amor era darse por satisfecho. En todas partes rondaban por ahí las novias con sus lindos novios. Todos ellos supieron conformarse.

En la huerta familiar casi señorial, ubicada enfrente, a menudo un chico de catorce años venía en bici para visitar a su abuelo. Tenía una escasa pelusa negra en el labio superior, la voz ya enronquecía; un chiquillo confiado, que por la noche, cada vez con más frecuencia, trepaba por la cerca a casa y hablaba de la fábrica de chocolate de su padre. Era bienvenido por los tres, también porque nos daba regalos no muy costosos de la compañía de su padre, que comíamos juntos entre preventivas advertencias amistosas. Con eso sentí un poco menos el rechinar de mis dientes, por lo que, para mí, el chiquillo era bienvenido, aunque era un poco molesto en su afabilidad.

«¿A ti te gusta el vestido de la chica o son los rizos?», dijo, para mi sorpresa, la anciana, una tarde, y se quitó los guantes de jardinería para tomar un bombón.

El chico respondió muy serio: «No tiene ni un mínimo de rizos. No me gustan los rizos».

Más tarde, de camino a casa, ella hablaba de una llamada de la abuela del chico. Él no hacía ninguna tarea de la escuela en lo absoluto; apenas era accesible. La anciana esposa lo dijo por decir sólo así, sólo bien entrados en el aire de mayo, que escaparía yo de buen grado del ardor. ¿Pero para qué, en qué sentido? Tuve la impresión, aún hoy, de que estos señores de edad avanzada, especialmente la mujer, lo habrían visto con verdadero alivio.

Dos días más tarde, nuestro proveedor privado de chocolate llamaba a la puerta temprano en la noche. Puesto que estuvo lloviendo a cántaros desde temprano en la tarde, en vano había esperado por nosotros en el huerto. Estaba empapado por completo de su paseo en bicicleta, pero quería, de inmediato, hablar a solas conmigo. Así que nos sentamos uno frente al otro, en la sala de estar. Me miraba asombrado, solícito, y esperaba —pasando nervioso su mano por su vellito enternecedor— por mi sorpresa ante una caja de cartón envuelta en plástico por la lluvia, que deslizó hacia mí sobre la mesa. Probablemente un gran paquete de dulces para el cumpleaños de los niños.

Pero se trataba de los zapatos más locos que había visto en mi vida, envueltos en papel de seda negro.

¡Probablemente también los más caros! Por un largo instante, sólo nos oíamos ambos respirar y mirábamos fijamente: el chico mi cara y yo los zapatos. Zapatos de cuero dorado hasta la suela, sin pieza intermedia. El talón se levantaba con una encantadora exageración, en la pierna imaginaria. El cuero tan costoso podía tratarse como una suave tela y remedar los pétalos de una flor alargada. El tacón, muy alto, se juntaba tan fuerte con la suela que el talón de perfil se ondeaba inicialmente en una curva rasante de dentro hacia afuera y luego otra vez hacia dentro y otra vez, como reincidiendo, hacia afuera. Completo, parecía como un calcetín lujoso de seda que se adhiere a un pie invisible, pero en un pedestal de oro. Probablemente en alguna parte existirían incluso seres que allí podrían dar un par de pasos.

No sabía si tenía que reír o llorar de horror.

Antes de que pudiera decidir, antes de que fuera pronunciada una sola palabra, volvieron a tocar y entró un hombre atlético a la habitación. Agarró al pequeño; le dijo secamente, varias veces, a la señora de la casa indignada, que era el conductor y estaba autorizado por los padres; también tomó el paquete, que yo había vuelto a entregar al chico, y desapareció con el niño desprevenido, que atónito me miraba a mí, que presenciaba incrédula todo aquello, sin decir una palabra, sin una protesta frente al adulto poderoso y que apareció de improviso, por la primera y última vez, en medio de un indefenso y endeble fervor ●

Traducción de Juaísca Rodríguez y Christina Lembrecht

Michael Lentz

los caminos vacíos y nosotros

en absoluto convocados
aquí hace un frío intenso
el bello lugar sin ti
sin ti como cualquier lugar

ninguna embriaguez de florescencia el aire
ninguna embriaguez de florescencia
ninguna hora elevada
el aroma de tu nombre
tu paso jadeante
todo está en alguna parte

desprendido todo registro se halla vacío

die wege leer und wir

ganz unbestellt / hier ist es deutlich kalt / der schóne ort ist ohne dich / ist ohne dich wie allerort // kein blütenrausch der luft / kein blütenrausch / keine gehobene stunde / der duft deines namens / dein atmender schritt / sind irgend irgendwo // ausgezogen steht das register leer // dass wir nicht mehr / sind ist keine stimmung / und es ist gewiss / nicht einfach / bloß gesagt // es ist dieses überharte bloß / gestellte bloßsein diese dampfende / bloßheit die nicht versiegt / der wir unsren sprachschatz schenken / un ser nie getraumtes tranenreich

pues nosotros no somos
más ánimo alguno
y lo cierto es
que no se dice
fácil

es esta más que dura crudeza
un estar al desnudo esta vaporizante
desnudez que no se agota
que a nuestro tesoro de palabras regalamos
a nuestro jamás soñado reino de lágrimas

disculpa

siempre quise que bastara con
que la puerta se cerrara cuando se cierra
que esta última mirada volviera
tu boca cálida tu mano
el abrazo el abrazo
que la repetición nada repitiera
sólo confirmo que simplemente quise
por única vez esclarecer las cosas: pues siempre
apenas se quedan tan olvidadas ahí
como si siempre hubiera sólo lo que la mirada acoge
me gustaría más tarde no en soledad perderme
un puñado de miradas se disipan
y más tarde es siempre

verzeih

ich habe immer genau sein wollen / dass die tür schließt wenn sie schließt / dass die s der letzte blick ist zurück / dein mund der warm ist deine hand / die umarmung die umarmung / dass die wiederholung nichts wiederholt / nur bestärkt ich habe ganz einfach / die dinge einmal klarstellen wollen: für immer / nun stehen sie ganz verloren da / als gäbe es immer nur was in den blick gerät / ich möchte mich spater doch nicht ins einzelne verlieren / eine handvoll blick verfliegt / und spater ist immer / und der rede folgt die widerrede und dem wunder / des körpers / der

a la dicción sigue la contradicción y a la maravilla
del cuerpo
la maravillosa sombra
y de las cosas al fin y al cabo amamos las sombras
del bosque amamos las sombras
el aroma que de las sombras escapa
y cuando nos espantamos del verano amamos
las sombras de las copas de los árboles
en las que nos hundimos desamparados
qué frescura qué refugio
y por nosotros carecer de sombra disculpa
el amor es un tronco vacío

en cosas de amor
toda decisión es equivocada
te arranca te arroja
y podemos felizmente valorarnos
ahí estamos ahí no
nos quedamos
eternamente la resaca entona
el mismo canto
en alojamientos soñados
en sueños alojados

la mirada repentina
sobre un paisaje nebuloso
la mirada fortuita
sería tan bella
el paisaje nunca más
se desharía de la niebla ni de la mirada
y tú nítida ante mis ojos te yergues
como el día que te

no se debería poder hollar el paisaje
no se debería poder conocer
no se debería poder recordar
voy a bajar la mirada ahora
voy a perderme ahora

Versiones de Pura López Colomé

wunderliche schatten / und von den dingen zuletzt liebten wir den schatten / vom wald liebten wir den schatten / den geruch der aus dem schatten tritt / und wenn wir uns sommers erschrecken gingen / liebten wir / den spitzen schatten der bäume / in den wir heimlos versanken / so kühl so schützend / und dass wir ohne schatten sind verzeih / die liebe ist eine koppel die leer ist

in liebesdingen
ist jede entscheidung falsch / es reißt dich fort es spült dich hin / wir können uns glücklich schätzen / da sind wir da bleiben wir /

nicht / ewig spielt die brandung / dasselbe lied / mit den räumen die geträumt sind / mit den träumen die geräumt sind

der plötzliehe bliek
in eine landschaft voll nebel / der unvorhergesehene bliek / es wäre so schön / die landsehaft würde den nebel / nie wieder los den blick / und du mir klar vor augen stehen / wie an dem tag als ich dich // es dürfte ein betreten der landschaft nieht geben / es dürfte ein kennenlernen nicht geben / es dürfte ein erinnern nicht geben / ich gehe jetzt und senke den blick / ich gehe mieh jetzt verirren

Idiomas previos

Ulrike Draesner

los prados serían rojos, las lenguas verdes,
verde la sangre, los árboles rojos,
los rostros verdes de alegría,
rojos de malestar, rojo
el moho como los prados,
verdes las fauces al abrirse,
de óxido rojo los semáforos
si fuéramos de viaje,
rojos los prados, la flema,
verde la luz de los bomberos,
como antes los prados,
que serían rojos,
como antes las lenguas, los paladares,
y tus ojos verdes serían
rojos, me marearía al mirarlos,
las uñas crecerían verdes
como la sangre, verde
el color de la ira y el corazón
y el verde serían la misma cosa,
la flema
sería roja, roja
como el sonrojo de los niños,
que ya no sería sonrojo, sino sonverde,
y las luciérnagas
darían luz verde como venas
bajo la piel
que labios verdes rozarían,
las ortigas serían rojas
como las lucecitas
de los aparatos dormidos,
que serían verdes, ya que
los prados serían rojos, como si fueran
lenguas, y si el cielo
siguiera siendo azul,
andaríamos livianos
y tú estarías conmigo.

Versión de Fabio Morábito

FRÜHSPRACHEN

die wiesen wären rot, die zungen grün / grün das blut, die bäume rot / gesichter vor freude grün, / rot bei übelkeit, rot / der schimmel wie die wiesen, / geriffelte schlünde grün, / kupferspanrot die ampeln, / wenn wir führen, rot / die wiesen, der schleim. / laufschriftbänder grün, / wie früher die wiesen, / die rot wären, / wie früher / die zungen und gaumen / wären deine grünen augen / rot, ich rutschte hindurch, / fingernägel wüchsen grün / wie blut, grün / die farbe des zorns, grün / bedeutete «herz», unser schleim / wäre rot, rot / wie hinter den ohren, / glühwürmchen leuchteten grün / adern unter der haut, / die grüne lippen berührten, / brennesseln wären rot, / wie die bereitschaftslichter / der geräte, die grün wären, da die / wiesen rot wären, als wären sie / zungen gewesen, und der himmel / wäre noch immer blau, / wir gingen aufrecht, / du wärest hier.

Equilibrio

Monika Rinck

Escuchen esto, así los protocolos de la miel se mofan: Es el lábil equilibrio.
Todos están bajo amenaza. Todos lábiles. El agresor es lábil. Quien padece
es lábil. El que no estuvo ahí es lábil. El que llega muy tarde, lábil.
El que se fue más temprano es lábil. Lábil quien comete daños. El que decide
concluir es lábil. Quien comenzó de nuevo es lábil. El editor es lábil. No
[regresa la llamada.
Yo también soy lábil. Por nada pondría manos a la obra. Los canallas
[vomitivos, lábiles.
Podríamos darles otro nombre, pero somos para ello lamentablemente
[lábiles.
Los lábiles son lábiles. Y con ello están bajo amenaza. En peligro está el
[clásico voladizo.
Así también el tráfico imparable. Quien medita con seriedad sacrificarse a sí
[mismo
es lábil. Le decimos a él o a ella: a partir de ahora, sacrifcarse a sí mismo
[está bajo
la cláusula de voluntad. A fin de cuentas aquí son eso los mamíferos, no
[rehúyen
o codician del todo, más bien la repulsión y la codicia deben a su tiempo ser
[deseadas.
Por lo tanto siempre lábiles. De ahí las disonancias cognitivas todas, y la
[ignorancia
nunca erradicada por completo. El amor ¿es cómo? Lábil.
El clima es lábil. Tanto como nosotros, lábiles en equilibrio.

Versión de Daniel Bencomo

Gleichgewicht

Hört ihr das, so höhnen Honigprotokolle: Das ist das labile Gleichgewicht. / Alle sind gefährdet. Alle sind labil. Der Aggressor ist labil. Der erleidet, / ist labil. Der nicht dabei war, ist labil. Der später noch dazukommt, ist labil. / Der früher wegging, ist labil. Der zugesetzt hat, ist labil. Der aufgehört hat, / ist labil. Der wieder anfing, ist labil. Der Verleger ist labil. Er ruft nicht zurück. / Ich bin auch labil. Ich würde gar nicht rangehen. Die Kotz—Canaille ist labil. / Wir könnten sie auch anders nennen, doch dazu sind wir leider zu labil. / Die Labilen sind labil. Und somit gefährdet. Gefährdet ist der klassische Erker. / Sowie der gesamte zügige Straßenverkehr. Wer ein Selbstopfer ernsthaft / in Erwägung zieht, ist labil. Wir sagen ihm oder ihr: Selbstopfer ab jetzt nur / unter der Bedingung der Freiwilligkeit. Schließlich sind das Säugetiere hier, / die nie schlichtweg begehren oder scheuen, sondern die Verabscheung / und Begierde jederzeit wollen müssen. Daher immer so labil. Daher all die / kognitiven Dissonanzen und die nie ganz auskurierte Ignoranz. Die Liebe, / die ist wie? Labil. Das Wetter ist labil. Grad wie wir, im Gleichgewicht labil.

Hielo líquido
(fragmento)
Ilija Trojanow

S53° 22'5 O61° 02'2

Explicar el hielo, esto fue lo que me llevó desde el primer momento a esta tarea, que me llegó inesperadamente, como caída del cielo. El colega Hölbl, ahí parado y disfrazado como un mensajero que tiene que entregar una alegre noticia, cerró su paraguas y preguntó si debía quitarse los zapatos a la entrada. Ya no sé si dijo «¿Puedes hacerme un favor gigantesco?» o «Quiero pedirte algo», si me miró sonriendo irónicamente o me escudriñó detalladamente, en el instituto corren los rumores de que me he echado a perder, así, sin trabajo, sin matrimonio, sin algo que me pudiera motivar, se me puede provocar muy fácilmente, se han dado ustedes cuenta, ya no acepta más invitaciones, aunque nunca ha sido muy sociable —palabras que inician con «social» siempre me parecieron sospechosas, «sociedad» (un espejismo), «sociable» (un balanceo de cadáveres), «aprendiz»[1] (un esclavo por su propio bien)—, se convierte completamente en un eremita, pronto se desmoronará, así se pronosticó, según Hölbl, pero a pesar de su sarcástico informe era evidente que también él se preocupaba por mí, se le veía realmente un rostro preocupado, esto me conmovía y enojaba al mismo tiempo, por todos aquellos que se vuelven locos por un mal salario, que les salen ampollas en los dedos y mierda en el cerebro, a todos ellos los supone gente como Hölbl que no tienen una decaída de su inteligencia. Desde su perspectiva yo estaba enfermo, por la falta de hielo. Inteligente, como él era, en ese día lluvioso de otoño no se me acercó como terapeuta, más bien intentó convencerme de ayudarlo, porque había dado su palabra dos veces, él confirmó una sin rechazar la otra, los típicos casos de poligamia (Hölbl intentaba con todas sus fuerzas animarme), me atrajo con todos los medios, él me decía muy convencido que iba a tener muchas historias amorosas a bordo, como si yo me acabara de graduar de un internado para hombres jóvenes, ahí se pesca tan fácil una amante como un resfriado disfrutando la situación despreocupadamente, porque lo del amor nunca aterriza, se garantiza el descanso, no hay estudiantes a bordo (con sus graciosos esfuerzos Hölbl se vendió un poco por debajo de su precio), algunas conferencias, algunas excursiones a las colonias de pingüinos, esto básicamente ya describe las tareas, en total es como una temporada de relax pagada, *busy working holiday*, como se dice a bordo, entenderás la lengua náutica muy rápido, el tema durante el sueño, inglés sin trabajo, tengo que ir al baño, por lo pronto puedes ver las fotos que te traje. El tacaño sólo trajo fotos de mala calidad, las formas se me hacían conocidas, los colores artificiales, extendí las fotos en la mesa, unas al lado de las otras y por encima de otras, hasta que ya no se veía nada más de la mesa. Hacia donde miraba —nieve congelada, ranuras que brillaban a la luz del sol, olas cristalinas—, cosas ya conocidas, y sin embargo miraba hacia un mundo desconocido, en donde glaciares terminan en el mar en lugar de los valles, las fotos formaban una belleza cicatrizada, me limpié las manos en el pantalón, cada palabra que me susurraba el agua antártida estaba congelada, toqué de manera tímida un iceberg y dejé una huella, no está mal, ¿no?, Hölbl estaba a mi lado, sonreía irónicamente, no está mal, ¿no? Golpeaba con su mano derecha el brazo del sillón, su sonrisa explotó como fuegos artificiales. Hay momentos en los que quieras o no te tienes que reír, si no se quiere perder la lengua en común. Semanas después me encontraba con las piernas temblando en el auditorio de un crucero y me sorprendió cuántos se habían presentado a mi primera conferencia (primero en inglés a las 9:30, después a las 11:00 en alemán), más espectadores que nunca en mi primera lectura, lo que faltó en espectadores jóvenes se compensó con una sobredosis de gente mayor. Los pasajeros se sienten comprometidos a conocer la Antártida, se suben al barco con pocos conocimientos, anhelan más información, eso me viene bien, ya que me permite dejar mi huella en su perspectiva de lo desconocido. En este viaje, que no se compara con cualquier otro viaje, se sumergen en publicaciones formativas en lugar de leer, como en otros lados, novelas policíacas, para relajarse les gusta leer «El peor viaje del mundo», de frente a frente con el hielo eterno, incluso los autistas de la civilización sienten una cierta carencia de lo propio. Me escucho hablando y me soprende mi tono parlanchín, cuando África chocó con Europa resbaló la Antártida en el extremo sur y se congeló —con los Alpes formando la zona de impacto. La Antártida significa «anti-Ártico»,

1 Las tres palabras enumeradas empiezan con *gesell-* (*social*, en alemán) *(N. de las TT.)*.

así nombrada por Aristóteles porque por razones de armonía hacía falta una contraparte en el sur y en un principio el hombre sólo había descubierto el hielo del norte. Un travieso, que afirma que él nunca confundió el Ártico y la Antártida, les tengo una estrategia infalible, una estrategia que tiene que ver con pingüinos y osos para adaptarla más al ámbito zoológico, porque los pingüinos se encuentran, como todos sabemos, solamente en la Antártida, y los osos polares en el Ártico, y esto tiene sus buenas razones, porque «Ártico» proviene del griego antiguo y significa «perteneciente a un gran oso». Si lo tienen presente ya no confundirán nunca más el Norte y el Sur, al contrario de todos sus amigos en casa que lo primero que preguntarán será cómo ha sido todo en el Ártico. Pero si los osos polares se extinguieran, ya no sería adecuado el nombre de «Ártico», necesitaríamos otro nombre, con gusto acepto propuestas, hoy y en cada día de nuestro viaje. No se preocupen, incluso cuando ya no existiera el Ártico —y esto lo experimentarán todos ustedes que ahora aquí se encuentran sentados, si continúan tomando betabloqueador y sus demás medicamentos (no lo digo en voz alta, esto me lo reservo para mí)—, la Antártida será la contraparte durante toda la existencia humana. Algunos pasajeros sonríen. Juntos atravesamos la historia del hielo y de las rocas, con la ayuda de una tabla cronológica, en la que el *homo sapiens* apenas puede entender su presencia, en ciertos días tengo que trabajar duro para que los pasajeros no se mareen con tantos ceros. Ártico y Antártida, señoras y señores, estamos hablando sobre contrastes extremos: por un lado hielo temporal, por otro lado tierra firme, por un lado el deshielo sin parar, por otro lado hielo con una profundidad de hasta cuatro mil metros. Por un lado condenado a la extinción, por otro lado protegido escasamente y aún no perdido. Por un lado espejo de nuestra destructividad, por otro lado símbolo de nuestra razón. Lleguemos al grano: arriba malo, abajo bueno, arriba infierno, abajo cielo. Estamos hablando, señoras y señores, de los dos polos de nuestro futuro. Me detengo, más tiempo de lo que requiere abrir el segundo archivo *power-point*, quiero tomarme el tiempo necesario para llegar a la cima y poder desarrollar el efecto deseado, antes de ilustrar lo afirmado, así como lo hizo Hölbl un día en mi mesa, ya sea en fotos de baja calidad o en una pantalla iluminada, los paisajes de hielo tienen tal fuerza, el auditorio renuncia a cualquier posible carraspeo, nos unimos al silencio de algunos pájaros en alta mar.

¿Sospechaba Hölbl lo que ocasionaría? Quien conoce el hielo como un animal encerrado en valles explorados, a él le abrumará la radical libertad del blanco sur. Aquí todas las excepciones son regla. El hielo

cubre todo menos la roca más empinada. Tales paisajes no existían ni siquiera en los atrevidos sueños de un niño sabelotodo de ocho años, que en el verano con los demás niños de la cuadra tomó agua de un charco con un popote como muestra de valentía hasta que una madre se asomó desde una ventana abierta y echó un grito que terminó justo en el charco.

—Ven pa'acá, gritó mi padre, sin asomarse por la ventana. Ahora vamos a las montañas.

Yo subí inmediatamente.

—¿Por qué traes un *short*?

—Afuera hace mucho calor, está ardiendo.

—Te morirás de frío.

—Para nada, apá, créeme, no tendré frío.

—Bueno, ya luego veremos...

Afuera de Mittersendling, en mis recuerdos, mi padre conduce en segunda velocidad y se detiene en cada esquina. Nuestro motor funciona de buen humor. Yo me muevo sin parar por todos lados en el asiento, para no perderme de nada. Mi padre gorjea, imita palomas, gorriones y golondrinas.

—Súbele a la radio, apá.

—Con mi gorjeo, ¿una hora de canto de pájaro? Eso no lo aguanta nadie.

—Pues junto con los demás que están cantando, primero una canción, después un pájaro.

—¿Cómo se supone que esto funciona? Señoras y señores, la siguiente es una canción popular cantada por pájaros, ¿así? ¿Debo reemplazar a Fred Bertelmann en el número uno? Eso no lo aguanta nadie. Bueno, ya luego veremos...

Puedo bajar la ventana, después ya no escucho los gorjeos. El vochito de papá lo tenemos desde hace apenas unas semanas, antes él tomaba el tranvía y nos quedaba la acera. Llegamos solamente hasta donde nos llevaron nuestros propios pasos. Cuento los carros que vienen en sentido contrario, igualmente los que nos rebasan. Los autos rojos cuentan el doble, ya no sé por qué. Apenas conseguí cien puntos, anuncia mi padre, ya casi llegamos. No estaba tan lejos, tres horas, tal vez tres y media, estacionamos el carro y caminamos un sendero hacia arriba y de pronto veo una pared y siento un frío poco habitual para el pleno verano. Cuando horas después regresamos, froto mis manos sobre la piel de gallina de mis piernas, siento mis zapatos húmedos y fijo la mirada en el camino que vamos dejando, te vas a marear, advierte mi padre, pero yo no quiero apartar la mirada, veo el glaciar a través de los dos cristales, un pronósti-

co de mi futuro, nunca me aparté de él. Otra vez todo está volteado, conté después a mi madre, como si un dragón estuviera resoplando aire congelado. Está acostado, escupiendo hielo y no se calla. No vas a creer lo que hay ahí, cascadas que son cuevas congeladas, que en realidad no son cuevas, son capillas que tienen azul, azul como tu vestido favorito, y liso. Apenas te sientas en tus pompas y ya te resbalas. ¿Sabes lo que me contó mi papá?: Cuando alguien muere en un glaciar éste se traga su cadáver y lo escupe hasta que sus nietos lo buscan. En el hielo hay muchos gestos congelados, dijo papá (como estudiante anuncié con la arrogancia del que sí sabe, ninguna escultura compite con las esculturas de hielo, un día en el glaciar es más valioso que cien días en la pinacoteca). De mi glaciar, de mi descubrimiento, le conté al amigo en el patio, a los compañeros de clase, a los primos durante el cumpleaños de la abuela en Wolfratshausen. Incluso se lo conté al abuelo. Él se encontraba sentado en su esquina preferida, en sus fosas nasales tenía zurrapas negras como mocos, escuchaba inmóvil y dijo finalmente: Ya verás tú, jovencito. Hablé, hablé mucho, ahora me escucho hablando de nuevo, después de un silencio, ahora más que me están escuchando con mayor atención, los pasajeros se encuentran sentados en filas, la Antártida es nuestro archivo común, en el hielo se conservan las burbujas de hace miles de años, como si la Tierra soplara regularmente el presente de sus pulmones, todo se conserva en estos cofrecillos naturales, cada erupción de volcán, cada eclipse solar, cada prueba de armas atómicas, cada modificación en la cantidad de dióxido de carbono en el aire (cada pedo de la humanidad, suele decir Jeremy cuando estamos entre nosotros). No olviden, concluyo, durante nuestro viaje verán mucho hielo, los hará temblar de frío, algunos de ustedes sentirán un frío desconocido, y sin embargo no sobrepasaremos la periferia de la Antártida, permaneceremos en su benigno verano. Tengan en cuenta que casi ninguna región del mundo se calienta tan rápido como la península antártica, dentro de poco se plantarán aquí flores, papas, se pastarán ovejas, no pasará mucho tiempo para que se cultiven las uvas del vino antártico. No entrarán en contacto con el frío despiadado de la meseta polar. Solo conocerán la periferia extrema de la Antártida, *and that's going to knock you flat!* Constante y agradecido aplauso. Si la escuela hubiera sido tan sólo la mitad de divertida, al salir me alaba un señor, cuyo rostro ya no tengo presente, horas después al momento de escribir. Poder explicar el hielo, y eso dos veces al día, me reconcilia, por el momento, con el hecho de que mi glaciar está muriendo.

Alrededor de mí voces despreocupadas en un calor acogedor. Ricardo hace guardia en la puerta del restaurante junto a su pupitre, saca su partitura y dice «no» con la mano: *For you we have no seat*, hay menos lugares disponibles que pasajeros, dice que lo siente, pero el problema era previsible. Una señora se endereza junto a mí y con acento suizo me ofrece un lugar en su mesa, dice que su esposo no se siente bien y que se quedó en el camarote. Ricardo se apresura y admite su broma, tranquiliza a la señora y me acarrea hacia la mesa de conferencistas. Algunos pasajeros me saludan con la cabeza, hacia el final del viaje la mayoría me saludará por mi nombre. Amablemente regreso su saludo, la amabilidad no me cuesta nada, no desprecio a los pasajeros, aun cuando en relación con esto Paulina me contradice obstinadamente, sé por experiencia que con las impresiones de los próximos días se pondrán sentimentales, pero ¿por eso debería ignorar que después del regreso a casa no renunciarán a su destructiva comodidad? Tú juzgas a las otras personas de manera severa, dice Paulina, como si te hubieran decepcionado personalmente. Si todas las personas fueran así como yo, dice ella, algunas cosas serían mejor, pero otras peor. Si alguien le cae mal, dice con voz firme: Seguro que él tiene su lado bueno, sólo que hasta ahora no lo he descubierto. Para ella la realidad es algo con lo que uno se tiene que conformar. En el bufet me sirvo ensalada verde y entradas. Cuanto más cotidiano se me hace este frío, caliente y dulce bufet, más difícil me resulta decidirme. En lugar de pan tostado y arenque salado, grandes bandejas llenas de todo tipo de comida, con tantos colores como las banderas en los hoteles de cinco estrellas (todo se trata de comida, la llegada del barco puede fallar, toda la Antártida puede desaparecer en la neblina, pero que se suspenda una comida, eso sería inimaginable). En las primeras semanas en este crucero, mi primera experiencia en un barco, comí mucho, le entré a mucha comida después de años con sencillas botanas y sin la posibilidad de comer bien, la comida tan surtida me resultaba un consuelo a medias, me puse en engorda, comía y comía, y cuanto más comía, tanto más desmesurado continuaría comiendo, lo veía venir como mi destino, de todas las cazuelas desbordaría puré agridulce, que yo devoraría en porciones, hasta que ya no se me presentara ninguna otra salida, ninguna otra salvación que reventar. Quien quiera escaparse del exceso de comida tiene que ser estrictamente modesto al comer. Una cucharada de maíz, una cucharada de atún, una cucharada de camarones con melón, algunos tomates partidos, algunas aceitunas negras sin hueso. Por supuesto que en la mesa de los conferencistas hay un lugar libre para el director de la expedición. En ciertos días, a mediodía comería mejor con Paulina, pero esto no es posible, sólo los brahamanes tienen permiti-

do acercarse a los pasajeros, los de cargos inferiores tienen que comer en el comedor bajo cubierta, algunos de ellos ni siquiera una sola vez durante todo el viaje entran en contacto con los pasajeros. ¿Te puedo citar? El Albatros se come la sopa y me mira por encima de su inclinado plato. ¿Qué dices? Esta oración tuya, «finalmente enmudecerá el murmullo del mar, porque qué le arrancará al agua sus secretos, sino precisamente el hielo», me gustaría utilizar esta oración.

—¿Escuchaste mi conferencia?

—El final.

—Te la regalo.

—No te preocupes, tu *copyright* queda protegido.

—¿*Copyright*? ¿De qué hablas? En la Terra Nullius no existe el *copyright*.

—Yo tengo pensado citarte en todo el orbe.

El Albatros deja su plato de sopa. Una sensación, que antes hubiera llamado hermandad, se apoderó de mí. Su apodo se lo debe a Jeremy, quien lo murmuró alguna vez en su barba de historiador, quien puede tragar cantidades de ensalada y quien pasa los veranos en San Diego, en donde vende tiendas de campaña superligeras y mochilas superligeras a los aventureros.

—¿Alguna vez han perdido un avión por un par de minutos y después, ávidos de sentirse algo especial, desearon la caída del avión?

Jeremy se acabó su plato de ensalada, lo que le da la oportunidad de grabar nuestras reacciones con su cámara de video. Ahora nos acorrala, para llevar a cabo su bitácora visual, a la que bautizó como «Turbulencias cotidianas». Beate regresa del bufet y mira sorprendida hacia la silenciosa reunión.

—¿Ustedes callan a mis espaldas?

—Quieres decir, Jeremy, ¿uno de esos momentos en los que te da rabia no ser Dios?

—¿Dios? El papel ya está otorgado, con un mal *casting*, eso tampoco lo modifican tantas *repeticiones*.

—Pero la pregunta decisiva es, más bien —dice Beate—, ¿quisieran ustedes volver a nacer como animal o robot?

—A mí no me preguntes —contesta en primer lugar nuestro ornitólogo—, en vida ustedes a mí ya me han nombrado pájaro.

«El Albatros», así nomás se le salió a Jeremy después de experimentar otra vez un discurso sobre el gran pájaro blanco con las alas más grandes que existen. Jeremy pronunció raro el nombre, «El» como un chicano, «Albatros» con vocales largas, como si éstas hubieran extendido sus alas.

Apenas terminada la comida, El Albatros forma un grupo de observadores de pájaros así como un gurú lo hace con su pequeña secta. Se le reconoce inmediatamente por los poderosos prismáticos colgados del cuello, se encuentran parados uno al lado del otro en la cubierta de popa y miran concentrados, observando las aves, mientras la espuma de las olas los impregna, los codos sobre la barandilla, los prismáticos apoyados, uno se colocó detrás de un telescopio, intentando hacer un nuevo descubrimiento, hallar un págalo ártico, el cual se confunde fácilmente con un págalo subantártico, por lo que se puede concluir que es muy difícil hallarlo. Predomina la competencia entre ellos (supuestamente los observadores de pájaros miden su fuerza visual ocasionalmente al *Spotting*), no es fácil imponerse frente a tanto viento ambicioso en contra, incluso El Albatros ha sido declarado culpable en un par de ocasiones por un descuido. Después se ponen a secretear, con el libro *Pájaros de la Antártida* abierto, los dedos pasan suavemente por las plumas, diferentes sombras causan discusiones al no confirmar qué tipo de págalo hallaron, designaciones fracasadas les quitan el placer de observar. En un viaje anterior me posicioné al alcance del oído de los que observan las aves, esperé un ratito antes de gritar acaloradamente:

—Ahí, ahí, un albatros negro,

(este pájaro tan raro lo había escogido antes en la biblioteca), los locos por las aves se abalanzaron atropelladamente, se escucha:

—¿Dónde, dónde?

Señalé con el dedo en el aire:

—Ahí, ahí,

y se inclinaron hacia delante,

—Ahora se sumergió,

y ellos miraban hacia las olas,

—Ahora ya no lo veo más,

dejaron pasar su mirada por el agua,

—Ahora ya se fue,

no se dieron por vencidos así de fácil, buscaron con persistencia en el cielo y en el mar,

—Qué lástima, de verdad qué pena.

El Albatros se informó con gran interés sobre el estado del plumaje de la cabeza, los colores oscuros de los extremos de las alas, jugué el papel del testigo inseguro hasta que un temblor en mi ojo me puso en evidencia. El Albatros me obligó a hacer una confesión: estoy seguro de haber visto el frente tallado de un iceberg grande, pero a este raro pájaro, yo no juraría que lo he visto.

El Albatros realmente no estaba enojado conmigo, en realidad le caen mal aquellos pasajeros que le dan mayor valor a la elaboración de listas de diferentes tipos de aves que al milagro de un solo pájaro, al milagro de su vuelo de horas y horas, al milagro de su mecanismo de desalinizar en su pico, al milagro de su capacidad para sumergirse y al arte de volar. En lugar de eso elaboran un meticuloso libro sobre cada observación, lugar, tiempo y testigos, de tal manera que los historiadores algún día podrán atestiguar partiendo de abundantes testimonios, para entender cómo fue la distribución inicial de los diferentes tipos de pájaros en la tierra. No, no llegará tan lejos, los historiadores se extinguirán antes de que muera el último pájaro.

¿Están cambiando nuestras pesadillas, nuestras pesadillas colectivas? ¿El destilado de nuestras disputas en las borracheras? Mi padre se extraviaba en el sueño (esto me lo confesó un día como muestra de su afecto) en una tormenta de nieve, sus pasos ciegos lo guiaron hacia una casa sin puertas y sin ventanas, sin chimenea, una casa habitada, olía a vida (compresa de hierbas, pesadillas tan precisas y vinculadas a la comida tenía mi papá), irradiaba una calidez que le quitaba el frío a sus manos congeladas, y cuando ponía su oreja en la pared exterior de madera, escuchaba voces apagadas. Lo fuerte que gritara y lo fuerte que golpeara con sus puños incluso hasta sangrar, los del interior de la casa no lo escuchaban, o lo escuchaban y no le ponían atención. Su instinto de supervivencia lo despertó de la pesadilla antes de morir frente a la casa despiadada. Ojalá tuviera una pesadilla como ésa, festejaría, lanzaría con alegría mi gorro en medio de la tormenta de nieve, todo sería mejor, como sentarse en una roca con un pedazo de hielo en las manos, con un pedazo de hielo derritiéndose, el agua me corre por los brazos, corre y corre, por la camisa y por las piernas, gotea y gotea, formando un charco entre mis piernas. Da igual el cuidado con el que sostengo el hielo en las manos, se sigue derritiendo. Intento ponerlo en otro lado, colocarlo en una roca, pero se pega a mis manos, se les pega tanto tiempo hasta que ya no queda nada más que un recuerdo empapado. Qué sueño tan desagradable y sentimental, qué incomprensivos reaccionarían los colegas a esto, Hölbl me abofetearía una y otra vez, ¡qué estupidez, eso no es ninguna pesadilla!, diría. Algunas pesadillas no se le pueden confiar a ninguna otra persona •

Traducción de Olivia C. Díaz Pérez y Ulrike Pless

Fin de period(ic)o

Juli Zeh

Prólogo

Damas y caballeros, queridos analfabetos y analfabetas, legasténicos y legasténicas, queridos enemigos de la palabra impresa.

Ha llegado el momento. Ya habrán notado que la prensa alemana se encuentra en una profunda crisis, una crisis que ella misma, no en última instancia, ha atraído con sus lamentos, recibiendo en ello la ayuda del retroceso en el número de anuncios y de la inseguridad de los lectores. Tras las constantes quejas puede percibirse el hastío en todas las páginas, y todo parece indicar que ya nadie tiene ganas de hacer nada, ni de un lado ni del otro de las mesas de las redacciones. Los lectores se quejan del nivel cada vez más bajo de la información, que los toma por imbéciles, mientras que los periódicos lamentan el embrutecimiento progresivo de sus lectores, a los que tienen que adaptarse. A ello se añade la manera en que la reforma ortográfica ha venido trabajando desde hace años en la abolición de la lengua alemana escrita, y con bastante éxito. ¿A quién le apetece todavía leer periódicos? Hoy en día puede hablarse de todo y, al hacerlo, ya no es necesario escuchar las faltas ortográficas. Hacer periódicos, como insinúa el propio nombre, cuesta largos periodos de tiempo, un tiempo del que ya no disponemos. «Ináf is ináf» (*Enough is enough*), como dicen los ingleses. En algún momento toca sacar conclusiones. ¿Por qué debo invertir veinte minutos en leer un artículo si puedo ver sobre ese mismo tema un pringoso *talk-show* de dos horas con la presentadora Sabine Christiansen? ¿Por qué ir hasta el buzón de correos si tengo el televisor al lado de la cama? ¿Para qué abrir los ojos si puedo oír la radio? ¿Acaso un periódico tiene mando a distancia? Precisamente. Uno es esclavo de lo que habla, y dueño de la chatarra que escribe.

Estas consignas las murmuro en el dictáfono y las envío a la larga barba de la era de la comunicación. Mis amigos del *Tageszeitung* las publicarán antes de sellar definitivamente sus viejos cajones. Una vez que lo hagan, los textos como

éste sólo existirán en CD-ROM, como una presentación de Power Point, en forma de libro auditivo, cortometraje, portal de internet, o serán enviados por SMS directamente a algún teléfono celular. Ya ven ustedes: no se necesita papel impreso para llevar al mundo una nueva consigna a comienzos de la era de la gran extinción de los bosques de papel: ¡Fin de period(ic)o!

Señoras y señores, cuando se acabe el año, todas las editoriales de periódicos alemanes van a cerrar. Abandonamos, y lo haremos por lo menos de un modo tan radical como aquella vez en que abandonamos la energía atómica. En otros países europeos ya se perfilan los esfuerzos por seguir nuestro ejemplo innovador. ¡Les doy la bienvenida al final de una época!

Como lector de periódico, usted tal vez creerá que la lectura en papel diaria cumplía ciertas funciones en su vida. Después de haberse pasado diez años despotricando contra la prensa, en el momento de su abolición, de repente, piensa que sin ella tampoco va a funcionar. Pero permítame tranquilizarle: en ese caso se trata de meros afectos de la costumbre que se pueden eliminar con algunas medidas de reacondicionamiento. Los párrafos siguientes ponen a su disposición algunas sugerencias y consejos. A fin de cuentas no hay nada que pueda serle perjudicial. ¡Alístese para la era del «post-*print*ismo»! Le deseo que lo pase bien sin periódicos.

§ 1: La *print*-gimnasia

Usted la conoce bien, ese ademán agradable con el que usted extiende ambos brazos para abrir un periódico de gran formato como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* o *Die Zeit*. Uno se aferra a diestra y siniestra de los bordes del papel impreso, infla el pecho y alza las manos a izquierda y derecha hasta la altura de los ojos, como si quisiera abrazar al mundo entero. Y eso es justamente lo que sucede, pues lo que en ese momento está en nuestras manos es todo lo que la Humanidad sabe contarse a diario: un microcosmos de amor, odio, dinero, poder, felicidad y penas. Ese gesto nos ayuda a sentirnos como en casa en nuestro planeta inabarcable. Por eso debería comenzar usted bien temprano a realizar ejercicios sustitutos, ¡no esperar a que se presente el sentimiento de pérdida! Los expertos en la «desperiodización» han desarrollado para usted, extra, un deporte compensatorio muy efectivo: la gimnasia *print*.

1. **Busque usted un lugar apacible. Utilice los medios de transporte público, siéntese en un café, en la sala de espera de un dentista o en la barra de un bar cerca de la estación del tren.**

2. **Primeramente apoye el cuerpo hacia atrás, en postura relajada, con las manos sobre los muslos y el índice y el pulgar en forma de O, lo cual quiere decir *Ohne geht's besser* (Sin él es mejor). Haga una lenta inspiración y luego tómese el doble de tiempo para exhalar el aire.**
3. **Y ahora extienda los brazos de golpe hacia ambos lados, tome aire y cierre las manos, formando un puño.**
4. **Cuando le derribe las gafas al señor que está a su lado, dígale: «Lo siento, nunca he entendido por qué estos idiotas le dan un formato tan exagerado a sus periódicos», y luego ría, liberado**.

Repita ese ejercicio varias veces al día. El uso regular fomenta la alegría en la comunicación y el vínculo con el mundo. Y así preserva usted su fuerza interior y su relación con lo divino.

§ 2: Rasgos distintivos

Sin duda usted conoce tal cosa. Ya en la época de la escuela, y sobre todo en la universidad, era de enorme importancia qué periódico se sacaba de la cartera en el aula o en la sala de conferencias. Los encorbatados con propósitos profesionales de «acabar Empresariales en seis semestres» leían el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Y si habían pasado un año en Oxford High, eran entonces el *The Daily Telegraph* o *The Times*. Los aspirantes a profesores de alemán, los estudiantes de sociología u otros pequeños intelectuales se sentían mucho más cómodos detrás del *Süddeutsche*, mientras que los jerséis de cuello alto de color negro y las gafas cuadradas de arquitecto podían encontrarse, con toda probabilidad, tras *Die Zeit*. Por encima del borde superior del *Neues Deutschland* sobresalían las puntas teñidas de verde de un peinado a lo iroqués, y quien aun no había escuchado las ruidosas campanadas de la era postmaterialista hojeaba tabloides de anuncios de MEDIAMARKT. El despliegue de un periódico era un despliegue de la personalidad.

Pero con la llegada de la «desperiodización» no habrá tampoco nadie que tenga que renunciar a llevar bajo el brazo su postura intelectual. ¿Que acude usted a una cita a ciegas y ha olvidado meter el *Stern* en el bolsillo de la gabardina? No importa, coja, en su lugar, las obras completas de John Grisham y colóquelas, bien visibles, en el pliegue del codo derecho. ¿Que otorga usted valor, en el tren expreso interurbano, a delimitar su superioridad como intelectual y viajero habitual frente a la ruidosa plebe que viaja con tarifa reducida de fin de semana? Coloque encima de usted, en el compartimento del equipaje, una edición en veinticuatro tomos de la

Enciclopedia Brockhaus y levántese de vez en cuando para coger un volumen. ¿Que pasa usted sus vacaciones en Mallorca y no por eso es usted un turista? Cómprese una carretilla y llévese consigo a la playa la edición facsímil de *Zettels Traum*, la monumental obra de Arno Schmidt. Si toma en cuenta estos sencillos consejos no tiene por qué temer una pérdida de su identidad. Por el contrario, los contornos de su persona externa se harán considerablemente más nítidos. Experimente lo que significa ser una vivencia inolvidable.

§ 3: Papel para reciclar

Para cubrir una necesidad humana de aire puro y asegurar la quema de por lo menos cuatrocientas kilocalorías a la semana, se ha demostrado que el acudir con regularidad hasta donde está el contenedor de papel reciclable es imprescindible para estudiantes, artistas y otros profesionales autónomos. Y para ampliar el volumen de su espacio habitacional, el consumidor de periódicos estaba obligado a abandonar su cueva cada dos días, exponerse a la luz del sol y entrar en contacto con el mundo exterior. Sobre todo en la casa de los escritores, los detritos de papel para reciclar, resultado de tres suscripciones a distintos diarios, se iban apilando hacia la escalera, formando una torre de marfil, que garantizaba la adherencia al suelo y abría importantes posibilidades de investigación durante los frecuentes paseos al contenedor azul.

Durante el proceso de desintoxicación «periódica» sentirá usted tal vez la necesidad de echar mano del alcohol, de producir montones de botellas vacías y, de ese modo, crearse un pretexto para esas excursiones sucedáneas al contenedor del vidrio. Pero no tiene por qué ser así. También sin periódicos hay alternativas a la adicción al alcohol. Dado que, como se sabe, los precios de los periódicos se han disparado enormemente, le alegrará escuchar que usted mismo podría generar, de un modo muy sencillo, su propio papel reciclable. Y todo por doscientos euros al mes. Se hace así:

1. **Compre una vez al día, en la papelería más cercana, un *pack* de veinte folios formato DIN A2 (unos cinco euros).**
2. **Imprima esas páginas con los contenidos de cualquier archivo ReadMe de su propio ordenador (uso de colores, unos 2.10 euros). En caso de que las páginas grandes no quepan en su impresora, le aconsejo que invierta en comprarse una profesional (si es de uso, el coste puede ser de unos tres mil euros).**

3. **A continuación se colocan los pliegos unos sobre otros, se engrapan por el centro y se doblan.**
4. **No empiece de inmediato a leer el periódico terminado por algún descuido. Ése no es el propósito para el que ha sido concebido.**
5. **Vaya acumulando el papel reciclable producido por usted mismo en la cocina.**

Con un tiempo de trabajo de dos horas por día —sólo seis veces más tiempo que el que necesitaba usted antes para leer al vuelo los editoriales— se convertirá usted en (redactor) jefe de su propio basurero de papel. Disfrute de la independencia de las crisis editoriales y de los cálculos usureros de precio. A fin de cuentas, una suscripción al *Tageszeitung* cuesta veintiocho euros al mes.

§ 4: Índice de las fuentes

A toda persona le gusta tener la razón. Pero para poder tenerla se necesita por lo menos la apariencia de una verdad objetiva. En ese aspecto, la prensa siempre ha prestado valiosos servicios. Debates teórico-críticos sobre la intersubjetividad, la lucha filosófica por la fragmentación de la realidad y la marcha triunfal de la arbitrariedad postmoderna acabaron de forma abrupta ante las puertas de las redacciones de los periódicos. Un periodista no dice «Yo creo que...», ni siquiera dice «Según las informaciones con las que cuento...», y mucho menos dice «A fin de cuentas no es posible saberlo todo». Un periodista dice: «Esto *es* así y asá». Una base estable de datos es algo imprescindible para cualquier sabihondo. En particular hay una conocida revista de noticias hamburguesa, cuyo nombre, como el de Nuestro Señor, no debía pronunciarse en el uso cotidiano, que trabajó obstinadamente, en colaboración con su imitadora, *Focus*, en abolir el plano subjetivo a favor de un mundo de estadísticas, modelos de columnas y diagramas con forma de tartas. Si alguien, en medio de una discusión, pretendía plantear sus dudas acerca del «ser así» de las cosas, era posible mencionar entonces el nombre del Todopoderoso: «¡Pero si lo publicaron en *Der Spiegel*!».

También en ese sentido la «desperiodización» trae consigo un poderoso impulso para adentrarnos en la postmodernidad. La televisión e internet como medios irreales del servicio no se interpondrán en el camino de la derrota del anacrónico monopolio de lo objetivo. Debería usted acostumbrarse pronto a formular sus contribuciones a un debate de un modo acorde con los tiempos. Demuestre que tiene una visión relativista del mundo a través del uso del subjuntivo. Practique las siguientes frases:

1. **«Eso hubiese podido aparecer en *Der Spiegel*».**
2. **«Presuponiendo la existencia de un periódico de tirada nacional, mi opinión hubiese quedado demostrada gracias al editorial del día de hoy».**
3. **«La siguiente afirmación podría representarse mediante un diagrama tarta y posee, por eso, un elevado potencial de verdad».**

Pruebe usted algunos giros inventados por usted mismo al dirigirse a amigos y conocidos. Y si algún interlocutor se da la vuelta haciendo un gesto negativo con la cabeza, haga usted lo mismo. Él no ha leído este artículo.

§ 5: Plegada candidez

Nada es más variado que la candidez, y quien alguna vez tuvo un *falkplan* lo sabe. El obispo protestante Spangenberg lo planteó hace doscientos cincuenta años de este modo: *Santa candidez, milagrosa clemencia / sabiduría profunda, fuerza mayor / hermoso ornamento y fuego de amor / ¡obra que sólo Dios puede crear!* Spangenberg no podía saber que algún día habría gente en condiciones de plegar la sección de anuncios del *Leipziger Volkszeitung* con sólo tres dobleces y llevarlo al tamaño de la más interesante oferta inmobiliaria para ponérselo delante de las narices en un tranvía repleto mientras viaja de pie. Un experimentado lector de periódicos podría doblar con pocas maniobras un montón de papel pintado y convertirlo en un cuadernillo en toda regla. Con mucha ejercitación conseguiría leer hasta el final un artículo en varias partes en el *Herald Tribune* sin tener necesidad de auxiliarse de unas tijeras. Los más avanzados pueden plegar una edición ya leída de *Die Zeit* de tal modo que las secciones de economía, ciencia, cultura y literatura aparezcan en el orden adecuado. Se dice que un estrafalario fanático adepto de los periódicos, al cabo de cuarenta años de suscripción al *The New York Times*, había reducido la guía telefónica de Manhattan al tamaño de una estampilla.

A más tardar en este punto preguntará usted para qué puede servir eso. La respuesta, bien sencilla, es la siguiente: en la era del GPS, la disciplina del plegado se adentra en el ámbito del *l'art pour l'art*. En caso de que el plegado artístico del papel ejerza sobre usted un efecto meditativo, le propongo las siguientes acciones:

1. **Recoja todo lo que hay en su escritorio.**
2. **Haga un curso de origami en la escuela nocturna.**

3. **Regale una máquina de café espresso sin caja y envuelva el objeto como es debido en papel de regalo.**

Pero sobre todo debería usted tener claro que puede demostrar el estar hecho a imagen y semejanza de ese dios del obispo Spangenberg de un modo moderno, por ejemplo, con la programación de un grabador de vídeo. Porque: «Mas a todos los que le recibieron (léase *grabaron*), les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios» (San Juan 1,12). Experimentará usted que apretar botones y teclas tampoco es tan fácil y genera efectos psicológicos comparables.

§ 6: Escondite

Por los cómics, los libros infantiles y las parodias de agentes conoce usted la imagen: un hombre con sombrero y guantes está sentado en un banco de un parque, con el rostro y el torso totalmente ocultos tras un periódico abierto. Si se mira bien, se descubre en la página delantera dos agujeros a través de los cuales ese hombre vigila a su víctima sin que nadie lo note. Un método muy similar se aplica a diario en miles de situaciones, sólo que sin aquellos agujeros. Durante el desayuno, el diario local erige una especie de biombo y delimita la dosis diaria de conversación de las parejas casadas a unos nueve minutos estadísticamente comprobados. Los acusados se colocan periódicos delante de la cara cuando abandonan el edificio de los juzgados. El tren regional de la mañana transporta todo un *camping* de tiendas de una sola persona con el cartel de *Bild*. En los metros de Nueva York, los directivos de empresas ocultan su *Harry Potter* tras el *Financial Times*. Y así, lo que para el niño era un manto mágico salido de los cuentos, algo que lo hacía invisible, es para el hombre adulto su escondite portátil.

No cabe duda de que la prensa ha contribuido sobremanera a poner en escena de un modo apropiado el proverbial aislamiento del ciudadano masivo en situaciones aun más apretadas. Entretanto, sin embargo, la sociedad de la comunicación tiene listos otros logros tecnológicos para impedir la comunicación, logros que todavía no son usados ampliamente por el consumidor normal. ¡Pero no se deje caer! La «desperiodización» será capaz de sustituir con mejores medidas muchos de esos modos de comportamiento a los que hemos tomado cariño pero que son menos efectivos. En una pantalla de gran formato colocada en medio de la mesa, podría usted, con la ayuda de un *beamer*, proyectar las noticias de la mañana, a fin de evitar de un modo ya definitivo cualquier contacto con su pareja. Y cuando entre usted a la sala de un juzgado, puede colocarse sobre la cara

su ordenador portátil con una cómoda cinta de goma. En el transporte público, una pantalla opaca de veinticuatro pulgadas sobre el regazo puede crear la atmósfera acogedora y anónima de un puesto de trabajo en una gran superficie de oficinas. Experimentará usted de manera nueva lo que significa sentirse solo.

§ 7: Despotricar contra la prensa

El tabloide *Bild* es un ejemplo ignominioso de periódico de cotilleos que amenaza la paz en nuestra república creando escándalos salidos de la nada. En el *Frankfurter Allgemeine* se reúnen los que más ganan y más saben para acomodar sus sandeces acerca de una torre de marfil sostenida por el capitalismo. *Die Zeit* reúne a intelectuales en peligro de extinción para, a continuación, recibir un premio como primer museo al aire libre impreso del mundo. Y desde que la sección «Streiflicht» (reflejo de luz o comentario breve) existe en forma de libro, al *Süddeutsche Zeitung* ya no se le ocurre ningún motivo por el cual se lo debería leer fuera de las grandes ciudades bávaras gobernadas por el Partido Socialdemócrata (SPD). *Die Welt* cubre a diario los gastos de una jugosamente subvencionada tertulia de bar, con manteles almidonados y vajilla de plata. El *Tageszeitung* ofrece espacios protegidos para veteranos izquierdosos a fin de que éstos puedan entregarse a sus colectivos sueños de vigilia, y al mismo tiempo va haciendo copia taquigráfica de todo. El *Frankfurter Rundschau* limita su carácter nacional a la ciudad de Fráncfort, y el que no haya sido mencionado hasta ahora es porque no se lo ha merecido.

Despotricar contra la prensa es una premisa irrenunciable del control moderno de la realidad, porque el mundo es todo lo que aparenta, y de esa apariencia en todas sus facetas se ocupa el cuarto poder. La culpa del caos, de la estupidez y la injusticia la tiene el que crea de forma mediática, día tras día, ese mundo caótico, estúpido e injusto. No nos hagamos ilusiones: despotricar contra los políticos que, en la izquierda, siguen pendiendo del hilo de la opinión pública y, en la derecha, dependen de los grandes intereses económicos, dejó hace mucho tiempo de ser lo auténtico.

Y para arreglárselas con la «desperiodización» debería usted cambiar su imagen del mundo. Recuerde que no son los periódicos los que crean la realidad. Es la televisión. Tenga bien claro que en la televisión, además de los cámaras, también trabajan periodistas. Lleve una lista para el periodo de transición (ARD = FR, ZDF = FAZ, 3Sat = SZ, Sat1 = WELT, RTL = BILD, arte = ZEIT, etcétera), y así se acostumbrará a localizar distintas visiones del mundo en determinados canales. De ese modo no sufrirá usted ninguna

pérdida de imágenes del enemigo. Hasta que un día haya usted invocado, con su algarabía, la era de la «destelevización». Pero para eso falta un montón.

Epílogo

Ese particular crujido de la primera vez que desplegamos el periódico. El olor del té y de la tinta recién impresa. Una lluviosa tarde de domingo en un café, las largas horquillas de madera en los ganchos: ediciones de fin de semana entre tornillos de orejera. ¡Ver cómo el sol resplandece a través de cada página por separado de un periódico que un anciano lee por la mañana en su banco habitual del parque! Sentir cómo el viento se apodera de todo diario arrojado y lo hojea excitado. O cuán infinitamente triste es el aspecto del papel impreso cuando la lluvia lo pega a la calle. Para generaciones de niños él fue sombrero, barco y avión. Miles de pequeños gatos han corrido detrás de las noticias tirando del ovillo de hilo. Y entonces alguien grita: «¿No es bonito? Ese milagro de varias páginas y caras, ¿podrá ser sustituido con otra cosa? ¿No seguirá siendo algo único tanto en lo olfativo, en lo táctil e incluso en lo acústico? ¿Era ése uno de aquellos que cancelaron hace poco su suscripción porque sólo encontraba tiempo para repasar al vuelo los titulares del *Der Spiegel online*?». No, nadie ha gritado nada. Creo que he escuchado mal. Nosotros no queremos abolir una cosa y sustituirla por otra para, de inmediato, empezar a lamentar la pérdida de lo primero. Ustedes, señoras y señores, no pueden ya dar un paso atrás poco antes de llegar al objetivo. ¿O sí?

De ser así, aquí les propongo la *last exit to Gutenberg*:

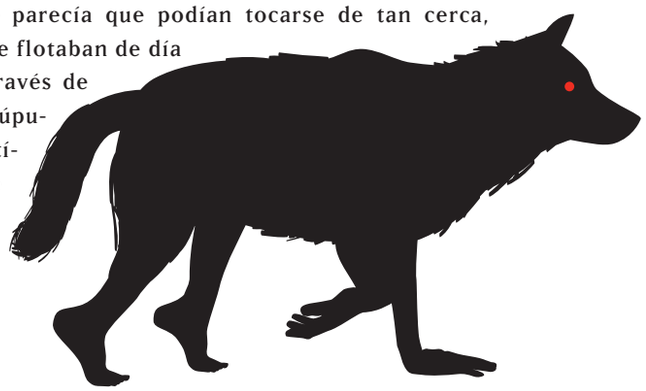
1. Coja esta página y sáquela completamente del *Tageszeitung*.
2. Péguela con cinta adhesiva al palo de una escoba.
3. Y alce la blanca bandera.
4. Más tarde, salga a la calle y cómprese un periódico. Uno más.
O quizá muchos más •

Traducción de José Aníbal Campos

El diablo, probablemente

Ulrich Peltzer

Se incorporó sobresaltado. Alrededor de él, la oscuridad, ni un solo ruido, sólo su respiración. El estallido cuando se derrumbó el techo de la barraca, un humo que picaba la nariz, un resplandor, rojo y azul, sobre las cabezas de la multitud vociferante. Jadeando, Sylvester Lee Fleming se libró de la cobija hecha bolas y se frotó el cuello. Desde hacía días, desde que había llegado a São Paulo, las cosas estaban así, ayer (sí fue ayer en la noche, ¿no?) las riñas con la policía en la North Water Street y cómo después todos corrieron en dirección al Centro, piedras que se estrellaban contra los escaparates, basureros que ardían, y una y otra vez coros de consignas y gritos... *Stop this war*. Fleming tanteó con los dedos buscando el apagador de la pequeña lámpara que estaba sobre la mesita, junto a la cama. Una aterciopelada luz amarilla cayó sobre la revista que había estado leyendo antes de quedarse dormido (*Newsweek*), una botella de cerveza medio vacía (Antarctica) se escurría entre el sofá y los sillones en la profundidad del cuarto. Las cortinas, que llegaban hasta el suelo, estaban cerradas; atrás, ventanas que no se podían abrir, aquí, en el piso 18; un ventanal aislado contra el ruido que daba a otros ventanales, a otros rascacielos que parecía que podían tocarse de tan cerca, helicópteros que flotaban de día y de noche a través de la bruma (una cúpula hecha de partículas de mugre en el aire).



La cerveza, sí, todavía se podía tomar; cuando vio su reloj, eran poco después de las tres, se prendió el aire acondicionado, e inmediatamente un suave rumor inundó hasta el último rincón del cuarto de hotel. Fleming desenredó la cobija con una sola mano, una cobija de lana envuelta en una sábana, y la extendió sobre sus piernas desnudas. Después se volvió a hundir en la almohada, la esbelta botella de cerveza sobre su pecho que encanecía, el otro brazo debajo de su cabeza. La hora del lobo, pensó (y tuvo que sonreír), del cazador solitario, sueños como asaltos en los que se extendía una sensación de pánico que le resultaba ajena. Como si en ese entonces hubiera corrido un serio peligro de ser golpeado por una macana o una bayoneta, después de que ellos (el alcalde y sus manipuladores) hubieran llamado a la Guardia Nacional para decretar un toque de queda nocturno... En las calles, *jeeps* llenos de hombres armados hasta los dientes, megáfonos estruendosos, tiene que... no hay duda alguna, tiene que haber sido el sábado, el fin de semana antes de la masacre.

En la etiqueta de la botella dos pingüinos estaban parados frente a frente, rodeados de estilizadas espigas y de la leyenda «Cerveza PILSEN, desde 1885». Lo que nunca le había llamado la atención, pero que de alguna manera resultaba lógico en una cerveza llamada Antarctica: pingüinos, ya desde 1885. El año del Mahdi, le pasó como un balazo (como si se lo hubieran ordenado) por la cabeza, en enero los rebeldes asediaron Jartún. Conquistaron Jartún y sellaron el final desdichado de Gordon Bajá, según se puede consultar en los libros de texto y en las crónicas de los regimientos, un niño vestido con su uniforme de internado martiriza su memoria frente a la clase, aburrida... *his life was England's glory, his death was England's pride*, y más que de las últimas líneas del poema de Kipling no se podía acordar Fleming (a pesar de que se esforzó en verdad), conjuros ricos en palabras que no volvieron a la vida ni a una sola alma. Bebió y cerró los ojos.

Tan fuerte como en su sueño no había sido el estruendo de esa noche, decididamente no, un golpe sordo que ahogaban, en el mismo instante, el fuerte crepitar del fuego, el aullido de las sirenas, además la multitud que aplaudió, encantada, cuando el techo se vino abajo en medio de una lluvia de chispas. Tal vez alguien había vertido gasolina o alcohol a través de las ventanas rotas, la madera corroída de la barraca había ardido en llamas en segundos, un calor centelleante que le salía a uno al paso, y había que hacerse a un lado, protegerse la cara con los brazos... fuiste tú, se preguntó después, el que más tarde (no él solo, con otros más) rajó las mangueras de los bomberos, ¿será que Allison, la bella, también estuvo ahí, con su sagrada indignación por la guerra, por los tejemanejes de un gobierno comprado, como solían decir? Todos esos jóvenes rostros en

el reflejo de las flamas, de las torretas de las patrullas que titilaban en rojo y azul, de los equipos de bomberos, gritando consignas en el humo, tosiendo, riendo, cientos (o incluso más) que se habían reunido alrededor del viejo edificio de reclutamiento, esparciéndose por sobre la cuesta que había atrás... bajo los árboles en su cima... desde ahí uno hubiera podido creer que se trataba de una fiesta, de una de las fiestas desenfrenadas al final del semestre de primavera que se hubiera salido un poco de control, de modo que la Administración... como si el edificio principal hubiera quedado reducido a cenizas, una llamada de emergencia hasta las altas esferas, donde (eso queda claro) tan sólo habían esperado un motivo para poner en movimiento a las tropas, para darles (a esos idiotas útiles) una lección que no habrían de olvidar tan pronto, claro, pensó Fleming, qué más, vació la botella y la puso junto a la cama agarrándola por el gollete.

No había ninguna explicación, por lo menos ninguna que resultara convincente. Malhumorados elfos (pequeños duendes demoniacos) que se sientan sobre su pecho después de que se queda dormido y le roban el aliento, a pesar de que no tendrían el menor motivo para hacerlo, después de todo. Quizá la consecuencia de un error que pudiera haber cometido hace treinta o cuarenta años, algo imperdonable que habría que compensar de esta manera, soñando. Miedo nunca había tenido Fleming, desde el principio no había estado previsto en él, ciertas congojas en situaciones escabrosas que hacen que uno pierda la cabeza, por no decir que uno se vea dominado por el pánico... como siempre que las entelequias vienen a dar al mundo, un encontronazo bastante doloroso.

Miró el cuarto. Borrosas sombras se dibujaban sobre las cortinas, grandes superficies negras cuyos contornos se difuminaban en los pliegues, los dos sillones, el sofá, una silla giratoria de alto respaldo. El escritorio lo había colocado Fleming frente al ventanal, para no estar viendo todo el tiempo la pared color ocre mientras trabajaba, pantalla, pared, pantalla, pared, como en una correccional. El otro cuarto, el reservado, había estado ocupado, dos habitaciones en el piso ejecutivo... como si no supieran lo que hacían, como si no le hubieran mandado una confirmación, esos... no maldigas, se amonestó, y jaló la cobija un poco más hacia arriba, pobres diablos, sentados frente a terminales desgastadas, pregunta mañana otra vez.

Sonó un clic (como un pequeño perno que pega sobre un tambor vacío), el rumor del aire acondicionado se fue extinguiendo hasta que no quedó nada más que el silencio, una sensación pegajosa en la piel, la respiración y el latido del corazón. Prácticamente nunca se podía descartar, un error... ¿pero cuál? Los acontecimientos hubieran tomado el mismo curso sin él, más o menos, a partir del discurso del presidente. Y no siempre

tiene que haber alguien que acelere las cosas, que haga de tripas corazón y tome una decisión en el momento correcto, que es la que en realidad... ¿pues de qué otra manera podría algo volverse histórico, una fecha inolvidable para todos, por generaciones?

Además, Fleming sintió de repente su agotamiento, estaba cansado, hecho polvo, largos días en el caos de la ciudad y noches desgarradas... no fue tu culpa que hayan disparado para dar en el blanco, pero incluso si hubiera sido así, ya está dicho en las Escrituras, el que siembra vientos cosecha tempestades, una imprudencia extrema que no desperdicia ni un solo pensamiento acerca de las posibles consecuencias. Entraron marchando al campus con máscaras de gas y fusiles, tendrían que haberse dado cuenta, cúbranse, la diversión se terminó. Sucursales de banco destrozadas y escaparates estrellados, calles bloqueadas, carros abollados, como si hubiera un derecho natural a destruir el orden público, un derecho a la resistencia a cualquier precio, porque (claro) la Constitución había sido violada, peor aún, había sido mancillada y asesinada por las más altas esferas, como se dijo en el discurso que pronunció uno del curso de Historia frente a los estudiantes que habían acudido en torrentes, antes de que enterrara el texto (un caro facsímil de la biblioteca de la universidad) bajo un pedazo de pasto. Una arrogancia, pensó Fleming, que sólo se le permite a la juventud, no se teme riesgo alguno, no se arredra uno ante nada siempre que se satisfaga la sensación de justicia. El anhelo por un mundo sin mancha y sin mácula, por la pureza... ay, Allison, qué locura, horrorosas equivocaciones que ya no se pueden enderezar.

Se dio la vuelta hasta quedar de lado y encogió las piernas, una mano entre las rodillas, otra bajo su cabeza. Los largos cabellos oscuros de Allison, que eran tan pesados y densos como... como la melena de un poni de las Shetland (Fleming no pudo evitar sonreír por la comparación, pero fi-

Entraron marchando al campus con máscaras de gas y fusiles, tendrían que haberse dado cuenta, cúbranse, la diversión se terminó.

nalmente eso era lo que uno pensaba, lo que había pensado ya durante su primer encuentro con ella), tal abundancia de brillante cabello que había tenido que controlarse para no tocarlo, en el verano anterior, ya fuera en uno de los clubes en la North Water Street, quizá en el Safari, o durante una tarde en la cafetería donde comía con su novio Barry, quien algunas veces le había comprado mota.

«Hey, Fleming, ven a sentarte con nosotros», Barry señaló su charola, «las penas con pan son menos».

Ella rió y le dio la mano por encima de la mesa.

«Soy Allison, ¿y tú eres Sylvester?».

«Sylvester Lee», dijo Fleming, «mis simpáticos padres».

«Allison Beth, ¿qué tal?».

«Increíble».

«Allison Beth Krause», dijo Barry y le arrojó una mirada de reojo en la que el encanto se tropezaba con el tímido orgullo, medio incrédulo, de haber conquistado a alguien como ella.

El hecho de que nunca pudiera tener a Allison para él solo, nunca en la vida, ese saber más bien hacía más fuerte su amor (extrañamente) y no permitía ni la menor duda acerca de los sentimientos de Allison, de su afecto por él. Eran el uno para el otro, *as long as it lasts, maybe forever*, en una especie de concordancia secreta, de armonía interior que se manifestaba, por ejemplo, cuando Allison terminaba de la nada una frase que él apenas había empezado. Un pensamiento mágico del que Fleming no poseía ni siquiera rastros, cuando Barry le contaba de eso: «¿Crees que exista algo así?», Fleming había asentido, le había dado una chupada al churro, para después decir algo así como: «Absolutamente», nada más lejos de su pensamiento que cuestionar las fantasías de sus clientes; no era un cliente malo, para nada, aunque tampoco uno que mantuviera andando el negocio de Fleming.

Se veían de vez en cuando, platicaban un poco, fumaban juntos, el dinero pasaba de una bolsa a la otra, en marzo (¿en marzo?) dejó que Allison lo convenciera de participar en una manifestación que ella había organizado. Acompañados por los gestos amenazantes y las maldiciones de los transeúntes, atravesaron la ciudad atrás de una manta tan ancha como la calle, en la que se leía BRING ALL THE TROOPS HOME NOW, Allison en la primera fila, aplaudiendo y gritando consignas, *No more war*, *No more napalm*, *No more Nixon*. Una guerra tonta contra el enemigo equivocado, que tuvo a la Historia de su lado durante algunos años. Como si eso no se hubiera podido reconocer, como si se hubieran necesitado las disputas para entrar de alguna manera al futuro. Un precio que se debía pagar, casualidades que se condensaban en una sola necesidad, el síntoma de nuestra enfermedad.

Sin posibilidad de cura (Fleming miró fijamente la etiqueta de la botella vacía de Antarctica sobre la alfombra, *desde 1885*), pero con medicamentos caros que prolongan la vida. ¿Y para qué? Porque a nadie le gusta morirse, así de simple. Tú no. Tareas que todavía hay que cumplir.

Abrazó sus piernas dobladas e inclinó la cabeza hasta que su frente, las puntas de sus cortos cabellos, casi tocaron sus rodillas. Tanto como sea posible, etapas de desarrollo pasadas, irrepetibles. Buscar sin interrupción un plan sofisticado, interferir en él... eso debe evitarse, cárguenme a mí el muerto, si pueden. Pero nadie puede, ninguno de ustedes. A pesar de eso, ahí estaban esos... sueños, una secuencia desordenada de imágenes confusas, de ruidos que hacían que noche a noche se despertara sobresaltado. Precisamente como si hubiera debido tener miedo, a la policía, a la Guardia Nacional, a otras personas, a los acontecimientos que se precipitaban. Francamente un levantamiento, una rebelión que estalló después del discurso en la televisión. En horario estelar, después iban a pasar un juego de *play-off* ... sí, basquetbol, enjambres de fans se apiñaban en todos los locales frente al televisor, apreturas y empujones, los tarros de cerveza se pasaban por encima de las cabezas, se hacían apuestas... no, el juego fue el viernes, el tramposo había anunciado la noche anterior la entrada de las tropas a Camboya, ahí todavía estaba todo tranquilo, porque el *shock*... todos estaban como paralizados, pero una noche después... cuando se fueron del barrio donde estaban todos los bares y restaurantes en la North Water Street hacia el Centro, y una franja de devastación... el sábado el incendio de la barraca, el toque de queda, la llegada de las tropas. Y entonces, el lunes... las máscaras de gas y los fusiles, los cascos de acero, los *jeeps* y los helicópteros.

«Déjame ordenar las cosas», sururró Fleming, su voz sonó ronca, rasposa, «al fondo del cuarto dos banderas lacias, a la derecha el escritorio y un sillón, a la izquierda un mapa del sureste de Asia con líneas y flechas dibujadas, al lado el presidente, que sostenía papeles en la mano y que una y otra vez se inclinaba ligeramente hacia adelante para explicarle al público con el brazo estirado y el dedo índice erguido las operaciones militares. Un mapa colgado en la pared, como en la escuela, las fronteras y las capitales de los países, Bangkok, Vientián, Hanói, Phnom Penh, Saigón» ●

Traducción de Claudia Cabrera

Espalda con espalda

(fragmento)

JULIA FRANCK

Los naipes
caen
la suerte cae
de ése
a aquél
cae
la cara
cae la mirada
bajo la mesa y
hacia allá

Y Dios
calla
y sonríe sobre eso
ahora
que el triunfo es cruz
Cae
la suerte bajo la mesa y
hacia allá
Y Dios
calla
y sonríe
forzadamente
al hombre
de su vida de naipes
a la muerte de naipes
Callado
Implacable

12 de agosto de 1961

TAMBALEO

EL BOTE ESTABA ESCONDIDO entre los juncos; lo habían encontrado un par de días antes en el muelle, se mecía en el agua, el viento lo había arrastrado a la ensenada pantanosa junto con hojas, ramas y astas más grandes que la tormenta había derribado y llevado consigo. No estaba atado, aparentemente no le pertenecía a nadie. En el bote yacía un remo, otro flotaba algo lejano en medio de las ramas.

Por la escalera al patio, Thomas y Ela se llevaron de la casa los objetos más importantes: un edredón, dos pequeñas ollas, papas, zanahorias y una rebanada gruesa de pan. También llevaban consigo una caja de cerillos, algo de papel y una botella de vino vacía, porque Thomas pensaba que tal vez podrían arrojarla con un mensaje dentro. Por último cargaron el hornillo de gas y una lámpara de mano a través del pantano. Oscurecía temprano en octubre, por la mañana había escarcha sobre la paja y las hojas. Pasarían frío.

En las últimas dos semanas habían estado solos en la casa, Käthe trabajaba en la cantera. Poco antes del viaje de Käthe, Eduard había desaparecido después de una discusión. Thomas y Ela se habían cuidado solos. Habían cocinado papas y requesón, los habían mezclado con agua, sal y cebollino; habían ido a la escuela: tenían diez y once años de edad, ya eran capaces de hacerlo. Preparándose para el regreso de Käthe, dos semanas más tarde, habían querido solamente recoger un poco, pero luego habían lavado los platos, y mientras que Ela secaba los platos, Thomas había empezado a limpiar el piso de la cocina; restregaron las manchas oscuras de la hoja de la puerta y pulieron el picaporte con ceniza, los marcos de la puerta los lavaron con jabón, el felpudo lo golpearon con el sacudidor de alfombras y lo cepillaron en la cisterna. «¡Señores! Hoy me ven limpiando picaportes y cantando una canción para todos».

Sonriendo, Thomas se tapaba los oídos una y otra vez; él no la quería ofender, pero ella desafinaba y cambiaba la melodía como se le ocurría. El candelabro podía brillar cuando se le frotaba. El olor del latón se adhería a los dedos. Era divertido, querían arreglar la casa como nunca nadie la había visto jamás. Thomas desempolvaba los libros y libreros con un paño seco y los sacudía con un trapo húmedo, ordenaba los libros de arte según la época y el tamaño, los de literatura por orden alfabético, las revistas políticas por temas. Con voz retumbante, con los binoculares del padre fallecido frente a sus ojos, preguntaba hacia lo profundo de la habitación: «Señorita Ela, ¿desearía pedir prestada de la bella literatura una lectura romántica o una de aventuras? ¿Estudia usted la guerra de Troya por Helena? Con gusto puedo llenar una ficha de préstamo para usted». Ela no le hizo caso, se encontraba debajo de la mesa limpiándola con un cuchillo y una esponja, algo que evidentemente desde hacía décadas nadie había hecho. Había pegadas costras resistentes, huellas de comida tal vez, o de cera. Ela estaba remojando el mantel de damasco italiano en la tina de zinc en el jardín, debía lavarse concienzudamente, se habían anidado en él migajas y manchas oscuras de salsas y vino durante largo tiempo.

Si Thomas y Ela no hubieran querido terminar con la limpieza de la casa en dos días, habría sido un placer para Thomas desempeñarse como bibliotecario: quería crear un fichero para la biblioteca y sus futuros usuarios y elaborar una ficha de préstamo para cada libro. Al colgar el mantel amarillo azafrán en el tendedero, a Ela le dolían los brazos por el constante escurrir. Armada con un palillo y una bola de algodón se trepó a un taburete porque quería limpiar el marco del cuadro del paisaje siciliano, que estaba colgado sobre el baúl. El cielo cobalto brillaba sobre los peñascos cársticos, en donde solamente crecían olivos. El recubrimiento

reluciente del marco dejó el algodón tan oscuro, que Ela temió que se desprendiera no solamente la mugre sino también la pintura. Ela incluso ordenó el costurero, enrolló los carretes de hilo y guardó los hilos de bordar en cajitas de cartón, acomodó los botones en tres cajas negras, las agujas por tamaños en sobres delgados. Después de que la sirvienta fue despedida, probablemente nadie más, excepto Ela, había utilizado el costurero. Ela imitaba alternadamente a su aristocrática abuela y a su costurera, y con los labios fruncidos y la voz artificial de la abuela, comentaba el trabajo con sus expresiones en francés: «Alors, c'est si parfait!».

Thomas respondía al pasar junto a ella: «Perfetto. Perfettamente», y su tono rural y teatral imitaba el desdén de Käthe contra el francés aburguesado de su madre.

Limpiaron cada habitación, cada metro cuadrado de toda la casa, como nunca antes había sido hecho. Habían lavado las cortinas en la tina de zinc bajo el olmo y las habían puesto a secar al viento en el tendedero en el jardín. Con la plancha habían alisado las telas: Käthe se quedaría con la boca abierta. Eran como sirvientes pronunciándose en dúo, benevolentes y llenos de admiración por sus señores. Solamente una vez se modificó el tono de la conversación acerca de la señora de la casa, porque recientemente —por enojo, a causa del hurto de un frasco de compota de manzana— había abofeteado a la sirvienta con tal violencia que la hizo perder el sentido. Los sirvientes ponderaban la bondad y la violencia de su señora, mientras que barrían y limpiaban la cocina. El horno lo limpiaron con una esponja de metal delgado y utilizaron tan generosamente el detergente hasta que no quedó nada en el paquete; limpiaron la alacena y encontraron en un cesto con zapatos viejos un nido con nueve diminutos ratones desnudos. El rosa tierno de los diminutos animalitos que temblaban al ritmo rápido de los latidos del corazón. No chillaban, tal vez porque eran demasiado pequeños. Thomas levantó el cesto, sacó una bota y contempló el nido. «Pequeños tritones desnudos»: su voz era cariñosa, aterciopelada. A Ela le produjeron asco los animales ciegos. No los quería ver. Los quería ahogar en la cisterna. Thomas no. Si él llevaba los pequeños al sótano, la ratona madre ya no los encontraría y perecerían miserablemente. Por consiguiente, el zoólogo concluyó atraer a la ratona a una trampa para llevarla también a ella viva al sótano. Colocó un trozo de queso en una olla honda de barro, encima puso una tabla, dejando sólo una rendija. Ya por la tarde encontró a la ratona en la olla, la escuchó saltando en las paredes interiores, resbalándose una y otra vez. Thomas llevó la olla con la ratona y el cesto con los pequeños por la escalera del porche al jardín y de ahí hasta la puerta de la carbonera. Ela

lo seguía pegada a sus talones porque sabía que él no se atrevería a bajar al sótano en la oscuridad. Tenía miedo.

Él presentía cómo podría persuadirla. «Si recoges el carbón, yo te hago la tarea de matemáticas. Si recoges el carbón te daré espadines ahumados. Si recoges el carbón y lo traes hasta el avellano a la puerta del sótano, no solamente lo meto por las escaleras dentro de la casa, sino que caliento la casa toda la semana y parto la leña».

«Por favor», le dijo Thomas a Ela, le entregó la olla y el cesto, «solamente los tienes que poner en el suelo y quitar la tabla, saldrán por su propia cuenta».

«¿Qué voy a recibir?».

«Una historia, hoy por la noche».

«Pero tiene que ser larga. Y otra cosa».

«¿Qué?»

«Eso no basta».

«Cargo tu mochila toda la semana, lo prometo, te hago la tarea de matemáticas y también la de alemán».

«Bueno, está bien». Al bajar las escaleras del sótano ella tropezó, sostuvo el cesto y la olla con las manos extendidas para mantenerlas alejadas de sí y cayó cuan larga era. Él escuchó el chillido de la ratona; la olla estaba rota, sólo el cesto con los pequeños fue a parar ileso al lado de la cabeza de Ela. Se levantó con dificultad; el pantalón estaba roto, tenía las rodillas escocidas, las manos negras y raspadas.

Vacilante y de puntillas, Thomas avanzó hacia la oscuridad. El susto no anuló el miedo; seguramente era el frío lo que le hacía castañear los dientes. Se paró en el último escalón y le tendió la mano a Ela.

«Lo siento», él le pasó un brazo por sus hombros. Luego le examinó la rodilla, la subió por las escaleras y la llevó a la casa, en donde le lavó las heridas y les untó yodo.

Más tarde, Ela y Thomas sacudieron los tapetes; primero habían barrido los pisos, luego los lavaron y, ya secos, les aplicaron cera, los cepillaron y los pulieron con un paño hasta dejarlos relucientes. Habían limpiado durante horas, y después de la media noche cayeron agotados en la cama. A la mañana siguiente se levantaron temprano; afuera todavía estaba oscuro, y se pusieron a trabajar sin desayunar. Encendieron todas las estufas de calefacción de la casa, incluso la del baño; era posible que Käthe quisiera tomar un baño a su regreso; limpiaron la bañera y la puerta hasta dejarlas relucientes, colgaron las cortinas recién lavadas en las ventanas limpias. A mediodía echaron más carbón, como fogoneros llevaron la ceniza a la basura y limpiaron el exterior del cubo de basura,

rastrillaron las hojas bajo el olmo, arrancaron los tallos marchitos de las jardineras y limpiaron las escaleras del porche en el jardín. Ela recorrió la casa con un plumero y comenzó a desempolvar las pinturas y quitar las telarañas de las esquinas. Algo bulló en ella ahora que se acercaba al óleo de los cerezos en flor en el jardín de Wannsee. Una obra maestra, la llamaba Käthe, cuando los visitantes asombrados contemplaban la pintura. A Ela le alegraba siempre el asentimiento reverente de los visitantes. Hace unos años, una vez que estaba en cama enferma y nadie le había hecho compañía por varias semanas, quiso pintar un óleo de su familia sobre una tabla de madera.

No lo consiguió: ella misma era enorme, más grande que la madre; flotaba libre en la habitación, su hermano se veía como un espíritu; los pequeños gemelos se colgaban como roedores del seno de la madre, y los pechos que sobresalían de la blusa eran todo menos rosados, el carmesí berreaba con la blusa verde. En aquel tiempo, Ela acababa de ingresar a la escuela, pero la exigencia era enorme y ella sabía que ese cuadro nunca podría enseñárselo a su madre. Cuando su mirada había recaído en los cerezos en flor en el Wannsee, no había podido resistir, se había levantado y con su pincel había distribuido pequeños puntitos blancos sobre la verde pradera. Había añadido algo de amarillo, muy finamente, porque el blanco nunca era solamente blanco.

Y contemplándolos más de cerca, ¿no se veían acaso como margaritas silvestres? Nadie debía reparar en los puntitos blancos, de manera que Ela, en los años siguientes, cambiaba una y otra vez pequeños detalles en el cuadro del gran maestro. Ahora no había tiempo para eso. Solamente sonrió al acariciar con el plumero los cerezos en flor en el Wannsee. Thomas y Ela quitaron el polvo de cada mueble, frotaron cada silla con agua tibia y jabón y finalmente las lubricaron, de tal manera que la madera brillaba, melada.

Únicamente la habitación de Eduard permaneció inalterada; tenían estrictamente prohibido entrar en ella. Ela abrió la puerta secretamente; la habitación olía desagradable, a agua podrida de un florero. Pero Ela no descubrió ninguno. La ausencia de Eduard la excitaba, ella tenía que entrar a su habitación como si buscara algo que ella misma desconocía. Entró silenciosamente, a hurtadillas, aunque nadie estaba al alcance del oído y ella sabía que Thomas estaba lejos, en la cocina. El cajón del escritorio estaba cerrado. ¿Cuántas veces Ela había tratado ya de abrir ese cajón? Con un pasador para el cabello, con un alfiler, con una llave perdida que había encontrado al barrer bajo el tapete. ¿Había sido ella quien había arañado la chapa de la cerradura?

En el estudio dejaron todo en su lugar, no tocaron ningún modelo de cera, aun cuando tenían pegadas capas de polvo y uno tenía los brazos rotos por la resequedad y la edad. No desempolvaron las modelos de yeso; Ela solamente acarició en secreto las caderas redondas de las figuras yacentes.

Nadie les había prohibido tocar, pero era una regla no escrita que nada debía ocurrirles a los frágiles modelos y que especialmente los niños no tenían permitido jugar en la cercanía; de preferencia no debían permanecer ahí. Los pedazos de piedra arenosa en el tonel debajo de la galería, el barro húmedo, así como también los pequeños trozos de mármol en el alféizar: lo dejaron todo donde estaba. Ni siquiera tomaron la escoba para barrer las migajas, ni quitaron ninguna telaraña. Oscurecía cuando Ela, con los pies cansados, se dirigió al jardín a cortar un ramo de amelos; para el follaje utilizó pequeñas ramas desnudas con radiantes escaramujos rojos.

Thomas estaba cocinando una sopa de lentejas, aunque nunca antes había cocinado ninguna y en la casa no había un libro de recetas. Respiraba por la boca, ya que le costaba un esfuerzo freír el tocino. Le daba náuseas el olor de la carne ahumada frita; no le gustaban los puercos más que las liebres, pero no quería saber de ningún animal que hubiera sido sacrificado nada más para ser comido. Él suponía que a Käthe le parecería incomible una sopa de lentejas sin tocino. Ela se burlaba de su manera de respirar por la boca, porque se veía como un pescado jadeante. El tocino chisporroteaba en el fuego, más tarde en la sopa quedaría sofrito y blando. Thomas cortó en trozos pequeños las zanahorias y las papas; había comprado apio, porque se acordó de los gruñidos placenteros de Käthe al pronunciar la palabra *apio*. Había agregado dos dientes de ajo a la olla. Tampoco olvidó la hoja de laurel, junto con un clavo que encajó en la cebolla. Una sopa tan sabrosa nunca la habría comido Käthe. Ela

estaba sentada sobre el baúl de harina, balanceando los pies y doblando las servilletas planchadas; observaba a Thomas cocinar, ahora también ella respiraba por la boca.

«¡La oigo!». Ela dio un salto. Desde lejos escucharon un claro zurrido que se acercaba y resonaba en eco entre la casa, el estudio y el cobertizo sobre el patio. Ninguna motocicleta hacía un ruido como la Muckepicke de Käthe, su sonido era inconfundible. Ela y Thomas corrieron a la despensa, miraron por la ventana al patio y se cercioraron. Allí estaba ella. En la cabeza, Käthe llevaba su gorro de piloto de piel. Se inclinó sobre la caja en el portaequipajes y desató una gran bolsa, algo deforme. En eso apareció su perro, saltándole con alegría: la había alcanzado. En cada viaje iba con ella, en una caja de madera en el portaequipajes la mayor parte del tiempo. Antes de Rahnsdorf, en el bosque en las montañas de Pütt, Käthe lo bajaba para que pudiera correr los últimos kilómetros. Los perros y los niños amaban las altas dunas, en las que la arena se había acumulado en la orilla sudeste del valle glaciar de Berlín. 1954. Bosque hasta el arroyo y la ribera del lago Müggel. Casas aisladas, un barrio rural al linde de Berlín, altos pinos margraviatos de troncos rojos sobresalían de las copas de los robles, arces y hayas. Raras veces salía Käthe de la ciudad sin su Muckepicke, pero deseaba un auto con el que pudiera transportar sus materiales y herramientas. En el remolque de la moto cabían pequeñas esculturas. Pero cuando llevaba modelos para quemar o fundir, tenía que llamar por teléfono y tratar a sus vecinos lejanos como amigos para que le prestaran su automóvil.

Thomas regresó a la cocina, probó su sopa y se quemó la lengua. ¿Cómo saber si estaba demasiado salada? A él le gustaba la sal. Thomas bajó la flama. «Prueba», le pidió a Ela, pero ella pasó corriendo. Desde el pasillo escucharon un golpeteo, a continuación el ladrido del perro de Käthe. Thomas siguió a Ela al salón de fumar •

Traducción de Bertha Alicia Rodríguez Rincón

Cómo es en realidad el ser humano

Ensayo sobre un amigo

Ingo Schulze

A la fecha todavía me preguntan a veces por mi amigo Andreas. Cada vez tengo que responder entonces que Andreas ya no vive. Conozco el efecto de esta frase, sin embargo no sé cómo pronunciarla de manera mesurada, para que no suene patético, pero tampoco incidental. Y siempre se quedan paralizados por un instante, como si en efecto algo les hubiera golpeado la cabeza, a pesar de que casi siempre transcurrieron veinte años o más desde el último encuentro que tuvieron con él, en aquel entonces, en Jena, en la Universidad.

Andreas y yo formábamos parte de los cinco elegidos que cada dos años se inscriben en latín y griego antiguo. Lo puedo ver todavía en la fiesta de apertura del año escolar, en septiembre de 1983. Llevaba traje negro, camisa blanca y unos buenos zapatos anticuados que había heredado. Todos los demás estábamos enfundados en «camisas azules», que en la manga izquierda llevaban bordado el emblema de la «Juventud Alemana Libre». Pero también sin el traje hubiera llamado la atención, con su cara larga y los cabellos rubios. Cuando después del ritual oficial de bienvenida nos sentamos en un prado, él usó sus cuadernos como asiento.

Andreas estudiaba porque no quería ganarse la vida siendo obrero, porque le gustaba leer cuentos y novelas, y porque en la RDA existían pocas cosas tan exóticas como nuestra carrera. Por eso mismo Andreas nunca hubiera solicitado un permiso para viajar. En Occidente había estudiantes como nosotros por centenares, si no es que por miles. Él prefería divertirse haciendo bromas sobre la RDA, a contradecirse públicamente.

Andreas se había marchado de su hogar muy joven, había terminado la capacitación en un oficio, había probado distintos trabajos, y mientras tanto llegó a estar tan quebrado que robaba pan de la cafetería de la Uni-

versidad. Se casó muy joven, era padre de un niño y vivía con su pequeña familia en Weimar.

La época más oscura de su vida fueron los dieciocho meses de servicio militar básico en el NVA.[1] Nunca habló de ello; por así decir, evitaba que la palabra *ejército* siquiera tocara sus labios. Durante las cinco semanas de acuartelamiento, al que todos estábamos obligados a acudir en el segundo año de estudios, Andreas se movía como si estuviera en trance. Cuando hablé con él —nos habían metido en compañías distintas—, le costó trabajo reconocerme —tan profundamente se había refugiado en su interior.

1 Ejército Nacional Popular, fuerzas armadas de la RDA (*N. del T.*).

A pesar de que teníamos diferentes círculos de amigos, cuyos caminos sólo se cruzaban en la cafetería o el cineclub de la Universidad, a él y a mí nos unía un sentimiento de familia. A menudo pasaba la noche en mi casa, juntos viajamos para el trabajo estudiantil a Minsk, pasando el año nuevo en Praga, y a principios del verano a Hungría.

Nada le venía mejor a Andreas que salir de noche. Su vida verdadera comenzaba cada vez que entraba a un club de estudiantes. Todos le conocían. Para él era como un castigo, incluso casi como un tormento, cuando por la noche todavía nos quedaba algo por traducir o por escribir para el día siguiente, y él no podía salir. Ni siquiera la falta de dinero lo detenía. Sus deudas eran legendarias, a pesar de que lo invitaban mucho, y no nada más mujeres. A menudo trabajaba por la noche en el correo o en la estación de tren, cargando paquetes de camiones postales a vagones, o viceversa.

Su héroe era David Bowie, y algunas mujeres consideraban que se le parecía, «por su tipo». Si una mujer era bella, joven y delgada, y no estaba del todo mal de la cabeza, Andreas se inflamaba de amor por ella. Y después de poco o mucho, sus pretensiones eran atendidas. Por lo mismo se la pasaba siempre huyendo de algún gran amor que justo acababa de expirar, a la puerta de cuya casa él había pasado la noche apenas dos semanas antes para ganarse la entrada por persistencia.

Durante algunas semanas, debe de haber sido a mediados de nuestros estudios, yo también admiré a Andreas. Me había dado a leer una de sus cartas de amor. En una hoja arrancada había garabateada una historia.

Si una mujer era bella, joven y delgada, y no estaba del todo mal de la cabeza, Andreas se inflamaba de amor por ella.

Algo tan poético a mí nunca me había salido. La historia era más o menos la siguiente: nuestro amado Dios está enojado con sus manos porque dejaron caer los seres de arcilla que había modelado, y ahora ya no sabe cuál es el aspecto de los humanos. «Por lo tanto es absolutamente indispensable que Dios sepa cómo es en realidad el ser humano».

Le pregunté a Andreas si tenía otros relatos similares. En las siguientes semanas me dio a leer más; no tenían copia al carbón, y quedaban exclusivamente al cuidado de la receptora. Por el desapego con el que obsequiaba sus historias lo admiré aún más que por su genio narrativo. Alguna vez, sin embargo, se puso a fantasear en voz alta acerca de las historias de Rilke del amado Dios, y entonces caí en cuenta de algo. Las discrepancias se reducían a algunos nombres y detalles.

Entre nosotros hubo solamente una única confrontación seria: ambos queríamos entrar al teatro como dramaturgos. Mientras que yo había escrito a todos los foros que existían en la RDA, Andreas se dirigió exclusivamente a los teatros de Berlín y sus alrededores. Se enfadó porque le hacía yo competencia en Berlín, siendo que él me estaba cediendo todo el resto del país. Yo tomé su tono de voz cortante por ironía —pero para él era algo amargamente serio. Él no podía imaginarse su vida en ninguna otra ciudad que no fuera Berlín. Para él Berlín era un singular e interminable club de estudiantes. Y al final fue aceptado en un foro —no muy lejos de Berlín.

Un año después, en agosto de 1989, recibí una tarjeta postal de Andreas. Se alegraba sobre todo, según escribió, de que el Muro estuviera a punto de caer, y de que pronto podría tomarse sus cervezas también en Berlín Occidental. No era sólo un mal chiste. A las pocas semanas miraba yo fijamente la televisión: Berlín celebraba encima del Muro, y yo esperaba ver a Andreas en cualquier instante, protestando contra mí y contra el universo.

Luego pasaron casi cuatro años sin que supiéramos el uno del otro —lo que no era fuera de lo común en esa época. En el verano de 1993, yo estaba buscando casa en Berlín, vi de pronto a Andreas en la Alexanderplatz. Hablaba con un mendigo que estaba sentado sobre un grueso trozo de cartón a la entrada de la estación del metro. Mi intento de abrazarlo no pareció del agrado de mi viejo amigo. Tenía buen aspecto, sólo que su rostro se veía un poco gris —había pasado en vela la noche anterior. Andreas me dijo que acababa de llegar de Moscú y que en pocas horas volaba a Barcelona para ver a una compañía de teatro a la que tal vez invitaría a Berlín. Me dio su dirección y su teléfono. Después de llamarle infructuosamente durante semanas, conduje hasta su domicilio

y le dejé un recado en el bloc que para ello había en la puerta de su casa. Medio año después, a principios del verano de 1994, me llamó y me preguntó que cuándo nos podríamos ver por fin, ¿por ejemplo ese mediodía?, él se trasladaría con gusto.

Yo vivía en un ático. Él subió jadeando las escaleras —frente a mí tenía yo a un extraño. Su rostro estaba ensombrecido, tenía el cabello oscuro, los ojos brillosos, excoriaciones en el mentón y en las manos. Cuando tropezó conmigo al entrar por el umbral, pude oler su tufo de alcohol. Se reclinó en la pared y siguió bufando en pos de aire. Su camiseta blanca le colgaba fuera del pantalón. En la cocina caminó en círculos y luego se tumbó extenuado en una silla. Me obligué a no quedármele viendo fijamente todo el tiempo.

Andreas temblaba al servirse en un vaso vino blanco y agua mineral. Su estómago estaba destrozado, manifestó por fin, cáncer, no había nada que hacer.

Andreas quería viajar a Israel, quería ver el desierto y trabajar los últimos meses de su vida en un *kibutz*. Me preguntó si lo podía llevar al aeropuerto la siguiente semana. Estaba llorando, y me suplicó que le permitiera pasar la noche conmigo. Poco antes de la media noche lo desperté, había vomitado. Llamé a un taxi y senté a Andreas dentro. Me avergoncé de haberlo hecho, pero no quería que él pernoctara en mi casa.

A partir de ahí nos vimos regularmente —una o dos veces al mes. Nos encontrábamos para comer, o en su casa, o hacíamos pequeñas excursiones. Él hallaba pretextos para visitarme —tenía que lavar ropa y no le quedaba dinero para la lavandería, o de pronto estaba ante mi puerta porque había perdido las llaves de su casa.

«Berlín es asquerosamente frío», decía Andreas, «asquerosamente frío». Muchas veces se echaba en mi cama sin preguntar. Se había divorciado. Su esposa y su hijo eran las únicas personas de las cuales se expresaba amorosamente. Él estaba orgulloso de ellos, porque «la habían hecho».

Su departamento de patio trasero en un bloque de edificios no lejos de la Kollwitz-Platz se reconocía desde abajo por el cartón que tapaba un vidrio roto en la ventana del baño. En vez de un tapete para pies había igualmente un trozo de cartón a su puerta. En su vivienda se amontonaban las cajas de cartón en las que traía sus compras.

Andreas solamente se encontraba conmigo si yo estaba solo o si llegaba yo solo. Aunque se alegraba de cada invitación que le hacían, al final nunca acudía, y luego argumentaba que sí efectivamente había estado tocando el timbre —«¡Pero tú nunca me abriste!»

En casa de amigos se robó una botella de whisky y luego volvió el estómago. Tenía hambre y lo invité a comer en un restaurante. Pero cuando llegó la comida, él tomó su porción y trató de obsequiarla a las mesas de al lado, porque justo no podía comer nada.

Empecé a temer cada vez más y más nuestros encuentros. Andreas siempre contaba lo mismo, que el *Doctor Faustus* era su libro preferido, y que además le fascinaban Klaus Mann, Oscar Wilde y Erich Kästner. Y por las tardes nunca se perdía *Bonanza*, a pesar de que sus capítulos se repetían por enésima vez. Él trataba de dramatizar relatos, manejaba una bicicleta robada y escuchaba CD prestados. Echaba pestes de las mujeres, de gente que conocía de los bares por las calles Knaack y Sredzki, y de la oficina de empleo. En una fonda le ofrecieron diez mil marcos por casarse con una turca —respondió que lo pensaría.

Ni por él ni por otras personas conseguí enterarme de si primero perdió el empleo y luego comenzó a beber, o si fue al revés. Siempre tuvo mujeres que se preocuparon por él, a las que pronto engañaba o bien huía de ellas. Se quejaba de sentirse solo. Su casa se fue convirtiendo paulatinamente en una pocilga. De pronto había trozos de cartón por toda la alfombra para cubrir rastros de quemaduras y manchas de todo tipo.

En varias ocasiones Andreas comenzó una terapia de desintoxicación —pero después de un par de días salía huyendo, a veces vestido solamente con el camisón de interno.

«Dame una razón», me cuestionaba, «por la cual yo debiera dejar de beber. ¿Crees tú de verdad que habrá alguien todavía que me contrate? Ni siquiera como trabajador en una construcción tienen empleo para alguien como yo... Cuando me corran de mi casa, le pondré fin a esto. "I'm a loser, baby, why don't you kill me?". Soy un perdedor, ¿entendido?».

«¡Estás enfermo!», le grité, «¡no eres ningún perdedor!».

Al siguiente momento contrapuso que bebía.

No servía de nada decirle que no debía tener miedo, que podía solicitar una ayuda para pagar el alquiler, que aún gozaba de un seguro, que ni su divorciada esposa ni su mamá habrían de permitir que muriera de hambre. A veces recurría a una especie de sarcasmo triste que le permitía olvidar su enfermedad.

Para su cumpleaños salimos a comer y brindamos con agua de soda. Luego oímos en su casa CD de Callas, hasta que un viejo amigo de un grupo de camaradas tocó a la puerta y apareció con una botella de vermut. Yo traté de quitarle a Andreas la botella, pero él la sostuvo con las dos manos. Yo cedí, él la abrió y bebió. Yo estaba sentado en la única

silla que quedaba en su casa, y ellos dos como ajedrecistas en flor de loto sobre unos cartones. Diez minutos después, Andreas no podía ya hablar coherentemente, ni tampoco levantarse. A la mañana siguiente tuvo que ir al hospital.

En las semanas que siguieron, Andreas hablaba de lo bien que se sentía sin alcohol, y de lo mucho que disfrutaba de que la gente ya no lo mirara con desprecio.

La última vez que nos vimos fue en junio de 1996, un día antes de que me marchara yo de Berlín por medio año. Yo le había propuesto a Andreas que buscara para mí algún material en la biblioteca, a cambio de una paga. Teníamos pensado hablar acerca de su obra. Sin embargo a él le costaba trabajo mantenerse en la silla. A los cinco minutos dijo que sentía que me estaba estorbando con lo que yo tenía que empacar, y se levantó. Ni siquiera mi propuesta de que mejor se echara a descansar en mi casa lo detuvo.

El edificio en el que vivía estaba siendo rehabilitado. Él se cayó a través de un agujero en el piso de su baño al departamento desocupado del piso inferior; tuvo lesiones graves y quedó ahí tendido. Entre el 13 y el 15 de diciembre de 1996, Andreas murió congelado.

He intentado distintas formas de escribir sobre Andreas. Algunas figuras de mis libros se le parecen vagamente. Pero escribir un cuento sobre Andreas es algo que no he conseguido. Sólo sé que en él Berlín tendría que tener un papel importante, Berlín y Jena, y que los lectores deberían sentir afecto hacia el protagonista. Pero el relato también debería hablar sobre mí, sobre mí y sobre otros, y debería hablar de muchas cosas, sobre todo de esos malditos cartones. Sólo el amado Dios seguro que no aparecería •

Traducción de Gonzalo Vélez

Go-in de las belladonas

Kathrin Schmidt

en lo más elevado de berlín hay rumores: ancha, sin hechura,
la lengüeta golpea una rueda. quien hoy domine una línea del metro,
mañana tendrá buenas risas. quien hoy derrote por votos a un banco,
[mañana
no quedará desnudo. la voz del filtro murmura desde los edificios:
oh, permite que te aspiren por completo a la entrada del cuenco de
[grasa,
el estatus de achichincle. belladonas al pianoforte
en la filarmonía, belladonas en el pub y en el consumismo, belladonas
en las cajitas de limosnas de los trenes, belladonas en las sábanas. si
[alguna no ladra
se le toma de inmediato por el perro, que guarda silencio eternamente
alimentado de compasión. así tampoco ella podrá alcanzar realmente la
[bulla
que corresponde a las bellas. declinar el teclado
parece un decreto interior, un estrabismo de género.

Go-in der belladonnen

im oberwasser berlins ein rumoren: breitblättrig, / außer fasson, schlägt die zunge ein rad. wer heut eine ubahn beherrscht, / hat morgen gut lachen. wer heut eine bank überstimmt, ist morgen / nicht nackt. die stimme des filters säuselt aus den gebäuden: / o lass dich durchsaugen vor dem gang in den fettnapf, / den handlangerstatus. belladonnen am hammerklavier / in der philharmonie, belladonnen im pub und im kaufrausch, belladonnen / in den bettelschächten der züge, belladonnen im laken. wenn eine nicht bellt, / wird sie gleich für den hund gehalten, der immerfort schweigt, / und mitleids gefüttert.

sobrevive a un animal, clama la primavera en indiscutible lenguaje.
de las primaveras tiene la mujer una o dos, según la piel
y el tipo de cabello. ponte atropina en los párpados y se te permitirá
experimentar tu maravilla verdiazul: el apoyo de la ciudad,
del crucerograma irresoluble. sin embargo los sectores
el acto masculino intentan entre sí.
en la zona de oberbaumbruecke, las veces que paso a pie por ese puente,
hay pegada una mosca reseca —ignoro por desgracia cuál es el aspecto
de los insectos momificados, con sólo pensarlo la raspo a que caiga
en lo sucio, que por lo menos está en el suelo honestamente: pobre vieja
con piel que se desprende y se renueva, como si fuera un anfibio,
aunque no cualquiera, en su tornasolado fandango.
desde sus ojos disparan las belladonas al río,
que nunca estuvo listo para llamarse *spree*, como a ti
fehaciente te hace creer cuando le preguntas. al hacerlo es mejor
que te quites el sombrero con baratijas y que te guardes justo en el
[cuello
el trago de las informaciones. no son amarilis
en los bordes del camino a las viviendas, donde amas de casa sacuden
cantos de batista. hombres como cachalotes lanzan ámbar
de sus entrañas al aire lacrado. muy pronto habré recorrido lo que dura
[una bocanada

so wird sie dann wirklich nie zu den / bellen, den donnen gehören. der sturz aus der klaviatur / scheint ein ratschluss von innen, ein silberblick des geschlechts. / überdauert ein tier, heißt das frühling in unbestrittener sprache. / die frau hat der frühlinge ein oder zwei, je nach haut / und behaarung. gib atropin in die lidfalte, und du wirst dein grünblaues / wunder erleben dürfen: den zuspruch der stadt, des kreuzorträtsels, / das sich nicht lösen lässt. noch die sektoren / versuchen den männlichen akt miteinander. / am oberbaumbrückengeländer klebt, wenn ich zeiten wechsle zu fuß, / eine trockene fliege — ich weiß leider nicht, wie insekten / als mumien aussehen müssen, ich denk es mir nur und kratze sie ab / in den dreck, der wenigstens ehrlich am boden liegt: arme alte / und haut, die sich schuppt und erneuert, als wärs der amphibie / darunter nun doch nicht egal in ihrem wechselhellen getue. / aus ihren augen beschießen die belladonnen den fluss, / der *die spree* sich zu nennen niemals bereit war, wie er dir / glaubwürdig mitteilt, wenn du ihn fragst. am besten lüpfst du dazu / den breitbekrempelten hut und schöpfst dir den schluck, / der auskunft gibt, direkt in den hals. nicht amaryllen / säumen den

de aire en los pulmones, en lugar de mejorar floreceré: el espasmo en el
[esfínter.
en su mirada recortada la rana carga hoy deseos terribles.
los alcaloides en este siglo se transformaron en femeninos
y nos acosan por todo el sueño hacia la belleza.
belladonas al pianoforte en las clases medias, belladonas
en tabernas y supermercado, belladonas con estatus de achichincle. el
[cuenco de grasa
relleno de ámbar, del cual el deseo masculino recién ha salido de su
[horno.
cachalotes en el fangoso spree, barcos de combate entre vapores
[intestinales
del pueblo urbano: esto sucede cuando bellas y donnas desde las alturas
pretenden tan solo declamar berlín como un poema. con pasos inseguros
[atraviesa
en friedrichshagen bajo el agua al otro lado una mujer redonda cual
[moneda.
eso en todo caso es más de lo que alguna vez jesús de nazaret probó
en la superficie, pienso. y me inclino
con reverencia, y me doblo en la inclinación. y sonrío.
y me dejo venir desde todas mis troneras.

Versión de Gonzalo Vélez

weg in die wohnungen, aus denen batisten gesänge / von hausfrauen herwehn. männer wie pottwale stoßen amber / aus ihrem gedärm in die versiegelte luft. belege ich bald / einen atemkurs, soll mir statt besserung blühen: der schließmuskelkrampf. / im aufgeschnittenen blick trägt die fröschin heut grausame wünsche. / die alkaloide sind weiblich geworden in diesem jahrhundert / und jagen uns durch den schlaf in die schönheit. / belladonnen am hammerklavier in den mittleren schichten, belladonnen / in kneipe und supermarkt, belladonnen mit handlangerstatus. der fettnapf / mit amber gefüllt, aus dass noch die letzte männliche lust ihren ofen verlässt. / pottwal im schlickwasser spree, schlachtschiff im darmdunst / des stadtvolkes: das kommt heraus, wenn bellen und donnen von oben herab / berlin einfach aufsagen wollen als ein gedicht. verhaltenen schritts / geht ein münzrundes weib in friedrichshagen unter dem wasser hindurch. / das ist immer noch mehr, als jesus von nazareth dunnemals / oben probierte, denk ich. und mache / den knick in den knicks, die beuge ins beugen. und lächle. / und lasse mich kommen aus all meinen schießscharten.

Jáchymov

(fragmento)

JOSEF HASLINGER

EL PEQUEÑO AVIÓN DE HÉLICE aterriza en un camino de tierra roja, en medio de la estepa. Al final de la pista nos alcanza una nube de polvo y cubre el hangar de chapa ondulada, antes de que pare la máquina. El piloto levanta el capó. Me ayuda a salir, luego abre el maletero y saca mi equipaje. Al partir, me tiende la mano.

La puerta hacia el hangar está rota. Bajo el orificio de una ventana hay cristales. El chofer de la granja debía recogerme, pero no hay nadie.

En el hangar sólo hay un avión lleno de polvo y un pájaro que le camina encima. Me mira desconfiado y se aleja cuando me acerco. La puerta corrediza en el otro extremo del hangar está entreabierta; allí detrás, la estepa. En el camino de acceso hay un *jeep* abandonado.

Me acerco allá.

¡Taxi, Mam!

Dice alguien detrás de mí. Un hombre sentado a la sombra del salón, que fuma un cigarrillo.

¿Usted es el chofer?, le pregunto.

Taxi, Mam, es todo lo que dice. Lo repite hasta que subo. El asiento está desgarrado, los limpiaparabrisas están rotos. Antes de que se ponga en marcha, salto del *jeep* y escapo. Pero el *jeep* me sigue. Con la ropa blanca arremangada me apresuro sobre la tierra reseca; la hierba hasta las rodillas me lastima las piernas. Me agazapo por detrás de un cardón para tomar aliento. Sólo llevo sandalias y calcetines blancos. Como en la primera comunión, pienso, y saco un par de espinas de los calcetines. Oigo el ruido del motor y veo venir la nube de polvo hacia mí. ¡Santo Tadeo, protector poderoso, mírame acá abajo!

Doy un salto y sigo corriendo. La maleza queda enredada en mis sandalias y las llevo a arrastras. El *jeep* viene cerca. Después de un corto tiempo tengo que cambiar la dirección. Ante mí se abre una gran caída, un abismo, en cuyo fondo está el lecho seco de un río. La caída es demasiado empinada como para descender. Corro a lo largo del precipicio. Aquí los arbustos crecen altos, espesos, así puedo ocultarme mejor. El conductor ya no alcanza a verme claramente. Camino de matorral en matorral y busco un lugar desde donde pueda bajar al cauce del río. No lo hallo. Sin embargo, me animo, pues en la distancia veo un puente, una construcción entramada de muchas raíces de árboles. Hay dos personas en medio del puente. Llevan vestidos largos y hacen gestos. Tomo todas mis fuerzas y camino hacia ellas. Son hombres de barba. Levantan los brazos; creo escuchar que dicen «Date prisa», pero no estoy segura; mi respiración es ruidosa y detrás de mí el ruido de motores.

La cantidad de maleza le hace más difícil al *jeep* perseguirme. Pronto me puedo librar de él por completo; el puente es demasiado estrecho para un vehículo. Alcanzo el puente antes de que el *jeep* me pueda atrapar.

Los hombres con barba, a los que me acerco jadeando, tienen los rostros arrugados. No lucen interesados en mí, parecieran no notarme. Sus manos, con las que gesticulan sin parar, son huesudas y secas. Es su diseño, dice uno, haciendo un amplio movimiento de brazo. Todo el honor es de él. Desde que existe este puente, dice el otro, nuestra vida se ha hecho más fácil. Todo el honor es de él. El primero levanta las manos hacia el cielo y dice: Señor, tú eres testigo, él nos regaló el puente sin que le hayamos dado algo a cambio. Recompensa a sus hijos con la felicidad.

Y ahora levanta el segundo las manos al cielo y dice: Señor, tú eres testigo de que es un hermoso puente, un puente estable, no hay tempestad que lo pueda volar. Agradece con fortuna a sus hijos.

Estoy parada enfrente de los dos hombres y sé que hablan de mi padre. Él construyó este elegante puente. Pero no me toman en cuenta, ni siquiera cuando paso lentamente frente a ellos. Oigo que el hombre sigue hablando. Él nos ha hecho la vida más fácil. Es un gran arquitecto. Fortuna a sus hijos.

EN ESTE PUNTO SE CORTA LA HISTORIA. Sigue un esbozo a lápiz, un rectángulo lleno de triángulos, tal como quiso la narradora dar una imagen de cómo

podía lucir el puente entramado. Anselm Findeisen voltea la página. Mientras sigue leyendo, saca de su bolsillo una banda plateada de tabletas y toma una que, con un movimiento rutinario de la mano, hace desaparecer en la boca. La narradora había cambiado repentinamente la escena, describe a continuación una atmósfera citadina, el jardín de un club de artistas en Praga.

Como un postre, se queda allí; bebo un café y disfruto el sol de primavera. En la mesa de enfrente está sentada una mujer joven, me sonríe. Su cabello corto negro, la larga punta de la nariz, sus cejas arqueadas, no puedo dejar de mirarla. Ella vuelve a mirar. Nos sonreímos, miramos abochornados de soslayo y nos sonreímos otra vez. Qué día, dice ella. Qué día, le respondo. Después de un momento, ella dice de nuevo «Qué día», lentamente y con los labios fruncidos. Nos sentamos juntas y nos miramos a los labios. Esperamos a que una de nosotras los mueva. Si esto sucede, es un regalo. Pero tratamos con cuidado a los regalos. Entonces me dice: ¡Te tienes que ir! Y, de repente, caigo en cuenta de que tengo una presentación. Salto y salgo del jardín. Date prisa, me grita la mujer. En la oscuridad corro por las calles del casco viejo de la ciudad hacia la ópera. En el vestuario me doy cuenta de que ya vengo maquillada de casa y ahora sólo tengo que ponerme el traje. Llego detrás del escenario y al momento me lanzan en medio del centro de atención. Mi padre está sentado en la primera fila, arriba en el balcón, lo veo, sin tener que fijar la mirada. Hago piruetas, salto y floto. En los aplausos, hago una reverencia hacia él. Allí está su rostro radiante, su pelo castaño peinado de raya, y sé que es tan feliz como yo.

QUIERO DECIR, continuaba la bailarina, a la que Anselm Findeisen se encontró en Jáchymov, que escribir fue al principio como un sueño para mí. Me salía constantemente del camino, pero siempre terminaba con mi padre. Se debe terminar allí.

Así que tenía algo que me mantenía viva, o mejor, que me detuviera ante la muerte. Quería quedarme con mi padre.

Por la noche, después de su sepelio me encerré en mi habitación y escribí en un cuaderno escolar: Mi padre emigró. Y luego me fui a la cama y no dejé de llorar. Emigrar significaba para entonces irse para siempre. No habría sido capaz de escribir la frase «Mi padre murió». La mañana siguiente añadí una línea. La que había soñado en la noche. Así que empecé a escribir. Inicialmente salieron poemas. No eran para mostrar, sino sólo para mí. Otras niñas de mi edad salen o sueñan con salir, yo escribía o soñaba con escribir. No es posible distinguirlo exactamente. A veces sólo lo soñaba y a la mañana siguiente quedaba decepcionada de que no estuviera escrito en el papel. Entonces lo escribía rápidamente antes del desayuno incluso, o lo pensaba durante todo el día para no olvidarlo y poder escribirlo en la noche. A veces, también escribía lo que simplemente me venía a la cabeza; luego en la noche soñaba cómo continuaba.

Estaba en mi tercer año en el conservatorio. Durante el día me esperaba con ilusión la escritura. Cuando subía las escaleras a nuestro apartamento sabía que pronto estaría en mi escritorio, y eso significaba estar con mi padre. Intercambiaba unas pocas palabras amables con la madre, luego venía la cena. Siempre se iniciaba con un tributo en silencio. Guardábamos silencio por un momento y cada uno quedaba absorto en sus memorias. Aún hoy lo hago así. Aún hoy no comienzo la comida sin antes hacer una pausa breve y pensar en mi padre.

Quizá eso le llamó a usted la atención en nuestro encuentro en Karlbad. Pero por su carácter cortés usted nunca me abordó sobre ese tema.

¿QUÉ FUE ESO? Anselm Findeisen coloca la última frase entre dos paréntesis y escribe un *dele* en el borde de correcciones con un lápiz. Al parecer, la bailarina tomó de forma literal su consejo de por dónde empezar. Usted se comportó como si me hubiera hecho saber todo en una carta, él había respondido. Sigue leyendo.

No podía comer si antes de la comida no pensaba en mi padre. Así como otros que no podían renunciar a la bendición de la mesa. Para entonces, después de la muerte de mi padre, simplemente embutía los alimentos dentro de mí. Dejaba la mitad y desaparecía hacia mi habitación. Hoy disfruto comer, si bien aún dejo la mitad. Eso seguro usted lo ha notado. Igual otro *dele* al borde.

Mis poemas se hicieron salvajes. Se deshicieron de la rima, de las formas de las estrofas, de los acentos regulares. Entonces ya no eran más poemas, eran más bien historias. En realidad, desde el principio habían sido crisálidas de historias. Sólo tenían que salir de la cáscara de la forma estricta. Mi madre temía que me aislara de forma tan insistente.

¿Qué haces allí en la habitación?, gritaba.

Estoy leyendo, respondía. Descansando un poco, practicando, me estoy probando el tutú para mañana. Pero nunca le dije que escribía poemas y tramaba historias •

TRADUCCIÓN DE JUAÍSCA RODRÍGUEZ Y CHRISTINA LEMBRECHT

Poesía

Barbara Köhler

yo me nombro tú porque así la distancia
pasa entre nosotros como de piel
a piel nosotros no estamos
para diferenciarnos separarnos
uno y lo otro es la frontera
la lesión del cruce
una herida abierta tú me nombras
yo quién de nosotros dos dice
aquí tienes un cuchillo
hazme mi hendidura.

Versión de Marco Lagunas

Gedicht

ich nenne mich du weil der Abstand / so vergeht zwischen uns wie Haut / an Haut wir sind nicht / zu unterscheiden zu trennen eins / und das Andere die Grenze ist / die Verletzung der Übergang / eine offene Wunde du nennst mich / ich wer von uns beiden sagt / hier hast du ein Messer / mach meinen Schnitt.

Proceso constructivo

Ulf Stolterfoht

PROCESO CONSTRUCTIVO

el inicio abandonó al poema y al final aparece. «en primer lugar» o
«ahora» —así uno puede comenzar a la segura. con «el segundo» ya
está uno dentro. sigue un «ya» en el sentido de: a partir de aquí
ya no sabemos nada. una vez más desde el frente: primero: el serrucho.
segundo: el lápiz. lo primo apremiante. tercero: oh zwingli! oh

con él mucho cuidado! tiembla lo allá escrito a la mitad de camino. si ello
empero pertenece fenece —¡no lo sé! el hombro le indica su
estatura a la duda. la cerveza tornea este son enigmático.
zwingli se irisa. está más allá por si el ímpetu. lo tendríamos. propuestas
para un próximo trayecto se elevan consecuentes a ambos lados.

KONSTRUKTIVES VERFAHREN

der anfang verläßt das gedicht scheints zuletzt. «erstens» oder / «jetzt» — so kann man sicherlich beginnen. mit «zweitens» ist man / mittendrin.es folgt ein «schon» im sinne von: schon weiß man / nicht mehr weiter. also noch einmal von vorn. erstens: die säge. / zweitens: der stift. das dringliche ding. drittens: oh zwingli! oh // schutz vor ihm! geschrieben haut das halbwegs hin. ob es jedoch / gehört verstört — ich weiß es nicht! der zweifel weist seinen / schranken die schulter. bier formte diesen wundersamen sang. / zwingli changiert. steht fürderhin für drang. das hätten wir. vorschläge / für weiteren verlauf heben sich entsprechend gegenseitig auf. // entgeggennahme des dankes wie der huld in schierer «nicht dafür»— / manier. wir wollen nämlich mehr. viel

recepción del agradecimiento en la maniobra «no-hay-por-qué» más pura.
queremos por cierto un poco más. mucho más! articulado enlazamiento
de sintáctica estructura. resultado: supertextura. así se apura uno por
la parte media. ella (zwingli así sea) elévase con doble arquitectura.
escuche ahora: ahora cierro bien la boca —¿y quién se planta una vez más

junto a la segadora? no es —en segundo lugar: ¿el mismo lírico, aquel que
[arriba
se jactaba con escrúpulo? aquí clausuro con el colon. el final ya
traza sus puntadas. ¿que si es lindo acarrear el inicio hasta el cierre? sí
que lo es. el cierre es siempre lo más largo. empujamos y empujamos
y gozamos rabiosos el vacío. así se planta el pie muy firme en la cuestión.
[pero

¿cómo es que uno continúa impulsando? se acuña el rato en la cuña. uno
imita salamandras, manijas de puerta examinadas a detalle (búlgara
[embajada) y
grita: ¡ya vamos tan lejos! se requiere un gremio de almadías, que pueda
sostenernos todavía! entonces —ya casi murmurado: de acuerdo! adoramos
el morder punta de lápiz. nada más —cupo todo en el quicio. aquí termina
el inicio.

Versión de Daniel Bencomo

mehr! gelenkte verschränkung / der syntaxsruktur. ergibt: die supertextur. so eilt man durch den / mittelteil. er (zwingli sei bei!) besteht aus baulich zweierlei — hören sie / nur: gerade mach ich den mund zu — und wer steht da schon wieder // am häcksler? ist das nicht — zweitens: derselbe lyriker, der oben noch / mit skrupeln protzte? ich schließe hier mit kolon ab. dann naht bereits / das ende. wie schön es ist, den anfang in den schluß zu schieben? sehr / schön ist es. der schluß ist immer das längste. wir schieben und schieben / und freuen uns arg an der leere. so steht die sache fest im schuh. wie // aber schiebt man weiter? man treibt die weile in den keil. man ahmt / salamander, begutachtet ausführlich türgriffe (bulgarische botschaft) und / schreit: so weit sind wir schon! es braucht eine gilde von waltern, uns / jetzt noch zu halten! dann — fast schon gehaucht: es stimmt! wir lieben es, / am bleistift zu lutschen. nichts weiter — alles drin. hier endet der beginn.

Raphael Urweider

antonia despacito los perros
están durmiendo las cigarras respiran
tan serenas antonia pon tu
piel junto a la mía y quédate así
de rendidos como estamos los perros
ya sueñan con los muslos estremecidos
las cigarras se están agotando
tranquila antonia los perros suspiran
al soñar el latido de nuestras venas
compensa a las cigarras me gusta estar
cerca de tu corazón que palpita

beatrice yo canto cuando nadie me escucha
invento tus nombres en voz baja
estoy bien beatrice gracias estoy zumbando
y no te llevo tan sólo en mis labios también
te espeto de pleno pulmón y
te amo en mi recuerdo como un sonido agudo
en la cabeza en el oído beatrice te escucho

Versiones de José F. A. Oliver

antonia nicht so laut die hunde / schlafen schon die zikaden atmen / so gleichmäßig antonia leg deine / haut an meine und verweile so / erschöpft wie wir sind die hunde / träumen mit zuckenden schenkeln / die zikaden gehen langsam zur neige / still antonia die hunde seufzen / beim träumen das pochen unserer / adern ersetzt mir zikaden gerne / bin ich deinem herzschlag so nah

beatrice ich singe wenn niemand mich hört / ich ersinne deine namen mit leiser stimme / mir geht es gut beatrice danke ich summe / und trage dich nicht nur auf lippen ich stoße / dich auch aus voller lunge aus mir heraus und / liebe dich aus der erinnerung als hohen ton / im kopf im ohr ich höre beatrice dich mir an

Oda a la muerte

Franzobel

La muerte, mis queridos, tiene algo curioso.
Por ser única e irrepetible,
nadie la imita tan fácil.
La muerte, mis queridos, tiene algo furioso,
ligeramente perverso, por llegar tan arbitraria.
Tan patitorcida. Tan dando vueltas en pos de algo.
Sabe a mazapán y a pan de ajo,
sabe a vientecillo tibio, uyuyúi,
a no-quiero-estar-solo-ahora.
Es fría como paté, ahumada
y caliente como esputos ahí en la boca.
Cada vez que ve piel de gallina recorrer
espaldas sonríe, y llora
si alguien impasible le hace frente.
La muerte: no trae nada, no se lleva nada,
tan sólo está, se pone cómoda.
La muerte, mis queridos, es algo curioso.
Por ser única e irrepetible,
nadie la imita tan fácil.

Versión de Gonzalo Vélez

Ode auf den Tod

Der Tod, meine Lieben, hat etwas Kurioses. / Schon dass er einzig ist, unwiederholbar, / macht so schnell ihm keiner nach. / Der Tod, meine Lieben, hat etwas Furioses, / leicht perverses, weil er so x-beliebig kommt. / So krummbeinig. So rundherum daher. / Er schmeckt nach Marzipan und Knoblauchbrot, / nach lauen Lüftchen, Huschhuschhusch, / nach Jetzt-will-ich-nicht-alleine-sein. / Kalt ist er wie Leberkäse, ausgeraucht, / und warm wie Spucke da im Mund. / Er grinst, wenn es die Gänsehäute / die Rücken runterlaufen sieht, und weint, / wenn man ihm ungerührt entgegentritt. / Der Tod, er bringt nichts, nimmt nichts mit, / ist einfach da, macht sichs bequem. / Der Tod, meine Lieben, ist etwas Kurioses. / Schon dass er einzig ist, unwiederholbar, / macht so schnell ihm keiner nach.

Atlas de islas lejanas

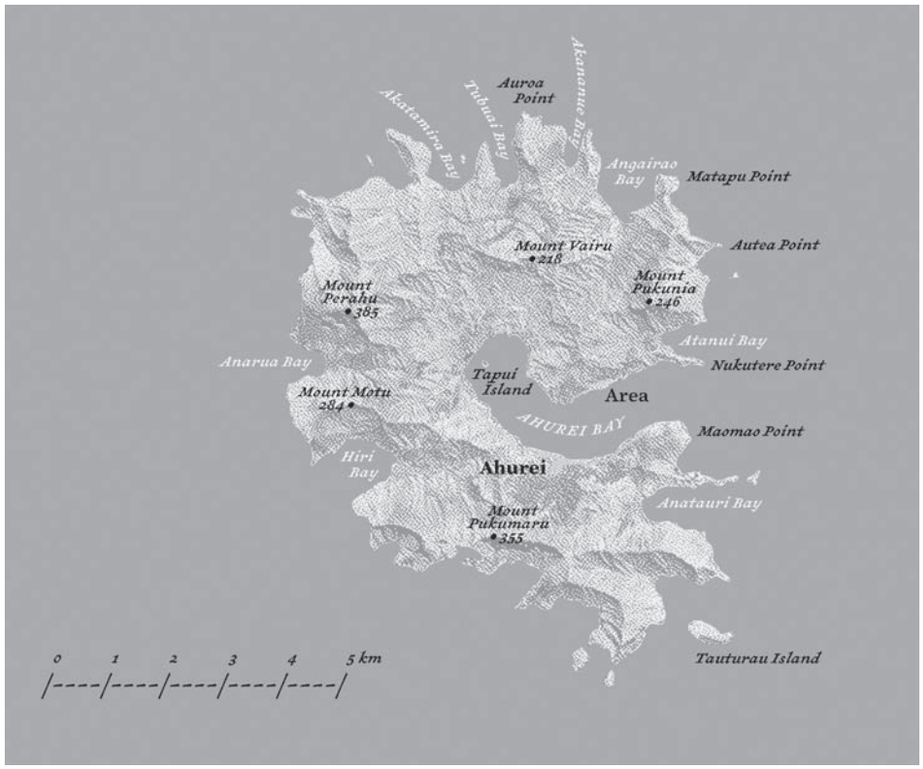
JUDITH SCHALANSKY

27º 36' S *Océano Pacífico*
144º 20' O
Rapa Iti *Islas Australes* (Polinesia Francesa)
También sólo *Rapa* | en inglés arcaico *Oparo Island*
40 km² | 482 habitantes

1180 km
----/----/----/----/---/—› Tahití
3620 km
----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/--/—› Nueva Zelanda
1440 km
----/----/----/----/----/---/—› Pitcairn (102)

1791 divisada por George Vancouver
----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/----/-
El 26 de mayo de 1998 muere Marc Liblin a la edad de 50 años en Rapa Iti

EN UNA CIUDAD a orillas de la Cordillera de los Vosgos, un jovencito de seis años es asaltado por sueños que le hacen aprender un idioma desconocido. Sin saber si este idioma de verdad existe, o de dónde proviene, pronto el pequeño Marc Liblin lo habla con fluidez, no sólo en sueños. // Es un niño solitario, muy inteligente, ávido de conocimiento. De joven se alimenta más bien de libros que de pan. A los 33 años se dedica a vagar por la Bretaña como un desarraigado. Entonces, unos investigadores de la Universidad de Rennes se interesan por él, quieren descifrar el idioma de sus sueños y traducirlo. Dos años alimentan una gigantesca máquina con ese extraño parloteo. Es inútil. // De repente les viene la idea de llevarlo a las cantinas del puerto para preguntar a los marinos que bajan a tierra si alguno ha escuchado en algún sitio aquel idioma: Marc Liblin monologa como un solista



frente a un grupo de polinesios en una cantina de Rennes, cuando el hombre detrás de la barra, antiguo miembro de la marina francesa, se inmiscuye durante la presentación para revelarle: ha escuchado ya ese lengüeteo en la más solitaria de todas las islas de la Polinesia. E incluso conoce a una vieja dama que habla exactamente así, esposa divorciada de un militar, la cual vive ahora por los suburbios en un edificio de bienestar social. // El encuentro con la dama polinesa transforma la vida de Liblin: Meretuini Make abre la puerta, él la saluda en su idioma, y ella responde de inmediato en el viejo rapa de la patria. // Marc Liblin, quien nunca ha dejado Europa, se casa con la única mujer que lo entiende, y junto con ella viaja a la isla donde se habla su idioma ●

TRADUCCIÓN DE MARCO LAGUNAS

Caer tras de sí

Sascha Reh

Frío, con un claro presentimiento y sin miedo, piensa al ver los machetes: lo van a matar.

Es una mañana húmeda, tan húmeda como ha sido cada mañana desde su llegada, y como lo seguirán siendo hasta que vuelva a dejar Yakarta. Desde las siete y media observa a los manifestantes, hasta ahora todo ha estado tranquilo. En todos los países se impone este silencio extraño antes de que algo suceda: el aburrimiento en el hotel, el silencio en las calles, el engañoso y tibio escape, cuando de madrugada viaja por la ciudad en la parrilla de una motocicleta japonesa y escucha la radio por encima del hombro. Todo está tranquilo, pero que el fotógrafo esté aquí ahora no significa otra cosa sino que algo va a suceder.

Los opositores al gobierno traen cintas en la frente con caracteres negros. Apretados como en una caldera, observados a distancia por las fuerzas de seguridad, lanzan sus consignas —son hombres con los pómulos marcados y con dientes enfermos o ausentes, en cuyos rostros se untan el sudor y la suciedad acumulada en el aire; sus camisetas, azarosamente recolectadas, tienen agujereadas las mangas y carcomidos los bordes; sus pantalones están manchados y los zapatos han sido remendados con cinta adhesiva.

A cada minuto que el grupo permanece inmóvil, sus gritos se vuelven más potentes, como en la prueba de la turbina de un avión, cuyos rugidos son cada vez más fuertes pero permanece quieto. Su coraje golpea de frente al fotógrafo cuando llega y le regresa bruscamente el aire a los pulmones en la forma de una fría borrasca repentina.

Cerca de las nueve llama a Freddy al hotel para que les avise a los demás. La camisa se le pega en la espalda, el peso de las dos cámaras cae sobre su hombro derecho.

Los machetes de los hombres son viejos y se usan frecuentemente: los mangos de hule gastados, las hojas ensombrecidas con viruelas de óxido.

Los había visto mucho en los últimos días. Se acostumbra utilizarlos para la cosecha de la yuca.

Cuando el fotógrafo se mira por las mañanas en el espejo, muchas veces no sabe dónde está. Los objetos a su alrededor, la habitación del hotel, la sábana revuelta, le son extraños. No es que esta extrañeza le dé miedo, al contrario, le provoca el sentimiento de no tener ninguna responsabilidad por ellos.

Algo distinto sucede con su rostro en el espejo. Se rasura cuidadosamente y revisa con esmero la exactitud de cada vértice, tratándose como a un cliente especial. Sabe que al final su vida puede depender de su apariencia. La amabilidad seria, sin compromisos e incluso un poco paternal de su aspecto, es la llave de su intrepidez. Igualmente, el rostro en el espejo no es tanto una parte de sí mismo, sino más bien una parte de su trabajo, del cual él también es sólo una parte.

Durante el vuelo de regreso de su último reportaje acerca de la guerra civil en Somalia a Hamburgo, donde quisiera pasar un par de días antes de viajar a Yakarta, disfruta el sentimiento de estar inmóvil entre dos lugares. Limpia la lente de su vieja Nikon F5, cambia las baterías, revisa el obturador. Las azafatas le hablan familiarmente, hasta por su nombre, cuando le preguntan si tiene algún deseo. Por lo general no tiene ninguno.

Al menos el coraje es fácil de explicar, piensa. Treinta por ciento de la población vive en absoluta pobreza. Ha visto familias que viven en el lastre que queda entre dos vías de tren. Los padres, a menudo inválidos, piden limosna en las calles. Cientos, miles, encuentran lo poco que comen en los basureros. Él estuvo ahí y tomó fotos hace un par de días. Traía botas de goma y sostuvo un pañuelo en la nariz. Los niños, que hurgaban en la basura forcejeando como negociantes para obtener la mejor posición, traían sandalias y ya no percibían el hedor fétido. No podía creer lo que recogían y tenían por valioso: cáscaras de plátano podridas, trizas de papel, restos viscosos de bebidas en mitades de botellas de plástico. Sin su cámara, hubiera apartado la mirada.

Más tarde no podrá describir cómo empezó. De repente la multitud se mueve. No entiende los gritos, tampoco reconoce lo que apuntan los dedos. El hombre, trata de explicarse, debió de haberse delatado por algo. Por la reacción de la multitud, el fotógrafo concluye que debe de tratarse de un simpatizante del gobierno; aunque nada de su apariencia lo denota, más bien viene vestido tan impersonalmente como el propio fotógrafo: una camisa arremangada, pantalón de mezclilla limpio, zapatos de piel.

Un pequeño grupo se separó de la multitud, hombres con machetes y palos. Tiraron sus pancartas y van corriendo por cada callejón por donde el hombre ha huido. El fotógrafo se pone en movimiento, corta por una calle paralela, rebasa al grupo y se cruza en el camino del hombre, de tal manera que en el encuadre puede verlo a él y a sus perseguidores corriendo detrás.

Levantan sus machetes. Adelante hay un joven con la piel llena de granos, de apenas veinte años, con el rostro deformado por la carencia y el odio. Se separó de la multitud y golpea con su machete al perseguido, que grita lleno de asombro, se agacha y pone el brazo sobre la cabeza. El machete rasga la camisa y llega hasta su brazo, cerca del hombro. Una incisión negra se abre en su manga, en un instante la sangre vertida tiñe de violeta la tela en el lugar rasgado. La víctima grita de nuevo, ahora sin asombro, para revelar con su voz delgada que esto no es un error ni un equívoco, sino que pasa intencionalmente.

El dedo índice del fotógrafo está en el obturador, toma cincuenta fotografías por minuto, cambia la película y la lente, ajusta el enfoque, fija en imagen el suceso. Su respiración es tranquila, no evidencia temor alguno. Sabe lo que hay que hacer. Sabe, además, que en un par de minutos el hombre estará muerto. La horda jugará con él. Lo llevarán por las calles por lo poco que él representa o ha hecho, y lo exhibirán como ejemplo de su ciego ensañamiento. El fotógrafo va a documentar todo esto, para eso está aquí. Volará con las imágenes a Nueva York, a Hamburgo y a París; y las fotos aparecerán en algunas revistas, a las cuales abastece desde hace años. Serán publicadas y vistas en hojeadas impacientes por cientos de miles de personas que buscan una noticia —cualquier noticia que por un instante pueda rasgar el velo de su indiferencia. Todos esos lectores menearán la cabeza, o quizá cerrarán sus ojos un momento, mientras toman conciencia de la enorme maldad que el fotógrafo con su cámara ha documentado para ellos. Por un momento olvidarán los pequeños problemas de su vida cotidiana: una cuenta no pagada, un feo rumor en el trabajo, la reciente falta de amor de su pareja. Como en un *zoom* emocional y violento que abre el encuadre provocando un *shock*, tomarán conciencia de que hay un mundo incomprensible mucho más grande que el pequeño y limitado mundo en que ellos viven. En el siguiente momento, un segundo *zoom* enfocará esa miseria ajena que ocurre en una lejana parte del mundo por motivos desconocidos y, al fin y al cabo, para ellos carentes de sentido.

En el aeropuerto lo espera Catherine, ríe sin palabras, lo abraza precisamente el tiempo necesario para que no le sea desagradable. No se besan, él está agradecido por eso. Ella no pregunta: «¿Cómo está África?». También más tarde, en la casa de Catherine, hablan poco; hasta que Catherine pone un vaso de whisky sobre la barra de su cocina integral y dice: «Debes estar completamente lleno de eso. ¿No quieres contarlo?».

Las palabras de ella extrañamente lo llevan siempre hacia una reflexión nueva, él dice que no está lleno, más bien se siente vacío, listo para cualquier trabajo que comience para él ahora. Lo dice en serio, aunque sabe que su silencio es difícil de soportar para Catherine, porque ella piensa que él la quiere cuidar, como a alguien que no puede enfrentarse a la verdad.

Él intuye pronto su único deseo, incluso prepotente: ver finalmente los negativos, anotar los números para el archivo, encontrar una primera selección de imágenes.

Cuando hablan de eso —no de África, sino de las fotografías— por un momento todo se vuelve más ligero. El acercamiento a sus fotos es técnico, piensa en criterios de la composición y de los efectos de los filtros; no es que permanentemente esté sintiendo algo. Por un tiempo Catherine puede aceptar eso. Pero después vuelven las preguntas, y cuando no son preguntas, son las expectativas sensibles, él quisiera hacer superfluas las cosas de las que habla.

Si no existiera su redactora, no le quedaría nada más que la huida en sociedad: una cena con amigos y colegas, la entrega de algún premio, una conferencia de prensa. Catherine es gente de mundo, interesante, y de hecho una mujer amorosa. Él sabe que ella espera llevarlo hasta otros pensamientos; él le diría con gusto que está completamente satisfecho con los que ya tiene.

Al comer en una reunión de periodistas, artistas e intelectuales, se encuentra por todos lados con un respetuoso reconocimiento por lo que hace. En las pláticas rara vez se habla de la situación política de aquellos países de los que vuelve, más bien se habla de su miedo o, mejor dicho, de cómo lo evade. Un joven con ropa de muy buen gusto dice que le sorprende que hoy en día todavía haya alguien que haga fotografías de ese tipo.

Debe de haber alguien que las haga, contesta el fotógrafo.

«Seguro. Pero quiero decir: hoy, cuando la realidad de las imágenes se ha vuelto tan discutible. Cuando, estrictamente hablando, ya no existe ninguna realidad».

Mira seriamente los ojos del hombre, descubre en ellos la alegría de argumentar, un espíritu vivaz. Bajo otras circunstancias más insignificantes, piensa el fotógrafo, el joven no hablaría acerca de la erosión de la realidad, sino que traería un rifle para dispararle a alguien en nombre de algún conflicto difícil de precisar pero vital.

«Interesante», contesta.

En las pláticas rara vez se habla de la situación política de aquellos países de los que vuelve, más bien se habla de su miedo o, mejor dicho, de cómo lo evade.

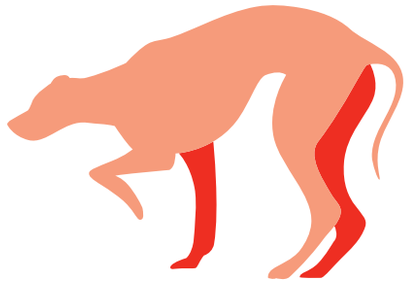
Una fría borrasca de viento revuelve el pelo del fotógrafo mientras el perseguido cae y golpea con el rostro el piso de arena. Inmediata e instintivamente trata de protegerse la cabeza y nuca con sus brazos. A la derecha y a la izquierda no hay sino muros, paredes onduladas y tablas que cubren la entrada de las casas. Apesta a aguas fecales, no se escucha nada aparte de los gritos incomprensibles de los hombres que se acercan al perseguido. No agitan sus machetes y palos por arriba de sus cabezas, como en un *film* sobre la barbarie, sino de una forma más ergonómica y eficiente, a la altura de sus caderas, lo que les permite caminar sin impedimentos y acentúa todavía más la naturalidad con la que los usarán.

Antes de que el fotógrafo pueda reflexionar sobre eso, baja la cámara y se coloca delante del caído. Levanta las manos en un gesto de súplica. Una mosca se mete por la manga de su camisa planchada; un perro de piel negra y grasienta pasa cojeando. Ahora que el fotógrafo no toma ninguna foto, lo ve de repente, como si la multitud viniera hacia él. *You're not bullettproof* —esta frase de Stephen se le viene a la mente ahora, porque Stephen está a una distancia segura en un puente junto a Freddy y filma la escena por su parte.

De repente se siente como un pianista que ha olvidado su partitura. ¿Qué haces aquí?, se pregunta. Ésta no es tu tarea. No estás aquí como humano, y por este motivo no debes sentirte como uno. Se dice: Eres un medio de transporte para tu cámara. Y: Tu tarea es documentar este acontecimiento. Y: Si tú no lo haces, nadie lo hace.

Todo esto ha bastado siempre para el fotógrafo, hasta hoy, esta exigencia definitiva: No es tu tarea ponerte delante del hombre, pero sólo tu cámara puede impedir que esto suceda en el futuro.

No lo duda. Sin embargo, en este instante, por algún motivo, piensa claramente que eso sucede ahora, y no en el futuro.



Le dice a Catherine: No tiene nada que ver contigo. Los vasos están vacíos, los platos entre ellos. Es el momento equivocado, más tarde dará una conferencia en una universidad. Por como sostiene el cigarro se hace evidente —él teme eso— que quiere dejar atrás el asunto. Él experimenta el silencio entre ellos como opresivo. Se le hace difícil sentir verdaderamente la sensación de seguridad que Catherine quiere darle. Ella dice que no espera nada de él. Cuando lo dice su mirada se muestra clara y amistosa. Pero él sabe que ella sólo quiere hacérselo más ligero. Ella tiene experiencia. También quiere seguridad para sí misma. Tiene una carrera, igual que él, está doce horas diarias en la redacción, ha dejado víctimas en esta vida. Ahora, con él, ella quiere que funcione. Ella sabe cuáles expectativas está permitido mantener y cuáles no. Es muy lista. Eso lo hace aún más difícil para ella.

Mientras él se sienta para dar su conferencia y se arremanga por la derecha y por la izquierda su chaqueta desabotonada, es como si por un momento tuviera alas. Va a hablar acerca de lo importante que es darle un rostro al horror del mundo. Entonces mira por arriba del manuscrito que ha preparado y de los rostros de los estudiantes interesados en la democracia que lo escuchan con atención; Catherine se ha sentado detrás de ellos, en la última fila. Lo abandona el valor, pero a pesar de eso continúa hablando.

Después una estudiante quiere saber: «¿Tiene usted la esperanza de sacudir a la gente con más fuerza en contra de la desigualdad del mundo mostrando más horror en sus fotos?» —siempre le ha preocupado la pregunta implícita de si uno tiene el derecho de aprovecharse de la violencia que uno mismo denuncia para vender sus fotografías. Reflexiona mucho acerca de la respuesta, antes de darse cuenta de que en realidad se trata de una lucha de palabras. A lo mejor tiene una esperanza, ¿pero cuál? No se ha atrevido ninguna vez a decir que el horror es injusto, todo lo que sabe es que es horrible.

El público se incomoda por la ausencia de su respuesta, otro estudiante pregunta: «¿Qué hace usted con su coraje?».

El coraje, dice, o de forma resumida, las pasiones; son malos consejeros en este trabajo.

Más tarde, mientras continúa entrecortadamente su plática, prefiere pasar su última noche en un hotel. Advierte la decepción de ella en la indignación exagerada con la que le pregunta cómo soporta su falta de apasionamiento, ya que hace muchos años fue justamente esa pasión la razón principal que lo llevó a comenzar con ese trabajo. ¿Y dónde está ahora?

La gente se conmoverá frente a sus fotos. Verán al hombre desangrándose, la manga rasgada de su camisa, los cortes en su rostro aterrado, y si llegan a la última foto de la serie —una foto persistente, en la que quizá el joven con la piel llena de granos tendrá su machete en la garganta del que yace en el piso, cuyos ojos reflejarán la sed ardiente de muerte del atacante; un instante previo a que se produzca el corte y que la turba sedienta de sangre apalee los brazos y piernas y cabeza del muerto; diez, veinte veces lo apuñalan, hasta que se separan jirones de piel sangrante y finalmente también los huesos de las articulaciones—, si van a ver una foto como ésta, entonces las personas tendrán quizá por un momento la disposición de leer el pie de las fotos, dedicado al trasfondo del acontecimiento, con impacto y vergüenza ante el mal que dejan pasar con culpa y obligación. Por segundos sentirán en sus manos la información que reciben, calculando el peso que tiene para su propia vida. Por un rato no sabrán dónde dejar ese lastre, tal como sucede con un envoltorio que se arroja en el camino, y para el cual no hay ningún bote de basura en la esquina de la calle. Y cuando estén seguros de que nadie los observa, dejarán caer tras de sí el desperdicio sin preocupación —impotentes ante la necesidad, y de nuevo libres de los compromisos con el prójimo.

No es su primera relación fallida. En el camino al aeropuerto, a pesar de todo acompañado por Catherine, lo inquieta pensar que quizá puede haber sido su último intento.

Su pregunta, «¿Vale la pena, Robert?», lo hace enojar, por primera vez desde hace años siente que le arde el estómago. Una palabra sigue a la otra, ella dice: «¿Qué clase de vida tienes, que debes vivir sin ti mismo?». Él encuentra que la pregunta es justa y bien formulada, pero de todos modos dice, más fuerte que lo necesario, que eso no puede elegirse, que se trata de algo mucho más trascendental que su vida. «Sí, de la vida de los otros», responde ella. Que permanezca tranquila dentro de su sarcasmo sólo fortalece su ira. «¿Para qué continúas?», la pregunta de ella, antes de que documente su equipaje, se extingue hasta que el avión aterriza en Yakarta.

Dejó que sus rodillas descendieran, levantó las manos, las palmas volteadas hacia afuera. Con un par de balbuceantes jirones de palabras, que aprendió por precaución de memoria al borde de la cama del hotel, intenta calmar a la multitud. De hecho lo único que se le ocurre es «Por favor». El movimiento del agresor se hace lento, los hombres gesticulan como si quisieran ahuyentar de la calle a un rebaño rabioso de vacas.

Acostumbra no interferir. Todos —no sólo la víctima, también los victimarios— se sienten con derechos ante la Historia y quieren, tanto como él, que el mundo se entere de lo que sucede, aunque quizá por otras razones. Él representa la neutralidad del testimonio histórico, un hecho técnico y puro, que hace una y otra vez *clic* y se esfuma rápido, como si nunca hubiera estado ahí.

Pero ahora no los deja respirar tan fácilmente, con las manos levantadas en el camino. No hace *clic*. Los rostros de los hombres se vuelven hacia él. En ellos lee la disposición para matarlo, si así tiene que ser. De repente siente miedo. No es el estar aquí lo que lo hace desmayar, sino la falta de una razón para eso.

Después será festejado como héroe. Sus colegas filmaron todo desde el puente con un teleobjetivo. Eso querrá decir que pertenece a un gremio en extinción: un corresponsal que no se hace invisible, sino que interviene. Por un corto periodo en que permanecerá a la luz del mundo público —no sus fotos, sino él— no valorará a las personas como un instrumento sin juicio que se convierte en testigo sin pedirlo. Con su brazo enyesado y las vendas en la cara se convertirá por vez primera en un actor herido, es decir, en una persona puesta en escena.

Su impacto como héroe opacará con mucho el de sus fotos. A través de su ejemplo las personas soportarán más fácilmente el horror que él no puede remediar; y encontrarán en su persona una disculpa convincente para volver a olvidar pronto el acontecimiento. Se dirán a sí mismos: no sólo existe el mal en el mundo, ya que si una sola persona se arriesga con todo su ser en contra del mal...

Etcétera.

De repente siente miedo. No es el estar aquí lo que lo hace desmayar, sino la falta de una razón para eso.

Los ojos del hombre siguen medio abiertos, sus brazos y piernas están dislocados del torso en ángulos retorcidos, una especie de silbido suena en su pecho. Parpadea débilmente hacia arriba, con la súplica muda de que le ayuden y terminen finalmente con la tortura. A pesar de tanta sangre, a pesar de los graves cortes que se abren en su frente y liberan huesos craneales rosados, el hombre emite una paz silenciosa, rendida a la muerte, como una señal química de su cuerpo de que ahora todo, al menos lo peor, ha pasado.

El fotógrafo —Robert— sabe que aún no ha pasado. La horda lo empuja por ambos lados, se adelantan gritando y pisoteando a la víctima. El joven con la piel llena de granos que comenzó la cacería quiere seguir rajando el rostro abierto del hombre. Robert empuja al agresor e inmediatamente levanta de nuevo las manos en el aire, clama en su propio idioma: «¡Déjalo en paz!». Su voz suena como si no perteneciera al aquí y al ahora, ahora siente mucho más el coraje que el miedo. Los manifestantes, a pesar de no comprender su idioma, saben que él se ha convertido ahora en un problema para ellos. Lo golpean, cae. Después no podrá decir lo que le salvó la vida. Conforme la horda se apodera del hombre, él piensa incoherentemente: todo esto podría suceder en alguna parte del mundo, y exactamente eso pasa. Luego pierde la conciencia •

Traducción de Luis Carlos Cuevas Dávila

Vanidades

Nora Bossong

Me encontré a Vivian en la noche, en la calle Jäger: sus manos estaban frías, abstrajo su mirada y todo su cuerpo temblaba, inclusive ya dentro del local al que la invité. Había dado a luz un niño recientemente, pero no lo contó; lo supe después por los documentos que dejaron a mi disposición o, para ser exactos, que me he puesto al alcance de mí misma. Soy abogada, sé dónde están los límites y hasta dónde se puede llegar antes de transgredirlos. Sé que, bajo determinadas circunstancias, nadie pregunta sobre eso. A Vivian le dará igual entretanto, o al menos así debería ser, pues ya no puede cambiar nada de eso.

Esa noche, en el barrio de Friedrichstadt, cuando la encontré en aquella calle lluviosa, hablaba sobre su trabajo, como si no hubiera hablado con nadie durante días, y tal vez ése fue precisamente el caso. Sostenía conversaciones de trabajo, pero ésas no son charlas, sino más bien bloques de un lenguaje que hemos aprendido de memoria con el fin de combinarlos siempre en nuevas estructuras y hacer dinero con ellos. No nos comunicamos mediante ellos, simplemente nos enriquecemos, hasta que ya no reconocemos hasta dónde esas estructuras se convierten en nosotros. Vivian y yo estábamos acostumbradas a ganar mucho dinero y a construir estructuras infinitas, con las que adiestrábamos a nuestros socios de negocios hasta que ellos hicieran lo que queríamos, o más bien lo que la empresa quería. En ciertos aspectos nos parecemos, puedo decir eso, a pesar de que sólo nos cruzamos unas dos veces y dejé una tercera reunión inmersa en el nerviosismo de la capital.

En nuestro primer encuentro, a las tres y media de la tarde, en la sala de conferencias de la empresa para la que yo trabajaba, ella no había dejado una buena impresión. Me había sentido aliviada. Antes, mi supervisor me la había descrito como profesional, sí, como perfecta, incluso. Es *realmente* buena, había destacado, como si nosotros, los demás, sólo pareciéramos serlo. Ella es lo que queremos, había agregado, y el resto de nosotros se hallaba en el tablón que conducía de un espacio seguro al vacío. Cada nueva persona que ingresaba amenazaba al que ya trabajaba en la empresa. Ésta no se expandiría: la gerencia no crearía nuevos puestos de trabajo, sólo llenaría los vacantes. Ese día estaba yo en el tablón. Todo el mundo sabía que Vivian se presentaba por un cargo tan parecido al mío que sería poco probable mantener a ambas durante mucho tiempo, si es que la contrataban a ella. No obstante, su presentación se perdió en los detalles y, en el discurso, lució desconcentrada. Vivian estaba pálida, balbuceó y, bajo la observación de que parecía agotada, la enviamos pronto a casa, para no tener que decirle la verdad sobre su actuación. No se conversa a gusto cuando las normas de cortesía, a las que uno normalmente se atiene, ya no se pueden utilizar, porque se distinguen de una manera demasiado amplia y demasiado evidente, aunque siempre se distinguen, y nosotros, desde hace tiempo, nos hemos acostumbrados a eso.

Después de haber llevado a Vivian afuera —repentinamente se despidió de mí muy enérgica y casi arrogante— volví a la oficina, para tratar con mi supervisor los detalles de la nueva estructura del personal, una conversación que apenas llegó a mí: una y otra vez irrumpían imágenes de la presentación de Vivian en mi pensamiento: oía su voz balbuceante, veía su cara pálida, y me pregunté si su presentación realmente había podido ser tan mala como yo lo recordaba o si sólo quise que fuera así. Después tuve que hacer algunas llamadas telefónicas, revisar expedientes, y preparé otros en los que quería trabajar detenidamente más tarde en casa. Para mi supervisor no había distinción que valiera entre trabajo y tiempo libre. Para él, incluso nuestras noches pertenecían a la empresa, al menos si se había llegado a un cargo tan alto como en mi caso.

Salí poco antes de las nueve; tenía una mesa reservada hacía ya una semana en el restaurante a la vuelta de la esquina —21 horas, dos personas—, y sólo cuando ya había llegado a Ludwigs recordé nuevamente que mi socio había suspendido la cita. Desde la tarde estaba distraída, como si algo del desconcierto de Vivian se me hubiera contagiado. Todavía la vi parada frente al portapapeles y, cuando después de la cena salí a la calle y fui hasta mi coche, estacionado frente a la empresa, se topó directamente conmigo, como atraída por los retazos de mis recuerdos, como materializada desde mi mente.

Hablé con ella. Parecía alterada. No me reconoció al principio, y sólo cuando le recordé nuestra cita de la tarde aclaró levemente su mirada, para luego enturbiarse más de inmediato. No sé si en ese instante recor-

dó quién era yo; tal vez sólo lo fingía. Aún quería tomar vino, en el Ludwigs, le dije, aunque no andaba para vinos; tan sólo quería volver a casa, pero no podía dejar pasar la oportunidad de encontrarme ante la vulnerabilidad de mi adversaria. Ahí mismo, dije y señalé el lugar que había dejado poco antes. Ella asintió en silencio, como quien toma una nota de un hecho que nada tiene que ver con uno ni nunca lo tendrá. Le pregunté si no quería venir. No se movía y su rostro estaba vacío. Vamos entonces, yo invito. Ella se quedó tal y como estaba, pero cuando la tomé del brazo en dirección del restaurante, no se resistió. Incluso al caminar comenzó a hablarme acerca de la presentación, y me hablaba de ello como si yo no hubiese estado ahí. Me describió la sala de conferencias, se refirió al número de mesas, a los presentes, a los minutos que había planificado para su presentación. Le abrí la puerta del Ludwigs; ella describió cómo la situación en la sala de conferencias se le escapaba. Mientras trataba de convencer al camarero para que me diera, a pesar de las altas horas de la noche, otra vez la mesa que había dejado, Vivian no callaba, y volvía a repetir cómo el largo discurso preparado se desvaneció entre sus labios, un poco diferente, desde una perspectiva ligeramente variada, pero era tan penoso como, de hecho, había sido. Cerramos dentro de poco, dijo el camarero, que nos llevó a la mesa. Nos sentamos. Ella hablaba, hablaba, una y otra vez. Los dedos de Vivian se movían de un lado a otro sobre el mantel, las uñas se tornaban azules, como un entumecimiento que presionaba desde dentro contra su piel. Cuando me incliné hacia ella pude percibir el sentimiento entumecido que irradiaba. La escuchaba y asentía con la cabeza. Ordené un Chablis para ambas, que ella no tocó. Sólo hice tres o cuatro preguntas, con el fin de no hacerle perder el hilo, y hablaba y hablaba. Repentinamente, se quedó en silencio.

Me miró. Se llevó las uñas a los labios y tuve la impresión de que el azul teñía su piel.

¿Por qué me escucha? ¿Por qué le interesa todo esto?

No respondí a su pregunta, por muy justificada que fuese. Era claro para mí que desde ese momento ya no seguiría hablando. Además, tampoco sabía la respuesta. En general, no me interesaba por otras personas. Digo *personas* porque no puedo hablar de la gente. De señalar como gente a todos esos nombres y cabezas —me refiero a todos los que conozco en mi trabajo— , me ahogaría en humanidad. Un individuo no está en condiciones de sostener una relación, de forma íntegra, más que con otros cinco o diez, hasta cincuenta conocidos; cien es caos, y por encima de cien la gente puede enloquecer al individuo. Quiero decir, a Vivian, probablemente, la han enloquecido y por poco a mí, o viceversa.

Mantuvo un rato el silencio entre nosotras, tomó aliento, pero no continuó lo que venía contando; más bien, miraba ansiosamente su cuerpo, hacia abajo. Sólo ahora parecía darse cuenta de que temblaba, de que sus ropas estaban empapadas por la lluvia.

Debería cambiarme la ropa, dijo. De lo contrario voy a resfriarme. Eso no estaría bien. En este momento no me lo puedo permitir. Miró por encima de mí, en mi bolsa de compras, en la que podría haber cualquier cosa: una ración de galletas, un *kit* de ropa de cama, un jarrón de Leonardo. Sin embargo, como fuese, Vivian sabía lo que realmente había allí.

Usted me podría prestar su ropa, dijo, y señaló hacia la bolsa. Se la envío mañana de vuelta. Conozco una buena tintorería en la calle Linien. Entrega gratis a domicilio.

Se tambaleó un poco cuando se levantó para ir abajo, al baño. La sostuve por el brazo; ella sonrió como disculpándose. Dijo que estaba algo exhausta, había dormido poco. Bolsa en mano, la acompañé abajo. En el baño se sacó la camisa por la cabeza. Observé sus costillas marcadas, mientras sostenía la ropa nueva y seca. Hoy para mí es incomprensible cómo una mujer tan delgada puede tener un niño. Un niño no se genera de huesos, de costillas. Para entonces no tenía ni idea sobre su reciente parto. Tampoco me preocupaban los embarazos; era seguro que nunca experimentaría uno: ninguno no deseado, ninguno deseado, ninguno interrumpido. Simplemente, no había planeado estar embarazada, y lo que no planeaba, no sucedía. Yo era una mujer de ésas. Y una mujer de ésas fue también Vivan. No obstante, en su caso las cosas se desarrollaron de forma diferente. Fuera de carril, como dijio Vivian en el transcurso de la noche, pero en otro contexto.

Dobló su ropa. Sus movimientos aún eran nerviosos y una nota cayó de los bolsillos de su traje. La recogí. Era el comprobante de transferencia a un hospital, fechado en un día del mes pasado. Quería devolverle el papel, sin decir nada, pero ella había notado que yo había leído las palabras escritas allí.

Esperemos que no haya sido nada grave, dije en voz tan baja como me fue posible.

¿Qué?, preguntó Vivian, sin entender.

Estuvo en el hospital el mes pasado.

¿En serio?, dijo. De eso no podía recordar nada.

La miré irritada. Traté de adivinar en su cara si jugaba o realmente no tenía ningún recuerdo al respecto.

Colocó su ropa doblada en mi bolsa de compras, se la terció en su brazo y caminó para salir. Desde atrás, con la ropa, que sólo me había

probado yo en esa mañana, se parecía a mí. Subimos las escaleras una detrás de la otra, hasta la superficie del local. Sacudió un poco sus caderas, o fue el temblor, que no salía de su cuerpo.

Sé que a usted no le gustó mi presentación, dijo Vivian. Pero también sé que usted no decidirá si fue buena o no.

¿Qué quiere decir exactamente con eso?, le pregunté.

Volvió la cabeza hacia mí: Usted lo sabe.

Se detuvo en el tramo superior de la escalera y esperó a que yo hubiera llegado a su altura. Me miró a la cara: Lo crea o no, lamento que su trabajo esté en juego. Pero eso no lo puedo cambiar. Necesito ese puesto tanto como usted. Entonces, ¿qué debería poder hacer por usted? Estamos en el mismo barco, una de nosotras debe permanecer en su lugar y la otra será arrojada al agua o ambas nos vamos a caer por la borda.

La miré sorprendida; no obstante, ella miraba ahora a través de mí como si yo no estuviera allí, como si con mi puesto también hubiese perdido mi propia existencia. Recordé borrosamente la tarde, la reunión que había tenido lugar hacía apenas un par de horas, la entrevista que había sostenido a puerta cerrada en la oficina de mi supervisor y en la que él no me había ofrecido café.

El camarero andaba de un lado para otro, silencioso entre los clientes. Las damas de las mesas vecinas habían estudiado historia del arte, derecho o filosofía, para nunca ejercer, lo que tal vez era mejor. Yo siempre había ejercido todo lo que había aprendido, y estaba demasiado cansada de todas las prácticas, para cocinar recetas de familia, como estas damas, para casarme, para dirigir a dos hermosos hijos, para ir a la peluquería, a la estética, al tratamiento de bótox. Estaba demasiado cansada para darme cuenta de mi propia vida. En mi casa sonó el teléfono, pero no respondí. Estaba sentada con una mujer extraña, en un restaurante caro, pagaría por una botella de vino caro, que ella no había probado ni una vez, y escuchaba cómo decía: No puedo más con todo esto. O me habría gustado que lo dijera.

Él nunca contrataría a Vivian si se enterara de su embarazo apenas recién acontecido, pero era improbable que él supiera eso en aquel momento.

No mencionó al niño, que para ese momento tal vez se encontraba bajo el cuidado de una abuela, o llegó al mundo con un defecto cardiaco y permanecía en el hospital, o, incluso, había muerto después del nacimiento. Un niño que sólo existía en esa hoja, que permanentemente llevaba consigo en su bolsillo, así como, acto seguido, en una nota de mi jefe escrita a mano, que sería encartada en sus formatos de solicitud de empleo. No era una nota clara; más bien uno de esos garabatos cortos, que sólo él y su secretaria entendían. Por tan poco, cómo emplearía mi jefe a una mujer embarazada o madre soltera. Tan poco le permitiría demostrar que él confirmaba el estado civil de todas las aspirantes. En líneas generales, él no tenía nada en contra de las mujeres, sólo tenía algo en contra de las mujeres que no consagran la vida a su trabajo. Exigía todo a sus empleados: los días, las noches, y no estaba dispuesto a compartir. Él nunca contrataría a Vivian si se enterara de su embarazo apenas recién acontecido, pero era improbable que él supiera eso en aquel momento. Vivian se las arreglaba muy bien para ocultar su vida y, tal vez, existía en realidad sólo como un recuerdo periférico, que la azotaba en los raros momentos, como al llegar a casa. Vivian no era una mujer de las que uno cree apta para un niño. Yo misma, aquella noche, no la creía capaz de eso; no se me ocurriría de ningún modo haberla creído capaz. ¿O tal vez tenía una vaga idea, desde aquella sensación que uno llama intuición o miedo en general? La amenaza que esta mujer representaba para mí era real, su éxito podría costarme la cabeza, y si no la cabeza, entonces, el trabajo, que viene a ser lo mismo, e incluso, cuando se sentó frente a mí, aunque pálida y con una escasa precisión, supe así que esa precisión podía regresar, que algo en ella era confuso, y que ese caos era la única debilidad en ella, incluso si en ese momento aún yo no sabía cómo adoptar medidas contra ella.

Una mujer joven, combinada en tonos pastel, entró en el restaurante. En su codo llevaba un balancín portátil para bebé con un niño dormido. Primero atravesó el salón buscando, después pasó directo y se sentó con un hombre, que seguramente era el padre del niño. Vivian miraba fijamente al niño, que estaba a pocos centímetros de ella, en su costosa silla de plástico. Su cara estaba tensa, como pensé al principio, aunque luego para mí fue como si mostrara la concentración que precede a un ataque. El niño, que debió sentir la agresión tan cerca de él, hizo una mueca en silencio, para luego, con un grito comprimido, comenzar un llanto que hasta a mí me dio un buen susto. La cara de Vivian se congeló, apretó su mano en su frente, como si así pudiera resguardarse del ruido, y su temblor, que momentáneamente se había calmado, volvió a ser visible otra vez.

¿Es hora de sacar a su hijo?, preguntó irritada. Parecía no poder controlar su enojo repentino; entonces añadió: Esto es lo que tú recibes. Y tú cubres todo eso con pastel. Nada apropiado para una reunión de directiva, dijo. Pero para qué. Un parto no es cualquier cosa que se pueda acomodar entre dos citas, como una reunión de diez minutos. No, con un niño estás fuera. Y allí te quedas. Fuera. En pastel.

Ella se apartó del bebé. Sus dedos apenas irrigados por la sangre estaban sobre el mantel, pero no tenían nada de amigables en sí: algo inanimado, cierto, pero nada que se sometiera indefenso. Yo me miré por lo bajo, pasé las manos por mi cuerpo, por el saco, que extrañamente se me veía abultado. En mi bolso sonaba el teléfono; no lo tomé. Ya no podía más con todo eso. Los gritos del bebé me paralizaban o me hicieron sentir que hacía mucho estaba paralizada.

Hoy me imagino a un bebé en los brazos de una mujer agotada, con los cabellos pegados por el sudor, su rostro sonrojado: no sonreía, contemplaba la cosa en sus brazos, tan difícil de manipular como una pila de expedientes y, desde hacía mucho tiempo, muy pesados para ella. Pesó ocho kilos menos de lo que ella debía pesar, cinco kilos menos de lo que ella tenía que pesar. Es un milagro que el bebé no esté desnutrido, dijo el médico; también pudo haber muerto de hambre, dijo —pero no para ella, porque a las madres se les debe tratar con cuidado. Todos estamos contentos de que esté sano, de que no haya muerto de hambre, y Vivian —ahuecada y ligera como un globo de helio— sostenía algo en brazos, algo que había esperado desde hacía tanto tiempo, como yo, una promoción que ahora amenazaba con no llegar.

La cara de Vivian era inexpresiva. Dejó de hablar y, sin embargo, sentía como si me susurrara las palabras que yo pensaba. Para mí era claro desde el principio que algo andaba mal con Vivian, y yo habría podido atar cabos: el papel que había caído en las baldosas del baño; su miedo al niño de la mesa de al lado. Habría podido notar que lo que escondía era un niño, pero de ser honesta no creo que haya atado cabos aquella noche; estoy más bien segura de que, en realidad, era Vivian quien en silencio y con énfasis me indicaba lo que yo haría, la que me mostró cómo podría guardar las distancias. Vi a mi jefe sentado detrás del escritorio, en su oficina. Se reclinaba hacia atrás. Tampoco hoy ofreció café, pero no era yo la que cabizbaja estaba allí, pequeña y espantada, al otro lado de la enorme mesa brillante, y mi supervisor, que disfrutaba al desenmascarar a la gente, pues lo tenía como su sagrado deber ante la compañía, dijo:

«Debo decir, por desgracia, señora Wiesbeck, que usted habló con un empleado del Departamento de Recursos Humanos bajo falsas apariencias. No le hemos preguntado sobre ello, sino que usted misma mencionó no tener la intención de quedar embarazada en el futuro próximo. Nos abstenemos de decidir si usted espera obtener ventaja por esto o no. Consta que usted hizo una declaración falsa respecto a su situación, y eso no lo puedo tolerar. Si usted nunca quiso quedar embarazada, ¿por qué lo estuvo entonces? Una mujer tan controlada como usted, Vivian, no hace nada a la ligera. Usted sabe exactamente lo que hace, y en este único caso no le puedo contar esto como un plus, sino todo lo contrario».

En el restaurante hacía calor y el ambiente estaba cargado. El bebé en su puesto de plástico se había calmado y cayó en un sueño lánguido. Poco después de eso, los padres dejaron el local. Éramos las últimas clientes; los meseros nos miraron con esa cortesía más cortante que cualquier cara de perro. Querían levantar las sillas, dejar libre el salón al personal de limpieza, irse a casa, en su fin de jornada, su último pedacito de noche.

No nos quedamos más tiempo. Afuera, en la calle, Vivian agradeció el vino. No, dijo, y rió por primera vez, apenas lo había tocado, por la noche quiero dar las gracias, no sucede muy a menudo que alguien me escuche; quiero decir a mí, no mis análisis. Quería corresponder a sus atenciones, me aseguró. Su voz era segura y, a la vez, cálida. No escuché exactamente cuando me dijo dónde nos encontraríamos. La ciudad me parecía lo suficientemente grande como para pasar una junto a la otra •

Traducción de Juaísca Rodríguez y Christina Lembrecht

Estaciones

Tilman Rammstedt

Verano A nadie parecía interesarle si, y cómo y cuándo se encontraron las cosas y la gente. Las estaciones se escurren entre los dedos y cuando en mayo se preguntaba a alguien qué planes tenía para el verano, decía: largarse si es posible y, si lo es, sólo al Mar Báltico. En general, ésa era la situación. Mejor dicho, éramos L. y yo que no nos encontrábamos, o si nos encontrábamos era sólo en espacio y tiempo, sin poder hacer mucho con eso. Mejor dicho, era también L., por supuesto, la que, al yo preguntarle por sus planes de verano, respondía con una evasiva exhaustiva, de manera que era imposible abandonar alguna posición.

No nos acostábamos. Aunque había pocas razones para ello. Noches incontables juntos en el colchón de ciento veinte centímetros, tan cercanos los cuerpos hasta donde no se pudiera evitar; de vez en cuando un beso de saludo o despedida, sin que los labios de uno sobre los del otro llegarán a alcanzar una cifra preocupante en segundos, sin dejar pasar una lengua entre los dientes; para las manos eran conocidas las zonas tabú del cuerpo del otro. Sólo a mediados de julio, después de otra noche de ciento veinte centímetros, de otro desayuno con el que se puede olvidar fácilmente que, nuevamente, no había sucedido nada que se tuviera que ordenar en cualquier categoría, me atreví a preguntar de nuevo por agosto, por agosto, en el que Berlín es casi tan insoportable como en enero, por agosto, en el que o bien se capitula ante el verano o lo infiltra, por agosto, que estaba marcado con un lápiz de color como posible mes de vacaciones en el calendario de L. Eso lo había hecho a principios del año, cuando aún indicaba a Canadá, África Oriental o por lo menos Portugal como destinos de aquellas vacaciones. Para entonces, nunca se habló del Mar Báltico.

Ahora tampoco, tampoco a mediados de julio, tampoco en ese desayuno con más cigarrillos de los necesarios, con la taza de café en la mano, con ojos somnolientos y con el cuerpo de L. en bata de baño, el cuerpo de L., al que sólo había tocado durante la noche en un puntos poco problemáticos. No se mencionó al Mar Báltico. Se añadió repentinamente a la lista de Canadá, África Oriental, y Portugal se convirtió en un destino lejano en el que se piensa en invierno, aun cuando invierno signifique mayo. Julio ya no se cuenta en el invierno definitivamente; en ese caso tampoco L. podía engañarse, y la marca de lápiz de color se convirtió de repente en una amenaza, en un documento del naufragio, un naufragio que L. despreció y la ponía de mal humor, y con L. de mal humor no quería viajar incluso si yo tuviera permiso de hacerlo, incluso si fuese al Mar Báltico, por tres días, quizá una semana. Y como L. lucía de buen humor en su bata de baño, como no teníamos más cigarrillos, como el sol brillaba y no hacía calor, pero al fin y al cabo era verano, propuse hacer lo que las parejas hacen en días como éstos, lo que sería lo último que yo quería hacer con L. si fuéramos una pareja, porque parecería forzado, pero que ahora estaba permitido, pues no éramos pareja y, quizás, sólo por eso no nos acostábamos y no hablábamos nada sobre los ojos y las manos del otro, para poder hacer esas cosas que normalmente suelen hacer las parejas. Sugerí hacer una excursión.

No al Mar Báltico, para eso ya era muy tarde, para eso L. habría tenido que empacar un bolso y, repentinamente, se habría convertido en un viaje. No el Mar Báltico, sino Rheinsberg, Chorin, el Spreewald o, al menos, Köpenick. Convenimos rápidamente, lo que era poco habitual, en Köpenick, quizá porque para ir a Köpenick no es necesario el tren, y en tren, al fin y al cabo, habríamos podido viajar igual de bien al Mar Báltico o a Portugal.

En Köpenick hay una estación de tranvía, que se llama Libertad y en la que, sólo por ese motivo, L. quería bajarse sin falta, lo cual yo encontraba tonto. Ella opinó que yo era aburrido; yo opiné que ella era cursi, y entonces el tranvía ya había continuado el camino, con L., que se sentía ofendida, y conmigo, que me avergonzaba. Si hubiéramos sido una pareja, habríamos peleado de inmediato. Así sólo callábamos lo que pasaba inadvertido. Sé que con los buenos amigos también se puede callar. No sé qué debe tener eso de extraordinario. A mí sólo me ocurren muy pocas cosas que parecen más simples que guardar silencio. Y aun cuando la pregunta sobre si L. y yo sólo somos buenos amigos o no, siempre me ha dejado en apuros, a veces callábamos juntos, lo que finalmente era casi igual de simple, y a veces era uno de los dos el que hablaba, mientras el otro callaba; y quizá fue ésa la mejor solución en la mayoría de los casos. Lindo, aquí, dijo L., en ese caso, por ejemplo, y yo no decía nada.

Nos sentamos cerca del agua, aunque era la misma agua que vemos casi todos los días sin hacer una excursión. Por lo menos por un tiempo a todo el mundo le gusta estar sentado cerca del agua. Sentarse cerca del agua es un consenso. L. tarareaba melodías para sí allí, el sol brillaba allí delante de sí, el agua chapoteaba allí para sí y yo los observaba allí. Cada cual estaba en lo suyo y comenzamos a aburrirnos. Aunque el aburrimiento no significa aburrimiento por la excursión, sino más bien por la relajación, pero no es de mucha ayuda. No había barcos, a los que habríamos podido mirar pasar; tampoco olas, como seguramente sí hubiese habido de habernos ido al Mar Báltico para sentarnos cerca del agua, olas que evocan en uno el sentimiento de que algo sucedería. Noté la intranquilidad de L., pero como en una excursión después de llegar no se puede volver inmediatamente para ir al cine o a cualquier otro lugar, nos quedamos y comimos chocolates.

Trataba de imaginarme cómo sería besar a L. en ese instante. No lo logré. No se puede comenzar repentinamente con semejantes imaginaciones, sólo porque uno está aburrido. El beso en sí mismo no parecía para nada problemático, pues, después de todo, los besos también forman parte de las cosas simples de la vida, quizá incluso de aquéllas más simples como callar juntos. Era más difícil de imaginarse lo que habríamos hecho a continuación excepto seguir mirando el agua. En algún momento habríamos reído como cuando se contiene la risa y después nos habríamos besado otra vez porque no se nos habría ocurrido nada más, porque cuando se besa no se tiene que hablar, porque besar es, en todo caso, más sencillo que haberse besado; para la noche nos habríamos lastimado los labios; y la despedida habría sido complicada.

Estábamos sentados uno junto al otro, la distancia entre nuestras bocas llegaba apenas a veinte centímetros. Podía oler su crema con algún tipo de coenzima capilar; y cuando ella se volvió hacia mí y me miró, me asustó aquella mirada. Por sólo unos segundos, uno, dos, máximo tres, luego apartó la vista, y fumamos un cigarrillo, en un lugar casi común, por un tiempo casi en común. Eso no significa mucho.

Invierno Ahora es invierno, dijo L.; y yo le creo. L. conoce bien las estaciones del año. Primavera, verano, otoño, invierno, éstas no son solamente palabras para ella, son categorías mediante las que se percibe el mundo, tan sólo estando lo suficientemente atento. Se reconoce el invierno por el hecho de que todos se sientan en torno a una bebida caliente para conversar sobre los gastos adicionales y, en especial de eso,

de dónde pasarán Noche Vieja. En invierno uno sube al metro y cuando vuelve a salir al aire libre ya es de noche. Eso me lo explicó L. Ella también me explicó que el invierno es la mejor estación del año: la más clara, la más franca, que es la estación del año en la que más fácilmente se puede confiar porque no se está cegado por el sol ni por las hojas multicolores, ni tampoco por las hormonas. Escucho a L. atentamente, aun cuando sé que ella me explicará en primavera —como siempre lo hace— que la primavera es la mejor estación del año, como en verano es el verano y en otoño es el otoño. Algunos dirían que L. es indecisa. Ella misma dice que simplemente está al día.

Por lo demás, no pienso mucho en las estaciones del año. En otoño llevo un abrigo, en primavera me lo quito. Es así de sencillo. Sin embargo, me gusta el invierno, pues L. se convierte entonces en L.-invierno; y L.-invierno ofrece mucha diversión. La L.-invierno siempre está empaquetada en suéteres y abrigos, en chales, guantes, orejeras y calentadores de orejas. La L.-invierno abarca mucho espacio. La L.-invierno apenas puede moverse entre sus armaduras contra el frío. La L.-invierno necesita cada vez más minutos para quitarse su arsenal, minutos en los que puedo observar cómo la L.-invierno vuelve poco a poco a ser L., la que conozco del otoño, de la primavera y del verano.

Con la L.-invierno me veo frecuentemente para una bebida caliente; y no sólo hablamos sobre gastos adicionales, y sólo algunas veces sobre la Noche Vieja, sabemos en cualquier caso que es invierno. Con la L.-invierno hablo de otras cosas, aunque confieso no estar siempre muy atento, porque la L.-invierno nunca se puede decidir, si para ella hace demasiado calor o demasiado frío, y por eso se pone y quita una y otra vez las diferentes partes de su empaque durante la conversación, y luego deja caer con intención —como supongo— un guante, y luego se enreda en las mangas de un suéter y el chal guinda en el café, y entonces me hace gracia y la L.-invierno pregunta: ¿Me estás escuchando? Y yo digo: Sí, pero eso es una mentira.

Cuando L. dice que ahora es invierno es por algún motivo. Invierno significa para L. mucho más que gastos adicionales, y Noche Vieja más que frío y nieve, que lluvia y aguanieve, y la oscuridad, que siempre llega demasiado temprano. En invierno L. se vuelve contemplativa, premeditada, como ella asegura. En invierno me contempla largamente y me cuenta de su tiempo en el colegio, de sus amores de juventud, de sus amigas de cartas y otras cosas de ese tiempo, antes de conocernos, ese tiempo, que a mí, de ser sincero, no me interesa mucho. Sólo en invierno caía en cuenta de que L. disponía de un pasado, y sólo en invierno

L. me preguntaba algunas veces por el mío. Creo que sólo lo hacía por cortesía, y yo contestaba de forma sucinta y esquiva. L. cambia el tema. Preguntaba si tomábamos algo más. Y yo proponía ir a otro lugar, pues quería que se volviera a empaquetar en sus suéteres, chales y demás cosas invernales, y entonces se empaquetaba. Y entonces pienso en que en dos meses volverá a hacer calor, que el embalaje de L. irá desapareciendo capa por capa y para entonces —probablemente en cualquier momento de abril— ella dirá: Ya es primavera. Llevará como mucho una chamarra. ¿Qué es esa tristeza en ti?, pregunta. Pienso en el futuro, digo. L. asiente con la cabeza de manera comprensiva. Conoce hondamente las estaciones. Sabe cómo se piensa en invierno.

Primavera Ahora, L. también se ha imaginado la primavera. Me opongo: no se puede imaginar la primavera. La primavera ya existe. Y sólo por ser tan inestrable no significa que esté permitido reinventarla. L. se opone a que sea un sabelotodo y ella puede imaginarse lo que quiera. L. imagina muchas cosas, los apartamentos y las casas en los que quiso vivir alguna vez, esposos y compañeros de vida, profesiones, todo su futuro y, algunas veces, también su pasado. Imagina nombres para ella, para mí, para sus hijos y para animales que no existen, pero que deberían existir, cree L. Ella imagina nuevas leyes, incluso nuevas leyes naturales; a veces planetas enteros. Planetas en los que se puede cocinar algo hecho con cumplidos, por ejemplo.

Lo encuentro divertido y, a veces, un poco agotador, pues mi papel allí es claro: tengo que abogar por la realidad. Soy el abogado de la realidad. Todo está bastante bien como está, digo yo; y L. dice: Bastante bien, bastante bien. No tienes que venir cuando me mudo a otro planeta.

Hoy se imaginó la primavera. Desde hace días se queja acerca de la primavera real existente, o mejor dicho, de la primavera no real existente, pues sólo es una primavera prescrita en el calendario y me transfirió su decepción: Oye, ¿aun si todo está tan demencialmente bien para ti, te parece que tu realidad es siempre tan magnífica? Está un poco humedecida, tu realidad, un poco fría, ¿no es así? Entonces la interrumpí: L., hablas sin sentido, y ella dijo: No sería un milagro, si no se pudiera confiar ni siquiera en la primavera.

La verdadera razón de su enojo tenía algo que ver —creo yo— con un vestido, un vestido que había comprado hacía un par de días y del que me platica desde entonces. Cómo luce, cómo luce con él y cómo podría imaginarse, aparecer tarde en una cita, llegar como un soplido y él que

en la esquina espera por ella quiera reclamarle, pero debe interrumpirse a sí mismo y en lugar de estar enojado queda fascinado. Vaya, lindo vestido, te queda bien, en serio, tendría que decir entonces. Un buen plan, según L.

L. habla mucho sobre el vestido, aunque en realidad sólo se trata de la situación. El vestido sólo es un pretexto, pues la vanidad de L. es una vanidad escénica. Para ella, más importante que lucir bien es estar en una buena posición. Le ofrecí a ella asumir el papel de la persona esperando y L. asintió. Pero sólo, subrayó, si yo también estuviera fascinado de verdad.

Pero hasta ahora, la primavera simplemente no se ha ajustado a la convención del calendario, hasta ahora no ha permitido que se lleven vestidos, no ha permitido la escena de L. y L. está cada vez más impaciente; hoy llamó y dijo: Basta. Suficiente. Ahora me imagino mi propia primavera. ¡Que te lo pases bien!, pensé, pero no lo dije, más bien: Bien, ¿y cómo luce eso, tu primavera? L. dudó. L. rara vez dudaba. L. prefería decir tonterías antes que dudar. Cuando L. duda, eso no promete nada bueno. No lo sé exactamente, dijo al fin. Primero pensó que uno debería poder ordenar la primavera, como en la teletienda, como una pizza o un ensamble de instrumentos de viento. Luego ella consideraba mucho mejor que la primavera no fuese un tiempo, sino más bien un espacio, no uno pequeño, tampoco un cuarto, sino todo un país o algo así, al que se podría ir en caso de necesidad. La parte tonta de esta idea sólo es que fuese entonces como unas vacaciones, y primavera en vacaciones, dijo L., sería, pues, simplona. La primavera debía ser en la vida cotidiana, y toda la rutina diaria no siempre puede acompañarlo a uno, si uno quisiera ir a Primavera; todos tienen citas y responsabilidades. Por Dios, no sabía cómo imaginarla, pero ya se la había imaginado, sólo que no de forma tan concreta, y ahora debía yo decir algo.

¿Se trata del vestido?, pregunté. No, dijo L. Quizá sólo un poco, dijo L. Y si ya, dijo L. Le propuse que se lo pusiera en ese momento, no importaba si hacía frío. De repente me apresuraría y esperaría por ella en la esquina, hasta que se apareciera demasiado tarde, llegando como un soplido; entonces estaría fascinado y diría mi frase. L. estuvo de acuerdo. Pero también debes decirlo seriamente, dijo otra vez; de lo contrario, todo eso no lleva a nada.

Eso fue hace veinte minutos. Me tomo un poco más de tiempo, ella tiene que enfriarse un poco en la realidad. Luego saldré y, por supuesto, ella estará enojada por mi retraso, y por supuesto lucirá muy bien con el vestido y, por supuesto, no me creerá cuando diga la frase, y por supuesto

se quejará del frío que hace, pero luego podríamos ir a cualquier otro lugar, tomar algo caliente y observar tranquilamente la lluvia. Tenemos la primavera detrás de nosotros.

Otoño Siempre esas hojas, dijo L., en el día después de la noche, en la que acabamos por no acostarnos. Era un día de octubre, con un sol de octubre en un parque de octubre. Observemos el otoño, había dicho L. en la mañana; en esa mañana de octubre, cuando aún estábamos sentados en el desayuno, y no lucía para nada diferente de como habíamos temido, cuando tratábamos de dormir un par de horas antes y nuestras pieles de repente se tocaron en puntos que otras noches estaban cubiertos con telas.

Estábamos sentados en la cocina de L., contenidos en las ocupaciones con las que estábamos familiarizados, en las que éramos muy buenos. Éramos buenos en tomar el café, buenos en escoger la música para el desayuno, buenos para lavarnos los dientes en conjunto. Eso lo habíamos practicado. En esto éramos un equipo compenetrado. No éramos buenos para acostarnos. No éramos buenos en dejar pasear las manos por el cuerpo del otro; especialmente nada buenos éramos para hablar incidentalmente sobre métodos anticonceptivos; y realmente muy malos en hacer de lado un mechón de cabello de la cara del otro. Eso no funcionaba así, decía L., y yo le daba la razón, entonces nos dábamos vuelta, lejos uno del otro, y nos dábamos las buenas noches, pero cuando L., al cabo de un tiempo, quizá una media hora, quizá una hora, preguntó si yo tampoco podía dormir, le dije: Claro que sí, y muy bien, y entonces me sacó la sábana y nos levantamos y nos miramos hacia abajo por un corto instante. L. hizo café, yo escogí música para el desayuno. Eran las cuatro y media.

A las seis y media, L. ya había hecho café dos veces y yo había escogido dos veces música, cuando era claro que aquel día de octubre sería un día soleado de octubre, los dos estábamos felices de poder dejar el apartamento, el apartamento donde estaba el sofá, en el que, como era frecuente, nos sentábamos cerca uno del otro, en la noche antes de dormir, el sofá ante el que todavía están las dos copas de vino, en las que bebimos cuando L., una vez más, me contaba sobre otra aventura amorosa fracasada, se burlaba del compañero del fracaso y me mostraba de qué manera tan torpe él buscó siempre su proximidad, comenzando con los pies, que se tocaron como si fuese pura casualidad, las manos, que siempre buscaron pretextos para alcanzar su cabello, que ahora, en este ensayo,

era mío, las manos que desde allí resbalaban por su mejilla; mi mejilla, luego la mirada profunda, que —con toda la exageración—no era sólo la parodia de una mirada, repentinamente noté que no se trataba más de un ensayo, cada vez menos se trataba de un ensayo; que el ensayo había durado demasiado tiempo, que ella había desempeñado bien su rol, que yo no era ningún espectador, y cuando su mano, que por mucho tiempo ya no era la mano del compañero del fracaso, se volvía hacia mi cabello y, simplemente, se quedó allí, ya no se podía negar que nos encontrábamos en una muy clara situación. En otras situaciones habríamos encontrado una puerta trasera para volver a lo habitual, a lo vago, ahora nos alejamos más y más de esa puerta trasera, tan lejos que una vuelta a lo habitual, a lo vago sería algo demasiado llamativo para salir bien, tan lejos que el próximo paso era en el fondo obvio, era yo quien debería llevar mi mano a su cabello, a su mejilla, a su cuello. Exactamente ése era mi rol en esa situación, para mantener el juego apenas a medias; pero exactamente eso era imposible para mí, puesto que mi brazo izquierdo estaba aprisionado entre el sofá y el tronco de L. vuelto hacia mí, y aún mantenía la copa de vino en mi mano derecha, de forma ridícula, bien agarrado a eso; un impedimento que no podía arreglar sin cambiar la posición del cuerpo, y un cambio en la posición de cuerpo podría haber sido mal interpretado justo en ese momento.

Mis manos permanecieron en su lugar poco esperanzador; debí cambiar el orden y, en lugar de las manos, moví la cabeza y L. movió la suya, y entonces nuestras narices se tropezaron y, al instante, estaba mi boca en su mentón, luego en su boca, que se abrió, y los labios, secos por el vino y los cigarrillos y la plática sobre aventuras amorosas fracasadas, se tantean; hasta que L. quitó esa resequedad en sus labios con su lengua y al mismo tiempo en los míos también, donde encontró mi lengua, de manera que por unos segundos sólo tocó allí, lo que debe haber parecido extraño.

Eso pensé en todo caso en esos segundos, y L. al parecer también, pues su mano volvió a mi cabello de manera más decidida, acercó mi cabeza hacia ella, de manera demasiado decidida para mi postura no muy estable y también para mi copa de vino, que aún sostenía en mi mano como premio de consolación. Ah, no tan rápido, dijo. Disculpa, dije. No es para tanto, dijo, tomó la copa de mi mano, la colocó en el piso y me sacó del sofá. Buen momento, dije. ¿Para qué?, quería preguntar, podía sin embargo imaginarlo. Fui a la cocina para lavarme las manos. L. fue a la habitación. Derramé vino tinto en los pantalones, qué truco tan barato. Esperaba más de ti, la escuché decir. Como ella no volvió al sofá

después, lo que para mí era un tiempo prudencial, la seguí al cuarto y comenzaron las cosas en las que no éramos buenos.

Ambos intuíamos lo que se hace, ambos conocíamos los movimientos y la sucesión, los sonidos correctos y las miradas, el tiempo, las posiciones de los cuerpos que eran importantes y aquellas, las que yacían en el camino hacia lo más importante. Lo nuevo era que tanto L.como yo éramos los participantes; y se me hizo soso hacer lo que hacemos por lo común en esas situaciones. A pesar de toda la singularidad, sólo nos habíamos acostado. Los cuerpos se separan uno del otro y el otro cuerpo pertenecía a L., que yacía tan estrechamente sobre mí que no nos teníamos que mirar.

En el parque de octubre tampoco nos miramos, en todo caso, no con frecuencia. No nos tomábamos de las manos y cuando L. mareada por el cansancio tropezó y se sostuvo por un instante en mí, dijo: Disculpa. No hablamos, L. dijo: Siempre esas hojas. Primero presumen de estar pintadas de muchos colores, y después sólo caen simplemente. Si no se entienden con el otoño, podrían por lo menos volar al sur. Y cuando ya no conversamos nada en absoluto y todavía no se alcanzó la hora en la que normalmente nos levantamos, L. dijo, que quería acostarse otra vez, que estaba cansada, que había visto suficiente otoño y que, en lo absoluto, uno tampoco debía comportarse así. Al final somos adultos, dijo. ¿Qué es lo que tiene que ver con ser adultos?, pregunté., entonces L. dijo: Cuando se es adulto, es necesario mantener su sueño. El sofá todavía estaba en el departamento. Como era de esperarse. La cama ya no estaba cálida, pero sí desordenada, y yacíamos allí, espalda con espalda. Podía sentir los sobresaltos de L. cuando se quedaba dormida; en algún momento de la tade me desperté. Oí que hacía café en la cocina. Fui hacia ella. Enciendes tú la música, me dijo ella. Por supuesto, dije yo •

Traducción de Juaísca Rodríguez y Christina Lembrecht

Ciudad junto al mar
(fragmento)

Sabrina Janesch

La mañana

Es el viento del oeste. En medio de la grisura del amanecer, sopla desde el mar y se adentra en la ciudad, trayendo a sus callejuelas el olor de las zosteras y las algas; los gases de escape de los cargueros llegan hasta allí, y una nota de espino amarillo, el aroma ácido de las rosas rugosas se ha mezclado con su polvillo. Es el viento del oeste el que bate sobre el Báltico, enriqueciéndose con sal y con una noción de explosivos de fósforo que yacen desde hace décadas en el agua salobre; la arena se mezcla, llevada y depositada por el viento, seguida del olor de un antiguo muelle cuya base alberga a varias familias de cormoranes y de gaviotas reidoras.

La espuma baña los pilares del muelle y los botes atados a él, que cabecean en el agua, entre crujidos, cuando sus cuerpos chocan unos con otros. Las hojas arrancadas de las arenarias de mar y las gramas pasan por encima de ellos y son llevadas finalmente por el viento en dirección a la ciudad, pasando por el astillero, donde los primeros soldadores del día pasan junto a los cascos oxidados de los barcos, con un café fuerte en una mano y unos recipientes con puré de patatas y filetes empanados en la otra; mientras tanto, los primeros rayos de sol inciden sobre las grúas.

Unas gaviotas levantan el vuelo y se dividen en dos grupos: las que se lanzan al agua del río y reaparecen con jóvenes truchas en los picos, y las otras, las que continúan volando un par de cientos de metros más hacia el sur y les arrancan de las manos a unos colegiales que van camino de clase los pasteles rellenos de mermelada; y luego continúan hasta pasar junto al Archivo Municipal, rodeado por el polvo de los siglos y el agua de Colonia de la directora, y siguen, siguen hasta

llegar al río, preñado de los vapores de diésel de los botes con motor en sus aguas; el día anterior ha rodeado su orilla con el humo de las cabañas sobre cuyas maderas de enebro relucientes colgaban macarelas, espadines y arenques; con el aliento de los vagabundos que pasaron las noches en las islas con algunas botellas de vino y un grupo de cisnes; con la rancia grasa de fritangas de los bares que se agolpan en el paseo, con el helio que se escapó al inflar los globos, mezclándose con las partículas de las almendras asadas, el glutamato y el algodón de azúcar; con los vapores del ajo flotando encima de las sartenes de las cocinas, el perfume que se ha liberado de los cuellos de las mujeres y el olor de las bocas de miles de perros jadeantes.

Al entrar en el casco histórico, el viento revuelve el peinado de la señora Biwak, que está abriendo las casetas de los baños públicos y se sitúa con su perro Chihuahua y una silla de plástico en el sitio que el sol alumbrará primeramente; un par de moléculas de spray *para el cabello y algunas células muertas de la piel caen para alimentar al viento, que las arrastra hasta donde está el chino situado dos calles más allá; Pan Chong ya está tirando en la sartén la primera ración de tallarines con* curry, *y pronto se habrá formado delante de su quiosco una fila de conductores de autobuses y taxis, y todas las callejuelas que llevan hasta el corazón de la ciudad resonarán con los miles de tacones golpeando el adoquinado, si bien sólo unos pocos de ellos llevarán a tiempo a sus dueños ante la esbelta torre del Ayuntamiento y del flanco de la gran iglesia de ladrillos rojos, para presenciar los primeros rayos del sol que quedan atrapados entre las manecillas del reloj de la Casa Consistorial, allí alto en la torre; ni verán cómo resplandecen brevemente para luego deslizarse hacia las almenas de la gran iglesia de ladrillos rojos y, finalmente, recorrer los tejados de las puertas de la ciudad y del teatro.*

En la plazoleta que está enfrente se han formado unos charcos, el agua se encrespa y atrae la atención de una bandada de palomas que han pernoctado en el parque cercano; un par de camiones se acercan y descargan los componentes de los quioscos y los puestos de venta: hay que montar el mercado. Un anciano con una bolsa de plástico y un bastón remendado se detiene y contempla el ajetreo, y arriba, sobre la torre de la vieja cárcel se aparean las grajillas, en un trámite apresurado, pero visible; los portones de la torre se abren, el mazo de llaves resuena y se abren las puertas de madera, casi al mismo tiempo que las puertas del teatro situado enfrente, donde, entretanto, se han detenido unas jóvenes mujeres que comentan el plan del día y sólo notan

la presencia de los obreros que levantan los puestos a pocos metros de ellas cuando una barra de hierro cae al suelo y salpica un poco de agua.

La primera patrulla policial del día pasa a unos metros de ellas y se adentra en la zona situada al este del río, que arrastra ramas, hierbajos y trozos de madera a la ciudad y los arroja hacia las islas; en ellas ha surgido un biotopo que, cuando sale el sol, despierta a la vida, las flores del ajenjo y de la aquilea se orientan hacia el sol y se mueven al viento, los insectos despiertan de su rigidez y luego lo hacen los patos, las gallinetas y los pescadores, que están allí a todas horas del día y de la noche, sentados entre ellos, sin moverse, y sólo deslizan su mirada de vez en cuando hacia las ruinas y las fachadas de los viejos graneros, que se han arrimado al viento, y de los que nadie sabe qué es lo que esperan.

Hacia el este del río: el breve chirrido del coche deportivo de la marca Jaguar que se mueve por la callejuelas varias veces a la semana, pasando junto a la antigua tabaquería, junto a las malvas reales de varios metros de alto y la consulta del veterinario, situada en un edificio adjunto, pasando también junto al cine Jugendstil y los garajes, donde están agachados los adolescentes contemplando el contenido de sus mochilas y siguiendo al Jaguar con el rabillo del ojo, viendo cómo desparece de nuevo, casi sin ser visto por la patrulla.

Los policías miran fijamente y aburridos a los adolescentes, luego continúan, es todavía muy temprano, y sobre ellos, en los balcones, ya hay alguien colgando ropa, ropa que se mece ligeramente al viento en sus tendederos; huele a detergente y al revoque que se desmorona de las fachadas pedazo a pedazo; en el jardín delantero de la mansión de algún industrial, ahora dividida en varias viviendas, hay un niño pequeño sentado en un tobogán y se frota los ojos soñolientos, y un par de calles más allá se oye la radio del señor Fibig, el dueño del quiosco.

En la vía rápida que conduce a través del centro de la ciudad se ha formado un atasco, un coche ha quedado atravesado en la avenida, de modo que el tranvía no puede pasar, y rechina intensamente, y suena la campanilla. El ruido del tranvía penetra hasta las alturas situadas detrás de las salidas de la vía rápida, el viento del oeste barre con desidia las calles que conducen al bosquecillo situado en su cima, donde los mirlos cantan a contrapelo del ruido de la ciudad, y un mapache se tambalea soñoliento por los terrenos del antiguo cuartel de la policía, mientras un par de martas hacen ruido entre el viejo follaje; bajo una haya derribada hay una base de cemento, y sobre ella, cuando se calienta, se tumban con gusto los viejos gatos de la colina; unos pocos cientos de metros más allá pasan unos trenes, amarillos y azules, y

en cada vagón hay un grafiti no concluido; los trenes se detienen, los pasajeros salen en tropel, exhalan las frías sombras bajo los andenes cubiertos y atraviesan el túnel, pasando junto a las vendedoras de flores, a los quioscos de revistas, de ropa interior de varios colores, de zapatos con todas las formas y tallas, y junto al mendigo —que ya estaba en su puesto antes del amanecer, a la derecha de la escalera, y se ha acicalado la barba cuidadosamente, haciéndola brillar con un poco de betún para zapatos—, un par de monedas tintinean en el cuenco que presenta a las personas, y cada vez que lo hace se inclina y dice: «Gloria a Dios en las alturas», y sobre él, en las alturas, se yergue el portal principal de la estación ferroviaria, con sus puntales de elegante cincelado y los gorriones posados en ellos, que miran ávidos hacia abajo, mientras el viento le hace cosquillas a uno de ellos en el plumaje del buche y lo arrastra hasta los Cuarteles Prusianos, haciéndolo deslizarse por sobre las figuras del patio interior del pequeño arsenal; merodean por allí unos estudiantes de arte, con herramientas en sus manos, mientras miran hacia la fuente sellada que está en medio de la pequeña plaza; por la noche alguien ha puesto allí un grupo de sillas y una mesa y una lámpara de salón.

Pronto empieza el habitual martilleo y el golpeteo que arrastra el último poquito de viento a lo largo de los bastiones, de las esclusas de ladrillo, de unos garajes, sobre la calle sólo queda una brisa, un airecillo tibio que pasa por allí, que se arrastra con esfuerzo hacia delante, que se mete en un callejón sin salida delante de una ventana de madera tapiada y se desploma. Espino amarillo.

Me apoyo contra la ventana, y unas astillas de la madera podrida y de la pintura se me quedan pegadas en la mano, pero no es posible abrirla más de un palmo. De un modo o de otro la habitación está en la tercera planta, y si salto hacia fuera me arriesgo por lo menos a romperme una pierna, y así no podría ir demasiado lejos. Si lo hiciera, todo quedaría demostrado, me considerarían culpable antes de que diga ni una sola palabra. Por eso me aparto del candado que Bronka ha fijado a la ventana, y tomo una profunda bocanada de aire. Ahí fuera está la ciudad, y aquí dentro estoy yo; sólo que: ¿dónde está Bartosz?

Un ser humano no se esfuma así como así, ha dicho Bronka, y mucho menos se esfuman dos seres humanos a la vez; el hecho de que yo haya visto cómo ambos desaparecieron en la cueva y no salieron de nuevo sólo demostraría mi confusión, nada más.

Yo le he dejado plena libertad, imposible que le cuente ahora nada acerca de mi pequeño problema, si lo hago —y de eso estoy segura—, ella me va a entregar, hará que me internen o que me fusilen, y todo porque *mi pequeño problema* no le cabría en la cabeza, de eso tengo plena seguridad, pues pensaría que me estoy burlando de ella, que he perdido definitivamente el juicio y soy muy peligrosa, o las tres cosas. De modo que, en principio, ni una palabra acerca de eso. Algo hierve en ella, lo percibo, y eso que siempre me aparto cuando entra en la habitación.

Bronka ha cerrado la puerta a mis espaldas y ha colocado una barricada, supongo que ha pasado el pestillo a la puerta antes de venir a recogerme, antes no había pestillos en la puerta, ¿para qué?: en la antigua habitación de niño de Bartosz hay un par de armarios medio vacíos en los que Bronka ha colocado unas flores artificiales y unos animalitos de porcelana, también un par de tapetes de ganchillo y de viejas fotos familiares, y, por supuesto, encima del escritorio está el viejo ordenador de Bartosz, que trajo previsoramente hasta aquí para cuando viniera a visitar a sus padres: mientras que al otro lado se tomaba el té, aquí se podía aislar al enemigo, acorralarlo y, finalmente, ejecutarlo, porque aquí lo que predominaba era la guerra, y donde hay guerra no hay tiempo para tomar té.

Inmediatamente después de que Bronka me empujara hacia el cuarto y cerrase la puerta, intenté levantarla, pero de todos modos es ilegal retener a una persona en contra de su voluntad, sobre todo si se la coloca en un depósito tan parecido a un sarcófago. ¿Quién no sentiría claustrofobia en tales circunstancias? Golpeo contra la puerta, me arrojo de hombros contra ella, una mala idea, ahora ya no puedo mover el brazo sin que me duela y siento el pulso golpeteando en él. Me prohíbo llorar. Y eso es lo que ella espera: que Kinga Mischa se ablande, que ceda y le proporcione una historia formidable que pueda presentarle a la policía y que ésta se lleve, sin preguntar, a la culpable, porque ella no cree que yo sea inocente. Desde el principio, y eso lo he comprendido ahora, ella se mostró recelosa, preguntando a mis espaldas por qué yo había aparecido en esta ciudad, qué estaría buscando aquí; no, Bronka nunca fue demasiado buena escuchando.

Bajo la puerta veo dos sombras que caminan de un lado a otro, ella está delante de la puerta y espera el momento adecuado para entrar de nuevo, tal vez no se atreva, o quizá crea que aún no ha encontrado las palabras correctas. En eso puedo entenderla. Es su único hijo el que ha desaparecido desde hace más de cinco días, y también su novia, pero eso

no es lo que le preocupa a Bronka, eso incluso le parecería hasta bien. Si se hubiese tratado simplemente de ellos, es poco probable que se hubiera aparecido de madrugada en mi piso con esa segunda llave que yo no sabía que poseía, tampoco me hubiera empujado hacia la cocina, ni me hubiera cogido por los pelos ni gritado que le dijera de una vez la verdad sobre lo sucedido con Bartosz.

Yo no hubiera cogido la mesa de la cocina ni la hubiese interpuesto entre nosotros, tampoco ella hubiera cogido el cuchillo de la carne ni lo hubiese clavado en la mesa, no me hubiese dicho que tendría que acompañarla, de lo contrario iba a llamar a la policía en ese mismo instante, también la policía podría tener esa conversación conmigo, pero eso era un asunto familiar, ¿verdad, Kinga?; eso lo aclararemos entre nosotros, en casa. Antes de que le digas algo a nadie más, me lo dices antes a mí, y me lo dices todo, desde el principio: ¿por qué yo había venido a esa ciudad, dónde trabajaba, con quién mantenía contacto, qué pasaba con esa Renia?; sencillamente todo, sin guardarme nada, eso se lo debía a ella, a Bronka.

El antiguo cuarto de niño de Bartosz mide apenas unos diez metros cuadrados, y la estrecha cama, que en realidad es un sofá desplegable, encaja dentro lo justo; luego están las estanterías en las que está empotrado el escritorio, y eso era todo, no había nada más. No puedo andar ni tres pasos sin chocar con algún obstáculo; ese sitio en el que tuvo que crecer no es una habitación, es una celda; ¿quién, en tales circunstancias, no se hubiera enrolado en el ejército y pedido que lo enviaran bien lejos, allí donde el sol fuera abrasador y las vastedades infinitas?; sabría arreglárselas con un poquito de guerra, debe de haber pensado, y le habían dicho que Iraq era un montón de arena que se colaba en el uniforme y en la ropa interior, se depositaba en los plieguecillos de los genitales y allí rozaba tanto tiempo hasta que uno quedaba lesionado como un bebé, y tenía que esforzarse para no estarse tocando todo el tiempo la entrepierna y el trasero.

Mi hijo era un soldado, dijo Bronka cuando me empujó dentro de la habitación, y regresó dos veces de Iraq, ¿y ahora va a desaparecer aquí, en nuestra ciudad? Mi silencio sólo me haría más sospechoso, quien sea inocente ha de soltarse a hablar, y quien no tuviera nada que ocultar podía estar seguro de lo que hacía; pero, ¿yo? Desde hacía cinco días no había salido fuera de mi casa, y no hubiese podido abrir la boca salvo para decir lo que de todos modos era obvio, pero eso no le interesaría a nadie, lo importante era lo que había sucedido.

Lo sucedido. Me siento en la cama y me apoyo contra la pared, recojo las piernas y me las pego mucho al cuerpo. Como si no me hubiera estando preguntando lo mismo decenas de veces, cada hora, cada día, preguntándome lo que había sucedido, y no miento si digo que no lo sé y me acuerdo muy mal. Asiento, en efecto, cuando Bronka me pregunta si fue después de la excursión en el velero, tal vez haya sido así, y asiento también cuando me pregunta si Renia también estaba y me alegra confirmarle que tiene que haber sucedido en las horas de la noche.

La puerta se abre, Bronka aparece y me trae un vaso de agua, agua del grifo, sabe que detesto el agua con gas, todos en nuestra familia detestan el agua con gas. Me pregunta si lo he pensado, y yo cojo el vaso y bebo un trago, el agua sabe a metal y a cal.

Le digo que no tengo nada que ocultar, si lo hubiera hecho es poco probable que me hubiera quedado en la ciudad, me hubiese marchado a Brasil o por lo menos en dirección a Alemania, pero, ¿qué iba a hacer yo allí si aquí estaban mi casa y mi familia? Pongo el vaso en el suelo. ¡Pero no puedo inventar nada si no ha habido nada! Claro que me los encontré a los dos después de la excursión, pero eso fue por azar, le aseguro, nuestros caminos se cruzaron, y eso había sido todo, y luego los seguí un trecho, pero después ellos llegaron a ese lugar, ahí abajo, junto a los bastiones, y...

Basta ya, me dice Bronka. He oído eso cien veces, no es para eso para lo que te he traído aquí. Quiero saberlo todo, cada detalle, desde el principio hasta el fin. Si tienes dificultades de memoria, por favor. Aquí hay dos cuadernos y un bolígrafo, puedes escribirlo todo. Cada cuaderno tiene más de cien páginas, y con eso se puede hacer algo.

Hacer algo. Me duele la cabeza a causa de la voz sonora y penetrante de Bronka. Fuera, delante de la ventana, oigo voces, un perro ladra, y sopeso brevemente la posibilidad de gritar y pedir auxilio, pero entonces me siento ridículo y hundo la frente entre mis manos. Bronka está de pie delante de mí, con los brazos a ambos lados, huele a sudor y al polvo barato que reparte por su cara y su escote varias veces al día. Le tiemblan las mejillas flácidas, espera que yo diga algo, que tome por fin sus cuadernos en mis manos, esos cuadernos estúpidos, con girasoles y mariquitas. Decidida, me los pone delante de las narices y dice que los coja tranquilamente y me ponga a trabajar, Kröger ya había empezado y en ningún modo se mostraba tan vacilante como yo, lo cual ya significaba algo.

¿Kröger ha empezado qué?, pregunto. Y por primera vez se desliza algo parecido a una sonrisa en el rostro de Bronka. Sí, eso ella ya se

lo había imaginado, que me asustaría, pero en sí misma era un gesto elegante. Ayer por la noche había pasado a verla con un ramo de flores, muy amable y comprensivo se había mostrado, y poco antes de marcharse había dicho que había que escribirlo todo en detalle, y que yo me alarmaría —eso él ya lo había previsto—, pero eso no podía tomarse en consideración. Bronka recoge el vaso del suelo, oigo cómo le traquetea la columna y su respiración pesada. Niego con la cabeza en silencio: Kröger se atreve a aparecer por allí y a agitar para salirse con la suya, y Bronka piensa que lo hace por amor al prójimo. Pero ella está convencida de lo que él le dice, y se fía de sus ojos azules; se alisa la blusa y dice que Kröger ya se ha enterado de muchas cosas y conoce a todos los involucrados, y eso es algo decente de su parte, lo de ayudar en la reconstrucción, ya que era escritor y sabía de esas cosas. Y para mí tenía que ser una ayuda, un apoyo para la memoria, y luego ya se vería si estaba en condiciones de acordarme mejor, tal vez así teníamos todavía una oportunidad para encontrarlo.

Estoy segura de que Bronka ya ha hablado hace tiempo con la policía, probablemente lo haya hecho el mismo día después que desapareciera Bartosz. Puedo escuchar casi el resoplido despectivo del policía y su manera de restar importancia a los hechos, tal vez se haya hasta burlado de ella y le haya dicho que ningún hijo cometía un delito por no llamar a su madre durante más de veinticuatro horas. Si lo fuera, habría que dar por desaparecida a la mitad de la nación, y en cada ocasión habría otro centenar que se largaría...

Al salir, Bronka deja los cuadernos sobre el escritorio, sobre el teclado del ordenador. Oigo cómo la llave gira en la cerradura, y luego escucho cómo se corren los pestillos, y me pregunto si Bronka me tendrá miedo, no lo creo, no, probablemente me tome por obstinada o testaruda, pero lo peor que podría atribuirme es que le oculte informaciones importantes, o no, eso es todo, a fin de cuentas Bartosz es mi primo y Bronka mi tía, y somos algo así como una familia. Me siento al borde de la cama y agarro uno de los cuadernos, lo abro. Cuadriculado. Vuelvo a cerrarlo. ¿Cuánto tiempo me va a tener Bronka encerrada aquí? Por lo menos hasta que la policía acepte la denuncia de desaparición, Bronka tiene razón, más tarde o más temprano tendré que contarle a algunos calvos con uniforme lo que sucedió, aunque ellos no lo crean.

El bolígrafo es ligero y transparente, rasca un poco cuando lo pongo sobre el papel, pero no deja el menor rastro; así no puede ser. ¿Por dónde empezar? Si debo decir la verdad, eso me tomará más tiempo del que Bronka se imagina, tendré que entretenerla con algo para ganar tiempo,

debo acordarme bien, de cada detalle de lo sucedido el año pasado, tengo que acordarme de todo lo que vi, lo que oí y lo que —digámoslo así— noté, y también de qué se trata todo, tendré que añadirlo en aras de hacer un relato completo.

Estiro el cuello hacia adelante, niego con la cabeza, y por el escote de mi camiseta sobresale el colgante, el grueso ámbar de color miel, surcado por unas vetas lechosas, en su centro, muy visible, el punto del tamaño de una aguja con la pequeña patita. Hola, araña, le digo, y me quito la cadena. La piedra yace cálida en mi mano. Me levanto y toco a la puerta, golpeo la madera, en ese momento espero poder atravesar la madera, pero nada sucede, salvo que, al cabo de un par de minutos la llave se mueve en la cerradura y aparece Bronka en la puerta: ¿Qué?

El bolígrafo, le digo, no escribe. Bronka retuerce los ojos, huele a alcohol, yo no sabía que bebía. Cierra la puerta nuevamente a sus espaldas y trae por último un puñado de bolígrafos transparentes que arroja sobre la mesa. Ahí tienes, eso debe bastarte. Gracias, le digo, y ella se da la vuelta y se queda de pie allí, dándome la espalda; no, no me tiene miedo, o simplemente le da igual. Un momento, hay algo más. Se agarra del escritorio y se vuelve hacia mí. ¿Sabes lo que es eso? Yo le muestro el colgante. ¿Cómo se podría vivir en esta ciudad y no saber lo que es eso? Coge el ámbar y lo pesa en la mano, examinándolo.

No, respondo, no me refiero a eso. Ésa es la piedra de ámbar que os robaron. Bronka se queda perpleja, veo que está confundida, tiene que pensar, a ella nunca le han robado nada, en todo caso ningún colgante, no... De repente levanta la mirada, alarmada. ¿El colgante de mi padre? Yo asiento: se quedó en la familia, tiene sesenta años. Y ahora ha regresado. Y ése es el punto: todo lo que ha sucedido está relacionado de algún modo con esto. Cuando yo era niña, mi padre me contaba cada noche un cuento, historias de buenas noches, de cómo la araña fue de Hosea a Wilhelm y de Konrad a Emmerich, y todo lo que observó y registró. Siempre creí que se la había inventado.

Escríbelo, dice Bronka, cansada. Y eso es lo primero: cómo conseguiste esa piedra ●

Traducción de José Aníbal Campos

¿Qué es lo alemán de la literatura alemana?

NAVID KERMANI

ME GUSTARÍA RESPONDER a la pregunta «¿qué es lo alemán en la literatura alemana?» hablando sobre el escritor alemán ejemplar. Para mí no es Goethe o Schiller, no es Thomas Mann o Bert Brecht, sino el judío de Praga Franz Kafka.

¿Kafka? Todos ustedes conocen la foto del joven Kafka, en la que él mira un punto ligeramente por encima del objetivo del fotógrafo, la cabeza ligeramente hacia adelante, con una sonrisa quizá insegura, quizá socarrona. Se trata de una parte de la foto de compromiso con Felice Bauer en 1917, y es la imagen más famosa del autor, la imagen que a todos viene a la memoria, casi un icono. Puedo recordar exactamente lo que pasó por mi cabeza cuando di mis primeros pasos en el mundo de Kafka: tendría catorce o quince años y veía todos los días esa cara en las sobrecubiertas de sus libros. No tiene aspecto alemán en absoluto. El color oscuro de la piel, las cejas tupidas sobre los ojos negros, el cabello negro y corto, tan profundo en la frente que no se distingue la raíz de las sienes, los rasgos orientales... con seguridad, hoy no es políticamente correcto decir esto, pero en aquel entonces era mi impresión inmediata: no parece alemán, no como los alemanes que conocía de mi escuela, de la televisión o del equipo de futbol nacional.

Entonces no me ocupó más la pregunta, qué era Kafka realmente. Devoré sus libros sin pensar en las experiencias culturales, sociales o religiosas con que estaban compuestos. Pero ahora que estoy ante la pregunta sobre cuál escritor encarna la literatura alemana, en lo específico para mí, supe inmediatamente que tenía que empezar con Kafka, con un escritor alemán que no era alemán.

Lo poco que unió a Kafka con Alemania se puede leer en su diario, en el que la tierra de su lengua materna apenas aparece una vez. Cuando el 2 de agosto de 1914 comenzó la Primera Guerra Mundial escribió sólo dos

frases: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia», reza la primera, y luego: «En la tarde, clase de natación». Cuatro días más tarde, dedica de nuevo una pequeña acotación a los acontecimientos políticos, cuando menciona un desfile patriótico alemán en Praga: «Estoy presente con mi mala vista». Y después: «Tan bueno como nada». Los acontecimientos políticos en Alemania no le siguieron interesando a Kafka, quien, sin duda, se ocupaba de muchos otros acontecimientos sociales. En todo caso, sus referencias acerca de Alemania fueron casi inexistentes en sus cartas y en sus diarios, antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial.

Incluso cuando Kafka se muda a Berlín, en septiembre de 1923, permanece como extranjero en el país de su lengua materna. En el aislado mundo de Stieglitz estudia hebreo, sueña con planes en Palestina y vive —más a modo de prueba— según la ley judía. En vez de ir a los cines y los teatros de ópera, está en las casas judías de enseñanza. Kafka vive en Alemania sin vivir en Alemania, en una sociedad paralela. El par de viajes al centro de Berlín son para él un «Gólgota» personal, no porque desprecie a Berlín, sino porque no le concierne. «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. En la tarde, clase de natación».

Kafka tenía aquello de lo que hoy se busca proteger a los niños inmigrantes en Alemania: una marcada identidad múltiple. Como ciudadano, primero fue parte del Imperio de los Habsburgo, más tarde de la República Checa. Para los checos, Kafka y toda la minoría germanoparlante en Praga eran simplemente alemanes. Entre los alemanes de Praga, por otra parte, alguien como Kafka era para todos un judío. Ni el mismo Kafka podría decir claramente a qué colectivo pertenecía. En una carta a Max Brod fechada el 10 de abril de 1920, habla de su acogida en Meraner Sanatorium:

> **De las primeras palabras salió que soy de Praga; tanto el General (enfrente de quien me senté) como el Coronel conocían Praga. ¿Checo? No. Explico a esos fieles ojos del ejército alemán qué soy realmente. Alguien dijo «alemán de Bohemia», otro «del Malá Strana». Luego, todo se tranquilizó y seguimos comiendo. Pero el General, con su oído agudo entrenado en filología en el ejército austríaco, no quedó satisfecho. Después de comer volvió, nuevamente, a poner en duda mi acento alemán; tal vez una duda más de la vista que del oído. Ahora pude intentar explicarle lo del judaísmo. Científicamente quedó satisfecho, pero no humanamente.**

Para el mismo Kafka, como punto de referencia cultural y política, el judaísmo fue cada vez más importante con la edad, sin que viviera sólo en la identidad judía. «¿Qué tengo en común con los judíos?», apunta el 8 de enero 1914: «Tengo poco en común conmigo y debo estar tan tranquilo y satisfecho con eso que puedo respirar, estar en una esquina». Como hijo de un muy celoso comerciante asimilado, Kafka en su juventud había aprendido muy poco sobre la religión de sus antepasados. Los conocimientos más profundos de la tradición judía los obtuvo en la edad adulta. Fue siempre consciente de que su relación con esa tradición había sido algo artificial, algo contruido después, y tal debió de ser una de las razones de la distancia que guardó hacia el sionismo, al contrario de sus amigos más cercanos. La realidad es otra: en el Jeschiwe real, las escuelas del Talmud, había un hedor insoportable, ya que «los estudiantes que no tenían camas adecuadas, donde apenas se sentaban, se acostaban a dormir sin desvestirse, con sus ropas sudadas», comentó Kafka con asombro evidente el 7 de enero de 1912.

La relación de Kafka con el judaísmo no era ingenua. Pero, a diferencia de la que tuvo con el Imperio de los Habsburgo o con el Imperio Alemán, por lo menos llegó a ser una relación. Después de una noche de la «comunidad judía» en el Café Savoy, Kafka escribió el 5 de octubre de 1911, en un éxtasis inicial: «Por algunas canciones, por la expresión "los niños judíos", por cierta visión de esa mujer que por ser judía abre sus brazos en el podio a nosotros los oyentes, porque somos judíos, sin el deseo y la curiosidad de los cristianos, vino a mí un temblor en las mejillas».

De todos modos, las pocas anotaciones de Kafka sobre Alemania nunca son de tal tono emocional, con una excepción: cuando menciona a Goethe, Kleist o Stifter, lo hace no sólo con vastos conocimientos, sino con un entusiasmo que raras veces se encuentra en toda su obra. Cuando reflexiona en su diario, o en los *Octavheften,* sobre los giros o los casos problemáticos del idioma alemán, lo hace con una precisión de la que sólo pueden aprender los vigilantes de la lengua de hoy en día. Los motivos y las estrategias narrativas de la tradición judía, que hoy los intérpretes están tan ávidos de indagar, no son ni de lejos tan importantes en la obra de Kafka como sus declarados modelos en la literatura alemana. El judaísmo no se encuentra en el inicio de la biografía literaria de Kafka, sino que se integra más tarde como un sistema de referencia que adquiere en la edad adulta y emplea de manera consciente. La patria espiritual de Kafka es la literatura alemana.

En los discursos de premios y días festivos a menudo se recuerda la contribución de la literatura en el nacimiento de la nación alemana. De hecho, fue la literatura la que a finales del siglo XVIII permitió que los pequeños Estados tuvieran una conciencia común propiamente «alemana». Pero la mayoría de los oradores pasan por alto que, durante mucho tiempo, los literatos de Alemania ya pensaron más allá de Alemania cuando ésta finalmente se realizó como un producto intelectual y más tarde como una entidad política. Ya no más hacia la integración alemana únicamente, sino hacia la integración europea, miraban los grandes poetas y filósofos alemanes de finales de los siglos XVIII y XIX —Goethe, Kant. Desde un principio, la Ilustración en Alemania no fue un programa nacional, sino un programa europeo. Asimismo, en la literatura no se siguió ningún posible modelo alemán, sino que se dirigió a la literatura no alemana, desde Homero hasta Byron, pasando por Shakespeare. La literatura alemana justamente no quería ser *alemana*, y lo hizo precisamente mediante la apropiación de motivos y modelos no alemanes. «Abriß von den europäischen Verhältnissen der deutschen Literatur»: así tituló August Wilhelm Schlegel en 1825 el ensayo sobre las singularidades de la vida intelectual alemana: «Me atrevo a decir que somos los cosmopolitas de la cultura europea».

Como un proyecto literario y político, Europa no debe nivelar las características regionales y nacionales, pero sí disolver las fronteras políticas entre las naciones. Con esta visión contradicen los escritores alemanes de ese entonces el *zeitgeist* nacional-alemán, que en retrospectiva los monopoliza. La protesta contra lo nacional se intensificó en el siglo XX y, especialmente, después de la experiencia de la Primera Guerra Mundial: era el sueño de una Federación Democrática de Europa, que los hermanos Mann, Hesse, Hoffmansthal, Tucholsky, Zweig, Roth o Döblin presentaron al nacionalismo en Alemania.

Ciertamente no todos, pero sí un número considerable de aquellos escritores que hoy se trivializan en la televisión como grandes alemanes fueron en su tiempo los raros, los disidentes. Fueron perseguidos, exiliados, o en el mejor de los casos tuvieron una relación rota con su patria. Es absurdo cuando los *best-sellers* citan incluso hoy al autor del «Cuento de invierno» como base de su orgullo nacional. Heine quería a Alemania, sí, pero más todavía se avergonzó de Alemania. Y si pasamos por las filas de poetas alemanes laureados: Lessing, con su pieza de tolerancia *Nathan el Sabio*, que hasta su muerte no tenía permiso para ser representada, y las palabras de clausura de la *Dramaturgia de Hamburgo*, Schiller con las tiradas de Karl Moor, Heine y Hölderlin, Büchner y Börne, vemos cómo muchos de los grandes alemanes de hoy eran en su tiempo antialemanes, o al menos tenían una comprensión de patriotismo que se cerró a toda forma de glorificación alemana y a todo tipo de vanidad, de superioridad y control.

En el siglo XX, las críticas que los más sabios y verdaderos representantes de la literatura vierten contra Alemania se convirtieron incluso en fantasías de exterminio. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, Albert Einstein sostuvo que Alemania no sólo debía ser desindustrializada, sino que su población debía ser reducida como castigo por la masacre, su compañero alemán de exilio Thomas Mann escribió: «No se me ocurre algo que se pudiera decir en contra de eso».

Incluso el poeta nacional de Alemania, Johann Wolfgang von Goethe, se presta poco —teniendo un conocimiento profundo— para la edificación nacional. Thomas Mann fue quien al final de su conferencia sobre «Deutschland und die Deutschen», que pronunció en mayo de 1945 en la Biblioteca del Congreso en Washington, recordaba que nadie «había anhelado tanto la llegada de la diáspora alemana» como Goethe. La observación de Goethe, citada por Thomas Mann como evidencia, viene de una conversación del 14 de diciembre de 1808 con el canciller Müller: «Transplantados, dispersos, como los judíos en todo el mundo, así deben estar los alemanes para desarrollar la cantidad de lo bueno que hay en ellos para el bienestar de todas las naciones». Quien justamente cita esta frase, prácticamente al final de la guerra, en la capital de la nación que venció a Alemania, no se presta, al igual que el citado, como garante de un patriotismo alegre. Tan contaminada estaba la relación de Goethe con los alemanes que, después de la Segunda Guerra Mundial, el ministro estadounidense de Finanzas, el secretario del Tesoro Henry Morgenthau Jr., recurrió a él como testigo clave de su plan para destruir la industria alemana: «Muchas veces he sentido un dolor amargo al pensar en el pueblo teutón: tan respetable en cada uno y tan miserable en conjunto». Y continúa Goethe la cita: «Comparar el pueblo alemán con otros pueblos provoca en nosotros sentimientos de vergüenza».

La crítica, incluso el rechazo hacia Alemania, es un *leitmotiv* de la historia literaria alemana. La mordacidad y universalidad de esta autocrítica nacional no se encuentra en ninguna otra literatura. No es sólo un producto de postguerra; ya mucho antes del nacionalsocialismo era característico de la literatura alemana. Si muchas veces se exige finalmente encontrar una relación «normal», relajada, con Alemania, los poetas de Alemania se distinguieron por su tensa relación con ésta. Son grandes alemanes, aunque (o precisamente *porque*) estuvieron reñidos con Alemania. En otras palabras: Alemania puede estar orgullosa de aquellos que no estaban orgullosos de ella.

Sebastian Haffner es quien, de la manera más exacta, ha explicado esta paradoja de la forma más precisa en su *Historia de un alemán*, que

escribió en 1939 durante el exilio en Inglaterra. El «Club Deportivo-Nacionalismo», escribe Haffner, «la alabanza nacional rimbombante en el "estilo de los Meistersinger", las manifestaciones onanistas en torno al pensamiento "alemán", al sentir "alemán", a la lealtad "alemana"», eran para él algo «simplemente asqueroso y repugnante» ya antes de la llegada de los nazis: «No tuve que sacrificar nada de allí». Sin embargo, sigue Haffner, siempre se veía a sí mismo como «un bastante buen alemán» —«y eso sería sólo por la vergüenza de los excesos del nacionalismo alemán». La sentencia es valiosa al ser parafraseada nuevamente, pues resalta hasta qué punto el patriotismo y la afirmación pueden ser distintos: justo en su *vergüenza por Alemania* Haffner se miraba como un *buen* alemán.

Cuando los nazis llegaron al poder en Alemania no hubo otra opción para el patriota alemán Haffner: tenía que separarse de Alemania. El nacionalismo había «destruido y pisoteado » a *su* Alemania, como escribió. El conflicto, después de 1933, no habría sido tal si uno podía desprenderse de su país para mantenerse fiel *como individuo*. El conflicto había llegado mucho más allá, ocurría «entre el nacionalismo y la *lealtad a su propio país*». Aquella Alemania a la que Haffner se mantuvo fiel saliendo de Alemania no era un territorio en el mapa: se trataba de una entidad espiritual con características específicas:

> **Forma parte de la humanidad la franqueza en todas direcciones, la exactitud cavilosa del pensamiento, un estar insatisfecho permanente con el mundo y consigo mismo, el coraje de siempre volver a intentar y a rechazar la autocrítica, el amor a la verdad, la objetividad, el descontento, lo incondicional, la diversidad, una cierta torpeza, pero también un placer por la más libre improvisación, la lentitud y la gravedad, pero igual una riqueza lúdica de la producción, que constantemente lanza nuevas formas de sí misma y, como intentos fallidos, vuelve a retirarse, el respeto a todo lo raro y peculiar, la bondad, la generosidad, la amplitud, el sentimentalismo, la musicalidad y, sobre todo, una gran libertad: algo vagabundo y sin límites.**

Ciertamente, la República Federal de Alemania no es idéntica a la Alemania que Haffner llevaba en su corazón cuando partió. Pero habla por la República Federal Alemana, que prefiere identificarse en la memoria colectiva con la Alemania de Haffner, antes que con el «Reich Alemán». Asimismo, los intelectuales hambrientos de batalla de la Primera Guerra Mundial están casi completamente olvidados, y quienes, entre los

grandes intelectuales alemanes, se hicieron partícipes del frenesí patriótico, se pronunciaron en los años veinte y treinta de forma vehemente contra el autoengrandecimiento nacional. Aunque aún se lee a Gottfried Benn y Martin Heidegger y aquí y allá se los venera casi de manera religiosa, son honrados con nombres de calles y premios conmemorativos aquellos alemanes que se resistieron contra el nacionalismo y el nazismo, casi siempre arriesgando sus vidas.

No fue así desde el principio en la historia de este Estado, y menos en la historia del Parlamento alemán. Hasta bien entrados los años sesenta, los políticos e intelectuales que habían regresado del exilio a Alemania fueron considerados, por parte de los círculos conservadores, como traidores. Hoy en día nadie se atrevería públicamente a reprochar la huida de Alemania de Willy Brandt o Sebastian Haffner. Por el contrario: la Oficina del Canciller alemán se encuentra en el número 1 de la avenida Willy Brandt. Sea como sea que evaluemos nosotros la actuación política de Brandt, ¿no es —en el sentido literal— maravilloso, ¡un milagro!, que la calle desde donde se rige a Alemania lleve el nombre de un emigrante alemán? Así también, como ahora mismo en Múnich, la construcción de nuevas sinagogas en lugares céntricos es mucho más que un símbolo de la autoafirmación de los judíos. Esto muestra que aquella pisoteada y destruida Alemania a la que pertenecieron intelectuales como Haffner, aquí y allá ha vuelto a levantarse. Lo digo claramente: cada nueva sinagoga en suelo alemán no sólo es un triunfo para el judaísmo, sino también para Alemania, para una Alemania que vale la pena vivir.

Sin embargo, hay que cuidarse de considerar la música, la filosofía o la literatura como parte de la Alemania de Haffner, y la ignorancia, el analfabetismo, la falta de cultura como correspondientes al «Reich Alemán». No existe una Alemania de la cultura y una Alemania de la barbarie. También la Alemania bárbara —como, antes y después de ella, cada nacionalismo alemán— ha apelado a la cultura, a Goethe y Schiller, Mozart y Beethoven. Lo que resistió a la Alemania nazi no fue la cultura alemana en general, sino precisamente aquellos valores de Alemania menospreciados por los nazis, pero destacados por Haffner: la humanidad, la apertura, la exactitud cavilosa del pensamiento, la autocrítica, el respeto de todo lo raro y peculiar, la generosidad, la amplitud, la libertad. Asimismo, la apropiación de la literatura alemana por los nazis llegó a sus límites donde comenzaron los motivos de la autocrítica, la amplitud de miras, el pensamiento europeo, el humanismo. El cosmopolitismo de Goethe, por ejemplo, en el fondo iba en contra de la ideología nazi. Pero no muchos insultaron de peor manera a Alemania que Friedrich

Nietzsche: «Si me imagino un tipo de persona que contradice todos mis instintos, siempre vuelve a ser un alemán».

Su amplitud de miras y el desprecio de las condiciones y formas de ser alemanas no protegieron a Goethe ni a Nietzsche de haber estado al servicio del nacionalsocialismo. No tuvieron ninguna oportunidad de defenderse. La lengua alemana rehuyó la seducción de los nazis. No sólo no hubo literatura nacionalsocialista de más alto rango. Incluso los pocos poetas importantes que simpatizaban con los nazis inicialmente, como Gottfried Benn, perdieron repentinamente su fuerza literaria, como si una maldición cayera sobre ellos. El alemán fue preservado por los exiliados alemanes, en particular por los judíos alemanes. Puesto que siempre se puso en duda su adhesión a la cultura alemana, ya en el siglo XIX los autores judíos se preocupaban —de una manera tan correcta que llamó la atención— por la exactitud e integridad de la lengua alemana. En el siglo XX, paralelo a la aparición de un chovinismo antisemita, fueron los judíos especialmente quienes no sólo escribían el idioma alemán a la perfección, sino que se consideraron como sus guardianes. Con una precisión apenas comprensible para nosotros, autores como Karl Kraus, Walter Benjamin, Franz Kafka y Victor Klemperer rastreaban el uso de la lengua para encontrar fallas, imprecisiones y torpezas.

Por eso no fue sólo el impulso de afirmar la pertenencia a la cultura alemana lo que hizo a los judíos guardianes meticulosos de la lengua alemana. Para los judíos de Praga, como Karl Kraus y Franz Kafka, la situación de bilingüismo añadió una particular sensibilidad en el uso de la lengua alemana. En el entorno de Kafka y de Kraus, y especialmente de la gente común, se hablaba checo. Su purismo lingüístico tiene también su origen en el hecho de que, dentro de la minoría alemana, un uso correcto del alemán ya no era en absoluto natural. El mismo Kafka describe la relación diaria con las dos lenguas en una carta a Milena Jesenská, quien solía responder en checo sus cartas escritas en alemán: «Nunca he vivido entre el pueblo alemán, el alemán es mi lengua materna, y por eso es tan natural para mí, pero el checo es para mí mucho más cariñoso».

La posibilidad de escuchar su propio idioma a distancia, que a su vez infringe la naturalidad del habla, enriqueció más el alemán: contribuyó a su perfeccionamiento, en la obra de Kafka y en la obra de otros tantos, especialmente de escritores judíos. Regalaron a la literatura alemana un archivo cultural, religioso y biográfico que favoreció de forma definitiva su prestigio internacional. Heinz Schlaffer ha señalado que, si bien la proporción de la población judía de Alemania y Austria no superaba el uno por ciento, aproximadamente la mitad de los escritores alemanes más famosos del siglo XX eran judíos. «Si por "alemán" no se entiende una

especie étnica, sino una huella cultural, entonces los judíos emancipados deben ser considerados como los alemanes más serios», escribe en su *Kurzen Geschichte der deutschen Literatur* (Breve historia de la literatura alemana): «Con su expulsión y el exterminio es lógico que la literatura alemana haya perdido por ello su categoría y carácter». Veremos, no hoy, ni mañana, sino en veinte o cincuenta años, cómo repercutirá en su orientación y calidad el exotismo que, como resultado de la inmigración, se instala nuevamente en la literatura alemana, si los descendientes de inmigrantes de Europa del Este o del Oriente Medio devuelven a la literatura alemana algo de aquello mundano, de aquella percepción desde el exterior, o del toque metafísico que la caracterizaron hasta la Segunda Guerra Mundial.

Alemania, como cultura, no corresponde a la nación alemana. Así pues, la verdad que se cita con frecuencia acerca de que los alemanes se habían unido por su literatura o por el lenguaje, al mismo tiempo ha sido siempre una mentira. Bastante a menudo, lo que distinguía a la cultura alemana en sus mejores ejemplos estaba en plena contradicción con lo que constituyó a Alemania como Estado y sociedad, como nación y etnia. Sólo se deben leer los recuerdos de Ludwig Börne en el gueto judío de Fráncfort para recordar que, ya mucho antes de Hitler, la discriminación, la exclusión social y el desprecio son experiencias fundamentales para una parte importante de la literatura alemana. «Toda la tarde estoy en la calle y me baño en el odio a los judíos», escribió Kafka a mediados de noviembre de 1920. Él mismo murió pronto, pero ninguno de sus amigos más cercanos sobrevivió en Alemania, si estoy en lo correcto. A no ser que se hayan refugiado con anticipación —la mayoría en lo que era entonces Palestina—, sufrieron la miseria de los refugiados políticos, terminaron en hoteles baratos, se abrieron paso en otras ciudades en trabajos tan esporádicos como ilegales, hicieron cola frente a las embajadas para obtener una visa, o terminaron como la amada no judía de Kafka, Milena Jesenská, en campos de concentración alemanes. Ciertamente, los alemanes están unidos por la literatura, pero no están unidos como alemanes. Y así la cultura alemana me resulta más cercana en lo que está más lejos de Alemania, ya sea por indiferencia, como en el caso de Kafka, o por oposición, como en el caso de Haffner.

¿Soy alemán? En los campeonatos mundiales de futbol he apoyado a Irán, desde el tiempo en que descubrí a Kafka y hoy que lo sigo leyendo. Al mismo tiempo, no hay mayor obligación para mí que pertenecer a la misma literatura que el judío de Praga Franz Kafka. Su Alemania nos une •

Traducción de Juaísca Rodríguez y Christina Lembrecht

Un país blanco

(fragmento)

Sherko Fatah

Recuerdo que no sabía lo que era la cultura hasta que me topé con gente culta. También recuerdo que la ciudad, la Bagdad de mi infancia, era pequeña. La arena desértica cubría los pequeños pueblos de patios angostos y callejones abandonados que parecían una costra rajada. Pero también estaba el río, que parecía atraer todo hacia él: comerciantes que descargaban sus lanchas con mercancías, la gente rica que construía sus casas y jardines a sus orillas. El río también atraía a los extranjeros. Aquí edificaron los británicos un barrio como *Bataween*, con avenidas amplias y rectas y tres parques amplios como en Londres, con electricidad y direcciones postales de verdad. Sin embargo, para mí estaban sobre todo los cafés, los cuales eran totalmente diferentes de lo que conocía. Aquí no sólo se sentaban los hombres como en las casas de té en el *Tawla* junto a sus pipas de agua. Aquí había mujeres sin *abbaja*, en ropa occidental, igualmente clientes que los hombres, junto a los cuales conversaban y reían. Tomaban limonada, fumaban y miraban hacia el río tranquilo. Todo el mundo parecía tener mucho tiempo y ser bastante astuto, porque esta gente hablaba sin parar. Discutían acaloradamente y luego reían juntos de nuevo. O jugaban billar en mesas suntuosas, tan grandes que parecían cómodas y tapizadas con un bello paño verde. El único fin de estas mesas era el juego, un pasatiempo.

Yo siempre quise ir a estos lugares. La cercanía de esta gente me atraía. No era el único. ¿Qué habíamos aprendido en la escuela? ¿Historia? Aquello estaba bastante lejos. La historia se hizo en Europa. Nosotros aquí sólo teníamos la dicha de haber caído bajo el techo de aquel edificio violento, levantado por hombres pálidos con pelucas claras. La historia, así decía Efraín, a quien conocí en aquel entonces, nos había encontrado y tragado. Los británicos, mis maestros y todos

con los que me topé después, amaban lo más viejo de este país: cosas que habíamos olvidado hace mucho tiempo. Desenterraban gigantes, guerreros y leones, en los cuales se reconocían ellos mismos —no nosotros a nosotros. Lo nombraban «nuestra cultura».

Sin embargo, en el instante mismo en que se elevaban del fondo de la tierra eran una parte de su mundo, del cielo que habían extendido sobre nosotros. En el fondo sólo éramos beduinos para ellos. Vagabundos fáciles de olvidar sobre la superficie de una tierra llena a reventar de tesoros. Tuvieron que venir a crear el país en el que vivíamos desde hace mucho tiempo. Le dieron una forma, un nombre y un rey. Con él comenzó el mandato británico en Iraq. Era 1921, el año en que nací.

La idea era peculiar, hasta entonces no había puesto mi propia vida en relación con la historia. Todo lo que me había ocurrido lo percibí siempre como sucesos privados. Tampoco sentí nunca aquel inflamado orgullo nacional, el cual despertó en otros que habían crecido conmigo; y sin embargo algo de ello me atravesó y se fijó en mi interior.

Tengo que pensar en mi padre. Lo veo frente a mí: un hombre pequeño y corpulento con pensamientos volátiles. Los años veinte y treinta fueron con toda seguridad un tiempo de rupturas para él también. Él trabajaba como guardia en una procesadora de dátiles y no sólo gritaba y golpeaba las manos, sino que usaba una macana.

—La organización —solía decir— es el problema más grande en este país. —Nada de lo que su hijo aprendía en la escuela era de importancia—. Todo lo que podemos aprender de los extranjeros es el orden. Ésa es la base de un país nuevo.

Debió de haber tenido en la mira a los obreros que debía vigilar.

—Nuestra gente son campesinos sin educación, sin la menor idea de lo que ocurre en el mundo. No aprenden nada, por lo que sencillamente están dispuestos a cualquier clase de trabajo y eso es todo en lo que piensan. Cada vez que los castigo me miran rastreros y llenos de odio. Sé perfectamente lo que sienten; y de esta manera es todo el país: rastrero y lleno de odio.

Y como para hacer que sintiera su insatisfacción me llevaba consigo a ciertos lugares. No se trataba de las excursiones familiares normales, en las que sobre todo había que encontrar un lugar bonito a la orilla del río y disfrutar allí la comida llevada, o de comprarle a los pescadores un *shabboot*, una carpa del Tigris. Mi padre pensaba muy bien a dónde me llevaría, pues me quería instruir.

Íbamos al *suk*[1] de los curtidores de pieles en una parte lejana de la ciudad. El hedor era insoportable. Ahí trabajaban jóvenes descalzos y manchados de los indescriptibles líquidos que utilizaban. Sus cuerpos y ropas estaban cubiertos de mugre. Sobre el área rodeada por un muro carcomido apenas visible había piletas de agua color negro alquitrán en las que nadaban pieles de animales. Se podía pensar que se separarían allí de los cadáveres putrefactos. En un punto se quedaba mi padre de pie y me jalaba hacia él. Aquí dos de los jóvenes agarraban la masa lodosa y café en cubetas cubiertas de una especie de costra y vaciaban el contenido sobre una piel animal, para restregarla de inmediato con ella. Trabajaban con heces humanas recién recolectadas de las letrinas.

—En Alemania —decía mi padre—, un hombre reflexionó acerca del tiempo.

Yo estaba a punto de vomitar e intentaba no poner atención a la cubeta, sobre la cual volaban moscas en círculos.

—Nada más hizo él —continuaba mi padre—. Él dice que el tiempo de Dios es uno muy diferente del de los hombres. Si se pudiera observar desde afuera sería como una esfera. Cuando se puede pensar, se puede volar muy lejos sin moverse de lugar. O se pueden inventar máquinas que vuelan de verdad.

Los jóvenes se inclinaban de nuevo sobre el cubo y levantaban los gruesos restos de la masa del suelo, tantos como pudieran restregar y no se secara nada antes de tiempo.

También observábamos las casas de los ricos. Aquí no se detenía mi padre a bobear. Solamente me hacía pasar por ellas como si quisiera que su hijo percibiera su cercanía. Y eso es lo que yo hacía, tal vez más intensamente de lo que era bueno para mí.

Siempre que miraba a mi padre se me figuraba a un personaje de un oscuro cuento de hadas. Una vez, hace mucho tiempo, este hombre recorrió un camino oscuro; y el recuerdo de aquello lo había traído hasta la cabecera de mi cama, hasta el oído del muchacho, su único hijo. Este recuerdo le corría como agua de los labios. Yo todavía era un niño en ese entonces y recogía todas las gotas de esta agua, creaba palabras a partir de ellas.

A veces, en algunos momentos, en pocos lugares, se podría ver el destino de muchos, decía mi padre. Sólo por poco tiempo, el todopo-

1 Especie de mercado árabe *(N. del T.)*.

deroso le daría al ser humano libertad para una mirada y después lo recogería nuevamente en sí.

En la calle hacia Alepo se lo mostró a mi padre, porque venía del camino, daba vueltas entre arbustos y rocas, porque en la noche estaba tan sólo como las rocas heladas y los arbustos destrozados. Y porque mi padre rezaba por una guía en el camino, pues la luna no brillaba y las estrellas habían sido apagadas como velas por el viento que daba vueltas como él mismo. Papá se arrastraba sobre la tierra.

—Algo me miró, estoy seguro, estaba allá afuera, totalmente cerca, me pasó de largo, esperó. Me guió. Era terrible estar tan solo, pero era necesario puesto que debía verlo.

Mi padre se arrastró hacia abajo en un bache, la tierra entre sus dedos era polvo negro, seco. Aun cuando el río había corrido a través del valle, no quería dejar nada aquí.

Papá se sentó a la orilla de esta ribera pedregosa y miró hacia arriba en el cielo, donde veía la luz de la luna agitarse detrás de las nubes, la veía tornarse grisácea, liberarse de aquello y enderezar las estacas a su alrededor; poco a poco la oscuridad las iba escupiendo, una tras otra.

Los hombres colgaban de estas estacas con la cabeza caída, destripados y mechados como asado, clavados con grandes clavos. Alrededor de ellos, brasas apagadas. Papá se levantó, retrocedió y encontró a las mujeres flotando, enganchadas en lo alto sobre las hileras de niños, cuyas cabezas se enterraban en la tierra. Al lado de ellos yacían apiladas sus manos cortadas.

—¿Quiénes eran ellos? —pregunté.

—Se les conocía como armenios. No eran de aquí —susurraba mi padre.

—¿Lo hizo un *ghul*[2]?

—Sí, así fue.

—¿Porque eran extranjeros?

—El *ghul* sólo conoce extranjeros.

—Él te observó, pero no te hizo nada —me puse a llorar.

—No.

—Él te tenía miedo. ¡Di que fue así!

—Sí.

2 Especie de demonio antropófago cuya primera mención probablemente se encuentra en *Las mil y una noches (N. del T.).*

A Ezra lo conocí de la calle Rashid. Mucho tiempo le rehuía el camino. Al principio tenía simplemente miedo de él, pues era dos años mayor y se veía increíblemente más grande cuando paseaba a lo largo de las columnatas y sus amigos se reunían alrededor de él. Para él no había razón para prestarle la menor atención al chico árabe que cuando se cruzaba con él de regreso a casa caminaba a hurtadillas.

Había crecido bastante alto y era bastante fuerte para su edad. Sus cabellos profundamente negros estaban siempre algo largos y desgreñados. De esta manera tapaba sus orejas respingonas, pues Ezra era vanidoso. Eso lo sabían todos los que lo rodeaban. Él, por el contrario, sentía que era algo muy moderno. Vestía siempre camisa y pantalón a la usanza europea y nunca llevaba turbante. Su familia era rica. También cualquiera lo sabía.

Sin embargo, siempre que podía se movía por las calles, lo cual me asombraba bastante, pues pocas veces se veía a los hijos de los comerciantes acaudalados. Ellos tenían una escuela propia y su tiempo libre lo pasaban entre ellos. Pero Ezra era diferente y parecía estar consciente y orgulloso de ello.

En aquella tarde, en la que por fin lo conocí, estaba de cuclillas sobre el suelo y fumando en una de las callejuelas estrechas de la calle Rashid. Parecía como si se hubiera escondido allí, pero eso no iba con él. Más bien había escogido este nicho lleno de restos de verduras y trozos de madera para estar a solas. Con la cabeza y la espalda inclinadas en la pared de una casa lanzaba su mirada lentamente hacia mí, al tiempo en que me detenía a la entrada del callejón porque lo había reconocido.

Probablemente Ezra se estaba cansando de estar solo, pues levantó el brazo y me hizo señas con la mano lánguida para que me acercara. Yo sostenía mi bolsa de libros rodeándolos con los brazos y me puse frente a él como un delincuente. No tenía nada de qué haberme asustado porque no nos conocíamos para nada. Y sin embargo, creí que desde hacía mucho había una conexión secreta entre nosotros. De esta manera había esperado este momento, sí, casi añorado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ezra, al tiempo que apretaba los ojos, en los que se metía el humo—. ¿Qué has aprendido hoy en la escuela, Anuar?

Como yo no sabía lo que tenía que decir y también porque desconfiaba de su extraño interés, guardé silencio y casi deseé que no hubiera notado mi presencia.

—¿Con que eres un tipo orgulloso, eh? No contestas a cualquier pregunta estúpida. ¿Te han contado algo de la independencia de Iraq y de los tiempos dorados que están frente a nosotros?

—No —contesté, y sin embargo sabía de lo que Ezra hablaba. El tema era parte fundamental de las clases.

—¡Dame eso! —dijo, y levantó el brazo.

Yo retenía la bolsa frente al estómago como para protegerla. Finalmente cedí a la presión de mala gana y obedecí.

Ezra la arrancó exageradamente fuerte hacia sí, la abrió molesto y sacudió el contenido frente a sí en el polvo. Miró los libros de la escuela y torció la boca. A mí me parecía como si me examinara con la vista a mí y no a los libros. La situación se hizo incómoda. Estaba seguro de que Ezra solamente estaba aburrido, cuando estuvo descansando solo en esa pared. Ahora había encontrado una ocupación. Pero luego me sorprendió. Juntó los libros cuidadosamente y sopló el polvo de cada uno de ellos antes de meterlos de nuevo a la bolsa. Cuando me la regresó movió la cabeza con un gesto noble.

—¿Quieres ver alguna vez algo diferente de eso? —no esperó la respuesta—. Cuando tengas algo de tiempo te lo muestro.

De repente mi inseguridad se convirtió en miedo. Me replegué de nuevo a la bolsa de libros y observé a Ezra, que se zafó de la pared de la casa y se levantó gimiendo. Di un paso hacia atrás y, cuando el otro se puso de pie y sacudió el polvo de la pierna del pantalón, me encontraba ya en camino a la calle Rashid.

Probablemente Ezra miró hacia mí, pero no dijo nada. Se trataba más bien de una fuga de todo lo que vendría, me diría a mí mismo tiempo después. Una fuga de regreso a la infancia, la cual en aquel entonces, en aquella tarde en ese callejón sucio, terminaba para mí. Alguien tuvo que haberlo confesado al inicio de la historia. No mi padre con sus muchas ideas acerca del progreso, ni el mulá en la escuela del Corán, ni los maestros. Ni siquiera mi madre, a quien no conocí porque murió al darme a luz y así permitió que me convirtiera en un hombre superfluo. Absolutamente nadie en mi entorno. Tenía que ser un extraño el que me llevara hacia lo extraño. Y exactamente eso hacía Ezra.

Ese mismo día miré mi hogar con otros ojos. Cuando regresé, me saludó como siempre una de mis tías y me encargó de inmediato los deberes para el resto del día. Me dio una lista con cosas que debía comprar. Antes de que mi padre volviera debía barrer el patio y encargarme del horno para el pan, que amenazaba con caerse en pedazos. Después estaban todavía las tareas para la escuela. Con todo esto tenía algo que hacer hasta tarde en la noche.

Cuando cerré detrás de mí el portón del patio para ir al mercado permanecí de pie un momento. A través de las tablas de la reja miré hacia la casa de mi niñez. Me pareció pequeña y, me di cuenta con repugnancia, también deslucida. No es que me hubiera avergonzado de mi origen. Para eso hubiera tenido que reconciliarme con aquello que vi en aquel entonces. Pero comprendí que debía abandonar este lugar.

Observé el patio angosto, los adoquines del suelo repletos de resquebrajaduras, los muros en cuyas hendiduras se pegaba la arena como si quisiera sustituir la limpieza faltante. Ahí estaban los tres escalones de piedra, los cuales cruzaba a menudo de un salto, y arriba de ellos la puerta de la cocina, torcida, con el mosquitero agujereado y el ramillete de flores secas que alguien había colgado allí. Los tallos largos y las flores habían tomado hace mucho el color de la arena. El viento había deformado el ramo. Como un insecto grande se pegaba a la puerta. Detrás quedaban los oscuros cuartos de la casa, que me parecían gavetas en un viejo gabinete al que no se quiere abrir más. De repente apareció mi tía en la ventana y me dio a entender con un movimiento de mano que tendría que hacerme finalmente a la marcha. Obedecí aun antes de que pudiera incluirla en la imagen decepcionante frente a mis ojos •

Traducción de Antonio Magaña Macías

Esperando a Broch

— Texto sobre texto

(fragmento)

DRAGICA RAJČIĆ

ESTOY SENTADA AQUÍ en un país al que no pertenezco (esto se está poniendo patético) y he dejado de llamarme viva. No, la distancia entre mí y todo es breve pero insalvable. Esta pequeña sujeta que se hunde bajo la carga de la así llamada objetividad del entorno... Schopenhauer. Compasión. Con-felicidad. Anhelo el escondite en la piel de la cebolla. El nuevo libro de Anne Michaelis ya salió. Si tuviera tiempo para sacar de todos los libros pensamientos sobre Dios y el amor y escribirles títulos. Escribe jardín del mundo. En 20 minutos va a describir al orgasmo como el Murmullo de un arroyo... Chubasco. Las noticias aguaceros aislados. Chaparrones, bien, bien.

CANETTI APUNTES. Ideas locas. La coleccionista de miradas. Rechazo a la muerte. Arrogante e Increíble, olvidar mi aversión. Leer sin reservas. En la noche Igor desnudo, su cuerpo como una cosa natural, su cuerpo blanco y suave. Con inocencia camina por las habitaciones con su hijo. Sé en mi sueño que esta intimidad es de otro lado. Tenía tanto quehacer en el piso de hasta abajo de la casa paterna. Después otro cuarto «sagrado», lo que sea que eso quiere decir. Después él está vestido, el secreto pierde su fuerza. Pienso que él ya no me quiere y ¿no soy mágica para él? Es ésta la pérdida de la propia magia que luego se le expone a los otros como algo imperdonable. Cuando algo está muerto, destruido, surgen cosas nuevas o similares (A. Michaels). Llueve, como un fin del mundo verde. Consuelo de la naturaleza. Misericordia. Mentira del idioma. Juntar idiomas. Presentar el pasado. Mentiras superiores,

siguen y siguen, qué me importa qué papel juega la poesía en la conciencia. ¿Si se les preguntara a los alemanes qué poeta conocen hoy? Propagación del apóstrofo en la radio. Es un logro cultural pertenecer a la comunidad mundial. Yes. Canetti dice qué sabio es el oído, no juzga y no condena, sino que escucha. Desconectar el radio.

PAZ en el interior una rara feliz satisfacción paz. Las líneas de los objetos son reales, no van a desaparecer por el agobio del sentimiento. Brevedad del tiempo. Dilemas enteros de mi corazón inexperto, el exceso de querer destruir con más. Por miedo. Vivo del resplandor la luz del Pasado amor a Igor. Es una presencia la cual constantemente balbucea en mí como folio en el cerebro, perder esto aunque todo está perdido sería para mí como irme a pique en lo Horroroso. Ya admitirlo es difícil. Mi huida errante, mi salida del jardín de la confusión también hizo otro al sentimiento, es más que sentimiento, es certeza cada vez más ancha y profunda, así es, no es trágico, así como no puede hacer más grande o más chica ni una sola palabra, el espacio en común está abandonado pero queda imborrable el saber de haber estado ahí.

Así un discurso de viuda o el sermón del pastor tras el entierro. Hice todo lo que estuvo en mi poder para enterrarlo. No sirvió. Pues Broch se dio a la huida con cada nuevo amorío y buscó escondite en pensamientos de los primeros tiempos con Ea. La culpa cual la culpa fue verdad pero diferente a como él había creído, claro que esto también vale para mí. Quise hacer un experimento en la piel del amor como queda comprobado con eso es que el milagro original fue fútil, quedó superado. Y entonces estoy sentada al escritorio y escribo un largo poema sobre la única fuerza, la que todo lo soporta como la certeza de todas las certezas. Es cierto, y no es cierto •

TRADUCCIÓN DE CLAUDIA CABRERA

Poesía amorosa

José F. A. Oliver

1

he apartado
unos ahorros para ir al extranjero
las botas ya dispuestas ante casa
& abiertas a la lluvia las ventanas

el viento dialoga con una mochila
en el árbol de moras se apoya el último verano
& la mesa de cocina está cubierta desde entonces :

el primer vaso de vino
el último platón del desayuno
& oraciones
que tú nunca has pronunciado

2

detrás de casa el árbol abuelo
trae magnolias al agosto

la escoria en flor se propaga
la primavera muy lejos

ratas de drenaje acechan
a las crías de los patos

las magnolias se impulsan
al escondite de agua

1

habe mir / einen notgroschen zur fremde gewählt / die stiefel vors haus gestellt / & dem regen die fenster geöffnet // der wind sprach mit einem rucksack / vor am maulbeerbaum lehnte der letzte sommer / & der küchentisch ist seither gedeckt : // das erste glas wein / der letzte frühstücksteller / & sätze / die du nicht ausgesprochen

2

hinterm haus der großvaterbaum / trägt magnolien in den august // die wundblüten wuchern / das frühjahr fort // kanalratten lauern / auf entenküken // magnolien treiben / ins wasserversteck

3

de vez en cuando en primavera
cada flor se te muestra más cercana que yo
«¡debo ir aún sobre la tumba!» dijiste

algunas veces en verano estabas en la acequia, «A refres-
[car las piernas»
resplandecías como si el agua recibiera a la infancia

algunas veces en otoño
lo dijiste «ya hace frío cuando anochece»
pues deseabas la calidez de la mano

algunas veces en invierno, dejaste de hablar pronto
del verano siguiente preguntabas: «¿Crees en una vida
[posterior?»

Versiones de Daniel Bencomo

3

manchmal im frühling / dir schien jede blüte oft näher als ich / du sagtest «Ich muss noch aufs Grab!» // manchmal im sommer du warst im kanal «Die Beine erfrischen». / du strahltest als ginge die kindheit ins wasser // manchmal im herbst / du sagtest «Es ist so kühl schon am Abend», / du wolltest dann die wärmende hand // manchmal im winter, im letzten du sprachst bald nicht mehr vom kommenden / sommer du fragtest «Glaubst du an ein Leben danach?».

Incluso los papagayos nos sobreviven
(fragmentos)

Olga Martynova

I
El río del tiempo, la mujer del río del tiempo, las mujeres pájaro de montaña

Siglo V a. C. • 1453 • 1529 • 1714 • 1717 • 1787 • 1871 • 1917-1933-1934-1937-1941-1942-1943-1944-1945 • 1955 • **1973** • 1976 • 1982 • 1986 • 1987 • 1988 • 1989 • 1990 • 1991 • 1992 • 1995 • 2001 • 2002 • 2005 • **2006**

Claras aguas de un arroyo de montaña van corriendo sobre unas rocas. Miro hacia abajo, desde lo alto del busto de una mujer, que me trae en brazos para llevarme al otro lado. La mujer no da un paso, se queda allí, con el agua hasta las rodillas, donde las olas cubren las astillas de sol que rebotan. No obstante, después de un rato estamos en la otra orilla. Nunca descubrí cómo fue. Mi madre no podía darme detalles, a pesar de que, en esa imagen, la miraba en el borde de mi campo visual. Pero hoy aún podría dibujar el rostro de la mujer que me llevó. También tengo otros recuerdos que mis padres no confirman: me caigo del columpio, un coche de la Cruz Roja me lleva al hospital. Allí curan una herida en mi oreja. Imposible que mis padres hayan olvidado un evento como ése. Sin embargo, tengo una cicatriz en la oreja, de un tono más ligero que el de la piel normal. Sólo cuando hace frío se tiñe de color rosado oscuro, lo que me sorprende cada vez que en el invierno paso al calor y doy un vistazo rápido al espejo.

También otras mujeres permanecen de pie e inmóviles en el agua —no se mueven, hablan como aves chillonas— y, sin embargo, consiguen cruzar a la otra orilla. Casi cada niño está, a veces, rodeado de mujeres extrañas, que abusan de su atención con sus historias comunes. Mi mujer arroyo de montaña guardaba silencio. Sentía la aspereza

de sus manos, veía sus mejillas agrietadas. La mujer del río del tiempo. De repente volví a pensar en ella luego de años, cuando leí: *El río de los tiempos se lleva consigo en su corriente toda obra de los hombres, / ahoga pueblos, reyes, reinos, en el abismo del olvido. / Si —gracias al toque de la lira y de la trompeta— empero algo permanece, / lo devora la boca de la eternidad y no escapa al destino de todo* —uno de los poemas rusos más impresionantes, que nunca encuentro sin dejar de pensar en *mi* río del tiempo y en aquella mujer del río del tiempo.

Tal vez no sea apropiado que ahora, justo antes de mi *German vacation* (que de hecho no es *vacation*), me deje atrapar por versos rusos. Por otro lado, estoy acabando de aterrizar aquí, por versos rusos. Iré de una ciudad a la otra y hablaré de los más extraños poetas de Petersburgo. Durante el vuelo, quería ordenar las conferencias que había echado rápidamente en mi bolso, y en esto llegó este viraje del río del tiempo. *Andrjuscha*, diré, cuando vea a Andreas: *tengo veinte años más y no me he vuelto más lista*. Eso, claro, en una semana. Tengo mucho tiempo, vamos a ver lo que voy a decir.

Bienvenido al siglo XXI
(así me saludan un cepillo de dientes y una maleta)

Siglo V a. C. • 1453 • 1529 • 1714 • 1717 • 1787 • 1871 • 1917-1933-1934-1937-1941-1942-1943-1944-1945 • 1955 • 1973 • 1976 • 1982 • 1986 • 1987 • 1988 • 1989 • 1990 • 1991 • 1992 • 1995 • 2001 • 2002 • 2005 • **2006**

Aún débil y con los oídos zumbando después del vuelo respondí a la oficial de aduanas: «Sólo un paquete de cigarrillos y una botella de vodka». Pero no escuchó. «¿Qué tiene allí?». No quiere tocar mi bolso de viaje, que esperaba como es debido. Miro hacia atrás y entiendo por qué. El bolso zumba, vibra y tiembla, parece contener una colmena. «No sé», digo, y doy un paso hacia atrás. La oficial quiere saber si dejé sola mi vieja maleta de color café con la grulla de Lufthansa en la presilla y si habría sido por unos pocos minutos. ¿Y si ahora explota? La pregunta en los ojos de la oficial se refleja en mis ojos. Ya viene allí, de buena gana, un colega de la joven mujer y abre —viril, con un titubeo apenas perceptible— el cierre. Ahí está mi cepillo de dientes eléctrico, limpia el aire y zumba (*Bienvenido al siglo XXI*, zumba). «Lo siento», le pido disculpas. La mujer, el hombre y yo nos reímos. «Muy bien». Paso la frontera y se me ocurre que de esta manera hubiera podido pasar de contrabando *dos* paquetes de cigarrillos.

En mi bolsa-grulla que me habían regalado años atrás, cuando fui intérprete en una exposición patrocinada por Lufthansa, había un par de *e-mails* de Andreas, que imprimí. «Después de tantos años de malos entendidos de todo tipo, finalmente, podríamos estar juntos, vivir juntos, quiero decir, te podrías casar conmigo, piensa en ello, nos vemos pronto, saludo». Eres estúpido, Andrjuscha, digo (diez minutos después) a las máquinas expendedoras de *tickets*. ¿Qué más había en los *e-mails*? Andreas hablaba de un ejercicio, que propuso a sus estudiantes de germanística: él les entregó un episodio de un libro de Wilhelm Genazino como lectura, pero sólo una parte, la continuación tenían que inventarla ellos mismos. El protagonista recibe una tarea de un terapeuta (en el libro llamado «Asesor de Desastres»), y el hecho de completar esta tarea le ayudará en sus inquietudes mentales, claro, le liberará de ellas. Tiene que dejar en la ciudad una maleta vieja, llena de ropa vieja, para observar quién y de qué manera se lleva su maleta. El riesgo de que alguien entre los estudiantes de germanística ya conociera la novela y el desarrollo que se propone en ésta era casi nulo, insignificante, según Andreas. La mejor solución de los estudiantes, piensa él, era: La maleta permanece allí hasta la última hora de la noche, nadie se interesa en ella, el dueño de la maleta cae en una depresión peor aún: él ya no es requerido—cree ahora—, igual que su maleta. (Desde luego, el estudiante no podía saber que el propietario de la maleta en la novela era requerido en dos ocasiones, y que su problema continuaba igual).

Les propuse a mis estudiantes de germanística en San Petersburgo el mismo ejercicio (después de haber discutido la diferencia imperceptible entre *Kasten* y *Kästen*, *Schublade* y *Schieblade*, *Düte* y *Tüte*). Creía posible que mis alumnos ya conocieran el libro traducido al ruso, pero no.

Mi solución preferida: Se avisará a una unidad especial, y el objeto sospechoso será destruido, para descartar la posibilidad de que una bomba explote y, así, prevenir un posible ataque terrorista.

En el tren

Siglo V a. C. • 1453 • 1529 • 1714 • 1717 • 1787 • 1871 • 1917-1933-1934-1937-1941-1942-1943-1944-1945 • 1955 • 1973 • 1976 • 1982 • 1986 • 1987 • 1988 • 1989 • 1990 • 1991 • 1992 • 1995 • 2001 • 2002 • 2005 • **2006**

Dos horas más tarde, abro en el tren el paquete de cigarrillos, que sólo quería haber comprado para Andreas en el *duty-free*. Negarse el cigarro hace de un hombre un monomaníaco. ¿Un psicópata, después de haber estrangulado a su víctima en el bosque, también se pregunta si el placer del acto valió la pena? Coloco mi colilla, fumada hasta el filtro, en el cenicero del brazo y miro por la ventanilla del tren: los viticultores parecen como pescadores en la viña agitada por el viento. Si se mira en la distancia, los viticultores, con sus botas altas y los movimientos de barrido de las manos, se pierden de vista; las hileras de vides se vuelven como las líneas de un escrito, regulares y laboriosas, como si no pudieras descifrar los signos sólo por tu miopía.

Incluso los papagayos nos sobreviven, Andrjuscha, digo a las líneas. ¿Qué vamos a hacer con nosotros, Andrjuscha? Hace ya veinte años que nos conocimos, en un mundo que ya no existe, en un Estado que ya no existe, en una ciudad que así tampoco existe más, en un invierno en Leningrado inusualmente nevado. Bajo del tren. Está oscureciendo. El polvo del agua brilla en la luz de la linterna. Un hombre está parado bajo su paraguas, como en un estuche redondo, que lo separa de la luciérnaga de agua. Subo al metro y me desvío en los tiempos silenciosos de la terminada era soviética •

Traducción de Juaísca Rodríguez y Christina Lembrecht

Invitación a la Boston Tea Party

Yoko Tawada

Disfrazada como indio
lancé las cajas de té al Atlántico
Hojas marchitas se abren de nuevo en agua salada
La ceremonia del té más incómoda
del último siglo
No quiero que me controlen,
dijo el barco de vela, que se había convertido en una voluminosa isla
No alargar la espera, no beber nada
Trecientasveinticuatro zambullidas
en el líquido amniótico de la abuela
No hace mucho del día de la llegada
En aquel entonces yo dibujaba todavía olas triangulares en el [planisferio
Dentro, gaviotas y un monstruo con rostro de pescado

Einladung zur Boston Tea Party

Als Indianer verkleidet / warf ich die Teekisten in den Atlantik / Welke Blätter öffnen sich wieder im Salzwasser / Die ungemütlichste Teezeremonie / im letzten Jahrtausend / Ich will nicht mehr gesteuert werden, / sagte das Segelschiff, das sich in eine sperrige Insel verwandelt / hatte / Nicht abwarten, nichts trinken / Dreihundertzweiundvierzig Sprünge / ins Fruchtwasser der Großmutter / Der Tag der Ankunft liegt nicht weit zurück / Damals zeichnete ich noch dreieckige Wellen in die Weltkarte / Dazu noch Möwen und ein Monster mit Fischgesicht / Jetzt ist nur noch eine zittrige Linie übrig / Territorien auf der Torte der Terroristen / Unabhängigkeit / lohnt sich nicht / Ein ame-

Ahora queda solamente una línea temblorosa
Territorios sobre el pastel de los terroristas
La Independencia
no vale la pena
Una enciclopedia americana comienza con A y termina en A
Entre un comienzo con A y otro comienzo con A aún anterior
Entre una manzana del pecado con A y una manzana de la
[computadora con A
se encuentra mi buen humor
En el camino, adobé británicamente a un niño huérfano,
por aburrimiento
Entonces me vino la fiebre
en la húmeda fría flor de mayo
El mástil de enfrente mantiene juntos a los impacientes pasajeros
En una cabina, cada noche tiene lugar un transplante de voz
Nos multiplicamos, para poder asesinar de nuevo
Gaviotas que se burlan de nosotros y ponen sus huevos-plástico entre
[las olas
Me he quedado de nuevo dormida en el sueño
El ocaso se retrae hacia el húmedo borde de la cama
¿Qué sirena aún no está autorizada?
Pronto se colapsa el cielo
El Error de Programación Número Dos: un acontecimiento nocturno
Escucho sollozar una nave espacial

rikanisches Lexikon beginnt mit A und endet auf A / Zwischen einem Anfang und einem noch früheren Anfang / Zwischen einem Apfel der Sünde und einem Apfel des Computers / liegt meine Heiterkeit / Ich habe ein Waisenkind britisch gebeizt / Unterwegs, aus Langeweile / Dann bekam ich Fieber / in der nasskalten Maiblume / Der Vordermast hält die ungeduldigen Passagiere zusammen / In einer Kabine findet jede Nacht eine Transplantation der Stimme statt / Wir vermehren uns, damit wir wieder töten können / Möwen lachen uns aus und legen ihre Plastik-Eier zwischen zwei / Wellen Im Schlaf bin ich noch einmal eingeschlafen / Die Dämmerung zieht sich in die feuchte Bettkante zurück / Welche Meerjungfrau ist noch nicht habilitiert? / Bald stürzt der Himmel ab / Der Programmfehler Nummer Zwei: ein nächtlicher Fall / Ich höre ein Raumschiff schluchzen / Zum Glück ist sein Rumpf weich und winzig, / in diesem selbstironischen Kosmos / Unsterblich

Por suerte su fuselaje es tierno e insignificante
en este cosmos autoirónico
Inmortales, muchos signos zodiacales traicionan a su amo
y beben entre corales
Comienzo otra vez con la letra A
Con dedos escoriados y, sin embargo, curiosos
Dejar que se rompan las palabras, soplarlas
balbucearlas, y que zozobren los labios
Mi mentira tiene diez piernas
Son cortas pero resistentes al agua
Nací de una prueba multicelular
no tengo padres a quienes matar
Una foto de infancia:
Un barco de vela que golpeaba sus raíces en el océano
Un barco era antes un mensaje, una biblioteca, un hospital,
una escuela, un refrigerador
Un barco era un teléfono
Sobre cubierta, cuerdas vocales de extranjeros
Lo que aquí vibra, se convertirá en algún otro sitio en idioma
Elegir un número
mágicamente unido a ellas
Suena
Se interrumpe

viele Sternzeichen verraten ihren Chef / und ertrinken zwischen Korallen / Ich fange noch einmal an, beim Buchstaben A / Mit wunden Fingern und dennoch neugierig / Worte brechen, blasen / lallen und Lippen umkippen lassen / Meine Lüge hat zehn Beine / Sie sind kurz aber wasserfest / Ich bin aus einer Zellenprobe geboren / habe keine Eltern zu töten / Ein Foto aus der Kindheit: / Ein Segelschiff, das seine Wurzeln in den Ozean schlägt / Ein Schiff war früher ein Postbote, eine Bibliothek, ein Krankenhaus, eine Schule, ein Kühlschrank / Ein Schiff war ein Telefon / Auf dem Deck Stimmbänder der Fremden / Was hier vibriert, wird woanders zur Sprache / Eine Zahl wählen magisch verbindet sie / Es läutet / Es unterbricht / Es gleitet hinüber / rasch fliegt es ist namenlos / Es fährt in ein / Nicht-Wort / Der Wind stand mir gegenüber / ohne einen Plan, genau gefahren / vielleicht rückwärts / Weiter wie eine Windhose / Alles was duftet und rauscht / aufzählen

Se desliza por ahí
vuela rápidamente
no tiene nombre
Navega en una
No-Palabra
El viento astaba frente a mí
sin un plan, navegando puntualmente
tal vez de espaldas
Ancho como un torbellino
Todo lo que huele y cruje
enumerar y coleccionar
Hacer, para el día de la celebración,
una lista de asombros:
1. beber una clara arquitectura
2. amar las lámparas
3. no retraerse
4. entender un chiste incomprensible
5. no comer siempre con alguien
6. mantener la palma de la mano caliente
7. poder abrazar espontáneamente a alguien
8. expresar sólo lo extremo
9. ser adicto al *e-mail*
10. llevar consigo pequeños, controlados libros de citas
11. afinar cada línea y al mismo tiempo dibujar cada vez arcos más
[grandes

Versión de Marco Lagunas

und sammeln / Für den Tag der Feierlichkeit / Eine Liste der Bewunderungen aufstellen: / 1. Klare Architektur trinken / 2. Lampen lieben / 3. Nicht zurückziehen / 4. Einen böhmischen Witz verstehen / 5. Nicht immer mitessen / 6. Handfläche warm halten / 7. Jemanden spontan umarmen können / 8. Nur das Extreme aussprechen / 9. E-Mail süchtig sein / 10. Kleine, gebundene Notizbücher dabei haben / 11. Jede Linie verfeinern und dabei immer größere Bogen / zeichnen

Dimitré Dinev en México

Pável Granados y Marco Lagunas

Pável Granados: Dimitré, leer tu cuento fue una sorpresa, no pensé que fuera tan cercano; además creo que tenemos algunas similitudes en México, porque los escritores de nuestro país se han preocupado mucho por situar a México en el plano literario de Occidente. Quiero preguntarte si, como escritor búlgaro que escribe en alemán, has tenido ese interés de situar a tu país, Bulgaria, en ese plano literario.

Dimitré Dinev: Los búlgaros escriben más historias sobre Bulgaria. Yo entiendo que a veces se necesita algo de distancia para poder ver con claridad. Cuando alguien vive esa vida y siempre está obligado a sobrevivir, entonces te conviertes en otra cosa, sueñas con algo distinto y te dedicas sencillamente a escribir. Por eso buscas otro lugar, así sea en la fantasía, hacia donde llevas a tus personajes, no los dejas en su mundo. En Bulgaria muchos escritores escriben sobre Bulgaria, pero son textos muy experimentales, muy surrealistas, y no verdaderamente con un realismo crítico; no son textos realistas, porque sencillamente se han topado con esa sociedad y prefieren evadirse. Con eso pierde la literatura su conexión con la realidad. Eso es peligroso para una sociedad, porque cuando se le deja todo a los políticos sabes lo que sucederá. Creo que es bueno que la literatura esté siempre interesada en que se llame a cuentas a los políticos. Porque la literatura rompe ese monopolio de la política hablando sobre la historia de un país. Cuentas una historia distinta sobre aquel país. Me gusta mucho un autor suizo que hace lo contrario; su penúltima novela, por ejemplo, se desarrolla en México: su personaje sencillamente comienza a vagar, tiene muchas deudas, es una mala persona cuando vive en Suiza; entonces viene a México, experimenta una especie de iluminación y se convierte en una buena persona —con lo que un escritor suizo prefiere escribir una historia que se desarrolla en México.

PG: Noto que hay en tu literatura un apego a la realidad, un gusto por narrar lo real, lo cotidiano. Sabes perfectamente la situación en la que viven las personas, la relación con los obreros o los literatos. Pero en este sentido, en el de la identidad, ¿específicamente para quién escribes, para qué tipo de público? Y el hecho de que los austriacos vean en ti a una persona que llega a otro país, ¿qué crees que esperan de tu literatura, qué contenido les interesa de tu literatura estando en un país en cierta medida ajeno?

DD: ¿Lo que esperan? Se siente muy bien que mucha gente de Alemania o de Austria compre mis libros. Eso significa que se identifican con mis historias, con los personajes, aunque éstos provengan de otro país. Eso es algo que me anima a escribir; escribo historias que en general estén vigentes, que quien las lee las pueda entender, y da igual en qué sociedad viva. Para mí se trata de las cosas importantes de la vida, lo que mueve a cada persona, y que esa persona se haya sentido igualmente conmovida me parece muy positivo, así se trate de un público alemán o austriaco. Tal vez sea eso lo que tiene la literatura, esa capacidad de reconciliar a las personas. La literatura no puede salvar al mundo, pero por un instante aquellos que anteriormente habían odiado a los emigrantes, eran antimigrantes o racistas, de repente leen mis historias y se van a la cama con mi libro, y los aprecian. Alguna vez me ha pasado en lecturas en Austria que se acerca alguien y me dice: «Sí, ahora vemos de manera muy distinta a los extranjeros, con otros ojos».

PG: ¿Qué tanto valoras esta situación, sobre todo en un mundo en el que la discriminación y el odio a los emigrantes es el sino de la globalización? ¿Qué tanto valoras el efecto de tu literatura en los otros?

DD: Yo mismo no puedo hablar así sobre mis textos, sólo espero que provoquen algo. No puedo darles un valor específico. Uno ha visto en la historia que desafortunadamente los hombres no aprenden mucho de ella. Hay muchos actos de terror que han sido perpetrados por personas que de verdad leían mucho, personas que apreciaban el arte; los nazis en Alemania, que realizaron el Holocausto, que asesinaron a tantas personas. Sin embargo, como escritor tienes aún esa magia, la magia de la palabra, y uno espera que alguna vez ocurra algo profundo que cause una reconciliación en la Tierra, y entonces las personas nos ocupemos de otra cosa y no de los mismos temas en los que llevamos años y años, y que han provocado que haya tanta destrucción. Espero que pase algo

y que alguna vez nuestra conciencia cambie y podamos vivir de manera distinta.

MARCO LAGUNAS: Hace algún tiempo, Claudio Magris dio aquí una conferencia. En ella habló de que estaba contra la migración porque Italia tiene problemas por causa de los albaneses, por ejemplo... ¿Qué opinas de eso?

DD: La migración es desde luego un gran suceso en la historia de la humanidad. Los pueblos siempre han emigrado, han venido nuevos y nuevos pueblos. No es algo que se pueda detener, y creo que una cultura vive de esas influencias extranjeras. Es decir que una cultura solamente puede renovarse gracias a que llegan esas influencias de afuera. Si las rechaza, entonces en algún momento esa cultura desaparece. Cuando una sociedad no permite ninguna influencia, no puede sobrevivir. Es como en la biología, los cruces son las más interesantes mezclas. Los organismos que se mezclan más son los organismos que más información portan en sí mismos, y son biológicamente más capaces, y cuando deja de haber cruzas, esas especies desaparecen. Y así es en las culturas, necesitan de esas influencias, las necesitan para que ellas mismas no se agolpen. Necesitas algo que venga de afuera para poder vivir. Es como una competencia, tienes que reflexionar sobre tu propia cultura, porque en algún momento sabes que no tienes la suficiente distancia para ver lo que es valioso o no. Pero un extranjero lo sabe enseguida; cuando llega ve a la sociedad desde otra perspectiva. Y creo que en ese sentido..., yo estoy de acuerdo con eso. Creo que es muy importante la vida en el extranjero, del exiliado; creo que la migración es una necesidad primaria del hombre. Si uno toma la Biblia, también es una historia del exilio; los pueblos judíos migran de país en país. Así ha sido para todos. Y la Biblia está llena de esas historias, y éstas viajan de ahí a Europa, y de Europa a todo el mundo. Eso es la historia de la migración. Es algo que no se puede parar, los humanos vamos a seguir emigrando. A todos nosotros seguramente no nos gusta esa política de los Estados Unidos. Es un país donde los primeros pueblos llegaron de otros lugares. Los que construyeron el país eran emigrantes, y ahora es un país que pone tantas restricciones. Y, sin embargo, son un ejemplo del poder político del mundo. Una muestra de lo importante que es la migración. Ellos mismos la necesitan porque invierten en la gente: cuando saben de un gran matemático mexicano o de otro lugar se lo llevan de inmediato a los Estados Unidos. Conocen esa lógica, que precisamente esa

influencia hace fuerte a un país. La migración es un elemento importante de la cultura. Y me gustaría decir que, si no se da ese elemento, es una desventaja, no les favorece para seguir existiendo.

PG: Tu cuento «Una luz sobre la cabeza» me gustó mucho porque en él te refieres a personas, no a algo abstracto como un aparato de Estado, por ejemplo; sin embargo, se nota que atrás de esta narrativa está un tema muy complejo y muy grande, que es la caída del socialismo en Europa oriental. Quiero preguntarte qué tan actual es hoy, qué tan lejano, qué tanto peso tiene el tema del régimen socialista en Bulgaria o los europeos de Oriente.

DD: Todavía es un tema muy actual, que no se ha terminado de trabajar. En la conciencia de las personas ha pasado todo muy rápido. Y el problema de ese cambio es que no hubo ningún castigo para los culpables, por eso las personas sienten que han sido engañadas. No han experimentado una catarsis, han visto que los comunistas, o quienes se hacían llamar comunistas —en realidad no eran comunistas, sino grandes capitalistas, aunque había entre ellos también buenas personas—, metieron a mucha gente en campos de trabajo, les hicieron daño, les hicieron sufrir; realmente no se sabe a cuántos echaron a perder. Y uno se da cuenta de que después de ese gran cambio todos esos políticos no fueron castigados; se apropiaron del dinero que por décadas tomaron del pueblo y de un día para otro se hicieron grandes capitalistas. Entonces el pueblo, que fue explotado durante tanto tiempo, comprende que no hay un tribunal para eso, que no hay justicia en este mundo. Luego viene un gobierno distinto, pero sigue haciendo lo mismo, enriqueciéndose a costa del pueblo. Para una sociedad es muy malo que un pueblo pierda la confianza. En una sociedad así de incrédula viven muchas personas en Europa del Este.

PG: Nosotros también somos expertos en impunidad...

DD: Sí, sí, lo he escuchado. Es muy peligroso para una sociedad. Es algo lamentable, por eso la gente no cree en la justicia, porque las cosas siempre se quedan sin castigo... No es que se tenga que asesinar, o ser un tirano, pero sí que se vea que hay un proceso, que se está castigando. Así ha sido en toda la historia humana; en Alemania por lo menos hubo los juicios de Núremberg, eso fue algo. En cambio, en algunos países socialistas, los que antes eran comunistas ahora se llaman socialistas,

y ya pertenecen a la OTAN y a otras instituciones, pero siguen siendo las mismas personas, se vuelve a votar por ellas. Y aunque parece que han cambiado, las mismas personas vuelven a llegar al poder, y eso afecta a la sociedad. Y por eso la gente se seguirá ocupando por mucho tiempo de esa historia.

ML: ¿Qué importancia tiene en tu literatura la oralidad, el contar historias y también anécdotas?

DD: Valoro mucho la oralidad porque creo que, por ejemplo, la televisión hace que las personas desaprendan el idioma. Cada vez más van al cine, pero ése es un lenguaje distinto, es un lenguaje de las imágenes, y los diálogos que suceden son muy marginales, se mantienen en la memoria brevemente. Y uno no aprende el idioma correctamente. Tú aprendes correctamente el idioma al hablar, al contar; lo aprendes de una persona distinta que te está contando. Por eso valoro mucho la oralidad, porque con eso cada persona mantiene su individualidad, se realiza a través de la palabra. En cambio, con la televisión todo es igual, la gente habla las mismas frases que ve; uno tiene que encontrar la forma de expresarse, con sus propios medios, con sus propias palabras, como en un cuento; darle movimiento a un idioma es contarle a un niño una historia; entonces uno se da cuenta de las dificultades, porque el niño pregunta, y si la historia no es emocionante no querrá oírla, de manera que lo único que puedes hacer es siempre aprender a contar. Eso no lo puedes hacer con una película; cuando ves una película, enseguida tienes que volver a contarla, tienes que ponerla en palabras, y ver si la emoción aún permanece. Por eso valoro mucho la narración oral.

ML: ¿A qué literatura te sientes más cercano?

DD: Leo sistemáticamente a los rusos. De la literatura rusa prefiero los clásicos. Mi autor preferido es Chéjov. Tengo la suerte de poder leerlo en el original, tengo esa posibilidad y eso está muy bien. Durante años lo estudié con intensidad, y cuando me preguntan: «¿Has leído a Chéjov?», puedo contestar, «Sí, lo he leído todo». Hay una gran biblioteca en Viena que tiene todos los tomos de su obra. Tiene trece tomos en prosa y apenas uno de teatro. Es sorprendente que en un lugar de lengua alemana tanta gente sólo conozca al Chéjov dramaturgo. Hay cartas en las que dice: «Me obligaron a escribir obras de teatro». Y también: «Mis primeras obras de teatro fueron destrozadas por la crítica». Nunca se vio como autor de teatro. Y por eso dijo después: «No puedo escribir obras de teatro». Eso pensaba. Cuando uno conoce tanto a un autor, apenas tiene la impresión de qué tan bueno es; por ejemplo, los rusos valoran mucho a Iván Bunín. A mí también me gusta, pero de él hay sólo dos tomos que son buenos, y el resto más o menos. Con Chéjov los trece tomos son fantásticos, son libros magníficos. Amo también a Dostoievski y a Tolstoi. Hay cuentos de Turguéniev y algunos libros de Leonid Andreiév que me gustan. Y, desde luego, también están Pushkin y Lérmontov y Alexandr Kuprin.

ML: ¿Y sobre la literatura en lengua alemana?

DD: Mis preferidos son autores austriacos, de la monarquía austriaca. Joseph Roth es uno de mis escritores favoritos, también sus artículos para el periódico. Aún hoy, ningún autor de lengua alemana puede escribir así. También Egon Erwing Kirsch, que vivió aquí en México, estuvo durante la migración por causa de la Segunda Guerra Mundial. Y, por supuesto, Ödon von Hörvart, que escribió obras de teatro y prosas extraordinarias; lamentablemente no dejó mucha obra en prosa. *Judíos sin Dios* y *Niños de nuestro tiempo* son grandes libros. Me gustan porque aún tienen algo, son autores que hablaban muchos idiomas y se decidieron a escribir en alemán. Ellos traen algo a la literatura que los otros no tienen; Roth viene de Brodi en Ucrania, escuchó ruso y hablaba otros idiomas, también Hörvart hablaba otros idiomas. Por supuesto, yo también leí en la escuela alemana a Schiller y a Goethe, y me gustaron, pero no es lo mismo. No los quiero como a Joseph Roth; Schiller y Goethe no pudieron conquistar mi corazón. También Thomas Mann es para mí algo difícil, demasiado armado. Pero a Roth y Hörvart los quiero mucho. Hay muchos otros que no son muy conocidos, valoro mucho a Veza Canetti, la esposa de Elias Canetti. Era una extraordinaria escritora. Desafortunadamente no escribió mucho. Pero hay una novela corta, *La calle amarilla*, realmente bonita. Me parece que incluso uno podría decir que hizo más que Canetti. Casi se podría decir también que era una escritora excitante, experimentó mucho con el idioma desde muy joven. Escribía muy claro. Y también está otra escritora, Christine Lavant, una extraordinaria poeta que proviene de una familia de campesinos. Cuando Paul Celan se haya ido, yo diría que Christine Lavant permanecerá. Y no es tan conocida como Ingeborg Bachmann, por ejemplo, pero sus poesías son magníficas y también sus pocos textos en prosa son hermosos. Ella proviene de una vida difícil, de una familia grande, tuvo diez hermanos y hermanas.

PG: Durante la lectura del cuento «Una luz sobre la cabeza» me di cuenta de que tuvo muy buena recepción; pienso que tal vez se deba a que tu prosa es muy efectiva, es muy certera. Sobre todo, desde antes de saber que te gustaba Chéjov, lo relacioné con su literatura por la creación de atmósferas con una economía de recursos. Y ahora que dices que un lector está alejado de la literatura porque está el cine y porque está la televisión y muchos medios... ¿cuáles son tus recursos estilísticos para luchar por esta defensa de la literatura, para acercar a los lectores, para satisfacerlos?

Por supuesto, yo también leí en la escuela alemana a Schiller y a Goethe, y me gustaron, pero no es lo mismo. No los quiero como a Joseph Roth; Schiller y Goethe no pudieron conquistar mi corazón.

DD: Me gusta que me hayas comparado con Chéjov, porque él es tan... no sé. Aunque desde luego no me puedo comparar con él, porque es inalcanzable lo que ha hecho. Pero creo que esa reducción del lenguaje es una ventaja cuando uno escribe en una lengua extranjera. Uno lo puede hacer, me parece, más alcanzable en una lengua extranjera que en la propia, porque en la materna todo está a tu disposición y uno la aprende muy rápido. Uno ha recibido el idioma como un regalo y no lo valora. En la lengua materna uno siempre se puede engañar creyendo que tiene algo que contar. Pero en una lengua extranjera se debe ir directamente al grano. Te das cuenta como escritor. Yo comencé escribiendo en búlgaro y después lo hice en alemán, pero sólo al escribir en alemán descubrí que, como autor, uno necesita pocas palabras para expresar algo. Eso lo sabes sólo a través de ese camino. En la lengua materna experimentas mucho con el lenguaje, das muchos giros, adornas, pero con una lengua extranjera sabes que no necesitas mucho para contar una historia, sino más bien poco. En la literatura es así, como una regla de la fenomenología: entre más se reduzca, más posibilidades existen. O como decía Chéjov, que uno debe escribir de modo que encajen las palabras y la fantasía se expanda, que se expanda en los lectores.

PG: ¿El premio Nobel que recibió Elfriede Jelinek hizo que ella concentrara a los lectores, o les abrió puertas en general a los escritores austriacos?

DD: Creo que está muy bien que Jelinek haya ganado el premio; sin embargo, me parece que eso cierra un poco las puertas, pues significa que ahora lo tiene que recibir una persona de otra nacionalidad. Los escritores austriacos quedan fuera de poder ganarlo durante otros cincuenta años. Su literatura me parece muy buena, pero no puedo decir que pueda amar esta literatura. *La pianista* es un libro que tiene todavía una historia muy clara. Lo leí y me pareció bien, pero no puedo decir que sea uno de mis favoritos, y los demás libros todavía menos porque no son mi tipo de literatura. Prefiero leer a los clásicos o a otros, pero no a Jelinek ●

Nico Bleutge

SÚBITO ENCENDIDA

era de nieve la charla, su dura
nieve que en líneas se partía, dejaba
tras de sí las grietas del terreno, ella dijo
nieve, la voz, *de súbito encendida*.
la imagen colapsó, se avivó,
nuevamente. las cosas, los tonos
lucían semejantes, y casi el mundo
aguijoneaba, *ella era para mí terriblemente*
clara, se acercó sin palabras. su piquete
alcanzaba hasta los huesos, piquete
que iniciaba tras la nuca, campo de
gravedad que la nieve regía: sentar en el sofá
lo silente, la piel sostén y surco.

AUFGEBLITZT

es war von schnee die rede, seiner härte / schnee, der sich in spalten frißt und risse / im gelände hinterläßt, sie sagte *schnee* / die stimme, *aufgeblitzt*. das bild / sackte in sich zusammen, flackerte / noch einmal auf. die dinge, töne / schienen ähnlich, und die welt fast / angestochen, *sie war mir ungeheuer / deutlich, kam mir sprachlos nah*. bis / auf die knochen reichte dieser stich / der aus dem hinterkopf stammte, seinem / schwerefeld: das stumme sitzen / auf der couch, die lehne und / die rillen in der haut. oder die nach— / mittage, sonntags, licht / fällt vom fenster richtung

las horas meridianas, del domingo, la luz
caía de la ventana con destino al helecho,
el monitor en parpadeo cuando la mano,
aún caliente, cruzaba sobre él. era un soplo,
cercano, inpronunciado, la agudeza del oído
se tejió profundo. casi
parecía ser nieve, permanecía
tras sacudir bien la nariz, olor a polvo.

SIN COLOR

pensar en las manos, pensar en la red
mientras la hermana, sin haberlo pedido,
se mete al cuarto contiguo. la calma,
hálito extraño por los muros, té del domingo
que se enfría sobre la mesa,
que se enturbia. así reposa ella, los ojos
abiertos, y cada palabra la transita
sin tocarla. *no hablar*, no moverse
hacia el tapete. qué es lo que ahí muda de piel,
se vuelve estratos que se apilan entre sí.
eso cruje a lo largo de la médula,
se acuña una vez más en los huesos.
días bajo las plantas, vasos,
los escarceos en su cabello. colocar
las luces en los muros, fragancia de pinol.
no hablar, sólo cuando el huésped pregunta,
apenas cuando la mano, ajena mano,
es sacudida. y no olvidar postura
de la lengua. no los ruidos.
¿era eso un silbido tras la puerta?
¿era eso un jadeo, vapor de agua? nada
quiere ser resuelto, ser silueta, lo que se mueve
todavía luce muy duro. mudos,
inaccesibles, sus labios de niña, se ve
la red que teje su cabello, sus ojos exhaustos.
el rostro no toma color.

VERSIONES DE DANIEL BENCOMO

farn / der bildschirm knistert, wenn die hand, / noch warm, darüber fährt. es war ein wehen, / nahe, ungesprochen, das lauschen / wob sich tiefer ein. fast / schien es schnee zu sein, der blieb / ein ziehen in der nase, staubgeruch

NICHT FARBE

an hände denken, an das netz, / derweil die schwester, unbesprochen, / ins nebenzimmer geht. die stille, fremder / atem durch die wand, der sonntagstee, / der auf dem tisch schon auskühlt, / trübe wird. so liegt sie da, die augen / offen, und jedes wort zieht unberührt / an ihr vorbei. *nicht sprechen*, nicht / an die tapete gehen. was sich da häutet, / schichtet, nah sich aufeinander schiebt. / das kriecht die wirbel noch entlang, / drückt nach in den knochen. / die tage unter pflanzen, vasen, / das wellige an ihrem haar. die lichten / stellen an den wänden, der lysolgeruch. / *nicht sprechen*, erst wenn der besucher fragt, / erst wenn die hand, die fremde hand, / geschüttelt ist. und nicht den zungenstand / vergessen. nicht die geräusche. / war da ein zischen hinter der tür? / war da ein keuchen, wasserdampf? nichts / will sich lösen, zeichen sein, was sich bewegt / scheint doch zu verharren. stumm, / unnahbar, ihre kinderlippen, man sieht / das haarnetz, ihre müden augen. / es nimmt nicht farbe an, das gesicht

Andreas Altmann

LO ANGELICAL

el titubeo de los ojos, antes de encajarse
uno con otro, siempre mantiene la cabeza firme,

cuando a ella regresan desde lejos
los recuerdos y el tono del silencio

se eleva en la neblina. tardío el otoño
inclina una vez más su luz opaca hacia los árboles

y se tiñe con ellos al cruzar mediodía.
había ordenado la alcoba, de pie

junto al andén y con maletas, miré un convoy
en la distancia, pero nunca se acercó.

así transcurrieron los años. las frases que pude
pronunciar un día, eran resplandor cuando pensaba en
ella.

fue así como la vi. y poco salió de entre sus manos,
sólo una maleta con árboles y casas

y algunos angelitos de madera, a los que alguna vez
quité las alas. mas yo era muy pesado para usarlas

y ya era un veterano de la vida.
las puse tras su espalda.

TERRENO INDUSTRIAL

el sendero pierde sus trazas bajo los arbustos.
quizá sea el único que todavía lo sigue.

la corteza floja de los árboles golpea contra el viento,
que la esparce. la fábrica cercana está vacía. y

DAS ENGELHAFTE

das zögern der augen, bevor sie ineinander / übergehen, hat immer den kopf festgehalten, // wenn sich erinnerungen zu weit nach ihm / umdrehten und der klang des schweigens // im nebelrauch aufstieg. doch der späte herbst / strich noch einmal sein mattes licht in die bäume, // das sich über mittag mit ihnen einfärbte. / ich hatte das zimmer geräumt, stand mit // den koffern am bahnsteig und sah einen zug / in der ferne, der aber nicht näher kam. // so vergingen die jahre. sätze, die ich hätte / sagen können, glänzten, wenn ich an sie dachte. // so sah ich sie. und gab sie nicht mehr aus der hand, / wie den koffer mit den bäumen und häusern // und ein paar holzengeln, denen ich die flügel / abgenommen hatte. aber ich war zu schwer // für sie und zu lange am leben. ich trug sie / hinter ihrem rücken.

FABRIK GELÄNDE

der weg verliert seine spuren unter den sträuchern. / vielleicht bin ich der einzige, der ihn noch geht. // das lockere holz der bäume klopft gegen den wind, / der es verstreut. die nahe fabrik ist geräumt. und // die mauern beginnen, sich ein geheimnis zu suchen. / es wird erzählt,

comienzan los muros a buscarse un secreto.
se dice que lanzaron maquinaria a las aguas.

y que en invierno la nieve hizo herrumbre.
los que ahí trabajaron, muchos ya están muertos.

hay una cerca que disminuyó su altura
y ahora es sólo una palabra del pasado.

los letreros precautorios fueron retirados. recibí
sus palabras pero no reunidas. apenas los tornillos

que las sujetaban, siguen prendidos en sus huecos.
los rumores del viento se alejan de aquí.

sólo al ver los restos de la cerca me di cuenta
que el sendero bordeaba la fábrica y no tenía

salida alguna, cuando en él te encuentras.

Versiones de Daniel Bencomo

sie haben maschinen im see versenkt. // und sein eis hätte im winter rost angesetzt. / viele, die hier gearbeitet haben, sind schon tot. // es gibt einen zaun, der an höhe verloren hat / und nur noch ein wort aus der vergangenheit ist. // die warnenden schilder wurden entfernt. ich bekomm / ihren text nicht mehr zusammen. nur einige schrauben, // durch die sie befestigt waren, stecken gebogen im loch. / die geräusche des windes entfremden sich hier. // erst an den resten des zaunes hab ich bemerkt, daß sich / der weg nur um die fabrik drehte und eigentlich keinen // ausgang hatte, wenn man sich einmal auf ihm befand.

Timo Berger

Jardín Botánico

Nada de loros estridentes ni de salvajes
desnudos, las primeras imágenes de la ciudad
a orillas del río de enero aparecen con un dejo
de rojo: Giselle y su auto

Pasión: un escarabajo de color huevo lleva
la *nouvelle vague* con un zumbido afónico
por las curvas: *ningún taxi-boy*
va a ensuciar este vehículo

Contra el espejo retrovisor golpetea Elvis
The King, de ebonita, una promesa
de sexo, mientras tanto, detrás de nosotros,
se baja una barrera de lacre blanco

Botanischer Garten

Kein Papageienspött, kein nackter / Wilder, die ersten Bilder von der Stadt / am Januarfluss stellen sich mit leichtem / Rotstich ein: Giselle und ihre Auto // Liebe: ein landeifarbener Käfer trägt / die *Nouvelle Vague* heiser schnurrend / durch die Kurven: *in dieses Gefährt / macht mir kein Taxi-Boy Flecken //* Gegen den Rückspiegel klatscht Elvis / *The King*, aus Hartgummi, ein Sex / Versprechen, während sich hinter uns / eine weiß gelackte Schranke senkt // Der erste Sicherheitsring, *wir leben* / sagt Giselle, *auf der Habenseite der Stadt*, die unten in den Tälern / jede Nacht die Nacht überfällt

El primer círculo de seguridad, *vivimos*
dice Giselle, *en el lado acreedor*
de la ciudad, que, abajo en los valles,
cada noche asalta la noche

Eterna constelación de pocos segundos

En el carril de giro hacia *The Girl from Ipanema*
aúlla una cuatro por cuatro, los altoparlantes a todo volumen

Una coma puede resultar gatillo
En el terreno, sin garantía, se reparten

caramelos. En la secuencia del semáforo un billete
de lotería *para viajar hacia la felicidad* de los segundos congelados

En el rabillo del ojo, estático, un avisador de movimientos: *la ciudad*
es como champán, se sube rápido a la cabeza

Delante de nosotros, en el tránsito taconeante
un motoquero, *de casco y arnés livianos*

Su remera habla *hijo de ricos igual playboy*
hijo de pobres igual motoboy

Versiones de Cecilia Pavón

Ewige Konstellation weniger Sekunden

Auf der Abbiegespur nach The Girl from Ipanema / bellt ein Jeep, die Boxen am Anschlag // *Ein Komma kann ein Abzug sein* / im Gelände, ungesichert, wird Kandis // Verteilt, über die Ampelphase ein Lotto / *Fahrschein ins Glück* für gefrorene Sekunden // Im Augenwinkel fest, Bewegungsmelder: Die Stadt / wie Champagner, steigt schnell zu Kopf // Vor uns im zeitweilig stöckelnden Verkehr ein Motorrad / Kurier, *leicht behelmt und beharnischt* // Sein Hemd weiß *Reichensöhnchen Playboy / Sohn aus armen Hause Motoboy*

Ann Cotten

Es bueno y necesario no verse uno mismo

Mar pequeño,
nadan dentro sus ojos.
Exprésalo salvaje,
para que nadie pueda verte.

Piensa honradamente,
así tú mismo no puedes verte,
niño desnudo
que pronto se esfuma.

Es ist gut und notwendig, sich selbst nicht zu sehen

Kleines Meer, / darin schwimmen seine Augen. / Formuliere wild, / damit man dich nicht sieht. // Denke redlich, / dann siehst du dich nicht selbst, / nacktes Kind, / das schnell geht.

Ocurrencias depravadas

Si un dolor ahí estuviera,
vendría entonces hacia mí, pensaba,
mas no pude tenerlo.
Vivir bien en la carencia de ideas
ésa era la utopía
no realizable, no con ellos,
no conmigo. ¡Y qué con el dolor!
Podría ser algo para mí.
No quiero lo que hace.
Quiero ser una muchacha,
quiero reiniciar la vida,
humilde y con afeites que seducen,
y no que sea a la inversa,
plantarme a cuatro patas,
mirar a cuatro patas.

Einfälle von Verderbnis

Wenn ein Schmerz da war, / dann gebührte er mir, dachte ich / und konnt ihn doch nicht haben. / Aus Einfallslosigkeit gut leben / so war die Utopie / nicht machbar, nicht mit ihnen, / nicht mit mir. Und doch der Schmerz! / Er wäre was für mich. / Ich will nicht, was er tut. / Ich will ein Mädchen sein, / das Leben neu beginnen, / mit teuren Cremes und Demut, / und nicht verkehrtherum / auf allen Vieren stehen, / auf alle Viere sehen.

Nostalgia del trabajo

Si los paraísos,
brama Bezrukov en la primera línea,
nunca más aparecieran, entonces
la conciencia grave en demasía

Debes haberlos construido tú, vano artefacto!
No venían con tu cerebro incluidos.
Descubrir cómo tu forma licenciosa de trabajo
puede ser tan dura como un reino de plomo.

Brama, Bezrukov, la final línea:
Señora, sea poeta y siga en ello!

Versiones de Daniel Bencomo

Sehnsucht nach Arbeit

Wenn die Paradiese, / brüllt Bezrukov die erste Zeile, / nicht mehr ziehen, da / das Gewissen zu schwer // Du musst sie selbst gebaut haben, du eitles Ding! / Sonst kriegst dus nicht mit deinem Hirn zusammen. / Erfinden, wie deine liederliche Art von Arbeit / so hart werden kann wie ein Reich aus Blei. // Brüll, Bezrukov, die letzte Zeile: / Sei Dichter, Frau, und bleib dabei!

Swantje
Lichtenstein

DISGUSTO

un giro y un avance de tornillo, una errancia
por el viento y el señor sinsentido.

muy en medio y adentro, desde afuera
atraviesa y no me apremia, no lo hace consigo.

sobre mí el descontento. traqueteo y pie
cavante yo emprendo la huida, tropiezo

y me levanto y me hago fundición. hecha crisálida
y costura, antes enviada, permanece distinguible

la figura y permanece. ahí
se encuentra y aguarda por destinatario

MISSMUT

ein drehen und schrauben, ein ziehen / in der winde herum und herr keiner sinne. // mitten durch und innen, von aussen kommt / es durch und drängt mich und dräut sich // nicht. unmut über mir. rattern und scharren— / den fusses laufe ich los, stolpere und // stehe auf und gehe zugrund. verpuppt und / zugnäht, vorm verschicken, die gestalt // bleibt erkennbar und bleibt. dann steht / sie dort und wartet auf den empfänger.

AL INICIO

piezas en crudo, al rock convertidas, se pierden
en la plataforma de las almas, hacen nido
en los estados de ánimo,
vienen desde atrás y suben

al gran shuttle de la nostalgia,
el corazón y yo, unidos y en
puenteo sobre el test de
raciocinio, al pie de la ciudad eterna,

me arrastro por maleable maleza
y resbalo más hondo en el pantano.
prisionera sin traza de lo visto,
gano ligera y asciendo.

Versiones de Daniel Bencomo

AM ANFANG

verrockte rohlinge tauchen unter / im überbau der seelchen, nisten / sich ein in den befindlichkeiten, / kommen dahinter und steigen um // in das große sehnsuchts-shuttle, / das herz und mich, verbindet und / überbrücken den rationalisierungs— / check am anfang der ewigen stadt, // stapfe ich durch das dichte dickicht / und sacke tiefer in den sumpf. / gelange leicht und spurlos gefangen / ins gesehene und wachse hinaus.

Viaje al hielo

Raul Zelik

La llegada al país que existe/que no existe es indefinida. Frente al edificio del aeropuerto hay un muro de calefacción, la lluvia es helada, del cielo caen diminutos copos de nieve. Sol abrupto, viento vertical huracanado, cristales de hielo que arden en la piel. Me pongo al hombro la mochila, maleta o bolsa, un negro asiático de rostro totalmente blanco me guía hasta su taxi rojo-amarillo-azul y me lleva a la estación del tren. Viajo en ferrocarril, autobús, teleférico, *ferry*, y por fin llego, la duración del viaje no se puede establecer con precisión, debe mantenerse ambigua, aquí es donde termina el mundo. Frente a mí hay un glaciar que parece derretirse.

La tierra de nadie que se extiende aquí, en medio del clima templado de los trópicos subpolares, es un lugar de indefinición. Un lugar en el que los objetos se encuentran simultáneamente en todos los estados imaginables. El reino de la física cuántica.

Muy cerca del glaciar, directamente junto a las palmeras, tomo un cuarto en el hotel que me indicaron, que me fue señalado en un mensaje en una botella, y acomodo mi ropa en el armario. No estoy muy seguro de cuánto tengo que esperar. El mensaje decía únicamente que me recogerían, que cualquier día de las siguientes semanas pasarían a buscarme al mediodía al hotel.

Que *él* me buscaría —el autor del mensaje en la botella. Desde hace 22 años ubicado en ninguna parte.

Mi viaje al país que existe/que no existe comenzó en una playa del Mediterráneo. Yo estaba tirado de panza en la arena, mi hijo corría, aún con ciertos esfuerzos, tres años de edad, detrás de una pelota de plástico, y entre tanto me contaba de un gato al que le había dado de comer en la mañana y al que quería alimentar de nuevo por la tarde, mientras me rociaba granos de arena en la espalda que se quedaban pegados.

Exhalé un gemido —por el peso del niño, del calor, de la lectura.

Yo llevaba un libro cuya portada mostraba a un hombre en el interior de un cubo de hielo. La novela estaba escrita en una lengua extraña que yo alguna vez había aprendido rudimentariamente, pero que sólo entendía de manera nebulosa. No sé bien si esa lengua existe en realidad. A pesar de que era mucho lo que no me quedaba del todo claro, entendí que el libro trataba de un enfermero que había huido de su país y que vivía en un pueblo del Caribe —entre bananos y palmeras. El escenario donde se desenvolvía me resultaba familiar: lluvia tamborileaba sobre el techo de eternit, niños corrían descalzos por la orilla del río, la aleta dorsal de un tiburón cortaba la superficie de una laguna que se veía como luz de luna llena fundiéndose en un espejo.

Tuve la sensación de que los pasajes que leía, que acababa de traducir, y que traduciría otra vez, ya me eran conocidos. Como si yo hubiera estado vinculado de alguna manera invisible con el texto o con el autor del texto, y por la cabeza me pasó rápidamente el término *acción sobrenatural a distancia*, el cual había yo leído en una revista de ciencias naturales.

El libro relataba cómo un enfermero se *helaba*, se convertía en hielo. Se quedó sentado sin moverse en su choza de madera, dejó de reaccionar cuando le hablaban, perdió la memoria y la palabra. Una mujer, una conocida, acudió en su ayuda. Decidió llevarlo con un amigo de la infancia que vivía en otro país más al sur, y que había ido a la escuela con el enfermero. Sin embargo, en el camino a ese lugar fueron detenidos temporalmente por las autoridades y tuvieron que refugiarse en un sanatorio, cuyos fundadores alguna vez habían huido del mismo lugar de donde ella lo había hecho —sólo que 50 años antes, cuando ahí estaba en pleno la guerra civil.

Traduje o traduciría o ya había traducido que alguien se acordaba de su época escolar, la cual había transcurrido junto con el enfermero, entonces todavía un niño, en un internado de jesuitas, y también que otro narrador, quien le vaticina al amnésico enfermero un viaje como si hubiera sido capaz de asomarse al futuro —como si los sucesos sobre el eje temporal pudiesen estar alineados al mismo tiempo en distintos puntos: el enfermero, continúa la narración, habrá de acompañar a un científico enfermo de cáncer a una expedición a la Antártida. Al hielo. Justo al sitio donde todo está congelado.

Tuve dificultades para seguir esta historia. Mi hijo llegó con una cubeta de plástico repleta de arena y quejándose del sol. El viento cambiaba las páginas. Demasiadas palabras me eran desconocidas. No obstante advertí que en el texto se hablaba de lenguaje, de planos temporales, antro-

pología, Lévi-Strauss, Rimbaud, Conrad, Heidegger, Foucault, Melville, Benjamin, Salinger, Fassbinder. Las referencias y las imágenes emergían como icebergs, marcaban interrogantes y seguían su camino. Era una vista majestuosa cuando los rayos de sol se quebraban en el agua frente a ellos.

Lo que leía me gustaba, aunque sólo pudiera avanzar de frase en frase, naufragando continuamente con las palabras que ignoraba. Las imágenes me agradaban, en la medida de lo que entendía, los sitios los conocía yo: la costa del Caribe donde el enfermero se heló, la ciudad sudamericana en cuyos suburbios se encontraba el sanatorio, el pueblo de Vizcaya donde se localizaba la escuela jesuita, e igualmente los personajes me resultaban familiares: su historia, el motivo de su huida, que se daba por sobrentendido, o sea que no tenía que ser explicado. El relato se desarrollaba en un lugar que existía/que no existía, pero que yo conocía muy bien.

En ese sentido no me sorprendió cuando a los pocos días llegó mi hijo con una botella que había sacado del agua. En esa época el mar le daba miedo y no se acercaba mucho a las olas. Esa mañana, sin embargo, había estado jugando con su tío, quien sólo le lleva once años, por lo que se atrevió a meterse al agua un poco más. Seguramente fue también que la botella despertó su curiosidad, pues la sostenía con ambas manos cuando llegó a enseñármela. El vidrio de la vieja botella estaba embarrado de una delgada capa grasosa, y sin embargo me percaté al instante de que no estaba vacía.

Mi hijo, sentado junto a mí, sabía ya lo que contenía la botella: él estaba familiarizado con historias de ese tipo, incluso algunas veces le dio por excavar en busca de tesoros. Como su tío se había metido al agua para nadar, podíamos guardar el secreto entre nosotros, y nos hicimos el juramento de que en el futuro tampoco habríamos de revelarlo.

No me resultó fácil abrir la botella. No tenía nada más un corcho, sino que estaba sellada herméticamente con brea y plástico. Cuando por fin pudimos deshacernos del pegajoso tapón, nos enfrentamos con el siguiente problema: el contenido no cabía a través del cuello de la botella. Me sentí contento de que mi hijo no fuera todavía un poco mayor, pues ya desde entonces habría estado preguntándolo todo, como ocurrió en efecto uno o dos años después, cuando me vi forzado a reconocer que aquello que vimos era imposible. Dentro de la botella había un pequeño paquete envuelto en plástico sudado. Alguna vez supe que hay barquitos de madera que se construyen en el interior de botellas. Pero este paquetito no había sido armado dentro de la botella, y al mismo tiempo era demasiado grande como para pasar por su cuello.

Como mi hijo no se percató de esta extraña peculiaridad, ambos pudimos ignorar que evidentemente teníamos en las manos algo que existía/que no existía. Mi hijo me presionó para que extrajera el pequeño paquete que —como él subrayó— contenía el mapa del tesoro. En la playa hubiera llamado la atención que rompiéramos la botella; además no había a la mano ningún objeto lo suficientemente duro como para quebrar el vidrio. Recogimos entonces nuestras cosas de playa, ropa y libros —los *Ladrones* de Ungerer y la novela acerca del enfermero enfermo—, le hicimos señas al tío de mi hijo, que acometía olas trepado en una pequeña tabla, y subimos por el sendero de arena que conducía a nuestra casa, y que en invierno se transformaba, así había ocurrido hasta ahora, en el lecho de un caudaloso arroyo.

Una vez que estuvimos en un lugar tranquilo donde nadie nos podía ver, buscamos dos piedras grandes para entre ellas sujetar la botella. Luego le dije a mi hijo que se pusiera a resguardo, por si salían volando algunas astillas de vidrio. Tomé una tercera piedra y apunté: cuatro veces tuve que lanzarla sobre la botella inmóvil hasta que por fin el vidrio se quebró; nos acercamos con cuidado, como si temiéramos que el espíritu de la botella se nos pudiera aparecer.

Mi hijo conocía la historia de Aladino, y le parecía terrorífica por el genio. Pero lo tranquilicé cuando cogí el paquete con la mano y le expliqué que se trataba de un espíritu que era bueno con nosotros —me siento vinculado con el amo de ese espíritu a través de una enigmática acción a distancia. Mi hijo se rió de mí porque creyó que estaba diciendo tonterías. Rompí la envoltura de plástico, y él quedó desilusionado de que el mensaje no consistiera de un rollo de pergamino, sino de una USB-*stick* de color azul que al reverso tenía pintada una pequeña M blanca. Sin embargo, mi hijo se alegró cuando le expliqué que la letra que venía escrita sobre la cubierta de plástico de la memoria portátil de computadora era la inicial de su nombre, y que ahí podrían estar almacenados millares y millares de mapas de tesoros.

Al regresar a la casa me figuré qué pasaría si acaso el mensaje en la botella contuviera realmente millares de mapas de tesoros, los cuales tuviéramos que investigar entre todos para luego salir a una búsqueda de tesoro multiplicada por miles. También esta idea tenía algo de física, o mejor dicho, de astrofísica. El tiempo que se requeriría para ello se movía en magnitudes que sólo me podía imaginar apoyándome en la vida de las estrellas. Y así nos fuimos platicando mi hijo y yo todo el camino de vuelta a la casa acerca de las luces que por la noche se ven en el cielo, a las que llamamos soles.

Tuvimos suerte. Cuando inserté la USB-*stick* en la computadora, se me solicitó un *password*. Intenté con *Zutik lurrean kondenatu*, un verso de una canción en la lengua del libro que estuve leyendo en la playa, mientras que mi hijo propuso el nombre del gato al que le había dado de comer. No estoy muy seguro de cuál de los dos *passwords* fue el que liberó al genio, tal vez fueron ambos. Lo cierto es que el espíritu pudo librarse del candado de datos, nos saludó amistosamente y nos proporcionó un mapa del tesoro, así como la información necesaria para emprender el viaje.

Para este momento ya estaba yo algo fastidiado, ya que era evidente que los eventos se habían presentado de manera simultánea: el mensaje en la botella debió de haber sido escrito y encapsulado cuando nosotros le estábamos poniendo un nombre al gato, que entonces era recién nacido. No obstante, el contrato con la editorial para traducir el libro que estaba leyendo sólo lo firmaría yo varias semanas después, luego de haber regresado a Alemania. El viaje para encontrarme con el autor, por otro lado, era resultado del trabajo de traducción pendiente. ¿Cómo podía ser, me preguntaba yo, que eventos dispuestos en distintos puntos del eje temporal pudieran estar de pronto interconectados?

Yo sabía, sin embargo, que lo mejor era no hacer preguntas. El autor del libro, quien me invitó a visitarlo, vivía en la clandestinidad. De joven había sido revolucionario y había sido condenado a muchos años de prisión. No obstante, más de veinte años atrás había conseguido fugarse finalmente de la cárcel. Eso yo lo sabía. Cualquiera que conociera sus libros lo sabía. Cuando mi hijo me preguntó por qué el mensaje en la botella contenía una carta justamente para nosotros, y cómo podría haber sabido el remitente que estaríamos sentados en la playa, le respondí que si bien considero encomiable tratar de comprender lo más que se pueda en la vida, por otro lado también existen cosas de las que da completamente lo mismo si se las entiende o no. Por supuesto que esta idea la expresé con palabras más sencillas: *Hay cosas que no se pueden entender. Simplemente son así. Y si son hermosas, qué mejor*. Mi hijo, quien es bastante comprensivo, asintió con la cabeza, y entonces tomamos la pala que se guardaba a un lado de la casa y nos dirigimos, con ayuda del mapa del tesoro que habíamos recibido, detrás del olivo a buscar algunas monedas antiguas, las cuales yo dejé caer inadvertidamente en el hoyo cuando mi hijo se distrajo con un gato que nos rondaba. Cuando poco después encontró las monedas en la tierra, se puso muy contento, y le agradecimos al remitente del mensaje en la botella, quien —a pesar de no conocernos— por lo visto conocía bien los alrededores de nuestra casa.

Por la noche les conté a los demás —habíamos encendido una fogata, mirábamos las luces en el cielo a las que llamamos estrellas, mi hijo se había quedado dormido junto a nosotros en un catre— del libro que estaba leyendo. A mi hijo le había prometido no mencionar lo del mensaje en la botella, y quise ser fiel a nuestro juramento. Pero sí les hablé de quien lo envió. Les dije que hace 20 años, en las fiestas de pueblo en su país natal se acostumbraba cantar, es decir aullar, una canción punk cuyo refrán era el nombre de este escritor. Conté que ese hombre había crecido bajo la dictadura, que junto con sus amigos *queríacrearliteratu-ravanguardista*, como él mismo escribió, *pero eso no resultaba tan fácil, lo único que conseguíamos era poner letras juntas en hilera y combinarlas al azar*, y también que después ingresó a la organización clandestina que luchaba, o creía luchar, por la revolución mundial socialista. A los 22 años fue a prisión, dije, bebíamos vino y comíamos salchichas, y seguí contando —no sé si a los demás les interesó— que el escritor publicó su primer libro mientras estuvo en la cárcel, gracias a lo cual un escritor alemán famoso, el autor de *verteidigung der wölfe* [en defensa de los lobos], lo visitó en el reclusorio. Este visitante, en todo caso, reportó aspectos primordialmente negativos, o falsos, al respecto las opiniones están divididas, acerca de su colega en cautiverio, lo que me parece mezquino pero no me sorprende demasiado, ya que con frecuencia *los mayores enemigos de los lobos eran al principio también obvios lobos*. (Estoy seguro de que nadie se fijó en el juego de palabras que intenté, ya que el poemario al que estaba yo aludiendo era muy viejo, y además yo lo tuve por casualidad en las manos sólo un par de días). Como la fogata seguía crepitando y nadie mostró intenciones de interrumpirme, seguí hablando. Comenté que el escritor del libro que yo habría de traducir (o que ya había traducido) había escapado de la cárcel en una caja de altavoces, se había evadido a través de varios países, y luego había desaparecido por completo de la faz del planeta. Sólo gracias a sus novelas se sabía de él, afirmé, y cité una frase que había tomado de alguna parte: *Nadie sabe dónde se esconde, pero todos esperan su siguiente libro*. Y luego dije —y me intriga todavía de dónde habrá podido saber el remitente del mensaje que semanas más tarde yo estaría empleando justo esa metáfora— que sus libros eran como mensajes dentro de botellas que él soltaba desde un lugar secreto, con fe ciega en que llegarían a sus destinatarios. Como la memoria de computadora, pensé, que mi hijo había pescado en el mar.

Regresamos de las vacaciones a nuestra casa, y le propuse a la editorial la publicación del libro que aún no había terminado de leer. No requerí de mucho poder de convencimiento, lo cual agradecí. Los días que siguieron comencé a trabajar, y me preguntaba por qué era yo capaz de traducir de una lengua que no entendía —y también si acaso no se trataba aquí de una acción sobrenatural a distancia. Una de esas tardes, al ir a recoger a mi hijo al jardín de niños, hice —todavía inmerso en el trabajo— un comentario al respecto, a lo que mi hijo, un tanto precoz, replicó: *Hay cosas que no se pueden entender. Simplemente son así. Y si son hermosas, qué mejor*.

Tiempo después emprendí mi viaje. Mantuve mi promesa y no le conté a nadie. Obviamente tenía yo miedo, pues aunque el escritor clandestino, como él había escrito, viviera en una patria hecha de palabras —una formulación que me pareció dudosa, ya que el escapar de la estrechez de la patria siempre fue para mí una motivación para leer—, en el camino hasta allá era posible ser detenido por las autoridades. Todo contacto con la organización a la que el escritor clandestino pertenecía, había pertenecido o podría quizá volver a pertenecer en el futuro, era perseguido de la manera más rigurosa.

Por eso leí una y otra vez las indicaciones que había recibido junto con el mensaje en la botella. El viaje es largo y pesado, decían, y el que todo vaya a funcionar no puede garantizarse, el viaje conduce, acaso lo intuyo, a lo más profundo del hielo. Nervioso realicé los preparativos, compré un boleto de avión, planeé la conexión por aire y las demás conexiones, salí de la casa donde vivo una mañana de invierno o de otoño, acaso era a principios de año, una temporada que existe/que no existe, le di un beso a mi hijo todavía dormido, a mi mujer, lancé una impulsiva oración al cielo, metí el libro de la cubierta blanca en la maleta de viaje.

Del aeropuerto del lugar de mi llegada me trasladé en autobús al centro de la ciudad, tomé el metro, escalé un monte a través del bosque, me cambié de ropa, observé entre los matorrales que nadie me hubiera seguido, bajé por el otro lado de los cerros. Un *jeep* me llevó de vuelta a la ciudad, donde —ya estaba oscureciendo— entré sigilosamente a la estación de autobuses. Viajé durante la noche a través del país hasta un lago, el mar, un río. Hacía frío o calor, en el muelle había inuits o *indígenas* [en español en el original], el sol que amanecía era blanco o rojo. Tomé un *ferry*, aunque quizás era solamente una chalupa, que de prisa o sosegadamente luchaba con oleajes crecidos o dejaba su rastro sobre aguas lisas como espejo.

Pensé en mi hijo, en mi novia embarazada, en Rimbaud, en Fassbinder, en las leyes de la física cuántica —que, como se entiende, no entendía yo.

Cuando la embarcación atracó yo estaba mareado. Como el hombre de la novela, como el enfermero que acompaña a un científico moribundo en su viaje a la Antártida, su *último* viaje. ¿Pero aparece en realidad mareado el enfermero, o sólo me lo imaginé? ¿Acaso no me había vuelto yo parte de la historia? ¿Un capítulo del libro, un mensaje en una memoria portátil de computadora que alguien arrojó al mar para que alcanzara, es decir encontrara, a su destinatario?

Doy fácilmente con el hotel junto al glaciar, y así comienza, por último —fin e inicio de una travesía—, la espera. Estoy recostado en la cama que forma parte del austero mobiliario del cuarto de hotel, el calor me hace caminar por la habitación tiritando de frío, cargo en la mano libros que no puedo leer, o emprendo, cuando la intranquilidad se vuelve intolerable, el mismo paseo desesperado que hago siempre. A lo largo de las palmeras, pasando por el glaciar, de vuelta por los edificios planos. El aburrimiento del tiempo voraz, que es el rasgo más notable del viaje, me fatiga, quedo extenuado de nada. Ya llegué, aún no llego, y trato de estructurar el día, de dividirlo en unidades, y de darle un ritmo. Ni al hijo ni a la novia puedo llamarles —desde aquí, desde el limbo.

En la madrugada me despierto con el horario movido, respiro en la ventana ese aire que huele a montañas altas, a desierto, a ciudad pequeña, intercambio frases tímidas con los empleados del hotel que sirven el desayuno, percibo la soledad de esa patria que es la lengua —la única patria en la que es posible vivir; *déjennos*—, vagabundeo. Y llevo siempre en mi bolsillo, lo que no deja de ser un tanto cómico, el cuaderno con las preguntas sobre la traducción, como si tuviera que estar preparado en todo momento por si acaso fuera sorprendido de improviso por el autor del mensaje en la botella. Conté los días, que transcurrían lentamente, y luego dejé de contarlos, porque me dijeron que en este país todo es indefinido, todo *debe permanecer* indefinido. Tengo la sensación de que así, sin contarlos, ni siquiera transcurren. Y por supuesto me pregunto también qué es lo que en realidad espero de este encuentro, pues se sobrentiende que el fugitivo desconocido es sobre todo una proyección propia.

Un café con mesas vacías, una banca en un parque con vista panorámica, una caja de frutas que se quedó tirada al borde de la calle. A veces

me arde la cabeza, siento las extremidades entumidas, el hielo parece retroceder en la distancia. Cuando aparecen los hombres de la basura, todavía de madrugada, alzando con dificultad los pesados tambos de las entradas de las casas hasta el contenedor, tengo la sensación de que este país que existe/que no existe es un país sin certezas.

Un país en el que se puede vivir espléndidamente. Déjennos.

Una patria en continuo movimiento.

Y entonces, después de algunos incontados, incontables, incontabilizables días, hemos llegado finalmente hasta acá. En el horizonte, esa franja especular entre el cielo y el agua, el cielo y la tierra firme, el cielo y el infierno, que siempre queda indefinida, se arrastra, reflejado, un bloque blanco, un iceberg doble que parece estar temblando. Es el día en que en la tierra de nadie se genera un no lugar. Una *heterotropía*, se me ocurre, éste también un concepto sacado del libro, un lugar fuera de todos los lugares, como lo formuló el autor del mensaje en la botella, un sitio no romántico. Omito mi caminata matutina y espero en el cuarto, pues tengo la sensación *sobrenatural* de que ha llegado la hora. Por último, un poco antes del mediodía, el momento señalado para el encuentro, me paro en la ventana, en el balcón, puede ser también en una azotea. Enfrente de la pensión se ve todavía a la distancia la mole de hielo irrealmente reflejada, un helado palacio de azúcar por encima y otro por debajo de la franja del horizonte. Me recargo y me asomo hacia abajo a la calle.

La última foto conocida del autor del mensaje en la botella es del año 1985. Lleva barba y sonríe con picardía. Contemplando a los transeúntes me pregunto cuál de ellos podría corresponder con ese aspecto, el del hombre que es buscado desde hace 22 años.

Y por fin, con quizás un cuarto de hora, quizás una eternidad de retraso, aparece un hombre doblando la esquina, de poco menos de 50 años de edad, que camina lentamente por la acera con las manos hundidas en los bolsillos. Todavía está a buena distancia, casi 50 metros, vadea unos charcos congelados que se están evaporando. Cuando alza la cabeza nuestras miradas se cruzan, y una sonrisa pasa rápidamente por su rostro. Estoy casi seguro, no puedo permitirme estar seguro. El hombre se arregla el cuello de la chamarra y repentinamente da vuelta hacia un costado para entrar en una tienda. Y desde mi puesto en la ventana, en el balcón, puede ser también en una azotea, observo a través del aparador cómo compra el periódico, papelería, acaso también pastelillos.

Traducción de Gonzalo Vélez

El Libro Libre: *la voz del exilio*

Durante el régimen nacionalsocialista y la Segunda Guerra Mundial, México ofreció refugio a un gran número de escritores, activistas políticos y refugiados germanoparlantes. La libertad de expresión que estos exiliados disfrutaron en México les permitió construir un núcleo cultural y político muy fuerte a través de varias organizaciones políticas y culturales que realizaron presentaciones de las obras inéditas de escritores exiliados, funciones de teatro, conferencias científicas y políticas, conciertos y proyecciones de cine.

De 1941 a 1946 se publicó la revista semanal Freies Deutschland *(«Alemania Libre»), cuyos análisis políticos, colaboraciones literarias, reseñas de libros y noticias relacionadas con el exilio la convirtieron en un medio de fusión para miles de refugiados de habla alemana desde México hasta Chile, Argentina, los Estados Unidos, Canadá y la Unión Soviética.*

A principios de 1942 se fundó, asimismo, la editorial El Libro Libre, con el fin de dar a conocer diversos textos políticos y literarios de mayor extensión. La mitad de los veinticuatro libros de pasta dura que publicó hasta 1946, con tirajes de alrededor de dos mil ejemplares cada uno, trataba de temas políticos. Los libros se distribuían en todo el continente americano por medio de un sistema de suscripciones por adelantado que servía para cubrir los gastos de impresión y del envío. Entre los autores figuraron Egon Erwin Kisch, Lion Feuchtwanger, Anna Seghers, Bruno Frank, Heinrich Mann, Bodo Uhse, Ludwig Renn, Paul Mayer y Theodor Plievier.

La trascendencia de la editorial El Libro Libre fue enorme y contribuyó grandemente a convertir a México en el centro del exilio alemán antifascista del hemisferio occidental durante el resto de la Segunda Guerra Mundial.

Presentamos en esta ocasión a dos de los autores mencionados, con sendos fragmentos de los títulos que publicaron en El Libro Libre: la novela La séptima cruz, *de Anna Seghers, y el libro autobiográfico* El diablo en Francia, *de Lion Feuchtwanger.*

Nota y traducción de Angélika Scherp[1]

1 Traducción realizada con el apoyo de una beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

La séptima cruz
(fragmentos)
Anna Seghers[1]

Capítulo quinto

1

La ley según la cual los sentimientos humanos se incendian de súbito para luego enfriarse de nueva cuenta no regía a la mujer de cincuenta y cuatro años sentada junto a la ventana en un cuarto del callejón Schimmel, con las piernas enfermas subidas en otra silla. Porque esa mujer era la madre de Georg.

Desde la muerte de su esposo, la señora Heisler compartía el departamento con la familia de su segundo hijo. De suyo gorda, ahora lo estaba más. Sus hundidos ojos cafés expresaban temor y reproche, como de alguien que se está ahogando. Sus hijos estaban acostumbrados a esta expresión y también a los breves suspiros lanzados por su boca abierta, como vapores de pensamientos, y por eso tenían la impresión de que su madre no entendía bien lo que se le decía, por lo menos no en todo su alcance.

—Si viene no será por la escalera —comentó el segundo hijo—, sino por los patios. Trepará, como antes, por el balcón. No sabe que ya no duermes en el mismo cuarto. Mejor quédate donde estás. Acuéstate.

La mujer movió los hombros y las piernas espasmódicamente; su peso le impedía levantarse sola. El hijo más pequeño adoptó una actitud solícita.

—Ahora te acuestas, te tomas tu valeriana y echas el seguro, ¿sí, mamá?

—Sería lo mejor —agregó el segundo. Era un hombre de constitución tosca que aparentaba más edad de la que tenía. Llevaba la cabeza, grande, rasurada y hacía poco que la llama desbocada de un soplete le había quemado las cejas y las pestañas, lo cual daba un aspecto obtuso a su semblante. Había sido un muchacho bonito, como todos los hijos de la familia Heisler. Ahora era el ejemplo perfecto de un integrante de la SA, de miembros y facciones gruesas y pesadas. El más pequeño, por su parte, Heini, era tal como lo había descrito Röder. Su figura, su cráneo, su cabello, sus dientes: casi pareciera que sus padres lo hubieran creado de acuerdo con el manual de la raza. Ahora el mayor hizo ademán, con una risa forzada, de llevarse a su mamá a rastras hasta la cama, con todo y las dos sillas. Se detuvo al percibir la exigencia de la mirada materna, mirada-mensaje que al parecer le costó un esfuerzo desmesurado. El hombre soltó las sillas y bajó la cabeza.

—Sí me entendiste, ¿verdad? ¿Qué dices, mamá? —preguntó Heini.

Ella no respondió. Simplemente volvió a mirar al hijo menor, luego al mayor y otra vez al menor. ¡Vaya coraza que debía tener el muchacho para soportar esa mirada! El mayor se acercó a la ventana. Miró el callejón nocturno. El pequeño, por su parte, no tuvo que esforzarse por aguantar la mirada de su madre: ni la notó.

—Ya acuéstate —pidió—, y deja la taza junto a la cama. Debería darte igual que venga o no venga. No pienses en él. Nos tienes a nosotros tres.

El mayor lo escuchó, la cara vuelta hacia el callejón. Asombrado, escuchó la forma en que Heini, el hermanito consentido de Georg, había aprendido a hablar. Participaba en la cacería como si no tuviera importancia. Y todavía pretendía demostrar a los niños de su calle —y también a los grandes— que Georg ya no existía para él, aunque antes lo siguiera como una sombra. A ese pequeño lo habían vuelto al revés de manera más absoluta incluso que a él, el mayor, quien ya se sentía completamente cambiado. Había entrado a la SA un año y medio atrás por el horror que le provocaba el recuerdo de sus cinco años de desempleo. Sí, esa sensación de horror constituía una de las pocas aventuras intelectuales de esa mente lerda y poco emprendedora. De los hijos Heisler era el menos desarrollado, el más tonto. «Perderás tu empleo mañana», le dijeron, «si no te integras hoy». En su cabeza maciza y perezosa vivía aún, como una sombra, la idea de que todo sólo valía a medias. Lo definitivo no acababa de ocurrir. Era un aquelarre que tendría que pasar. ¿De qué manera? ¿Por obra de quién? ¿Cuándo? No tenía forma de saberlo. Al escuchar hablar a Heini con su mamá, insolente y frío, al mismo Heini que Georg solía llevar en hombros a todos los mítines y que ahora albergaba grandes ambiciones —con la Escuela para Líderes, con la SS y la SS motorizada—, sintió que el corazón se le volcaba en el pecho. Se apartó de la ventana y fijó la mirada en el pequeño.

—Voy aquí abajo a ver a los Breitbach. Ya acuéstate, mamá —dijo Heini—. Entendiste todo, ¿verdad?

La mamá habló, para sorpresa de ambos.

—Sí.

1 Anna Seghers, *Das siebte Kreuz*, Aufbau-Verlag, Berlín, 1975, Obras completas, t. 4, pp. 9-11, 263-318, 422-423.

Había concluido su meditación.

—Tráeme mi valeriana —pidió con voz animosa.

«Me la tomaré», pensó la mujer, «para que el corazón no se me alebreste. También me acostaré, para que se vayan. Luego me sentaré junto a la puerta, y cuando escuche que Georg se acerca a los patios gritaré: "¡Gestapo!"».

Hacía tres días que todos le explicaban —particularmente la esposa de su segundo hijo y Heini— cuánta gente había en la familia sin contar a Georg: tres hijos y seis nietos; cuánto podía ser destruido por ella mediante un solo acto de imprudencia. La madre había guardado silencio. Antaño, Georg sólo era uno de cuatro hijos. Le causaba muchos disgustos. Los maestros y los vecinos le llegaban constantemente con quejas. Siempre se estaba peleando con su padre y sus dos hermanos mayores. Se peleaba con el segundo hermano porque a éste le resultaba indiferente todo lo que alteraba a Georg; y con el mayor, porque éste se inquietaba por las mismas causas que Georg, sólo que su opinión al respecto era otra.

El hermano mayor vivía con su familia en el otro extremo de la ciudad. Se enteró de la fuga por la prensa y la radio. Si bien no había pasado un solo día desde el arresto de Georg en que no pensara en su hermano menor, ahora prácticamente todos sus pensamientos giraban en torno suyo. De haber conocido la forma de ayudarle no se habría tenido consideraciones a sí mismo ni a su familia. Diez veces le preguntaron en el trabajo: «¿Es pariente tuyo ese Heisler?». Y diez veces respondió con el mismo tono, sembrando silencio a su alrededor: «¡Es mi hermano!».

En otros tiempos, la madre prefería al hermano mayor, de cuando en cuando al menor. También le tenía mucho apego al segundo hijo, quien a su manera lerda y simple la trataba bien, quizá mejor que ninguno.

Nada de eso importaba ya. Al contrario de lo que normalmente sucede en la vida, entre más duraba la ausencia de Georg, entre menos noticias suyas tenía, entre menos preguntas se le dirigían sobre su paradero, más claridad iban adquiriendo en su mente los rasgos del hijo, más precisos eran sus recuerdos. Su corazón se apartó de los diversos planes, de las esperanzas manifiestas que animaban a los tres hijos quienes vivían, palpables, a su alrededor. Poco a poco se fue colmando de los planes y las esperanzas del ausente, del casi desaparecido. Por la noche permanecía sentada en la cama contemplando todos los detalles que se le habían olvidado durante tanto tiempo: el nacimiento de Georg, los pequeños accidentes de sus primeros años, la enfermedad grave por la que casi lo perdió; la guerra, durante la cual ella se dedicó a fabricar granadas

y sobrevivió sola con sus hijos, y cuando en una ocasión denunciaron a Georg por robar algo de un sembradío; los pequeños triunfos a los que podía aferrarse, las escasas recompensas —un profesor que lo alabó, un maestro artesano que lo encontró diestro, la victoria en un torneo deportivo. Medio orgullosa, medio enfadada, recordó a su primera novia y a todas las muchachas que le conoció después. También a Elli, quien siempre fue una desconocida para ella. Ni siquiera le llevó al niño para que lo conociera, y luego... ¡el brusco cambio en la vida de Georg! No introdujo nada completamente ajeno a la familia. Sin embargo, aquello que para el padre y los hermanos no pasaba de ser una preocupación entre muchas, una palabra incidental, una huelga o un volante ocasional, para él se convirtió en lo determinante, en todo su ser.

Como si alguien hubiera querida persuadirla de que sólo tenía tres hijos, de que el cuarto nunca nació ni vivió jamás, inventó mil pruebas de lo contrario. Cuántas horas dedicó Heini a explicarle que la calle estaba bloqueada, que vigilaban el departamento y que la Gestapo permanecía en guardia: debía pensar en sus otros tres hijos.

En ese momento abandonó a sus otros tres hijos. Que se cuidaran solos. Al único al que no abandonó fue a Georg. El segundo hijo observó el movimiento constante de los labios maternos. Ella pensó: «Dios mío, tienes que ayudarlo. Si existes, ayúdalo. Si no existes...». Renunció al incierto aliado. Dirigió su plegaria a todos los que poblaban la totalidad de la vida que ella conocía, incluso a las zonas más nebulosas y oscuras que ella desconocía por completo, pero donde tal vez pudiera haber personas capaces de ayudar a su hijo. Quizá todavía hubiera, acá y acullá, alguien que se dejara conmover por su súplica.

El segundo hijo volvió a acercarse a su silla.

—No te lo quise decir mientras estaba Heini, porque con él nunca se sabe —indicó—, pero hablé con Spengler Zweilein...

La mujer lo miró con vivo interés. Bajó los pies al piso rápido, sin esfuerzo.

—Zweilein vive en un buen lugar. Puede ver las dos calles. Georg seguramente vendrá del Meno, ¡si viene! Obviamente no hablé bien con Zweilein, casi a señas.

Le enseñó a su madre cómo había hablado con Zweilein.

—Él me contestó igual. Se quedó despierto. Cuando vea a Georg, no dejará que se meta a la calle.

Al escuchar estas palabras, los ojos de la mujer se iluminaron. Sus facciones, que un instante antes estaban flojas como un trozo de masa estirada, se pusieron firmes y fuertes, como si algo le hubiera inspirado

nueva vida a la carne. Agarró el brazo de su hijo para incorporarse del todo.

—¿Y qué va a pasar si viene de la ciudad? —preguntó.

Su hijo se encogió de hombros. La mujer prosiguió, más para sí misma que para el hombre.

—Si se le ocurre buscar a la Lorecita, ella está de acuerdo con Alfred. Lo denunciarían.

—No juraría que los dos sean capaces de denunciarlo —declaró su hijo—. Como sea, vendrá del lado del Meno. Zweilein lo detendrá.

—Está perdido si viene acá —afirmó la mujer.

—Ni siquiera así estaría totalmente perdido —dijo su hijo.

XIV

Se rindió informe a Fahrenberg: Encontraron al sexto fugitivo. Lo encontraron y está muerto. ¿Cómo? Eso ya no era asunto del campo de concentración de Westhofen. Era cosa de Dios, de las autoridades competentes de Wertheim, de las juntas campesinas del distrito y del primer alcalde.

Después de recibir el informe, Fahrenberg salió al patio apodado «la pista de baile». Los integrantes de la SA y la SS que estaban de servicio ya se habían formado. Voces roncas escupían órdenes. Muertos de cansancio, arrastrando su pesada carga de suciedad y desesperación, la columna de presos obedeció en forma tan rápida y silenciosa como un soplo de almas desaparecidas. Dos plátanos brillaban intactos a la derecha de la barraca del comandante, rojos por obra del otoño y de los últimos rayos de luz, porque el día se acercaba a su fin y la niebla del cañaveral se extendía sobre el lugar maldito. Bunsen se encontraba al frente de su tropa de la SS con cara de querubín, como si estuviera esperando las órdenes de su Creador. De los diez o doce plátanos que solían erguirse a la izquierda de la puerta, el día anterior fueron derribados todos excepto los siete que se necesitaban. Zillich, plantado delante de su grupo de la SS, ordenó amarrar a los cuatro fugitivos vivos. Cada noche, al escuchar esta orden, un temblor recorría a los presos, una débil sacudida interior, como el último estremecimiento antes de la muerte. Los ojos atentos de la SS no permitían que nadie moviera ni siquiera un dedo.

Sin embargo, los cuatro hombres amarrados a los árboles no temblaban. Ni siquiera Füllgrabe. Mantenía la vista fija al frente, con la boca abierta, como si la muerte misma le hubiera exigido a gritos que por fin mostrara cierta dignidad. De su semblante también emanaba un viso de luz; en comparación, el brillo desprendido por la lámpara de policía de

Overkamp era miserable y mortecino. Pelzer tenía los ojos cerrados. Su rostro había perdido toda delicadeza, toda vacilación y debilidad para adquirir un aspecto audaz y agudo. Estaba concentrando sus pensamientos, no para dudar ni para buscar evasivas sino para comprender lo irremediable. También percibía la presencia de Wallau a su lado. Más allá de Wallau se encontraba Albert, a quien derribaron a golpes enseguida de evadirse. Por deseo de Overkamp lo habían curado, aunque sólo en lo más indispensable. Tampoco temblaba. Hacía mucho que había dejado de temblar. Ocho meses atrás, al llegar a la frontera del Reich con su abrigo forrado de moneda extranjera, se delató al temblar. Ahora, más que estar de pie, colgaba en ese extraño puesto de honor que nunca se hubiera imaginado, a la derecha de Wallau, y su cara húmeda estaba salpicada de luz. Sólo los ojos de Wallau contenían una mirada. Cada vez que lo conducían hacia las cruces, su corazón casi petrificado daba otro salto. ¿Encontraría a Georg ahí? Lo que miraba ahora no era la muerte, sino la columna de presos. Es más, incluso descubrió un rostro nuevo entre todos los conocidos. Pertenecía a un hombre que estuvo hospitalizado. Era Schenk, al que Röder había ido a buscar esa misma mañana para conseguirle alojamiento a Georg.

Fahrenberg dio unos pasos al frente. Ordenó a Zillich que sacara los clavos de dos árboles. Se erguían desnudos y solitarios, como dos auténticas cruces para el cementerio. Sólo quedaba uno desocupado y con clavos, el de la extrema izquierda al lado de Füllgrabe.

—¡Hemos encontrado al sexto fugitivo! —proclamó Fahrenberg—. A August Aldinger. ¡Muerto, como lo habrán deducido! Murió por su propia culpa. No tendremos que esperar mucho al séptimo, porque viene en camino. El Estado nacionalsocialista persigue implacablemente a todos los que obran en contra de la comunidad del pueblo; protege lo que merece protección; castiga lo que merece castigo; extirpa lo que merece ser extirpado. Nuestro país ya no ofrecerá asilo a criminales fugitivos. Nuestro pueblo es sano. Desecha a los enfermos, mata a los locos. No han transcurrido ni cinco días desde la evasión. Aquí los tienen. Abran bien los ojos, grábenselo en la memoria.

Fahrenberg regresó a la barraca. Bunsen ordenó que la columna de los presos avanzara dos metros. Sólo quedaba una estrecha franja entre los árboles y la primera fila de hombres. Durante la alocución de Fahrenberg y las órdenes que le siguieron, el día terminó de extinguirse por completo. La SA y la SS estaban alineadas en forma de pinzas a izquierda y derecha de la columna de los prisioneros. La niebla cubría y rodeaba el patio. Era la hora en que todos se daban por perdidos. Los reclusos que

creían en Dios se convencían de que los había abandonado. Los detenidos que no creían en nada entregaban sus entrañas a la desolación, de la misma manera en que es posible pudrirse vivo. Los encarcelados que sólo creían en la fuerza intrínseca del hombre se persuadían de que esta fuerza sólo se conservaba viva en ellos mismos, que su sacrificio era en vano y que su pueblo los había olvidado.

Fahrenberg se sentó frente a su escritorio. Desde ahí veía, a través de la ventana, la parte de atrás de las cruces, los hombres de la SA y la SS a ambos lados, la columna. Empezó a redactar su informe. No obstante, también él se sentía muy agitado para tales trámites. Descolgó el teléfono, oprimió un botón, lo volvió a colgar.

¿Qué día era? Ciertamente ya declinaba, pero así y todo quedaban tres días del plazo fijado por él mismo. Si fue posible hallar a seis hombres en cuatro días, debía serlo también encontrar a uno en tres. Además, ya estaban ojeando a este último. No volvería a pegar los ojos ni por un minuto. Lo malo era que él, Fahrenberg, tampoco lo podía hacer.

La barraca estaba casi totalmente a oscuras. Prendió la lámpara. Desde la ventana de Fahrenberg la luz proyectó las sombras de los árboles a los pies de la primera fila de la columna. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? ¿Ya era de noche? No se produjo ninguna orden y a los hombres atados les ardían los tendones. De repente un hombre de la tercera fila al fondo de la columna lanzó un fuerte grito —los cuatro amarrados se sobresaltaron, rozando los clavos— y se desplomó, chocando y derribando al hombre que tenía delante; empezó a revolcarse en el suelo dando voces y fue sometido a patadas y a golpes. La SA se repartió por todos lados.

En ese momento los comisarios Fischer y Overkamp, de sombrero e impermeable, salieron con sus carpetas de la parte interior del campo de concentración; un ordenanza les cargaba los portafolios. Overkamp había concluido su labor en el lugar. La persecución de Heisler ya no se beneficiaría de su presencia en Westhofen.

Dos órdenes bastaron para que todos se formaran igual que antes. Se llevaron al hombre caído y al de adelante. Sin desviar la vista a la derecha ni a la izquierda, los comisarios entraron a la barraca del comandante; pasaron entre las cruces y la primera fila de la columna, al parecer sin reparar en el hecho de que las fachadas de esa calle eran algo extrañas, por decirlo de alguna manera. El ordenanza se quedó en la puerta con su carga y lo observó todo con la boca abierta. Al poco tiempo, los dos policías volvieron a salir y de nuevo pasaron delante de la columna. En esta ocasión, Overkamp miró los árboles de refilón. Se topó con los ojos

de Wallau. Overkamp vaciló de manera casi imperceptible. Apareció en su rostro una expresión en la que el reconocimiento se mezclaba con un «lo lamento», con un «tú mismo tienes la culpa». Quizá la mezcla incluso contuviera un granito de respeto.

Overkamp sabía que los cuatro hombres estarían perdidos en cuanto abandonara el campo de concentración. Cuando mucho los dejarían con vida hasta aprehender al séptimo. A menos que antes se cometiera alguna torpeza o se le acabara la paciencia a alguien.

En la «pista de baile» se escuchó cómo arrancaba el motor. El corazón les dio un vuelco a todos. De los cuatro hombres atados sólo Wallau estaba en condiciones de comprender claramente que estaban perdidos. Pero a Georg, ¿lo habrían encontrado ya? ¿También vendría en camino?

—A Wallau le llegará el turno primero —comentó Fischer. Overkamp asintió con la cabeza. Conocía a Fischer desde hacía mucho tiempo. Ambos sustentaban ideas nacionalistas y habían recibido todas las condecoraciones en la guerra. De vez en cuando colaboraban con el sistema actual. Overkamp estaba acostumbrado a aplicar los métodos policiacos usuales en el ejercicio de su profesión. Los interrogatorios duros eran para él un trabajo como cualquier otro. No le causaban el menor solaz, mucho menos placer. Siempre había tenido por enemigos del orden —del orden tal como él lo concebía— a todas las personas que debía encontrar. Incluso en la actualidad consideraba a las personas que debía buscar como unos enemigos del orden según él lo concebía. Hasta ahí todo estaba claro. Las cosas sólo perdían claridad cuando se ponía a pensar en beneficio de quién trabajaba ahora en realidad.

Overkamp apartó su pensamiento del asunto de Westhofen. Quedaba el caso de Heisler. Echó un ojo a su reloj. Dentro de setenta minutos los esperaban en Fráncfort. La niebla los obligó a bajar la velocidad a cuarenta kilómetros por hora. Overkamp limpió el vaho de la ventanilla. Atisbó la salida de un pueblo a la luz de un farol.

—¡Oiga! ¡Deténgase! —vociferó de repente—. ¡Salgamos, Fischer! ¿Ya probó el mosto de este año?

Al apearse del coche en medio de la niebla del campo fresco y solitario, se desprendieron de ellos la tensión del trabajo y la angustia en la que por el momento no tenían ganas de pensar •

El diablo en Francia
(fragmento)
Lion Feuchtwanger[2]

La noche siguiente resultó angustiosa para la mayoría de nosotros.

Incluso las circunstancias físicas la diferenciaron de las demás. Debido a la riña que los nazis habían tratado de provocar en la oscuridad la noche anterior, se dio la orden para dejar prendidos varios focos adicionales y se apostaron guardias franceses dentro del edificio. Algunos soldados se colocaron en la escalera; otros, en el portón. Eran relevados cada dos horas. Bostezaban y saludaban con un movimiento de cabeza cuando uno pasaba por la escalera.

Esa noche el gran salón se llenó de susurros, miedo y conmoción, más incluso que lo normal. Se percibía como una auténtica sensación física la presencia de los demás, tendidos sobre la paja; cada uno escuchaba los murmullos a su alrededor y presenciaba cómo las esperanzas y los temores del día adquirían dimensiones descomunales ahora, en la oscuridad, y cómo cada uno los sopesaba, sopesaba y sopesaba: ¿Lo lograremos? ¿Estaremos a tiempo todavía? ¿Nos sorprenderán las tropas nazis? ¿Nos salvaremos?

Mentiría si pretendiera afirmar que el miedo me pasó por alto esa noche. Por otra parte, la impasibilidad que lucí, para asombro de mis compañeros, no fue de ninguna manera fingida.

Al comienzo de este libro mencioné el fatalismo que me caracteriza. Ahora tendré que profundizar más en esta confianza en el destino, porque la actitud que guardé a lo largo de los sucesos que habré de referir sería difícil de entender si no se tomara en cuenta esta fe o superstición. Agregaré una tercera confesión, pues, a las dos citadas al principio de este libro.

La mayoría de los sucesos a nuestro alrededor son determinados por muchísimas causas, pero nunca reconocemos más que unas cuantas. Sólo vemos uno que otro eslabón de la cadena, sin abarcarla en su totalidad. Con mayor razón no nos enteramos jamás de algo con respecto a su principio y su fin. Por lo tanto haríamos bien en no extraer causas aisladas a guisa de las definitivas, sino en atribuir al azar el papel protagónico en la

2 Lion Feuchtwanger, *Der Teufel in Frankreich*, Langen-Müller Verlag, Múnich, 1983, pp. 114-163.

vida de todos nosotros, por mucho que nuestro arrogante entendimiento se oponga a ello. Einstein apuntó, resignado, la necesidad de admitir que la ciencia no contaba con una mejor explicación para lo que acontece en el universo que la comparación de éste con un juego de azar.

No obstante, la naturaleza del espíritu humano es tal, por otra parte, que exige una explicación para este juego inexplicable de la vida y el destino. No nos conformamos con que en nuestra vida reine el azar, es decir, leyes desconocidas para nosotros. Puesto que es imposible hallar una explicación que contente a la razón, buscamos más allá de ésta, en la superstición, el misticismo, la religión. No hay nadie entre nosotros, por muy sobrio que crea ser, que no cargue con miles de ideas supersticiosas sin saberlo. Y es precisamente en los momentos decisivos cuando no nos rige nuestra razón sino los conceptos mágicos heredados de nuestros más remotos antepasados.

Me agrada ahondar a veces en mí mismo a fin de descubrir los conceptos mágicos que determinan mis acciones. Trato de sorprender esta mi magia justo en el momento en que avanza hasta el umbral de mi conciencia. No me avergüenzo de mi superstición, la confieso, y no por ello me considero más tonto que quienes no reconocen la suya.

Aunque sé muy bien, pues, que se trata de un disparate por el que yo mismo no puedo hacer más que burlarme de mí, creo con todo haber encontrado un hilo conductor, una ley secreta que determina el curso de mi vida. Creo que si bien me atormentan a lo largo de mi vida cotidiana miles de pequeños contratiempos, miles de caprichos del destino, todos estos pequeños males no son más que la paga que el destino me exige a cambio de la suerte que me distingue en los asuntos grandes y realmente decisivos.

En efecto, desde siempre me he visto afectado por pequeñas penas, muchas veces francamente nimias. Hace muchos años, por ejemplo, que yo, una persona que aprecia mucho el orden y la seguridad, tengo que vivir sin verdaderos papeles que legitimen mi existencia; precisamente yo, que les tengo un pánico especial a este tipo de asuntos, estoy trabado en una lucha permanente con las autoridades en torno a papeles de identificación, certificaciones y permisos. Mi situación financiera se encuentra en un estado semejante. Desde hace unas dos décadas he podido ganar dinero suficiente para llevar la vida que me gusta por medios decentes y mediante una actividad productiva; no obstante, dondequiera que este dinero ha estado, se le ha bloqueado o confiscado. Mi estado de salud está sujeto a leyes similares. Mi constitución física es resistente y he sobrevivido a enfermedades serias. Con todo, soy achacoso, me res-

frío fácilmente, no veo bien, me cuesta trabajo hablar con claridad, mi digestión no funciona como debería y muchas veces me ha hecho malas jugadas en momentos decisivos.

En resumen, en todos los aspectos y sin importar lo que yo haga para evitarlo, me meto en dificultades menores pero grotescas, desconocidas para la mayoría de mis contemporáneos. Uno de mis editores pasó por alto registrar el derecho de autor de una obra exitosa y gran parte de los ingresos se me perdieron. Algunos empleados míos hicieron cosas por las que tuve que responder y pagar sumas semejantes. Siempre he tenido que dedicar dinero, tiempo, nervios y vida a asuntos indeciblemente ridículos. Eternamente he andado en busca de un buen abogado, un buen médico, un buen banquero: de personas más versadas en tales cuestiones que pudieran hacerse cargo de ellas en mi lugar. En efecto hallé al médico indicado, al abogado correcto, al banquero perfecto. El abogado murió en un accidente de tren al medio año de haber empezado a trabajar para mí. El médico, después de atenderme durante dos años, se suicidó, ya bajo el régimen de Hitler. El banco administró mi patrimonio por nueve meses antes de que los nazis lo embargaran.

A estas pequeñas penas corresponden situaciones afortunadas de importancia decisiva. Viví la Primera Guerra Mundial en una época en que mi manera de ser todavía no estaba firmemente estructurada sino aún abierta al cambio, de modo que pude convertir los sucesos de la guerra en experiencias que habrían de tener un valor determinante para mi vida y mi obra. Escribí los libros que quise escribir, y el trabajo, por mucho que lo maldiga, me inspira un placer que no quisiera cambiar por ningún otro. Además, la sociedad de hoy está dispuesta de tal manera que no sólo me permite hacer lo que me gusta, es decir, escribir bien, sino que hasta me paga por ello. Sí, me distingue la suerte extraordinaria del éxito, cualesquiera que sean mis talentos. A ello se suma que he conocido a las mujeres y los amigos que he deseado tener, y todos me han sido leales. Todas estas circunstancias en conjunto me hacen creer que el hilo fundamental de mi destino es el que describí arriba: tengo suerte en las cosas importantes, mientras que mi mala suerte sólo afecta lo insignificante.

Sé que esta noción es atávica y fetichista, emparentada con la fe de quienes se suponen bajo la custodia especial de Dios o de algún santo. Como sea, esta idea supersticiosa está viva dentro de mí y en realidad me da gusto que así sea.

Una segunda superstición, extraña mezcla de pedantería y arrogancia, me ha confirmado en esta convicción.

Todavía me falta escribir algunos libros. Dicho con mayor precisión, entre los libros que tengo en mente he elegido varios que pienso escribir a toda costa. Traigo catorce libros en mi fuero interno, catorce libros que todavía tengo que escribir, porque supongo que sólo yo soy capaz de escribirlos y porque creo que son muy importantes; es más, mi amor propio me ordena suponer que también son importantes para el mundo. Simplemente no puedo concebir la posibilidad de que me suceda algo grave, mucho menos de que muera, antes de haber escrito estos catorce libros. Dios o el destino no lo podrán permitir.

Esta sensación de que a fin de cuentas no me podía suceder nada grave probablemente fue la causa de esa indiferencia que asombró a los demás. Si durante aquella noche terrible el miedo me atormentó menos que a los otros, fue por esa idea que me sostuvo.

Ya señalé que mi confianza desde luego no permaneció incólume durante toda la noche.

Tengo muy presentes aquellas horas, recuerdo muchos detalles. Estaba tendido sobre la paja, escuchaba y percibía la cercanía de los demás, pensaba en muchas cosas, sentía otras tantas. Mi entendimiento preocupado me advirtió no caer en la imprudencia y enumeró objetivamente todo lo que pudiera ser causa de temor. Los nazis realmente estaban muy cerca. Aunque llegara el tren, o sea, aunque decidieran evacuarnos, de todas maneras sólo se habría aplazado el día en que toda Francia quedara en manos de los nazis. ¿Dónde estaríamos nosotros ese día? ¿De veras habríamos cruzado la frontera? Era muy poco probable.

A fin de animarme volví a pensar en los catorce libros que todavía quería escribir, que todavía escribiría. No obstante, esta idea esperanzadora se vio perturbada por otra no menos supersticiosa. Algunos numerólogos alemanes han determinado que el nueve es funesto para los artistas de esta nacionalidad. Beethoven, Brahms y Mahler escribieron nueve sinfonías cada uno; Wagner, nueve óperas viables; Schiller, Hebbel y Grillparzer, nueve obras representables; algunas personas realmente sagaces han calculado que de las obras de Goethe también son sólo nueve las que realmente tienen vida, de modo que, por decirlo de alguna manera, no murió por sus ochenta y dos años de edad sino por terminar el *Fausto*. Ahora bien, con la tercera parte del *Josephus* yo acababa de concluir nueve obras viables, y eso me inspiró temor.

De manera tristemente grotesca empecé a jugar con la idea de mi muerte. Hice el balance de mi vida. Traté de determinar qué había obtenido y qué se me había negado. ¿Tuve una vida plena? ¿Una vida sabia o necia, feliz o desdichada? ¿Valió la pena vivirla?

Llegué a la conclusión de que mis cincuenta y seis años en realidad habían sido años buenos, plenos y ricos. No hubiera querido prescindir ni de lo malo que me trajeron ni de lo bueno, porque ambas cosas, lo bueno y lo malo, me enriquecieron, y sin el trasfondo de lo malo no hubiera sabido valorar ni disfrutar lo bueno. «Bienvenido lo bueno y lo malo», escribió un poeta alemán, y de niño di vueltas a una frase del Talmud que decía, con respecto a lo malo: «Gam su letovo».

Con cierta pedantería terca analicé si de veras había llevado a cabo los planes más indicados entre todos los que me mantuvieron ocupado a lo largo de mi vida; si de los libros que tenía en mente no hubiera escrito mejor éste o aquél en lugar de alguno de los que efectivamente escribí, y si el tiempo que dediqué a las mujeres o a otras diversiones estuvo bien empleado o no. Con la misma pedantería terca y con la intención de ser lo más sincero posible traté de evaluar cuánto tiempo había empleado en cosas dignas de ser vividas y cuánto tiempo en cosas y personas que no valieron la pena.

Quedé conforme. Finalmente se confirmó que en el fondo todo había valido la pena, también lo carente de sentido. Pensé en ciertas cosas particularmente faltas de sentido que había hecho; el recuerdo me alegró y sonreí ahí, tendido sobre mi paja •

A la sombra de dos gatos por uno

Carmen Boullosa

De noviembre del 70 a julio del 71 me tocó en turno mi temporada en el infierno. Me pareció tan larga que creí que así sería el resto de la vida. Tenía 13 años, me había vuelto mujer apenas (no sé por qué entonces las niñas tardábamos más en crecer), eran mis primeros pasos enfundada en un cuerpo medio de adulto, llegué a dar por hecho que esto era lo que me compraba el boleto.

Nada hacía sentido. Y cuando digo *nada*, quiero decir nada. Por ejemplo: los vecinos tenían un gato que yo a menudo veía desde la ventana de mi recámara, relamiéndose al pie de la puerta de vidrio de su jardín, tomando el sol. Era blanco y negro, de ahí su nombre, Vaca. Vaca tenía su temperamento, en la cuadra decíamos que era su gato guardián porque atacaba a la menor provocación por igual a perros, niños, señoras, barrenderos o gatos. A partir de ese noviembre, veía a Vaca donde siempre y, a poca distancia de él, adentro de la puerta de vidrio, a otro gato idéntico, tendido sobre la alfombra tomando la siesta. Cuando pude, pregunté a la vecina —que tenía mi edad— «oye, ¿ese otro es hijo de Vaca?, porque es igualito». Me contestó «cómo crees, no tenemos otro gato, con Vaca no puede uno, ya lo conoces», y me vio como si estuviera loca. Desde la ventana, yo veía a los dos gatos (o a los dos Vacas) en espejo, uno era el gato durmiente y el otro el minino relamiente. Sin duda el que yo viera un doble gato no era un asunto que tuviera que ver con Vaca o con los vecinos, sino conmigo. Así iba la cosa, para mí cualquier gato tenía ocho patas.

Navidad no fue lo peor, sino parte del síndrome de los dos gatos por uno. Desde entonces le tengo tirria a la nochebuena y a la dichosa navidad, aunque ya que lo estoy diciendo me la quito de encima, voy a festejar la siguiente con árbol, esferas, foquitos, a su pie cajas envueltas con papeles de colores brillantes, pavo

y bacalao, cantaré villancicos, y hasta voy a poner nacimiento. Todo yo solita, para celebrar mi vida de solterona como Dios manda. No voy a invitar a nadie, no vaya a ser que arruinen la fiesta.

Llegó el momento de la cena navideña, 24 de diciembre de 1970. Teníamos que sentarnos todos alrededor de la mesa de mi mamá, redonda, pesada, la había elegido sabiendo que cabríamos los ocho holgados, diez cómodamente y catorce apretaditos. Era una mesa para conversar, pasar un buen rato, comer con placer y tratar de ser felices. Había sido el mejor lugar de la casa. Hoy de nueva cuenta éramos ocho a la mesa, los seis hijos de mi mamá (infelices), y dos (felices), el par de pichoncitos enamorados formado por mi papá y su nueva esposa, una jovencita de 18, casi la edad de mi hermana mayor, le llevaría cuando mucho doce meses.

Mi mamá estaba en su tumba en el Panteón Francés, o en el cielo, según quien contara la historia. En mi versión, ni uno ni otro: mamá estaba en la casa deambulando de aquí para allá, no salía ni al jardín. En la noche, cuando todos dormían, encarnaba vestida en pijama y bata de franela, era otra vez de tres dimensiones. Sus pasos sonaban en el corredor. Nos visitaba de cuarto en cuarto, de cama en cama, a los seis hijos. Nos quería decir palabras de cariño, pero no le salían de la garganta, hablaba como si se ahogara, hacía ruidillos, crujía. Estaba muy triste. Era terrible estar muerta, lejos de nosotros, y encima lo que había hecho mi papá, tan pronto —al año y un día de su entierro, porque de que la sepultaron no cabe duda, haya o no vida eterna. A mamá no le importaba que se hubiera casado, de hecho ella misma se lo había pedido desde su lecho de muerte (eso sí tuvo, la pobre, un lecho de muerte), ¿pero por qué con esa muchachita así, de mala entraña, sin gracia, pobre como una chinche, ignorante, que no sabía ni los modales más elementales, y que no tenía ningún interés en ninguno de los hijos de «su» Manuel? Porque mamá seguía creyendo que Manuel, nuestro papá, era suyo. Se equivocaba. Ahora era un poseso, estaba como un loco, se había convertido en quién sabe qué; ya no era de nadie. Lo azotaban continuos ataques de ira; hablaba distinto; ya no leía, ya no jugaba ajedrez; se inscribió a un club deportivo y tomaba clases de tenis. Todos sus hábitos habían cambiado de golpe.

Pero ya me estoy desviando de la navidad del 70. Los ocho sentados a la amarga mesa. Perdón por lo de amarga, sé que es cursi, pero es la pura verdad. Tres días atrás, la madrastra había dado un palo maestro. Corrió a Luz, la cocinera, que también hacía de nana de los dos más pequeños, y a Felipa, la

mucama. Tenían trabajando con nosotros ocho años, habían visto nacer a tres de mis hermanos, nos daban lo poco de afecto materno que restaba adentro de esas paredes, y esto a los seis, aunque en vida mamá las había tenido a raya, dejando claro que eran empleadas; las respetaba, les tenía ley (era recíproco), pero no eran de la familia. La madrastra había comenzado por acorralarlas, hostigándolas con tonterías, y digo tonterías porque la astucia no era lo suyo, aunque en su honor hay que decir que tenía el tino destructor de los tontos. Después, para ganar territorio, despidió a la lavandera (eso no sorprendió, la tercera en servicio era por natural mudable, porque Luz y Felipa hacían un bloque impenetrable, sus pleitos y complicidades sólo eran para ellas) y la reemplazó por una más boba que ella, más fea que ella, más joven que ella y de origen más humilde que ella (ni Luz ni Felipa cumplían con todos estos requisitos). La tipa se llamaba Laura, era gorda, la apodamos «el tanque de guerra» por su cinturita, por su actitud, y por el color que se traía, parecía más verde que otra cosa. Después, ya con Laura entrenada, corrió a Luz y Felipa de golpe, justo antes de navidad para echarles chile que arda. La boba Laura trajo de inmediato a la novia de su hermano, de ésa no me acuerdo el nombre. Otra casi como Laura, pero menos fea y todavía menos avispada, que seguía a la madrastra como un perro.

Hoy, frente a la mesa de nochebuena, lo que nos duele más es que en la casa ya no estén ni Luz ni Felipa. Las muchachas nuevas sólo tienen oídos para las órdenes de la esposa de mi papá. La mesa es ahora el territorio de la madrastra. Las tres la adornaron de la manera más extraña. Manteles de distintos tamaños, colores y adornos, sobrepuestos uno al otro, los platos de diferentes vajillas aventados en franco desorden, y una comida a todas luces repugnante, servida toda de golpe.

—¿Nopalitos con qué? —pregunta Julio, el mayor de los varones, anda por los ocho años. Su pregunta es sin malicia, quiere la respuesta. Él siempre le ve a todo lo mejor .

—¿Y eso otro qué es? —pregunta Male, la que sigue de mí, con un tono crítico prematuro a sus nueve.

Todo nos da ascos.

—¡Coman!

Papá da la orden con un asomo de furia que pasa muy pronto, porque los pichoncitos están felices. Se dan picoretes entre bocados, y no se sueltan la mano

sino para tomar la servilleta y pasársela por la boca. ¿Qué se limpian? ¿Las babas de sus besos o las salsas de esa comida tan oscura y tan asquerosa? Porque es definitivamente asquerosa, viscosa; ya la probé. ¿Dónde quedó el bacalao y dónde el pavo de nochebuena? Los dos se fueron por piernas, con Luz, con Felipa.

Mónica, que apenas va a cumplir tres años, empieza a llorar. Julio brinca de su silla a consolarla y yo hago el gesto de seguirlo.

—¡Déjenla en paz! —dice papá, dejando a un lado su cara de pichón—. ¡A sus lugares! ¡No se levanta uno a media comida! ¡Y menos en navidad! ¡Coman! ¡Mónica: come! ¡Ni te atrevas a hacer un berrinche, o te voy a cuerear!

¿Cuerear? ¿Qué es cuerear? Ni siquiera sabe Mónica qué es eso, yo sí porque lo he oído en la escuela; mamá nunca lo habría permitido, ni que se usara la palabra para amenazar, ni mucho menos que se practicara el acto. «¡Cuerear! ¡Qué ocurrencias!», pienso.

No sigo con los detalles de la cena, que es encima de todo larga. Cada que alguien de los niños quiere hablar, papá lo calla, ahora con ánimo festivo:

—El que come y canta, como loco se levanta —repite, no sólo pichón sino también loro, perico.

El árbol de navidad que puso la madrastra es artificial y blanco, por querer parecer nevado salió albino. Nada parecido a los enormes pinos perfumados que compraba mamá. Al pie del arbolete hay sólo dos cajas, una para cada uno de los dos pichoncitos. Él para ella, y ella para él, con sus tarjetas. Las revisamos por la tarde, antes de que nos llamaran a cenar, aunque esté prohibido tocarlas.

Nos vamos a dormir apenas levantarnos de la mesa, sin cantar villancicos ni abrir regalos. Tampoco los pichoncitos abren los suyos, «Son para la mañana», le dice ella a él, que está impaciente por verla abrir su cajita. Lo poco que cenamos se mueve de un lado al otro de nuestros estómagos, sin encontrar acomodo; se diría que el bolo alimenticio se acicala a sí mismo, como hace Vaca, el gato de los vecinos. Clarito sentía los lengüetazos de la comida yendo de un lado al otro de mi panza.

Los pichoncitos quieren arrullarnos haciendo raros ruidos en su cuarto. Mi hermana mayor nos convoca al cuarto de las más pequeñas (me dice al oído: «aquí no llega el sonar de sus arrumacos»), y empieza a cantar: «Pero mira cómo beben los peces en el río», su villancico favorito, «pero mira cómo beben por ver al dios nacido». Mis otros hermanos cantan con ella. Yo no puedo, no me sale la voz. Pienso en mis primos, en mi abuela, en sus guisos, sobre todo en sus postres,

en las luces de bengala y las piñatas y los regalos de otras navidades, y en los juegos que nos organizaban mis tíos. Nunca creímos en Santa Clos. Mamá no contaba mentiras, jamás. Los regalos se abrían en nochebuena, con toda la familia en pleno, la materna, porque era la nuestra. Para este día había sido puesta a raya por mi papá, «tenemos que estar solos, es un momento para consolidar», lo oí decir por teléfono a mi tío Óscar un par de semanas atrás. Estoy segura de que ellos tampoco imaginaron la nochebuena que nos preparaban los amorosos. La verdad es que yo creí que iba a haber una sorpresa especial para esa noche, regalos formidables, o uno común para todos —¿una casa en la playa, como la que habíamos tenido y papá perdió en algún mal paso de la fábrica?

Así que mis hermanos cantan mientras a mí me ataca la melancolía. Julio y Javier sacan la plastilina del cofre que está adentro de la caja de juegos, donde ya todo es un revoltijo, Felipa era quien lo ordenaba. Con Male, se ponen a moldear las figuras de un nacimiento. «Mira, la Virgen», «yo hago el burrito». Dejo a un lado mis pesares y cavilaciones cuando están haciendo al niño. Es de plastilina verde.

—¡Verde no! —objeto—. Va a parecer hijo de Laura.

—¿Del tanque de guerra? —dice Male, burlona.

Mi comentario les da risa a mis hermanos, y a mí se me espanta la melancolía.

—¡Cómo crees! —dice Javier—. Este verde está bonito, es verde planta, no verde naca.

En lugar de cara le pone Javier un botón blanco, y a todos nos ganan las carcajadas, los hoyitos para el hilo le sirven de ojos y nariz, le pintamos con plumón rojo la boca. El Jesusito no tiene brazos, «pero no importa, mira, es un tamal, como es recién nacido lo envolvieron en su cobija». Cantamos «entre un buey y una mula, Dios ha nacido», y nos vamos a dormir, con las manos oliendo a plastilina, las uñas negras de ésta, sin lavarnos tampoco los dientes. Yo me quedo en el cuarto de las pequeñas, quiero dormir en la cama de Male, le ofrezco una fracción de mi domingo para que me deje dormir con ella, pero se niega. Mónica ve su oportunidad, me convida a acostarme en su cama, quiere que alguien la abrace para conciliar el sueño y pasarse la noche entera así. A mí no me deja dormir eso de los abrazos, pero como tengo miedo de la visita nocturna de mamá, le prometo que la voy a abrazar «todita la noche». El miedo que tengo me avergüenza. A fin de cuentas, es mi mamá, la extraño, quiero verla. Me gana el horror de la muerta, por más que yo trate de convencerme de que qué más da,

mejor así que de ninguna manera. ¿Qué quiere uno?, ¿que lo abandone su mamá sin decir ni pío, o que regrese aunque no pueda hablar? Ahora es ella, mi mamá, la que en las noches parece de mentiras, como un santaclós.

A las cuatro y media de la madrugada me despertó el fin del mundo. Intermitentes luces muy intensas rompían la noche. El mundo se iluminaba rojo, blanco, rojo, blanco. Uno de los caballos del Apocalipsis rechinaba muy agudo. Oí otro de los jinetes llegar, éste montado en una vaca, me parecía. No como el gato de los vecinos, ésta debía ser una vaca totalmente negra. Mugía; aullaba. Gritos. Portazos. Golpes. Voces. Hasta creí oír el timbre. Ya venían por nosotros. Aterrada, con el corazón prácticamente afuera del pecho, apreté los ojos. Temblaba de miedo.

Mi hermanita Mónica se despertó.

—¿Qué pasa?

Eso sí era demasiado. Que yo sola oiga a mamá, pasa; que sola muera de miedo en las noches, es soportable; pero que no sean sólo para mí mis pánicos nocturnos, de verdad es intolerable.

Saqué fuerzas de flaqueza. Me dije que mi terror se le había contagiado a Mónica. Porque yo temblaba. Contuve lo más que pude el pánico. La abracé fuerte. Le puse la mano sobre los ojos, cerrándole los párpados.

—No pasa nada, chiquita. Duérmete. Sh, sh, sh.

La arrullé cantándole que si la Santa Ana, que si llora el niño por una manzana que se le ha perdido, que si San José y otras cosas. Por fin la escena apocalíptica pasó. Regresó la oscuridad total y se dejaron de oír jinetes, caballos, pasos y gritos. Se acabó el crujir de dientes. Mónica se durmió y yo tras ella.

A la mañana siguiente no había quién nos hiciera el desayuno. Papá ya no estaba, nos asomamos y no vimos su coche en el garaje. Abrimos una caja de cornflakes y nos la comimos a puñados. Nos la acabamos. La madrastra por fin apareció, con mala cara (con peor, sería más preciso). Pero de pronto se animó. Una sonrisa iluminó su fealdad. Explicó, como si fuera lo más divertido:

—¡Quién la viera tan mustia, andaba ya de cusca!

Empezó con esto. Yo no sabía qué era cusca, ni tampoco mis hermanos, y Mónica preguntó por la primera que pescó de oídos:

—¿Qué es mustia?

La madrastra ignoró su pregunta, ni siquiera le plantó la vista encima, y empezó a contarnos lo que aquí sigue, feliz, feliz, como si fuera el chiste del año:

En el baño del cuarto de servicio, Laura había dado a luz. No era gorda, sino una embarazada con faja. No sé si el nacimiento fue a tiempo o si tanto trote navideño, tanto plato y tan distinto, tanto poner un mantel sobre otro y de diferentes colores y tamaños le había provocado un parto prematuro. El niño nació con vida, y lloró. El llanto despertó a la cuñada. Irrumpió en el baño, y vio a Laura enredando el cordón umbilical sobre el cuello del recién nacido y ahorcándolo con éste.

—¿Qué es cordón umbilical? —preguntó Mónica.

Madrastra de nuevo la ignoró.

La cuñada, siguió contando, había tratado de impedirlo, y debió de ser así porque con las manos llenas de sangre...

Aquí mi hermana mayor tomó de la mano a Male y a Mónica, y dijo:

—Vámonos de aquí.

Madrastra dijo:

—Nadie se va de aquí, estoy hablando.

Y continuó: Con las manos llenas de sangre, la cuñada fue a despertar a los pichoncitos, éstos llamaron a la policía y a la Cruz Roja.

—Y su papá —terminó, muy satisfecha— no está porque de la Delegación se fue a la oficina, había un problema en la fábrica, ¡ya ven! ¡Lo de siempre! ¡Es un inepto! —suspiró—. ¡Ni siquiera sabe bailar!

Mi mamá adoraba a «su Manuel», lo encontraba nada menos que perfecto. No sé si la estaba oyendo decir tanto improperio enfrente de las pequeñas, pero el ataque a su adorado habría bastado para sacarle chispas.

Pero no vi chispas. La luz del día no permitía resplandores, apagaba cualquier manifestación sobrenatural.

Cuando madrastra acabó de hablar, nos fuimos al cuarto de las chiquitas. Después se quejaría con papá de nuestras «peladeces», de que la habíamos dejado hablando sola (mentira) y de que nos habíamos acabado «sus» cornflakes (verdad).

Nos urgía hacer preguntas, porque había muchas cosas que no entendíamos. Lo malo es que no había quién pudiera explicarnos. Lo del cordón, por ejemplo. En la escuela de monjas habíamos oído en clase de biología hablar del parto, bastante

medio medio, como toda la educación que recibíamos (si a fin de cuentas no éramos sino niñas), pero no habíamos puesto mucha atención en el umbilical. Mi hermana mayor dijo, como muy enterada:

—Lo importante es que nació el niño.

—¡Pero lo mató! —le explicó Javier, que aunque tuviera cinco años había capiscado el asunto. A ella una cosa tan horrible no le podía entrar en la cabeza—. Lo ahorcó su mamá, no seas mensa —agregó Javier para que no le quedara duda.

—No me digas mensa.

—Disculpa.

Male remató, antes de que dejáramos de lado el tema del asesinado de navidad:

—Así tiene que ser para que vuelva a nacer al siguiente año, ¿si no, cómo?

El resto de esa navidad pasó sin pena ni gloria. Mi abuela vino a dejarnos unas deliciosas tortas de bacalao. Madrastra no la invitó a entrar. También nos traía regalos, los abrimos parados en la banqueta: vestidos, trajecitos, camisas y blusas preciosos.

Fuera de comernos las tortas, no hicimos nada más, ni siquiera nos probamos la ropa. Nos sentíamos como si fuéramos moscas pegando contra un vidrio. El jardín de al lado estaba vacío, Vaca no apareció, ni tras la puerta su reflejo, Vaca durmiente.

Quién sabe cómo, pero se acabó el día. A media noche me desperté en mi cama. No eran los pasos de mamá lo que me sacó del sueño. A pesar del miedo que me provocaba, hubiera preferido su presencia a eso que no sabía qué era; la sensación era peor que oír a mi muerta acercarse, peor que saberla gruñir, incapaz de modular palabra, peor que saberla triste. Me levanté de la cama, por escaparme caminé rapidito hacia el cuarto de las pequeñas. La lámpara del buró de Mónica estaba encendida, su luz caía directo sobre el Jesusito de plastilina que había hecho Javier. El botón que le había puesto en la cara ya no estaba, tampoco de su frente hacia arriba. Faltaba también la otra punta de su persona, donde irían los pies. Parecía que alguien lo hubiera mordido de arriba y de abajo, tenía marcadas huellas que podrían ser de dientes. «Qué asco», pensé. Y me metí a la cama de mi Mónica, la abracé muy fuerte, y después de mucho esperar, por fin me dormí ●

Rezo coral por la tamalera asesina

Juan Carlos Bautista

Señor: perdónala Tú,
perdona a la mujer que hizo tamales al marido.

A la mujer que no lloró
y, antes bien, se dobló de placer
al hundir los dedos en la masa
y la manteca.

Perdónala:
era sólo una golosa
y en todo caso, una arrebatada,
una delirante.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar su locura
cuando los tamales estaban buenísimos?

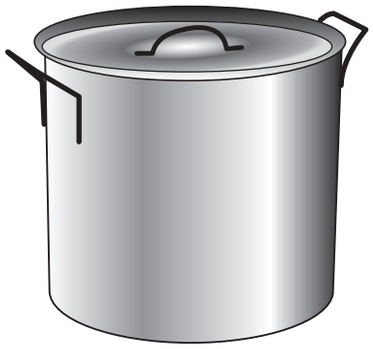
Perdónala:
no es poca cosa lograr delicia
de una carne embrutecida y vil.

No la juzgues a ella,
juzga su obra: la mezcla perfecta
de la carne del cerdo con la salsa dulce y picante
del morita.

¡Perdónala! ¡Perdónala!

Retén su gesto de Verónica
cuando los periodistas llegaron
y le pidieron, para la foto,
que blandiera el cuchillo como una trágica.

¡Temblaba, Señor, temblaba
porque los olores la transían aún,
y ella iba abriéndose a las intuiciones de su lengua
como un gusano ebrio de sal!



Cine Cosmos

Enrique Serna

a Xavier Labrada

Hay costumbres que uno mantiene por fidelidad a las ilusiones de la juventud, como un mendigo que se aferra a su abrigo andrajoso. Así es mi costumbre de ir a buscar aventuras al cine Cosmos a la salida de la oficina. La contraje en mis años de gloria, cuando era un efebo con cara de ángel perverso, copete ondulado con vaselina, cintura de avispa y un quiebre de caderas que dejaba a los hombres babeando de lujuria. No exagero, si alguien lo duda puedo enseñarle mi álbum de fotos. Guapo y temerario, me bastaba una seña, qué digo una seña, una miradita de reojo, para tener bramando a mis pies a los mejores cueros del arrabal. En una sola tarde podía cogerme a tres o cuatro chavos, sin averiguar siquiera sus nombres. ¿Para qué, si nunca más los vería en mi vida? Las orgías en los rincones oscuros del cine me dejaban exhausto, efervescente de orgullo, con raspones en las piernas y mordiscos de vampiro en el cuello. Cuanto más rudos eran más me gustaban. Maltrátame, papi, así, más duro. Ahora, a los 58, calvo, flácido, craquelado por las arrugas, con bolsas oculares y una barriga de bebedor que ni aguantando el aire puedo disimular, ningún chavo caliente se fija en mí. ¿Por qué no me retiré a tiempo, si ya no queda en el cine Cosmos ninguna loca de mis tiempos? Por necia, no tengo otra explicación. Soy como esas mulas que se van a su querencia con los ojos cerrados, aunque el jinete las quiera llevar a otra parte.

Sé que no voy a ligar nada, y de hecho, hasta me duelen las miradas compasivas de algunos jóvenes incómodos por mi presencia. Pero simplemente no me apetece volver a casa tan temprano. Si viera la televisión desde las siete hasta las once, como mi pobre tía Concha, que en paz descanse, terminaría volviéndome loco. Yo por lo menos me entretengo con la lectura, y gracias a eso tengo mi culturita, pero de todos modos, no

soporto la soledad. Es como un hacha de seda que te degüella despacio, sin dolor y sin hemorragia. A la hora de la cena necesito poner el radio para escuchar una voz humana, de lo contrario siento que el silencio me ahoga. Quién te mandaba ser puto, pienso a veces, cuando veo en los restoranes a las parejas de viejitos que se hacen compañía. La culpa es nuestra por rendirle tanto culto a la juventud y a la belleza del cuerpo. Después de los 40, los bugas siguen teniendo pegue, se divorcian de sus viejas y agarran chavas más jóvenes. Nosotros, en cambio, tenemos que jubilarnos o pagar chichifos, una humillación intolerable para las que alguna vez fuimos reinas. Pues cásate y sienta cabeza, me dicen algunas locas cuando les cuento mis penas. ¿Pero a quién voy a encontrar a estas alturas? ¿A otro joto viejo como yo? Está de moda el lesbianismo, pero yo estoy chapado a la antigua, qué le vamos a hacer. Nunca he sido ni seré gay, es más, aborrezco esa palabrita blandengue. Los nuevos estilos de vida homosexual no van con mi carácter ni con mi libido. A mí me gustan los hombres de verdad, mayates, desde luego, pero varoniles y, de ser posible, con el encanto canalla de los bajos fondos. Claro que en esa clase de ligues una corre riesgos. No es una vida recomendable para la gente débil de carácter. Y cuanto más envejeces, más te la rifas. Cualquiera se siente con derecho a faltarte al respeto por andar puteando entre chamaquitos, ¿no le da vergüenza, viejo cochino? Yo he tenido en la vida muchas experiencias desagradables, pero ninguna como la de ayer. Ahora sí me retiro, me cae de madres, después de esto a tejer chambritas.

Salí a las seis de la oficina, después de entregar el presupuesto que me ordenó mi jefe, el licenciado Balcárcel. En la empresa nunca he dado motivo de queja en mis 35 años de auxiliar contable. Comedido, eficaz, hábil para resolver problemas operativos, jamás le miro la bragueta a los compañeros de trabajo, aunque todos sepan de qué pie cojeo. Me despedí de Rita, la recepcionista, elogiando con entusiasmo su horrible tinte de pelo, y en la calle me detuve un momento, indeciso entre tomar el metro de vuelta a casa o detenerme un rato en el cine Cosmos. En el cruce de Ribera de San Cosme y Gabino Barreda, los voceadores anunciaban a gritos el destape del candidato a la presidencia Miguel de la Madrid, y los automovilistas detenidos en el semáforo les arrebataban los diarios, ansiosos por conocer al nuevo rey de las ratas. Un anochecer prematuro empurpuraba el cielo, y al contemplarlo tuve un rapto de melancolía, como si el fantasma de mi cercana decrepitud me hubiera salido al paso con una mueca burlona. Cuidado: si volvía a casa en esas condiciones, podía agarrar una borrachera solitaria oyendo mis viejos discos de Chelo Silva, y los vecinos ya estaban hartos de mis desmadres. Necesitaba un

poco de sexo, no digo tenerlo pero cuando menos olerlo, acercarme un poco a las brasas del incendio. Caminé rumbo al cine con el paso garboso que todavía conservo, vencido por la tentación o quizá debería decir, por el masoquismo, pues desde hace más de cinco años, jubilado a mi pesar, el destino me ha asignado el papel más desairado de este submundo: soy el clásico vejete sentado en la última fila de la galería, junto a la salida de emergencia, que se conforma con mirar a hurtadillas cómo se agasajan los chavos ocultos en el rellano tenebroso de la escalera y les «echa aguas» cuando los judiciales vienen a hacer redadas.

Para atenuar un poco mi formalidad oficinesca, entré al cine sin corbata y me desabotoné el cuello de la camisa. El boletero, un viejo miope con cara de avestruz, adicto a los diarios deportivos, me saludó, como siempre, con un lacónico «buenas tardes», la única aproximación a la amistad que se ha permitido en más de 30 años. Él y todos los empleados del cine Cosmos han sabido siempre a qué vengo, pero fingen ignorarlo por conveniencia. Si no fuera por los putos, la clientela más importante en los días flojos de la semana, este cine de piojito ya hubiera cerrado hace tiempo y ellos se quedarían sin chamba. Subí por la escalera en espiral mirando con repugnancia los fotomontajes de la película en exhibición, *Virus,* un bodrio de terror sanguinolento que ya había visto tres veces. «Grite si la náusea no se lo impide», prometía la cínica frase publicitaria, junto a la repulsiva imagen de un banquete caníbal. Recargado en el barandal del balcón interior, un adorable golfillo moreno y correoso, a quien había bautizado con el mote de Kid Azteca, por su parecido con el boxeador de los años cuarenta, se acariciaba los huevos en actitud retadora. No debía tener más de 25 años, pero una cicatriz a la altura de la patilla derecha le había borrado cualquier traza de inocencia. Admiré la pelusa negra de su mentón, la contundencia de los pectorales insinuados bajo la playera roja, el hoyuelo encantador que se le abrió en la mejilla cuando correspondió a mi saludo con una sonrisa cómplice. Sólo una vez habíamos cruzado palabra, cuando él me pidió un cigarro en los urinarios, pero desde entonces se había convertido en mi novio secreto. Porque debo confesarlo aunque suene cursi: yo, la puta corrompida, la devoradora de hombres que en sus años de esplendor sólo creía en el sexo puro y duro, me había enamorado románticamente de ese torvo galán. Más aún: llevaba meses suspirando por él. Y al verlo en el barandal, dándose a desear como un halcón ávido de pleitesías, entendí que sólo por él había venido a ocupar una vez más mi puesto de vigilante, que necesitaba protegerlo desde la sombra, sin aspirar siquiera a un mendrugo de amor, para sentir que mi vida no era del todo estéril.

Entré a la sala semivacía y subí despacio la escalera lateral de la galería, pegajosa por falta de aseo, hasta llegar a la última fila. Antes de sentarme en mi butaca de siempre, me asomé por la cortina de la salida de emergencia para ver cómo andaba la trastienda: nada excepcional, sólo un joto tempranero mamándosela a un conscripto. Buen provecho, criaturas. La parejita ni se inmutó al verme, ya sabían que yo era gente de confianza. Me senté en la butaca dispuesto a ver lo menos posible la pantalla, donde los muertos vivientes, supurando un líquido verde por las llagas abiertas, irrumpían en un patio escolar y devoraban a los alumnos. Si una mamada no le hace daño a nadie, ¿por que se tiene que hacer a escondidas y en cambio está permitido ver cómo le sacan las vísceras a un escuincle?, pensé con indignación. Deplorando el cretinismo de la moral pública, procuré ver la pantalla lo menos posible y dirigí la mirada hacia el pasillo central de la galería, por donde ya comenzaban a subir los jóvenes arrechos que seguramente habían ligado en los urinarios, y ahora, puestos de acuerdo, subían cada quien por su lado rumbo a la zona roja bajo mi custodia. Algunos eran de nuevo ingreso, pero ninguno tenía facha de policía secreto, lo sabía por mi larga experiencia en esas lides. Los judiciales, por más discretos que pretendan ser, andan con la cabeza erguida y suben los peldaños con pisadas fuertes, para dárselas de machotes en un territorio comanche que les infunde pavor. Yo puedo reconocerlos a diez kilómetros de distancia. Lo digo con orgullo porque gracias a mi vista de lince muchas veces he salvado de golpizas y extorsiones a las pupilas de este burdel. No soy una hermana de la caridad: me excita ver a los chavos trenzados en orgías campales. Pero a cambio de esa pequeña recompensa, yo también les daba algo valioso: un seguro de vida para que pudieran refocilarse a gusto. Por desgracia ya no puedo preciarme de ser un vigilante infalible. Ni siquiera me queda la satisfacción del deber cumplido, porque esa tarde cometí la fatal negligencia de quedarme dormido.

Me senté en la butaca dispuesto a ver lo menos posible la pantalla, donde los muertos vivientes, supurando un líquido verde por las llagas abiertas, irrumpían en un patio escolar y devoraban a los alumnos.

Fue una siesta corta, de apenas media hora. Soñé que paría un hijo en la taquilla del cine, asistido por la empleada de la taquilla, una matrona de nariz bulbosa, con rollizos brazos, y el boletero con cara de avestruz, que me ponía compresas con alcohol en la frente. Echado en el suelo con las piernas abiertas, sentía las contracciones desgarradoras abriéndome el coxis, pero mitigaba mi dolor una dulce ansiedad por ver al fruto de mis entrañas. Entre jadeos, mientras resbalaban por mis sienes gruesas gotas de sudor frío, rogaba a la Virgen de Guadalupe que me diera fuerzas para ser una buena madre. Cuando por fin lograba dar a luz, la taquillera cortaba el cordón umbilical, envolvía al bebé en una sábana y se retiraba sin dejármelo ver siquiera. Yo estaba al borde de un desmayo, demasiado débil para protestar. Sólo veía entre las brumas del mareo que la taquillera cuchicheaba con el avestruz humano, negando con la cabeza en señal de reprobación. Como ambos han sido siempre hostiles conmigo, creí que tramaban algo en mi contra. Quiero ver a mi hijo, gritaba, tráiganlo para acá. Entonces la siniestra taquillera destapaba al recién nacido, y al entregármelo declamaba con voz cavernosa: «Grite si la náusea no se lo impide». El bebé era un engendro de piel azul pálida, con la carne purulenta y los ojos inyectados de sangre, como los cadáveres insaciables de la película. Cuando abrió las fauces para darme un mordisco desperté sobresaltado. Tardé un buen rato en desperezarme y en delinear las imágenes de mi campo visual. Entonces descubrí que la realidad era peor que mi sueño, peor incluso que la película de antropófagos: Kid Azteca bajaba por el pasillo lateral entre dos corpulentos matones de pistola al cinto, trompicándose en la escalera por los empujones del tipo con gorra de beisbolista que iba detrás. ¡Mi caballero águila en manos de la tira porque yo no le había dado el pitazo para salvarlo del apañón!

Nunca he sido valiente, desde la escuela tuve fama de cobarde porque prefería aguantar un trato soez que liarme a golpes con mis compañeros, pero esta vez tuve un espasmo de culpa tan violento que me levanté de la butaca y corrí escaleras abajo. Cuando llegué acezando al balcón de la galería, el Kid y los dos tiras ya casi habían llegado al vestíbulo de la planta baja. Me apoyé un momento en el barandal, sofocado por el esfuerzo. Entonces el Kid alzó la cabeza y me dirigió una mirada implorante. No podía dejarlo morir solo. Yo era el responsable indirecto de su desgracia y si le hacían daño esos hijos de puta no podría perdonármelo nunca. Pronto, debía alivianarlo de alguna manera. Con la irreflexiva temeridad de la pasión, bajé los peldaños de dos en dos, a riesgo de rodar por las escaleras, y salí como tromba por la puerta principal ante la mirada perple-

ja del boletero. En la banqueta, como a cincuenta metros de la escalinata del cine, los secuestradores subían al Kid atenazado por el cogote a un Dodge Dart color hueso. Hice un sprint final y logré alcanzarlos cuando mi amado ya tenía medio cuerpo dentro del coche.

—Un momento, señores, no se lo lleven —traté de impedir con el brazo que cerraran la puerta—. Por favor, denle una oportunidad.

—¿Y a ti quién chingados te llamó? —el judicial más bravucón, de pelo crespo y ojos achinados, con un fuerte tufo alcohólico, me cogió por la solapa del saco—. La bronca no es contigo, ruco, pero si la haces de pedo te puede ir mal.

—Éste ha de ser su jefe —dijo su compañero, un gordo con gorra de beisbolista, que tenía una grotesca mancha de vitiligo en la mitad de la cara—. Tú controlas a los raterillos del cine, ¿verdad? ¿Cuántos putos trabajan para ti?

Miré confundido al gordo con mal del pinto. Su acusación enardeció al borracho de pelo crespo, que me soltó un rodillazo en los huevos.

—Mételo al carro, Tacho —ordenó a su compañero—, vamos a ver si de veras es tan machito.

Obligado por el cañón de un revólver subí al asiento de atrás, junto al borracho que daba las órdenes. Tacho tomó el volante y Kid Azteca, esposado de las manos, ocupó el asiento del copiloto.

—¿Pa dónde voy, Ramiro? —preguntó el gordo cuando arrancamos chirriando llanta por la lateral del circuito interior.

—Jálate para la cabeza de Juárez.

Como la cabeza de Juárez está rodeada por grandes terrenos baldíos, utilizados a veces como tiraderos de basura, temí que los judiciales tuvieran la intención de asesinarnos. ¿O sólo querían darnos un susto, para elevar el monto de la extorsión? Sí, pensé, por eso acusan de ratero al Kid Azteca. Por faltas a la moral no le pueden quitar mucha lana, pero si le inventan un robo sacan el triple. Tenían todo bajo control y sin embargo Ramiro estaba demasiado tenso. No se comportaba como los hampones con placa que yo había tratado hasta entonces. Con un rictus de

dolor en el rostro, no tanto de enojo, sino de contrición, parecía refrenar a duras penas un impulso homicida. Descarté mi primera conjetura, pues era evidente que tenía algo personal contra Kid Azteca.

—Ahora sí te va a llevar la chingada, por pasarte de lanza —dijo con voz estomacal—. Yo no tengo nada contra los putos, me cae, pero lo que le hiciste a mi primo no tiene madre.

—Yo no le hice nada a su primo —se atrevió a murmurar el Kid.

—¡Cállate, puto! —Ramiro le dio un jalón de cabellos tan violento que por poco le arranca el cuero cabelludo—. Le robaste la cartera mientras se la estabas mamando, y ahora te haces pendejo. El pobre llevaba todo el sueldo de la quincena y me tuvo que pedir prestado.

El Kid Azteca ya no se atrevió a chistar, ni yo tampoco. La indignación de Ramiro parecía genuina, y después de todo, yo apenas había cruzado palabra con mi amante platónico. ¿Sería de veras un raterillo? Bien podía serlo, ¿y qué? No por eso iba a arrepentirme de haberlo querido ayudar. Ambos vivíamos al margen de la ley, condenados por la sociedad, y nadie podía culparlo por contravenir un orden social podrido. ¿Qué les ofrecía la sociedad a los parias como él? Un desprecio helado y una patada en el culo. Desde niño simpaticé con los perseguidos que viven al filo de la navaja, y ante mis ojos, la sospecha de que el Kid pudiera ser un hampón lo envolvió en una aureola de romanticismo. En medio de un silencio electrizado por el rencor y el miedo, tomamos el eje Flores Magón en dirección al oriente. A mi lado Ramiro daba sorbos largos a una anforita de Don Pedro, eructaba con ruidosa vulgaridad y se limpiaba los labios con la manga de la camisa. En el radio sonaba una canción de José José: «He rodado de acá para allá, fui de todo y sin medida...». La melodía debió de tocarle alguna fibra sentimental, porque de pronto se puso a canturrear al borde de las lágrimas, con la voz quebrada por la emoción: «Al fin te lo han contado, amor, bueno, ya conoces mis defectos, que anduve con éste y con aquél, con ésta y con aquélla, con esto y con aquello....». No me atreví a mirarlo, por miedo a que me soltara un balazo. La experiencia me había enseñado que era gravísimo presenciar la catarsis lacrimógena de un machote.

¿Sería de veras un raterillo?
Bien podía serlo, ¿y qué?
No por eso iba a arrepentirme
de haberlo querido ayudar.

—¿Qué pasa, compadre, te sientes mal? —le preguntó Tacho.

—No es nada, lloro de coraje. Me da rabia que mi primo haya caído tan bajo. Es un esposo cumplidor y un buen padre de familia, te lo juro por Dios. Cuántas veces le he dicho que se aleje de la mala vida. Pero él no entiende, ya le gustó chapotear en las aguas negras. Para mí que estos maricones lo pervirtieron.

Temí que en vez de sacarnos dinero quisiera matarnos. Era, sin duda, un psicópata y tal vez entró al cine en busca de cualquier sospechoso para lavar el agravio de su familia. Mi amor a Kid Azteca arreció con más ímpetu que nunca y decidí cerrar filas con él. Cuando cruzábamos la avenida Guerrero esgrimí una defensa:

—A lo mejor hubo un malentendido. En la oscuridad del cine es difícil reconocer a las personas. A lo mejor su primo se confundió o no le dio bien las señas del ladrón.

En un intempestivo salto de la tristeza a la cólera, Ramiro me soltó un tremendo codazo en la cara.

—¡Y encima lo defiendes, hijo de puta! ¿Cuánto te pasa por cada robo?

Nuevo silencio, más largo y escabroso. Con el labio sangrante y un diente flojo, el dolor evaporó la rabia que me bullía en el pecho. Di por seguro que al día siguiente hallarían mi cadáver en un terregal, entre cascajo y bolsas de basura. Hasta me imaginé el encabezado en *Alarma:* «Dos lilos muertos a balazos. La policía cree que fue un crimen pasional». Kid Azteca callaba con los ojos cerrados, tal vez encomendando su alma al Señor. Empecé a rezar mentalmente un Ave María.

—Oye, Ramiro, ¿y no será bueno que tu primo identifique al puto que le robó? —preguntó Tacho—. Así vamos a la segura.

—No hace falta, me dijo que tenía una cicatriz en la cara.

—Pero a lo mejor no es él —señaló a Kid Azteca—. ¿Qué tal si dejas libre al verdadero ladrón? Vamos a que lo vea y así salimos de dudas.

—Yo no tengo ninguna duda, no creas en los cuentos del ruco —Ramiro carraspeó con incomodidad—. Mi primo me lo describió con pelos y señales.

—Pero es que a lo mejor... —insistió Tacho.

—¿A quién le crees? ¿Al puto o a mí? —lo paró en seco Ramiro.

—A ti.

—Pues entonces hazme caso, güey. Esto lo quiero hacer a mi modo.

El Kid Azteca y yo cruzamos una mirada de suspicacia por el espejo retrovisor. Los dos habíamos adivinado ya quién era el misterioso primo de Ramiro, pero nos callamos para salvar el pellejo, o al menos, para

retrasar un poco la ejecución inminente. Obligado a echar mano de cualquier recurso, por desesperado que fuera, cuando ya habíamos llegado a Eduardo Molina me atreví a intervenir de nuevo.

—Si es por dinero, nos podemos arreglar. En la casa tengo un guardadito.

—No quiero tu piche dinero —Ramiro me abofeteó con el dorso de la mano.

—Con todo respeto, compadre, yo sí quiero esa lana —se insubordinó su compañero—.Ya sé que esto es un asunto de honor, pero un billete nunca cae mal.

Empezaba a crearse una división en las filas del enemigo que me infundió una leve esperanza. Ramiro meditó largo tiempo su respuesta, trabado de cólera por la desobediencia de Tacho

—Está bien, vamos a la casa del ruco —refunfuñó—, pero con una condición: que este puto reconozca primero que le robó la cartera a mi primo.

Kid Azteca guardó un atribulado silencio. Supuse que el pobre vacilaba entre admitir la acusación o negarla, pues de ambas maneras se arriesgaba a recibir un tiro.

—¿No me oíste, imbécil? —Ramiro le asestó un cachazo en la cabeza.

El golpe me dolió tanto como al Kid y quise creer que también él se condolía por el codazo en mi boca. El placer nunca me había unido tanto a un hombre como ahora nos unía el sufrimiento.

—Es verdad, yo fui —dijo el Kid, con un hilillo de sangre escurriéndole por la nuca—, pero este señor no es mi socio. Yo trabajo solo.

—¿Entonces por qué se metió a defenderte? —preguntó Tacho, incrédulo—. ¿A poco es tu camote?

—Ni siquiera nos conocemos —me apresuré a aclarar—. Vi que se lo llevaban y quise ayudarlo, eso es todo.

—¿Ni siquiera lo conoces y hasta ofreces lana para salvarlo? —se burló Ramiro con una mueca amarga—. No te hagas pendejo. Tú manejas a estos puñales y te quedas con la mejor tajada. Pero ya se te acabó el negocio. ¿Dónde vives?

Les di mi dirección: Doctor Erazo 234, departamento 105, en la colonia Doctores. Paradojas de la vida: iban a desvalijar mi casa y sin embargo estaba ecuánime, casi feliz, pues la generosa intervención exculpatoria de Kid Azteca, una justa recompensa por haber corrido en su auxilio, me había inundado el alma de gozo, y ahora existía entre los dos un vínculo espiritual que ni la muerte lograría romper. Después de tanta lujuria desalmada y vacía encontraba por fin el secreto de la plenitud

amorosa: renunciar a la propia seguridad para saltar al vacío. Salvando la diferencia de edades, el Kid Azteca me amaba como Aquiles a Patroclo. Y por eso, durante el trayecto a mi casa, mientras el radio de la patrulla transmitía las monótonas instrucciones de la jefatura («en la esquina de Municipio Libre y Avenida Cuauhtémoc hay un dieciséis cuarenta, diríjanse hacia allá las unidades del sector»), me sentí fuerte y ennoblecido a la vez, como un estoico paladín de la renuncia amorosa. Me preocupaba, sin embargo, la agresividad de Ramiro, que seguía ensañándose con el Kid:

—Ratero y maricón, qué poca madre tienes. Mejor ponte una tarifa, cobro tanto por una mamada, pero no te aproveches así de los pendejos que se meten contigo —dio un sorbo largo a la anforita y se dirigió a Tacho—. Mi primo Luis dice que este hijo de la chingada mama muy bien, tan bien que ni siquiera notó cuando lo esculcaba. ¿No se te antoja una soplada de corneta, compadre?

—¿Qué pasó? Yo no le hago a eso, luego son siete años de salación.

—Tampoco yo, ¿cómo crees? Nomás estoy vacilando —reculó Ramiro, con una mueca de disgusto que denotaba molestia por el traspié cometido.

En el zaguán de mi humilde edificio, un triste vejestorio de cinco pisos, donde pago renta congelada, los cuatro bajamos del carro, ellos apuntándonos por detrás y nosotros con las manos en la nuca. Al vernos, la vecina del 104, que regaba unas macetas en el corredor, cerró con espanto la puerta de su vivienda. Mi departamento estaba en completo desorden, porque sólo hago el aseo los sábados.

—Esta casa huele a meados —me regañó Ramiro y pasó el dedo por un librero empolvado—. Mira nomás cuánta mugre, vives en una pocilga, ni siquiera los trastes lavas, pinche puerco. ¿Dónde tienes el dinero?

—Voy por él a mi cuarto —quise entrar a la única habitación, pero Ramiro me tomó del cuello

—¿A dónde crees que vas? Yo te acompaño.

Abrí la vieja cómoda heredada de mi tía Concha y saqué del tercer cajón la cajita de música donde guardaba todo mi patrimonio: tres mil pesos ahorrados con grandes esfuerzos para comprar un equipo de sonido nuevo.

—¿Esto es todo? —Ramiro contó los billetes, decepcionado—. No te hagas güey, búscale bien.

—No tengo más, pero si quiere se puede llevar la tele.

—Ya viste, Tacho, nomás tiene tres mil. ¿Para eso nos hiciste venir aquí, pinche puto?

Su patada en los riñones me arrojó de bruces contra la esquina del buró y el golpazo en la frente me sacó un chipote que todavía tengo inflamado.

—Te lo dije, ¿para qué vinimos aquí? Los hubiéramos llevado derechito a la cabeza de Juárez.

Entre los dos revolvieron todos mis cajones, vaciaron el armario, tiraron por la ventana los viejos escapularios de mi tía Concha y pisotearon con saña mi colección de fotos de boxeadores. Yo miraba con fijeza a Kid Azteca para darme valor y él me sostenía la mirada con un ardor fraternal que me colmaba de gozo. Bienvenida la muerte si con eso me hundía para siempre en el abismo de sus pupilas. Ni modo, hice lo que pude, hubiera querido decirle, pero las palabras sobraban en ese epílogo trágico, porque la inminencia de la muerte nos comunicaba por telepatía.

—Para mí que este ruco muerto de hambre no es jefe de nadie —reflexionó Tacho, con la lucidez de la sobriedad—. Si regenteara a los maricones no estaría en la chilla. Agarra el dinero y vámonos a la verga.

—Espérate, ni siquiera he recuperado lo que le robaron a mi primo. Llevaba cinco mil varos en la cartera.

Ramiro acercó la punta de su revólver a la sien de Kid Azteca.

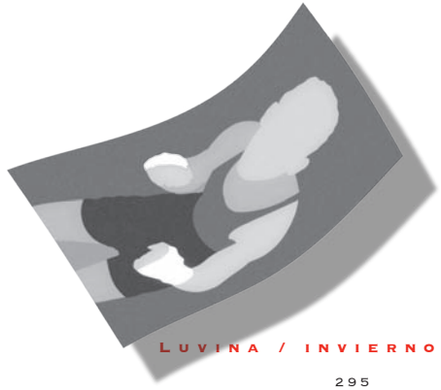
—Pon lo que falta, o aquí te mueres.

El Kid se sacó del bolsillo dos billetes arrugados de a cincuenta pesos. Ramiro los miró con asco y los tiró al suelo.

—¡Hijo de puta! De mí no te vas a burlar. Ponte de rodillas, como en el cine. Mi primo dice que después de la mamada te lo cogiste y hasta le sacaste sangre. ¡Cómo te atreves a manchar así el honor de un hombre! Te aprovechaste de que estaba borracho y no se pudo defender. Al pobre todavía le duele.

Cuando iba a jalar el gatillo tuve una súbita inspiración

—Dile que tome baños de asiento y verás cómo se le pasa —dije en tono de loca estridente—. Pero no creas que lo digo por experiencia, ¿eh? Yo también tengo un primo como el tuyo y él me dio la receta.



Mi arranque de valor y sangre fría todavía me sorprende. En una fracción de segundo pensé que si de todos modos nos iba a matar, por lo menos debía darle un buen motivo, como los judíos que escupían en la cara a sus custodios nazis de camino al horno crematorio. Ramiro tembló con una mezcla de estupor y odio. Miró de soslayo a Tacho, que se tapaba la cara para disimular la risa, y al no encontrar su apoyo moral hizo un berrinche de niño malcriado, dando un puñetazo contra la pared. Iba a soltarme un balazo a quemarropa, pero en ese momento su compadre le arrebató la pistola. Forcejaron un rato, hasta que Tacho logró aplacarlo.

—Cálmate ya, Ramiro. Ni a ti ni a mí nos conviene quedar embarrados de sangre por un pleito entre putos. Luego cómo se lo explicamos al comandante. Mejor habla de hombre a hombre con tu primo. Debe hacerse responsable de lo que hace, ¿no crees?

Ramiro tuvo un derrumbe emocional y se quedó un rato abismado en su dolor, con la mirada fija en el piso, como si guardara luto por sí mismo, hasta que su compadre lo sacó del departamento a rastras, pues vacilaba todavía entre hacer de tripas corazón o una sanguinaria rabieta. Cuando por fin se largaron corrí a poner el seguro de la puerta por si acaso el primo vengador volvía a echarnos brava. Después de un largo suspiro de alivio, el Kid Azteca y yo nos abrazamos con el vértigo de los resucitados.

—Gracias. Me salvaste la vida —suspiró el Kid—. ¿Cómo te llamas?

—Fedro, ¿y tú?

—Salvador, pero todos me dicen Chava.

—Yo te digo Kid Azteca, porque te pareces a un boxeador que me gustaba mucho cuando era niño —dije, y le acaricié el cabello, enternecido hasta los ovarios, pensando absurdamente que me hubiera gustado parirlo en la taquilla del cine.

Lo demás es anticlimático, pero debo contarlo aunque me duela. Cuando terminamos de recoger el tiradero que habían dejado los trogloditas, saqué una botella de Don Pedro, nos relajamos en el sofá, puse un disco de Javier Solís y le pregunté si de veras había robado al judicial.

—Sí, ayer le bajé la cartera —me confesó—. En la oscuridad no podía saber que era tira. Pero no lo forcé a nada, él solito me dio las nalgas.

Vivía en la Agrícola Oriental, en un cuarto de azotea que a veces compartía con un malabarista callejero. Sólo había estudiado hasta segundo de prepa, porque ya desde entonces le gustaba el activo y lo corrieron de la escuela por llegar atarantado a las clases. Estuvo trabajando un tiempo con su tío Melchor en un taller de carpintería pero no soportó sus malos tratos y se largó a vivir un tiempo en la calle, con los chavos banda de la

colonia. En una riña a navajazos con una pandilla de Neza le habían dejado el recuerdito que tenía en la cara. Ahora, a los 27, se arrepentía de no haber estudiado siquiera una carrera técnica. Cuando dejara de ser joven quién sabe de qué chingados iba a vivir. Todo lo que ganaba con sus atracos se lo gastaba en alcohol, en mota y en los discos de rock que compraba en el tianguis del Chopo. Sólo una vez había caído en el bote, pero salió a los seis meses, gracias al paro que le hizo un amigo abogado, con quien se acostaba algunas veces. ¿Y yo en qué la giraba? Le conté con brevedad mi vida, sin lamentaciones melodramáticas. Traté de presentarme como una loca frívola, encantadora y cínica, un papel que desempeño a la perfección, no en balde ha sido toda la vida mi máscara favorita. Sus risas me animaban a jotear con desparpajo, a burlarme con finura de las cosas que más me duelen. No creí necesaria una declaración de amor, pues temí que a un golfo curtido en ácido cualquier palabra dulce le sonaría cursi. Mi conducta de esa tarde acreditaba que sentía por él algo mucho más intenso que una simple atracción sexual, y él, con su malicia rufianesca, debía saberlo de sobra. Al terminar el segundo Don Pedro, ya entrado en confianza, el Kid se levantó a revisar los discos pequeños de la consola y eligió *Ladronzuelo* de la Sonora Santanera. Se puso a bailar con una cadencia pélvica de stripper callejero, acercándose lentamente al sofá donde yo me había recostado. Cuando llegó frente a mí se sacó de la bragueta un miembro grueso de talla mediana, que apenas comenzaba a erguir la cabeza.

—Llégale, papá. Te lo ganaste —dijo con una sonrisa malévola.

Tras un largo periodo de sufrida abstinencia, llevármelo de trofeo a la cama hubiera sido la gloria. Había olvidado ya el vigor atrabancado, la jugosa firmeza de la juventud en flor. Pero Kid Azteca —me niego a llamarlo Chava—no me deseaba ni me desearía jamás: sólo quería pagar una deuda. Las ganas de coger son infalsificables y aunque él parecía guardarme una gratitud sincera, su evidente desgano hirió mi vanidad femenina. Se apresuraba a cumplir un deber engorroso para quedar libre de compromisos, sin prometer siquiera devolverme los tres mil pesos. Daba por hecho que era un regalo, o quizá un pago anticipado por sus servicios. La preciosa comunión que alcanzamos en la patrulla, cuando parecía que una entrega sublime sellaba nuestros destinos, cayó repentinamente a las atarjeas del sexo mercenario. No había corrido desesperado a salvarlo por unas migajas de placer. No era eso lo que yo buscaba cuando me jugué la vida por evitar que lo ejecutaran. Yo me había envalentonado por un impulso pasional. Yo había querido abolir con un Do de pecho la sinrazón de mi perra vida. Yo había querido convertir esa comedia sórdida en una elegía arrebatada.

—Guárdate eso, ¿cómo se te ocurre? ¿No ves que podría ser tu madre? —lo rechacé con falsa dignidad.

Se subió la bragueta, desconcertado, y aprovechando su turbación le di una severa reprimenda por andar robando en los cines de ligue. Ya estaba grandecito para ser tan irresponsable, a este paso iba a terminar comido por las ratas en un terreno baldío. Tenía suerte de que yo le hubiera hecho el paro, si no, los judiciales lo truenan. Había corrido en su auxilio sólo porque me tomaba muy en serio mi tarea de vigilante, pero la verdad era que no se lo merecía. Los raterillos como él desprestigiaban al gremio de las locas, si se corría el rumor entre la clientela del cine, al rato nadie iba a querer bajarse los pantalones. No quería volver a verlo por ahí, que se largara a talonear a otra parte, o yo mismo me encargaría de entregarlo a la policía. Agobiado por el alud de reproches, el Kid caminó hacia la puerta, cabizbajo y mustio, como la oveja negra de la clase cuando el profesor lo corre del salón.

—Y a ver si dejas ya las drogas, imbécil —lo despedí en la puerta—. Te vas a quemar el cerebro antes de haberlo usado.

Contuve la respiración mientras oía alejarse sus pasos por la escalera. Una espesa quietud tiñó las paredes de gris y cuando volví al sofá me solté a llorar. ¿Pero quién entiende los altibajos de la menopausia? Esta mañana ya me levanté menos deprimido, y no descartaría que hoy por la tarde volviera a ocupar mi puesto de vigilancia en la última fila del Cosmos. ¿Qué le vamos a hacer? La madre que hay en mí me ordena proteger a esos pobres muchachos •

Inti García Santamaría

Espantapájaros

Fui besado por una campesina y mi cerebro se convirtió en una ciruela amarga. Para que devoraran mis brazos ella dibujó un árbol genealógico de mantis religiosas sobre mi piel. Bajo cirros de cobre la tarde es un amanecer de brasas que se apagan. Pregúntame sobre el estado del tiempo y te responderé que vivo dentro de un planetario de tonos verde pastel. En medio del camino había...

una mulita muerta.

Rima LIII

Sin más adivinar otro salón de fiestas que esa farmacia donde comprábamos parches de heno y decidíamos callar como quien cocina a solas en un horno de piedra. Sin otra espera más que presentir doce fisuras en tus muñecas de porcelana. Sin otra predicción que no sea el texto escrito con acacias sobre las huellas que dejan los vectores animales al partir. Por más que el invierno regrese con su sala de estar donde brillan tarros de mermelada.

Por más que el invierno regrese con su sala de estar.

Meditación
Louis Pasteur

MIGUEL AGUILAR CARRILLO

¿Qué pensar de Louis Pasteur? | ¿Lo supo su madre
cuando parió? | Dijo | Mi hijo será un gran hombre
igual que la madre de uno | cuando puje y puje y dolor tan intenso
que un hombre no aguantaría | O solamente
resoplando y quejándose como la madre de uno
por esas calificaciones en la escuela y el tatuaje
de Morrison en el brazo izquierdo |
Pero no es el caso pensar en lo que pensó
la madre de Louis Pasteur como tampoco el pensamiento
de la madre de uno cualquiera al nacer | Tampoco es el caso
de lo que surgió de la cabeza de su nodriza
porque uno cualquiera tuvo un biberón nodriza
sin cantos ni juegos | Como tampoco es el caso meditar
sobre los pensamientos del enérgico padre o sus maestros
No | el caso es Louis Pasteur y qué pensar de él
y su vacuna antirrábica probada el 6 de julio de 1885
y la pasteurización que ayuda a la conservación de alimentos
cuando estoy en una cama incómoda pasteurizándome
de rabia por X o Z y Louis Pasteur con cara de autista observando
el microscopio y sus bacterias para mayor
gloria de Francia | mientras que en México | pobre
paisito | estoy con rabia pensando cómo volverme serial
acribillando a la madre que lo parió con un cuchillo
enérgico como su padre y sus abuelos
porque nada sabe de ésta mi condición en una cama incómoda
y mi rabia | sin pasteurizar | aunque más tarde
la historia me condene y sea tan famoso
como Louis Pasteur en otras cosas pensando

Fernando Vallejo: El cielo cargado de rabia

SERGIO TÉLLEZ-PON

EN LA PRIMAVERA DE 2003 emprendí un viaje que inició en Tijuana y terminó un par de semanas después en San Francisco. El libro que me acompañó en ese periplo fue *El mensajero* (Séptimo Círculo, 1984; Planeta, 1991), la biografía sobre el poeta Porfirio Barba Jacob que le tomó a Fernando Vallejo escribir poco más de diez años, y cuya segunda versión Alfaguara acababa de reeditar en esos días. Como el viaje tuvo sus consabidos tiempos muertos y confusiones que me obligaron a permanecer en estaciones de autobús y aeropuertos por largas horas, pude avanzar mucho en la lectura, que no estuvo exenta de aventuras, vericuetos, sorpresas y desenfrenos, propias de un personaje tan locuaz. Además, mi lectura fluía porque era muy divertido todo lo que Vallejo contaba que le había sucedido a este excéntrico poeta, de manera tal que sus iras e insultos me parecía que iban muy a tono con lo que relataba: se justificaban, para decirlo de algún modo (si intentaba de forma infructuosa traspasar las estrecheces mentales de la burocracia cubana en busca de pistas sobre la estancia en la isla del poeta colombiano, era lógico que despotricara contra Castro y contra la supuesta Revolución cubana, por ejemplo). *El mensajero* estaba apenas salpicado de esos desplantes que, más que molestar, aderezaban la lectura con un sentido del humor mordaz y deslumbrante.

Sin embargo, cuando, ya de regreso en la Ciudad de México, tomé por primera vez una de las novelas de Vallejo, *El desbarrancadero* (Alfaguara, 2001), esa ira ya no me agradó tanto. No me parecía divertida, ni deslumbrante, ni mordaz. Era molesta. (Y no porque esta vez despotricara contra el entonces Papa Juan Pablo II; no en lo absoluto: de hecho, creo que era lo único que disfrutaba.) Este pobre hombre, me decía, ha dejado todo el hígado en apenas un ciento de páginas. Era, sin dudarlo, uno de esos libros que, como dice un amigo, «te escupen a la cara», es decir que el lector se siente agredido. Lo era, en efecto, así que lo dejé casi hacia el final

para un mejor momento. Si mal no recuerdo, pasó mucho tiempo para que retomara esa lectura que estaba obligado a concluir, porque si bien había algo que me repelía, también es cierto que *algo* me había seducido.

No sé si fue en ese lapso que dejé descansar la lectura, o si ya terminada, un día del verano de 2004, caminaba apurado para llegar a una cita, cuando me encontré a Vallejo en el Parque México de la colonia Condesa; paseaba a sus dos perras bajo el sol abrasador —aunque ya pasaba del mediodía— cuando detuvo su paso para escucharme. A pesar de las prisas no quise dejar pasar la oportunidad de acercarme a saludarlo, aprovechando, además, que tenemos un par de amigos en común. Pensé que me enfrentaría a un ser huraño e intratable, incluso arrogante, como el de su novela, o peor aún, que iba a intentar ligarme, pues tenía la impresión de que le gustan jovencitos y yo siempre he aparentado menos edad de la que en realidad tengo. Pero cuál fue mi sorpresa que me encontré con una persona muy gentil, cordial y cálida, que callaba para escuchar y respondía, eso sí, con ingeniosos dardos que daban en el centro de la diana. Sus manos eran suaves, y me recordaron esa candidez que sólo se ve en los empalagosos gestos de los abuelos. Todo pasó tan rápido que, para cuando nos despedimos, estaba yo más confundido que nunca: la imagen que tenía de él como un ser iracundo y que odiaba a todo el mundo (empezando por el Papa «Juana Pabla Segunda La Travesti», ¿y qué culpa tienen mis amigos los travestis de que ese Papa miserable les haya robado sus ropas?) no se correspondía con esta persona sencilla y afable con la que me había encontrado por la calle, mejor dicho, en el parque. ¿Quién es el verdadero Fernando Vallejo?, me preguntaba una y otra vez, mientras corría para llegar a mi cita.

Fernando Vallejo (Medellín, 1942) goza creando y alimentando a ese personaje llamado Fernando Vallejo, el que odia visceralmente a la humanidad pero hace todo cuanto está en sus manos para proteger a los animales, empezando por no comérselos (es vegetariano) o, por ejemplo, donando los cien mil dólares del Premio Rómulo Gallegos 2003, que ganó con *El desbarrancadero*, a una venezolana que tiene un refugio para perros abandonados —poco después de saberse ganador del Premio FIL anunció que donará el monto a un par de organizaciones en pro de los animales, una en Xalapa y otra en la Ciudad de México. Aún recuerdo a una amiga diciéndome asombrada: «¡Vino a Tijuana a decir que mataran a todas las mujeres embarazadas!», o en Ciudad Juárez: «Leyó un texto contra las religiones sólo porque matan a los animales». Vallejo consigue epatar a quien toma alguno de sus libros —tanto de narrativa como de ensayo—, pero a la irritación que causan les sigue, invariablemente, el reconocimiento

como pequeñas Grandes Obras Maestras, para dar paso, en algunos casos, a una ferviente admiración. Al menos ése fue mi proceso, y lo he podido comprobar en algunas otras personas: recuerdo haber leído en el *blog* de Tryno Maldonado el malestar que le causó la lectura de alguna de las novelas de Vallejo, y por otro lado, la admiración que le profesan escritores como Arturo Ramírez Lara, Arturo Flores y Gabriela Torres Olivares.

Aunque a finales de los años setenta y principios de los ochenta incursionó en el cine con tres películas (*Crónica roja*, de 1977; *En la tormenta*, de 1980, y *Barrio de campeones,* de 1981), Vallejo es el autor de al menos cuatro libros fundamentales: *La virgen de los sicarios* (Alfaguara, 1994), *El desbarrancadero* y sus biografías sobre los poetas colombianos más importantes de los siglos XIX y XX, respectivamente: José Asunción Silva en *Almas en pena, chapolas negras* (1995) y Miguel Ángel Osorio (también llamado Ricardo Arenales, Porfirio Barba Jacob, etc.) en el ya mencionado *El mensajero*. Además ha escrito *Los días azules* (1985), *El fuego secreto* (1986), *Los caminos de Roma* (1988), *Años de indulgencia* (1989) y *Entre fantasmas* (1993), todas reunidas en un mismo tomo titulado *El río del tiempo* (Alfaguara, 1998), y *La rambla paralela* (Alfaguara, 2002), *Mi hermano el alcalde* (Alfaguara, 2003) y *El don de la vida* (Alfaguara, 2010). Polemista radical, Vallejo también ha incursionado en lo que se ha consensuado en llamar ensayos —pero en su caso, me parece, ese género le queda corto—: *La tautología darwinista* (1998), *Manualito de imposturología física* (2005) y *La puta de Babilonia* (Planeta, 2007). Sin embargo, el libro clave para entender la escritura y la obra de este maestro de la prosa en lengua española es *Logoi. Una gramática del lenguaje literario* (escrito en 1982, pero publicado en 1985 por el Fondo de Cultura Económica; véase al respecto la entrevista que le hice en el número 49 de *Luvina*, en el invierno de 2007).

Todos sus libros están escritos con «su pluma deslenguada», como él mismo podría decir, y es así como los asesinatos, la ira, la homosexualidad y el odio visceral a la humanidad aparecen de forma casi natural en sus páginas. Fue hasta que leí *La virgen de los sicarios* que pude percatarme de ese *algo* que había llamado mi atención pero no lograba explicarme del todo. Si bien en su momento vi la versión cinematográfica de esa novela, eso no me estimuló a comprarla y leerla para hacer las ineludibles comparaciones. ¿Qué me impedía en ese momento apreciar los logros de su radical apuesta? Fue entonces, supongo, cuando me obligué a terminar las páginas faltantes de *El desbarrancadero*. Después pude comprobar que ese estilo ya está presente desde *Los días azules*, el hilarante recuerdo de su infancia en Medellín, su maldecida ciudad —de la misma manera en que Bernhard maldecía a Salzburgo. Era esto, ahora lo veo, ese *algo*

que me había cimbrado y que ha provocado que vuelva a sus libros, una y otra vez, para deleitarme con su deslumbrante prosa. Como los grandes escritores, Vallejo ya tiene un estilo distintivo, inimitable, que suscita en algunos lectores odios acérrimos o seduce y provoca fervientes admiraciones. Su punto de ataque es la «humanidad giratoria», que diría López Velarde: nos recuerda que estamos condenados a girar y a girar, como bueyes idiotizados en la rueca. Vallejo se ubica así en la estirpe de otros escritores misántropos, también de selectos lectores: Giovanni Papini, E. M. Cioran, Luis Cernuda, Thomas Bernhard y Elfriede Jelinek. Todos ellos arremeten contra la humanidad por ser capaz de destruirlo todo, incluso a sí misma: «La turbamulta invadiéndolo todo, destruyéndolo todo, empuercándolo todo con su miseria crapulosa». Los misántropos no son simples pesimistas, no están en contra de todo porque sí, tienen justificadas razones para no enarbolar «las causas más nobles de la humanidad», si han llegado a tal punto de razonamiento es por su lucidez Empero, como Cioran y Cernuda, Vallejo tiene una debilidad: la música de Mozart, punto que tiene en común con Bernhard y Jelinek.

Cuando, en el invierno de 2005, tuve el privilegio de tratarlo muy de cerca, me sorprendió su calidez humana, su generosidad, pero sobre todo su modestia y su agilidad verbal con la que pone de inmediato las cosas en su lugar. Me pareció un hombre bondadoso y un ser lleno de contradicciones —no tan sencillas de desmadejar, como podría pensarse a simple vista. Criado en el catolicismo y educado en colegios salesianos, es un feroz crítico de las religiones, en particular de la doble moral católica; un polémico iconoclasta en tiempos de la corrección política *ad nauseam*; el gramático que, como Miguel Antonio Caro y como Rufino José Cuervo, defiende a ultranza contra la simplicidad a la lengua española, la misma que ha explotado al extremo en su obra. Es el que siente una inmensa compasión por los animales: «Son el amor de mi vida, son mi prójimo, no tengo otro, y su sufrimiento es mi sufrimiento y no lo puedo resistir»; el que se conmueve ante la música del más grande compositor austriaco. Un voraz lector que lo leyó todo en las lenguas romances, por lo cual podría decírsele un humanista, sin que eso se oponga a su manifiesta convicción de que todo lo humano le es ajeno. Como escritor, se niega a escribir en tercera persona, así como a reconocer que sus historias tengan tintes «biográficos», o que sus ensayos sean catalogados como simples panfletos: «Lo mío no es un género claro», me dijo en aquella plática. Porque Vallejo es, sobre todo, el propietario de un poderoso impulso narrativo, como «el cielo cargado de rabia» de su aborrecida Medellín a punto de soltar un aguacero ●

Neo Rauch

Página I
Übertage (*Sobre el terreno*), 2010
Óleo sobre tela
300 x 250 cm
Colección privada, Alemania

Quiero captar esos segundos antes de un posible exceso

Neue Rollen (*Nuevos roles*), 2005
Óleo sobre tela
270 x 420 cm
The Museum of Modern Art, Nueva York (Donación prometida de David Teiger, 2007)

Kalimuna, 2010
Óleo sobre tela
300 x 500 cm
Bayerische Staatsgemäldesammlungen
— Pinakothek der Moderne

A pesar del deseo de interpretación, la pintura debería ostentar el privilegio de colocar en una estructura obvia lo que no puede ser verbalizado

Las zonas inexplicables son necesarias; si no existieran, la imagen se secaría, ya que estaría completamente desinfectada

Nexus, 2006
Óleo sobre tela
300 x 420 cm
Colección de la familia Ovitz, Los Ángeles

Me veo como un director de teatro a cuyas obras se entra gracias a variados grados de entrometimiento y valentía

Página VIII-IX
Die Kontrolle (*La inspección*), 2010
Óleo sobre tela
300 x 420 cm
Colección privada, Suiza

Revo, 2010
Óleo sobre tela
300 x 500 cm
Colección Essl Privatstiftung,
Klosterneuburg / Viena

Que los elementos en el cuadro den la impresión de una tensión a punto de estallar

Pinto sin bosquejar, directamente en la tela

Existe el esfuerzo por hacerlo legible, decodificable

Vater (Padre), 2007
Óleo sobre tela
200 x 150 cm
Colección privada

El principio surrealista y el automatismo psicológico se aplican limitadamente en mi obra

Lamm (Cordero), 2006
Óleo sobre tela
280 x 210 cm
Colección privada

Der Rückzug (*La retirada*), 2006
Óleo sobre tela
300 x 420 cm
Fundación Beyeler, Riehen / Basel

La pintura tiene un efecto más fuerte en mí cuando aparece como un acto no premeditado, espontáneo, natural, y me hace sentir la fuerza del asombro y de la experiencia sensual

Nachttankstelle
(Gasolinera nocturna), 2010
Óleo sobre tela
300 x 250 cm
The Broad Art Foundation

Fotos: Uwe Walter, Berlín

Las imágenes de las pinturas de Neo Rauch aparecen en **Luvina** por cortesía de Galerie EIGEN + ART Leipzig/Berlin y David Zwirner New York.

Las citas de Neo Rauch fueron tomadas del libro ***Para*** (Dumont, Alemania, 2007).

Literatura para ver y escuchar y cine para leer

● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

De *Fausto* (*Faust — Eine deutsche Volkssage*, 1926) de F. W. Murnau a *Berlin Alexanderplatz* (1980) de Rainer W. Fassbinder; de *Metrópolis* (1925) de Fritz Lang a *¿Soy linda?* (*Bin Ich schön?*, 1998) de Doris Dörrie, el cine alemán ha hecho de la literatura una fuente de inspiración privilegiada. La huella de novelistas, dramaturgos y cuentistas, de esta forma, ha quedado impresa en la cinematografía de este país, acaso mucho más que en las de otros: en pantalla se ha hecho sensible la densidad que caracteriza a las grandes obras literarias que, en mayor o menor medida, albergan historias que ofrecen un pretexto para emprender reflexiones de corte filosófico. En su ritmo, su puesta en escena y su montaje, el cine alemán está en deuda con sus escritores mayores. Pero no sólo con ellos: también con los que no lo son, ni grandes ni suyos. El cine, por su parte, está en el origen de la lectura de más de una novela: me cuento entre los que vieron *El tambor de hojalata* (*Die Blechtrommel*, 1979) de Volker Schlöndorff antes de acercarse al prodigioso ladrillo de Günter Grass. Los resultados en pantalla no siempre son afortunados, es cierto, pero el cine alemán debe algunos de sus mejores pasajes a la literatura; y algunos autores literarios han conseguido prestigio y lectores gracias al tránsito de sus textos por la pantalla oscura. Un vistazo alcanza para hacer un breve inventario de este matrimonio feliz (si los hay).

De entre los que se han nutrido de la literatura, el caso de Fassbinder se cuece aparte, pues por lo general él redactaba sus guiones —es autor de una cantidad impresionante de ellos—, y rara vez el origen de sus proyectos estuvo en una obra preexistente. Entre ellas la ya mencionada *Berlin Alexanderplatz*, que nace de una novela de Alfred Döblin que sigue los pasos de un exconvicto que no encuentra el buen camino y, con 14 capítulos y casi 900 minutos, se convirtió en una prodigiosa miniserie que se cuenta entre lo mejor de la filmografía del cineasta. Menos conocida, pero no por eso menos apasionante, es *Effi Briest* (1974), cuyo origen se ubica en la pluma de Theodor Fontane y da cuenta de la debacle de una mujer que se casa con un noble pero suspira por un militar.

Schlöndorff ha entregado la que tal vez es una de las mejores «adaptaciones» en la historia del cine y una de las películas alemanas más exitosas: en la citada *El tambor de hojalata*, en cuya escritura participó Jean-Claude Carrière, recoge parcialmente las vicisitudes propuestas por Grass y refiere la firmeza de Oskar Matzerath, quien ante las contrariedades del mundo en el que le tocó nacer decide no crecer. El resultado alcanzó para la

Palma de Oro en Cannes y el Óscar a mejor película extranjera. El cineasta también le echó el ojo a una novela de Heinrich Böll, y en *El honor perdido de Katharina Blum* (*Die verlorene Ehre der Katharina Blum oder: Wie Gewalt entstehen und wohin sie führen kann*, 1975), que codirigió con la que entonces era su esposa, Margarethe von Trotta y sigue las desavenencias de la mujer epónima, cuya vida sufre cambios insospechados luego de compartir el lecho con un desconocido que resulta ser un terrorista.

La obra de Thomas Mann, con toda su solemnidad y densidad, ha sido objeto de más de una visita cinematográfica. Entre las más recientes se cuenta *Los Buddenbrook* (*Buddenbrooks*, 2008), de Heinrich Breloer, que en dos horas y media sigue a la familia burguesa del título, que experimenta sensibles altibajos pero se empeña en conservar sus privilegios y buscar la felicidad.

El amor es un tema que habita una buena parte de la producción artística del mundo. Incluso los alemanes han contribuido a ello, y para muestra: *Lila, Lila* (2008) de Alain Gsponer, quien lleva a la pantalla una novela de Martin Suter que registra las relaciones de una estudiante de literatura y un mesero que gana la estima de ella por una obra escrita por él, hasta que se descubre que el autor no es él; *Sonnenallee* (1998) de Leander Haußmann, que se inspira en un texto de Thomas Brussig que entre música, bailes y amores trata de la rebeldía en la República Democrática Alemana; *Crazy* (2000) de Hans-Christian Schmid, cuyo origen está en una novela de Benjamin Lebert y narra los pasos de un joven minusválido que es internado en una escuela especializada y vive su primer amor con la chica deseada por todos. Doris Dörrie combina la escritura con la realización, y ha llevado a la pantalla textos suyos. Es el caso de *¿Soy linda?*, que a partir de las contrariedades amorosas de un grupo de personajes y en tono de comedia da cuenta del vértigo y la falta de compromiso que caracterizan a las relaciones de pareja hoy día.

El diálogo entre el cine alemán y la literatura ha sido y sigue siendo provechoso. Entre los temas más y mejor abordados se encuentra una preocupación que tiene un amplio historial en las letras: la Historia. De hecho, entre las características más apreciables de la cinematografía alemana está el ocuparse de su circunstancia con oportunidad y profundidad y, también, revisar momentos pasados, a menudo incómodos. Por eso no es extraño ver películas que aborden los sinsabores que padecen los migrantes, los conflictos por la reunificación y el desencanto por el terrorismo. Pero, como puede apreciarse en este breve recuento, los temas tratados son diversos e incluso hay espacio para la comedia: el cine y la literatura alemanes también saben ser ligeros, y si Mann y Grass hacen de cada voluminosa entrega un ensayo tan reflexivo como grave, también hay autores —como la Dörrie, para no ir muy lejos— que emprenden la reflexión con ligereza pero sin ser insustanciales. Queda claro, pues, que la literatura ofrece valioso material para ver y escuchar; y el cine, para leer ●

La Señora Rojo

● VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

Este año tengo el propósito de escribir un ensayo sobre la mediocridad: «Gran elogio a la mediocridad», se titularía. Pero ya no sé si en realidad lo llegue a escribir porque, aunque ya tengo las primeras líneas en la cabeza, acabo de releer los cuentos de Antonio Ortuño contenidos en *La Señora Rojo* para hacer este comentario, y después de hacerlo, de lo que tengo ganas es de escribir un ensayo sobre la perfección. Y es que los cuentos de este nuevo libro de Antonio son perfectos.

Ahora, claro, tengo que explicar qué quiero decir yo con «perfectos» y qué significa para mí la perfección en literatura. Tengo que dar explicaciones porque luego hay gente maldiciente, «vagos de esquina», como diría un poeta amigo mío, que opinará que me volví loco, que la perfección no existe.

Se dice que «nadie es perfecto», pero en literatura —y en el arte en general— hay momentos en que los creadores llegan (lo quieran o no lo quieran, lo sepan o no) a una cima gracias a una afortunada mezcla de elementos: los variados conocimientos, cierto lenguaje, la suerte... Pero que quede claro: cuando hablo de perfección no estoy refiriéndome a una estatua griega... O sí: cuando hablo de perfección pienso en una obra de arte como la Venus de Milo: una maravilla sin brazos y con pancita.

No hablo de un templo neoclásico —la perfección de un edificio así es odiosa—, sino que más bien podría pensar en el City Hall de Londres diseñado por Norman Foster, un edificio medio ovalado y algo chueco. Si hablamos de ópera podría pensar en una representación de *Tosca* en la que la cantante, al final, se lanza desde la muralla al vacío y rebota en el colchón demasiado nuevo que le pusieron los tramoyistas, y todo el público la ve y se ríe o siente pena ajena. Si hablamos de pan perfecto, podría pensar en los panqués rellenos de flan que venden en el barrio de Santa Tere: muy brutos, pero deliciosos.

En *La Señora Rojo*, Antonio Ortuño nos ofrece dos edificios perfectos (o dos óperas saltarinas o dos charolas de pan) que tienen nombre: el primero se llama «La Carne», el segundo, «El Mundo». No puedo contarles aquí los cuentos, pero sí puedo decirles que no son neoclásicos. No pueden serlo porque, por ejemplo, los narradores de todos los cuentos de la primera sección son retorcidos, cínicos, toscos y muy divertidos; y claro, las historias que cuentan pueden llevar los mismos adjetivos.

Lo que sí puedo decir es que estoy completamente de acuerdo con el hecho de que el libro se llame *La Señora Rojo* y, también, con que el libro sea rojo y lleve una tortuga en la portada. Si no han leído el cuento que le da nombre al libro se están perdiendo de un gran brinco en el colchón

de la literatura contemporánea en español. Pero no hay cuento que se quede atrás: El Mago Que Hace Nevar, el gran personaje que aparece en «El Grimorio de los Vencidos», haría babear a Federico Fellini; y la venganza del fotógrafo de «El Día del Amor» les dará, seguramente, buenas ideas, aunque si las ejecutan ya no serán ustedes muy originales.

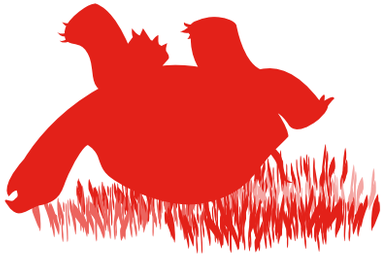
Lo que también puedo volver a decir es que los cuentos del segundo apartado, llamado «El Mundo», son retorcidos, cínicos, toscos y muy divertidos. Se me olvidaba mencionar un adjetivo que se les puede aplicar también a los cuentos de la primera sección: violentos: la violencia campea a lo largo de todas las páginas del libro. En «El Mundo», las técnicas narrativas —si los doctores en Letras me permiten usar esa expresión— son más variadas que en la primera parte, pero llevan a lo mismo: la perfección. Son cuentos perfectos que les causarán a ustedes gran placer cuando los lean. Ya sea «Historia», «Boca pequeña y labios delgados», «Héroe» o cualquiera de los otros.

Norman Foster conoce los secretos del arte de la arquitectura; Giacomo Puccini era un grande de la ópera; los maestros panaderos de Santa Tere son eso: maestros, y el escritor Antonio Ortuño usa el español: coge del rabo a las palabras y les da la vuelta y chillan las muy putas; las azota, les da azúcar en la boca a las rejegas, las infla, las pincha, les sorbe la sangre y los tuétanos... y todo lo demás que quería Octavio Paz.

Con esto quiero decir que Antonio Ortuño tiene una filosofía del idioma o una ética del idioma: lo conoce y lo usa para decir lo que quiere. (No digo «estilista» porque, además de que suena neoclásico, Jorge Luis Borges, cuando vino a México, se quedó atónito porque aquí al peluquero también le decimos estilista. Y hablando de Borges: podría describir los cuentos de Ortuño como una afortunada y original mezcla de Borges y Juan José Arreola o de Salvador Elizondo y Jorge Ibargüengoitia, pero no sé si él estará de acuerdo).

Antonio Ortuño tiene una ética del idioma: conoce el español a profundidad, ha leído todo (de verdad, pregúntenle por cualquier autor que valga la pena y verán que lo conoce) y ésos y todos los conocimientos que tiene los usa para escribir, para mostrarnos la vida desde su particular punto de vista. Un verdadero creador puede dar una vuelta a la manzana, tan sólo, y regresar a su taller y lograr una obra maestra: el cuento perfecto. Vivir la realidad, sentirla con todo el cuerpo y luego crear, escribir. Antonio Ortuño hizo eso, y políticamente incorrecto como es, y con Sor Juana Inés de la Cruz como santa patrona de la sátira filosófica, junta en *La Señora Rojo* «diablo, carne y mundo» ●

● *La Señora Rojo*, de Antonio Ortuño. Páginas de Espuma, Madrid, 2010.



Homo-insecta

● LUIS JORGE BOONE

Algo raro sucede. Se registran casos de individuos con comportamientos insólitos: «Anciano camina sobre las aguas», «Muerto resucita en pleno velorio», «Arrestan a mujer vampira en el centro». No se trata de noticias inventadas para el morbo sin fondo de los semanarios sensacionalistas y sus lectores. Así se presenta la nueva novela de Bernardo Esquinca, narrador de probadas dotes para la intriga y el horror.

La octava plaga marca un paso al frente del escritor en su oficio. Esta nueva propuesta es más ambiciosa; sus alcances, más amplios. Sus anteriores *Belleza roja* y *Los escritores invisibles* funcionan como flechas que, certeras y directas, alcanzan el blanco en páginas concisas. Giran alrededor de un personaje o dos, de una obsesión. Ahora, las estructuras se diversifican, las subtramas se entrecruzan, el *dramatis personæ* se amplía.

El personaje principal, Casasola, es un periodista que vive dos lutos paralelos: acaba de ser trasladado de la sección cultural a la policiaca (lo que significa para él un salto atrás: su involución a reportero), y además aún está enamorado de la mujer de la que recién se divorció. Olga, la ex esposa, trabaja en la redacción del periódico, y Casasola es testigo de cómo ella intenta rehacer su vida, de la forma en que la mujer logra estar por encima de la situación, por encima de él. Pero también es testigo de extraños cambios en su comportamiento: Olga parece sentirse atraída por la luz artificial, y en la oscuridad tiende a permanecer en estado catatónico. Como ciertos insectos. De forma paralela, Casasola debe investigar una serie de asesinatos para conservar ese empleo que no lo satisface, ante la mirada escrutadora y los consejos inútiles de Rivas–Souza, el soberbio jefe de redacción. El caso de la Asesina de los Moteles lo llevará a conocer a Verduzco, un veterano de la nota roja que se convertirá en su gurú, aunque quizá la principal enseñanza del personaje sea que nunca se puede confiar en nadie. A medida que el clima de la investigación se enrarece, Casasola se encontrará con otros personajes que le entregarán piezas del rompecabezas: el Griego, «el cronista de la muerte», un legendario reportero gráfico de nota roja, quien desde un retiro más o menos inquieto continúa con la iniciación del ex periodista cultural, y lo previene de la naturaleza nociva de la profesión. De este encuentro casual, sin embargo, nace una amistad que termina en sacrificio, quizá un tanto ambiguo, pero decisivo por parte del fotógrafo.

Otro personaje central es Esteban Taboada, entomólogo del Museo de Historia Natural; ambos, científico e institución, se encuentran en plena decadencia. Un día, Taboada descubre

un espécimen no catalogado: un insecto dorado que emite una extraña luminiscencia. Seguro de que el incidente le deparará fama y fortuna, Taboada lo oculta y empieza a redactar un expediente sobre su descubrimiento. Los fragmentos de dicho expediente son de los pasajes más fascinantes del libro: elementos históricos y científicos montados sobre una suerte de diario de guerra, donde el elemento fantástico permite leer bajo una nueva luz la relación histórica entre humanos e insectos.

Cada trama está calculada al detalle. Como sucedía ya, por ejemplo, en *Los niños de paja*, libro de cuentos que demuestra el dominio autoral de la intriga, el ritmo con que una trama revela sus zonas oscuras para desembocar en un final estremecedor. Quizá el antecedente de esta novela se encuentre en el cuento «La vida secreta de los insectos», incluido en aquel volumen, y que tiene un fugaz cameo en *La octava plaga*.

Este rigor argumental se delata en el buen *timing* para el corte, los blancos que acumulan tensión al final de cada capítulo. Esquinca sabe suspender sus ficciones en cimas líricas o dramáticas (imágenes, acciones) que se proponen como metáforas y sugieren la continuidad. Por eso es difícil suspender la lectura. El lector recorre el salto de las páginas en blanco con una carga de intriga, desasosiego o inercia narrativa (vectores que nos hacen tender la mano hacia el siguiente pasaje que ahondará o desvelará el misterio).

El uso de la estructura narrativa es preciso: planteamiento, nudo y desenlace son efectivos; y esta determinación atrapa al lector. Nada de distracciones. Hay autores cuya vocación es contar una historia: en este caso, la de la silenciosa guerra de la selección natural, en la que esta clase de invertebrados está empeñada en exterminar al hombre y dominar el planeta.

Para bordar la numeralia: los insectos cuentan con un millón de especies descritas, y representan un alto porcentaje de la variedad animal del planeta. Todavía más: hay estudios que estiman entre seis y diez millones más por descubrir. ¿Qué sucedería entonces si estos enemigos, desconocidos y numerosos, empezaran a manipular al hombre, a influenciarlo para que actuara como su infiltrado, es decir, un traidor que diezma sus propias filas?

El autor retoma temas tratados en anteriores libros: el género negro, la fantasía, el horror, la nota roja y, en ocasionales pasajes, el porno y la metaficción. Aislados, dichos subgéneros pueden agotarse en fórmulas hechas, reciclar planteamientos; pero al hibridarlos, un autor diestro, como es el caso, aporta novedades al tema. De esta forma, *La octava plaga* puede definirse como una bien calibrada condensación de subgéneros que terminan potenciándose entre sí.

La selección natural, la extinción, la dominación del más fuerte: son las premisas biológicas sobre las que se tensa el argumento. Pero hay recurrencias que afectan la lectura: el funcionamiento de las premoniciones oníricas, el caos de las grandes urbes, la crítica del mundillo cultural, la imposibilidad del amor (éste es el centro de las trágicas historias amorosas del Griego y Casasola, que funcionan como contrapuntos y amplían la novela).

Javier Marías, en *Los enamoramientos*, hace decir a un personaje que lo que ocurre en las novelas, al final de cuentas, carece de importancia: lo sustancial son las ideas que nos inoculan, los ecos que quedan dentro de nosotros al cerrar el libro. ¿El eco de un grillo, un zumbido, el arrastrarse de diminutas patas? Lovecraft puso ya en nuestras mentes una extraña cacofonía: *Al Azif*, el nombre árabe del temible *Necronomicón*: vocablos que designan el rumor nocturno de los insectos, bajo el cual se ocultan los gritos de los demonios. Esos pequeños monstruos con demasiadas patas, alas, antenas, cuerpos segmentados, no pueden sino ser emisarios de un mundo oscuro. Ciertos escritores lo saben, y nos advierten ●

● *La octava plaga*, de Bernardo Esquinca. Ediciones B, México, 2011.

La República de las Letras encañonada

● María Rosa Palazón

Qué delicioso es leer los ensayos de Josu Landa: qué riqueza léxico-conceptual y qué minuciosidad al detenerse a reflexionar sobre las palabras jerárquicamente relevantes que utiliza en sus discursos. Lanza en mano, este autor, que no peina canas ni disimula arrugas y es más valiente que el Cid, arremete contra la *Ciudad del Canon* que diseñó Harold Bloom, dizque eminente (¿famoso?) académico de Yale. ¿Buen arquitecto? La fama no exime a su *Canon occidental* de una tunda de órdago y algún reconocimiento a momentos de lucidez que sólo Sherlock Holmes Landa descubre tras las sombras.

Con «mucha sal en la mollera», Josu ataca y sonríe porque, como Bloom, parte de la fenoménica experiencia estética y del gusto o, si se prefiere, del intraducible *mood* que ocurre en el sujeto libre o autónomo. Existe el gusto, es real, no la farsa imitativa de quien dice que *X* le gusta porque a otro a quien admira dice que *X* le gusta, quien, a su vez, finge... Sí, efectivamente esta resbaladiza vivencia es la que instaura el ámbito disímil y heterogéneo del llamado arte. Arte lo hace uno y los demás somos los receptores hermeneutas de un texto con un lenguaje especial; luego no capto este párrafo de Landa: «La audacia, el atrevimiento personal en la elaboración de juicios de valor estético debe sustentarse en criterios y referencias dignas de estimación, conforme a los valores más elevados operantes en una comunidad literaria» (p. 319). Por desgracia, la consagración se debe a grupúsculos de elogio mutuo.

La lanza está despuntada. No, la buena persona que es Landa no despacha a Bloom con dos papirotazos, sino que le dedica 321 páginas de una argumentación minuciosa y encomiable que se basa en un altero de críticos y filósofos (casi el directorio telefónico de un sabio que tiene

la dirección de los clásicos griegos hasta Foucault, pasando en medio de las ortigas de los inquisidores del Santo Oficio y de los teóricos de la España franquista con su castrante espada flamígera de la ortodoxia. Por ejemplo, una anotación marginal es buen pretexto para que Landa se lance a pensar sobre la mimesis y la catarsis o las aportaciones freudianas que admite Bloom), asuntos que sólo apunto para que no olviden la riqueza de *Canon City*. Harold Bloom acaba siendo el pretexto de los argumentos pergeñados de Landa. Felicidades, pues.

Desde mi perspectiva filológica, tan «eminente académico» de una universidad estadounidense tan prestigiosa ignora qué es un canon, a saber, reglas de composición. Landa dedica páginas a las etimologías de «canon» como norma fija, reguladora, propia de un artista o grupo de artistas. Bloom, en cambio, aduce como tal la grandeza, la extrañeza y la originalidad: manera con que habla del sube y baja de los productos artísticos. Su idea de canon no tiene «sistema», son «esquirlas dispersas» de intuiciones comunes. Ninguna es una norma, sino efectos de la lectura o la escucha y las características que generan desde un horizonte o tradición.

Josu Landa revierte los criterios de Bloom: la originalidad es ver lo nuevo o ver como nuevo lo archiconocido y que ha pasado inadvertido (Nietzsche); la extrañeza (*estupefacción* para G. Steiner) es irrecuperable porque está lastrada por la apología de la cultura hegemónica: es un simple *desideratum* (p. 257) del poder, y la originalidad es un fantasma de raigambre circunstancial o histórica.

Si Bloom descubre las farsas actuales en las artes, al generalizar tanto confunde el trigo con la paja en tanto no todo lo actual es la basura resentida emitida por sus apóstoles. ¿Quiénes? No imaginen que sólo se refiere a los nihilistas para quienes todo es arte, no: Bloom alude al marxismo (hubo malas obras literarias durante el estalinismo, pero la *poiesis* emanó por donde menos se esperaba), a las perspectivas de género y a las periferias mundiales o colonias, al desconstructivismo, al freudismo lacaniano, a la semiótica o semiología, a la hermenéutica de Heidegger y Gadamer, y a Gilles Deleuze, el vitalista. A estos enemigos contrapone «valores literarios» y el placer, ambos su piedra de toque (p. 229). «Valor y placer» son sus referentes absolutos y ahistóricos (*ídem*), siendo «valor», según Landa, «lo que alguien estima, lo que vale para alguien» (p. 252) en un contexto social. No existen coincidencias absolutas, ni aunque Bloom las postule a partir de comparaciones agonísticas. Nadie puede tener una idea aproximada de los tres valores bloomeanos: «agudeza cognitiva, energía lingüística y poder de invención» (p. 254). Pregunto, entonces, si Bloom no niega la *poiesis*, entrega un libro incongruente, capaz de invitarnos a limpiar nuestra mente con el fin de ser originales (¿se puede dejar de hablar de la justicia o del amor, por ejemplo?). Tampoco limpiarla para no intentar mejorar la idiosincrasia del vecino ni de la ciudad mediante la lectura, ni ser un inventor en la recepción. En fin, para Landa las guías de extrañeza (*estupefacción* para Steiner), originalidad y grandeza son quimeras si no se aterrizan en obras y se dialoga sobre sus pretensiones y sentidos.

Pienso que las manifestaciones que protestaron contra las elitistas Bellas Artes, que nunca pretendieron gustar a nadie, y que actualmente las mujeres, que llegaron tarde, como Nicola Constantino, hacen suyas, son, y por qué no, manifestaciones del resentimiento que genera la injusticia. Nunca pretendieron ser obras maestras, tan sólo manifiestos contra la injusticia. ¿Por qué desautorizar sus pretensiones? ¿Shakespeare, el santón de Bloom, no refleja resentimientos?, aunque, puntualiza Josu Landa, debe secundarse al académico de Yale en cuanto a colocar primero, encima de otros intereses, los criterios estéticos, la «autonomía de la obra» (p. 239, si de artes de trata); pero es reaccionaria la pretensión bloomeana del valor absoluto y universal: la experiencia estética uniforme o igualitaria se estrella en la diferencia de las culturas, en los *pathos* de la distancia, porque la receptividad abierta supone la interrelación distanciada, de la cual dijo Pico della Mirandola: «es una potencialidad abierta y destinada a hacerse a sí misma» (p. 275). Incluso, observa Josu, esta pasión por valores incondicionados es una tendencia actual, a saber, la que proclama el fin de la historia. Si es abominable el extremo del relativismo que se ha deshecho de toda axiología artística, borrando del mapa el gusto y la experiencia estética, también es abominable, monopólico y fascista, añadiría, lo que prohíbe la libertad creativa. Me complace la «paradoja» del gusto que propone Landa: «máxima exigencia cualitativa en conjunción con máxima democracia de la experimentación» (p. 258), y añade: a esta paradoja sólo necesitamos reconocerle la espontaneidad que compartimos, y por cuyo medio nos relacionamos con las cosas del mundo en términos de placer y dolor, satisfacción y frustración» (p. 297). Así. Roland Barthes acepta que juzga un texto y casi todo lo que le ocurre perceptivamente porque inevitablemente dice que «*X* es bueno» o que «*X* es malo», o «me gusta», o «es bello».

En suma, el canon occidental, según lo presenta Josu, es el consabido dictamen de la estética prescriptiva añeja y falta de rigor histórico, que ignora el carácter mutante de las valoraciones, de las reglas que se multiplican a lo largo del espacio y del tiempo. Al contrario, en su «diatriba contra el historicismo» y «tributo al esencialismo» (p. 240), Bloom insiste en lo eterno, invariable, esencial de las artes que, a no dudarlo, ubica en el Topos Uranos. Cabe una aclaración: Bloom habla de la historia de las artes. Shakespeare es el salvavidas laico de una supuesta historia que divide en las eras «teocrática, aristocrática, democrática y caótica» (p. 23).

Establecer tales «cánones» es distanciarse, sobrevivir distinguiéndose antropológicamente mediante la palabra del dominio. Es pasión incontrolable, enfermiza, aterrada por la soledad, por el movimiento de caída o decadencia y por el terror a la muerte por falta de lectores o escuchas.

Enemigo del historicismo, Harold Bloom ignora incluso que en este devenir hemos arribado a lo que Landa denomina «composición reticular»: mezcla de lo visual, auditivo o musical, del silencio de la lectura (en el *e-book*)... Computadoras y libros electrónicos le están ganando la batalla al libro de papel. El sujeto estético

se reinventa y seguramente llegará la «disolución de la memoria literaria» (pp. 320-321), lo cual me genera una sensación tremenda de duelo.

Para colmo, el Poder Ejecutivo de esta ciudad cañoneada por Landa, es decir, quien ocupa el Palacio de Gobierno, es William Shakespeare, un escritor nacido en Stratford-upon-Avon que sólo quiso escribir libretos para efímeras puestas en escena. ¿Cuándo se imaginó que iba a ser fantaseado como una pared aislante o la «roca sobre la cual se derrumbará la Escuela del Resentimiento» (p. 35). Shakespeare, especie de columna vertebral que inspiró a otros genios, que Bloom coloca en un apéndice (aclarando que los editores lo obligaron a elaborarlo); pero, quiera o no, redunda en «un censo de nombres prominentes y títulos indispensables» (p. 24), en una lista de gente excelsa: tal decisión aguijonea con una «responsabilidad insoslayable» (p. 26). Es una «lógica del asedio» (p. 232) para el receptor. La bloomeana lista canónica de escritores y obras es monótona, monocroma y anglosajona. ¿Chauvinista, el señor de Yale y su cohorte de divulgadores?, ¿un misántropo occidentalista norteamericano encerrado en su habitación de la Torre de Babel? Los demás reclusos de la Torre, piensa, han perdido irremisiblemente su ciudadanía. La City, o dictadura de las letras, es tematizada por medio de «angustia de influencias» y «efebos» (escritores noveles) excluidos. Al resto de elegidos los incluye en su personal cuarto de Babel (p. 22). Este crítico opera como el Santo Oficio y su *Index* abominable.

De alguna manera, Bloom, escribe Landa, concuerda con la «satanización estético-moralista» (p. 74), a saber, lo que debe leerse para no quedarse en los márgenes socioculturales. ¿Y la autonomía estética y moral de la persona? El discurso de Harold Bloom del deber «concuerda con el fondo soteriológico de las iniciativas de carácter religioso» (p. 76). Un censor es un purgador que habla en nombre de nosotros y para nuestra salvación (al menos cultural). Abundan los catálogos de lo que debe ser y no debe ser en la crítica de temple inquisitorial. Los que purgan hacen «lecturas mórbidas» (p. 80) que materializan en catálogos redentores.

Inclusión y exclusión intentan establecer el poder monopólico sirviéndose de lo agonal, de la competencia. Críticos, entidades académicas, editores, oficinas gubernamentales, medios de comunicación (cultura de y para masas) apoyan la universalidad emblemática del canon occidental. Este monopolio impide a otros ciudadanos de la república ejercer su imaginación creadora, o los lanza al bote de la basura.

No estoy de acuerdo con Josu en que la *kalogathía*, lo bello-bueno se postuló siempre para el control que lleva de la mano pedagógicamente, porque las artes no son inocuas para la *aisthesis*. Creo que este concepto aludía básicamente a lo que después llamó Marcel Mauss el don, y los cristianos la gracia. Lo cual no niega que los purgadores se afanen en controlar la emoción. Las exclusiones prescriptivas del canon occidental tienen en las entrañas creencias sobre la valía estética analizada desde las secuelas del texto.

Para no perder la ocasión, y bajo la influencia indirecta de la definición del arte de Sánchez Vázquez, Landa define el texto como expresión humana objetivada «[que] manifiesta una intencionalidad cargada de poder y valor [que] alcanza la expresión receptora [...] por medio de cuya actividad creativa constructiva puede acontecer la experiencia estética y, con ello, el sentido mismo del objeto con pretensión artística» (p. 261).

En las comunidades intelectuales los competidores apuestan al olvido, venganzas derivadas del *agón*: fruto venenoso que lleva al olvido el que se quiso o al que se llegó sin querer; «destierro» (p. 210), exilio, ninguneo que no es indiferencia, sino perversión o «in-vidia» o ceguera envidiosa, escribe Landa con O. Paz. Lo que «es nuestro secreto, nuestro crimen y nuestro remordimiento» (p. 212).

Sin embargo, el olvido es indispensable para el pensamiento y para el avance dentro de unas reglas o canon, según lo demuestra Chomsky. Sirve además para iniciar otras normas. Se evita el estancamiento en el re-juego de la memoria y el olvido, negatividad correlativa a la positividad, no se trata del «gusano que carcome el fruto maduro de la memoria» (p. 220) porque el canon hegemónico a veces porta un «cariz parasitario» (p. 222). ¿De verdad se olvida del todo un canon artístico disfrutado, o queda en el preconsciente y sale cuando menos lo esperamos? ¿Qué tanto se olvida? El mismo Josu Landa aclara que *aisthesis*, sentido o percepción, también es huella, pista, vestigio: la obra de masas está hecha para olvidarla; la que nos afecta profundamente deja sus pisadas en la memoria, propiciando un cierto proselitismo involuntario. El placer que nos deja, tras obligarnos a que atendamos el estímulo, es algo que nunca tendrá una definición rigurosa.

Canon City, que suena a *canyon*, es un enclave penitenciario en el sur de Colorado donde se ejerce el dominio intelectual, o quizá una ficticia urbe amurallada por la perfección, por la armonía (otra vez el uso de esta categoría musical), por la interrelación entre lo bello, lo bueno y lo verdadero que en muchas ocasiones fue bandera retórica para legitimar el poder, asegura Landa. Bueno, esto habría de matizarse. La función estética domina a las teóricas y las prácticas; sin embargo, las presupone cuando se trata de una obra literaria. O como dice Landa con Barthes: el texto no está desleído de los valores que acompañan al texto como espacio de gozo. Los usos moralistas del poder de dominio no eliminan ni los significados ni los sentidos ni la moral (más o menos rebelde) del producto artístico, aunque principalmente en la recepción sobrevenga el gusto en el receptor. Creo que Josu llega a la misma conclusión cuando dice que no existe una autarquía total de las Letras porque el texto tiene un «desde» y un «hacia»: se trata de un objeto intencional. La «heautonomía» Kant la pensó para un estímulo natural o un cuadro netamente abstracto, o para la música libre de palabras. Tampoco entiendo cómo asiente Josu Landa las disquisiciones de Baumgarten sobre la gnoseología inferior o arte de pensar por analogía. No, amigo, la analogía es un complejo mecanismo de la mente que aparece en las artes, la ciencia y la vida cotidiana. Beuchot *dixit* y yo también.

Jerarquizar mediante las palabras con que cada quien personaliza sus vivencias receptivas es, escribe Landa con Steiner, nostalgia del Absoluto, «reincorporación de lo particular [...] desmedrado, en el absoluto universal» (p. 20). Pulsión de ser beatificado, canonizado hasta unirse con la divinidad. Los juicios de Bloom operan con los principios de sacralización y la distinción. Cuando el mundo eliminó las esencias puras, se ha validado la profecía del mesías laico (Shakespeare).

Quieras o no, «canon» se desliza a canonización y Bloom no se sacude de la teocracia ni de su tono profetizador. La exclusión con criterios prescriptivos del canon occidental lleva en sus entrañas creencias y prácticas religiosas que suponen las antropológicas y morales, porque la valía estética tiene secuelas espirituales y psicológicas.

Hemos de manifestar un juicio del gusto auténtico, precedido de la experiencia estética realmente vivida porque, escribe Josu, este fenómeno se debe a la relación indisoluble entre sujeto y objeto. Landa encara por lo mismo a las tradiciones que han impugnado al sujeto cuando es el correlato de una entidad formal. Sin receptor o hermeneuta la pieza está muerta. Liberado de culpas, el imperativo del placer brota mediante la oferta.. El sujeto trascendental, sigue Landa, es la estructura racional que ordena las experiencias. Ahora, en cambio, se ha limitado «a la figura de una virtualidad productora de formas, certezas, instrumentos para aprovecharse de lo existente» (p. 100), o que produce imágenes de sí desde sí mismo (p. 102). Josu concluye que si aniquilamos al sujeto, destruimos la facultad de gustar las artes. Existe un autor empírico, no hay generación espontánea, tal es la «función de autor» que menciona Foucault, o sea, quien vierte sus potencialidades en el texto, en sus criaturas ficticias, en la trama o diéresis, en.... La obra refleja un mundo y una manera de estar en éste.

Estamos de acuerdo, lo que niego son los intentos de encontrar las intenciones netamente personales de los escritores, sus símbolos personales, como es el caso del fallido intento de Freud sobre la homosexualidad de Leonardo da Vinci basada en una pluma de cuervo, y otras simbologías que fueron enterradas con Leonardo sin que podamos aclarar si la *Gioconda* refleja o no sus preferencias sexuales. Los símbolos universales que utiliza un autor sí están al alcance de sus lectores.

Con Kant, Landa concibe al sujeto como impulsado a conocer, querer, disfrutar, dolerse y sentir desagrado. Asimismo, acepta la función de autor; sin embargo, con su lente de investigador policiaco, detecta que para las comunidades no es de vida o de muerte saber si Fernando de Rojas es autor de *La Celestina*, por ejemplo. El hombre masificado necesita autores destacables, canonizados. El resultado de esta inclinación es la treta comercial de los editores, de los críticos, de los reporteros: en suma, del «lanzamiento comercial» (p. 118).

La enajenación actual requiere la canonización, la genialidad de los dotados, según visión de Nietzsche. Las promociones mediáticas parecen remitir, sin que podamos respaldar este aserto, a la biografía de los escritores, a su leyenda (lo

que debe ser leído, aclara Landa diccionario en mano). He aquí pues cómo se resbala la canonización del libro a la canonización de su creador. Ejemplifica esta ilusión retórica, que pone sobre la mesa Bourdieu, con la canonización de Swift gracias a *Los viajes de Gulliver*, entre otros casos.

La obra y la estratagema de la biografía o autobiografía (que nada garantiza su mayor veracidad) son dos vías en entrecruce para ponderar los valores éticos y estéticos de un escritor: las «biografías con caracterización» (p. 133) hilvanan hechos, dice Josu, para mostrar el sentido de la vida de un obrero de la pluma (hoy del ordenador). Se usa el «escaparate» de la canonización, que después resulta casi imposible descanonizar o separar de la excelencia. Los autores se prestan, con excepciones como Salinger o Bruno Traven, a su beatificación para no admitir la «muerte del sujeto» (p. 162). La tradición humanística no canonizaba la obra sin una idea positiva del autor, sin su aura legendaria, que depende de factores extraliterarios que enarbola la comunidad de referencia del emisor o «intervención paraliteraria» (p. 175). Sin embargo, si fuera demonizado por la misma razón alienada de las sociedades, también sería canonizado. Algunas biografías orientan sobre una existencia que queda insinuada en un libro, en su «horizonte de sentido» (Foucault); pero generalmente son textos basados en textos basados en... que no remiten para nada al cuerpo del texto original. ¿De verdad Mishima manifestó los rasgos de personalidad de su abuela, como asegura Marguerite Yourcenar? La simpatía puede canonizar literariamente a quien no lo merece, como en el caso de la Monja Alférez. Le pregunto a J. Landa, ¿acaso los surrealistas no cuentan con un calendario de canonizaciones que aún aceptamos y que se alabaron con amor loco? (p. 202); ¿qué tan buen escritor fue el Marqués de Sade?

La condición, no estrictamente comercial, que pone Landa para registrar estos procesos de casi divinización es la riqueza verbal y argumentativa. Evolución del gusto marcada por la voluntad de ruptura con el pasado, o pugna entre modernidades en secuencia, que sobreviven por la recepción mediada por los aparatos reproductivos, así como una crítica y una biografía adecuada para la comunidad en cuestión.

Termino. Estimado filósofo de sonrisa fascinante, ¿necesitaste a Bloom para escribir un montón de argumentos tuyos? ¿Vale la pena darle tanto espacio a un chauvinista? Yo me quedo contigo, poeta y filósofo que se exige a sí mismo y después no acepta requiebros académicos.

Estas líneas lo retratan:

> Una vez mordida y masticada con fruición la manzana de la libertad creativa, no hay retorno posible a todo lo que ejemplifique su negación [...] Si esta autonomía es verdadera, sólo podrá aplicarse con criterio, conforme a los valores estéticos más exigentes y en procura del placer y una penetración en los misterios del mundo y de la vida que nos enriquezca como humanos (p. 296) ●

● *Canon City*, de Josu Landa. Afínita Editorial, México, 2010,

Modesto ensayo sin pretensión curricular

● VÍCTOR MANUEL CÁRDENAS

a Balam Rodrigo, por su Libelo...
en particular, por La Loca *y sus noches.*

Como lector, soy la mano del pulpo; tomo para mí lo que es de todos y, si no soy otro al leer, cierro el manantial para abrirlo otro día. Por fortuna, como académico, no soy. Como intento de creador sí, vivo, renazco, recreo. Hermosa palabra la palabra *recreo*: volver a crear, creer de nuevo, recreer, jugar, es la hora del recreo.

Llega a mis manos el *Libelo de varia necrología* del críptico poeta Balam Rodrigo y el don de la ubicuidad se desvanece. Ya no estoy en el aire de los siglos ni en el arrabal de los trenes donde las miradas se cruzan sin admitir su nombre. Desde su portada de huesos sabemos que el mundo de su libro está mondo, cadáver, desollado. Poemario de tres pistas con una bastonera fugaz como el registro de la muerte misma: poemas que desatan la palabra, vino que muere entre los muslos, breve canto a las orillas de su alba inerte.

Algo de primitivo ronda en este santuario de la reconstrucción del lenguaje. Como si bautizara cada una de las formas, el poeta ignora el evidente circo, nombra por primera vez, *monta en ala sobre el potro de los verbos* y *cabalga hacia las prístinas batallas*: *ojo y espejo*, *cuervo que aletea siglos de brea*. Volver a decir lo mismo; reptar, desnudo, a la deriva de la sed, resucitar escombro vivo en el oboe de la ancestral melancolía. ¿Para qué decir melancolía? Mejor: escombro vivo en el oboe ancestral.

Más que críptica, la poesía de Rodrigo es exigente. Lo es para el hoy común como lo fue Góngora para sus prójimos. Balam hace suya la totalidad porque sabe que el universo puede leerse desde el microscopio. Una gota es el sol; los laberintos de la urbe y las profundidades del corazón son el enjambre mismo donde el cadáver se pudre para que arda el canto, único párpado con haz de luz. Imagen pura, espada directa, daga abocada al toque álgido donde la caricia y el sueño se transforman en plegaria. ¿Para qué decir *álgido* o *plegaria*? Mejor: daga abocada al toque donde la caricia y el sueño se transforman. ¿Para qué evidenciar lo ya evidente por la cuerda rota con el filo del aire?

No lo sé de cierto, desierto lo supongo: el pájaro es un pez donde un collar de gatos husmea las constelaciones del ruido. Se ríe la ciudad a carcajadas cuando la poesía reliquia sus visiones de lecho. *La Loca* no es *Madame* sino zarpazo, cable suicida, misericordioso insomnio alimentado por el afán de no morir porque la hidra quema. La inquisitiva ciudad frente a los ojos alucinados de la hoguera donde ceniza la luz. Desde Efraín Huerta, desde Rubén Bonifaz Nuño, desde los desdichados de Campos la eternidad no dolía tanto como en este crepúsculo de callejones y avenidas errantes, tristísimo

charco, helado gazapo del suicidio. ¿Sólo los gatos redimen el insomnio? ¿Acaso tañer es el único dardo? La transparencia es su nombre. De espaldas o de frente su baldío algebraico es Ana. No lo sé de cierto, desierto y fraguado lo supongo.

Y se cierra o abre el círculo del *Libelo* con una loa a los *ebrios cazadores de luz* en un festín de pocos, fantasmas de sí mismos en *mecánico aleteo* para al fin registrar —plata, mar, celulosa— la imposible prisión del tiempo. Luna. *Corazón del ojo: fotografía*, falsa revelación de la vigilia, contemplación, desprendimiento. *La ausencia de la luz no es la penumbra*; iluminación, vislumbre, la quimera es la trampa de confundir la efigie con la sombra eterna. Del principio y del fin sólo conocemos el canto.

Libelo de varia necrología, un libro para leer y releer ●

● *Libelo de varia necrología*, de Rodrigo Balam. Fondo Editorial Tierra Adentro, Conaculta, México, 2008.

La «varia invención» de Esther Seligson

● JEZREEL SALAZAR

Ocurre que tengo debilidad por los libros fragmentarios. Quizá de ahí se deriva mi gusto por ciertos géneros: la crónica, el microrrelato, los diarios. Convendría aclarar que este tipo de escritura, si bien no es ajena al lector contemporáneo y cada vez se vuelve más asequible y legítima en la República de las Letras, sí se origina en un espacio que, podríamos decir, se encuentra situado en las orillas. Al menos, en las orillas de lo público. No es casual que cuando leemos el *Cuaderno de apuntes* de Chéjov o los diarios de Alejandra Pizarnik encontremos en esas páginas formas fragmentarias (minificciones, aforismos o retratos) que de algún modo nacen desde la introspección o en el ámbito de lo privado. Poco a poco esta suerte de cápsulas literarias, estos comprimidos al mismo tiempo íntimos y estéticos, han ido ocupando un espacio relevante y tienden a configurar lo que está en boga en nuestros días: textos marcados por la velocidad, como lo quería Calvino, textos que ya no apelan a la estética totalizadora de las grandes novelas de los siglos pasados, y sin embargo, siguen generando literatura en dosis apretadas.

Digo esto por el libro que tengo en mis manos: *Escritos a mano* de Esther Seligson. Difícil disociar cada uno de los textos que componen el libro de un universo personal y elíptico: breves relatos que parecieran tener la cualidad del «esbozo», poemas que registran experiencias en fechas o lugares específicos, aforismos que remiten a búsquedas interiores, textos de análisis que no renuncian a la subjetividad, o incluso —y paradigmáticamente— entradas de un diario. Por la manera en que está estructurado el libro, pareciera que estamos ante el cuaderno personal de la autora, en el cual a un fragmento narrativo le sigue

un texto lírico, y a éste una anotación ensayística. No obstante, en medio de esa heterogeneidad construida por fragmentos, se mantienen un estilo y una voz que se halla todo el tiempo en búsqueda de la revelación precisa, una revelación que pasa al mismo tiempo por las confesiones y los hallazgos de la escritura. Por decirlo de algún modo, el libro nos recibe con esta consigna: si escribir es exponer el mundo interior y fracturado a ojos espías, leer es buscar en la intimidad ajena el mapa que nos descifra, que pueda otorgarnos sentido, coordenadas.

Ahora bien, si *Escritos a mano* es un libro extraño e íntimo, no es único en la literatura mexicana. Al pensar en cuáles otros que hubiese leído antes tenían algún aire de familia con éste, vinieron a mi mente, por el tono autobiográfico, ciertos textos de Nellie Campobello y Julio Torri, pero sobre todo algunos escritos que tienen el carácter de eso que se ha dado en llamar «varia invención»: algunos libros de Juan José Arreola y varios volúmenes de Alfonso Reyes (como su magnífico *Calendario*) comparten la intención de la heterogeneidad discursiva que no deja de ser voluntad estilística. Aquí es necesario hacer una aclaración: más que escritura sin fronteras, cajón de sastre o acumulación de escritos dispersos, la «varia invención» supone un espacio donde confluyen formas textuales diversas, que son asimiladas y organizadas a partir de un principio flexible: la lucidez imaginativa, sintética y erigida sobre la asociación libre. Las formas que convergen en la «varia invención» no son sola y necesariamente literarias (como la poesía o el cuento); también aparecen discursividades comúnmente tenidas como extra o subliterarias: el diario, la carta, las memorias, el apólogo, la anécdota, el perfil, la glosa... Los *Escritos a mano* de Seligson se inscriben en esta tradición de libros de «varia invención» que conforman una vertiente sumamente original de nuestra literatura.

Si hay algo que anhelamos en los textos literarios es la capacidad de producir asombros. El libro de Seligson cumple el requisito, de entrada porque es una autora que no ha sido leída con el interés que merece. Para mí ha sido un descubrimiento gozoso, un deslumbramiento que iba creciendo conforme avanzaba en la lectura de sus páginas. Por ello llama la atención el mínimo reconocimiento que ha tenido su obra. El fenómeno de pasar, de muchos modos, inadvertida, tiene que ver con su lugar en el campo cultural y con los mecanismos de la recepción (publicidad, política literaria y mercado incluidos), y confirma la idea de que Seligson, como vengo diciendo, practica una escritura que se sitúa en las orillas.

Pero también una escritura que crea puentes para cruzar fronteras, para vincular mundos supuestamente aislados. El texto titulado «De ciudades santas y tierras prometidas: Jerusalem y Tenochtitlan» no tiene otro objetivo que el de establecer lazos entre dos tradiciones culturales; es el modo en el que la autora busca suturar su propia escisión, sus raíces dobles. Y en esa elaboración personal, Seligson se convierte para el lector atento en una suerte de traductora cultural. Quien lee su «Diario de un viaje al Tíbet» incluido aquí, puede percatarse de lo que digo. Y esto se vuelve aún más evidente en el apartado titulado «Reflexiones de un perplejo», una serie de

anotaciones periodísticas a la manera de artículos de opinión. En ellos, al hablar sobre el conflicto armado en Líbano ocurrido en 1982, Seligson sopesa los malentendido culturales y critica los extremismos racistas y religiosos, elaborando una defensa de la tolerancia cultural y del diálogo responsable con la otredad.

Para Seligson, la escritura es un devenir sinuoso. En otro apartado titulado «Jerusalem», uno de los que más disfruté leer, el registro cambia y muchos de los textos se vuelcan hacia la estampa cotidiana, como si se tratara de aguafuertes, ese género ya en desuso que practicó con tanto furor el argentino Roberto Arlt. Lo significativo es cómo logra Seligson convertirse en cronista (llevándonos de la mano a través de las calles de una ciudad cuya atmósfera es devota y conflictiva), y no por ello dejar de reflexionar sobre su búsqueda espiritual, hasta alcanzar una escritura de tintes filosóficos:

> En la parte de la ciudad que se encuentra fuera de las murallas también se extienden los rezos por encima del tráfico y de los edificios, como incienso desprendiéndose de conventos, sinagogas y lugares de estudios tradicionales. Es decir, pues, que no hay un solo momento en que no se encuentre a alguien rezando. Tal vez sea cierto que gracias a ello los pilares del universo se sostienen aún en pie. Sin duda no será la falta de devoción lo que hace que los conflictos que en esta región estallan constantemente sean tan agudos. Si, entre otras razones, cada plegaria es un intento por apresurar la llegada del Mesías —y las tres religiones lo esperan de alguna manera—, las tensiones que se respiran son a todas luces un oxígeno indispensable. [...] Yo, por mi parte, quisiera aprender a rezar. No contemplar como esteta a los que se acercan al Muro para elevar sus plegarias. Aunque a veces me ha consolado llegar ahí, e incluso he pedido ser traspasada por una mínima dosis de humildad. Pero siempre me retiro dándole la espalda a las piedras [...] Sé que muchos de los que se aproximan al Muro son también seres insatisfechos, almas perplejas, corazones amargos y contritos, que los hay soberbios [...] Sé que el espacio desplegado entre Dios y los hombres es insalvable, y eso me tranquiliza. Jacob Taubes [...] decía a propósito del empeño de Levinas en presentar la relación entre Dios y el hombre como un posible diálogo cara a cara, que lo que Levinas no ve es el ocultamiento del Rostro que, según Rabi Nahman de Braslav, es el ocultamiento del ocultamiento pues, en un primer nivel es Dios quien esconde Su Rostro, mientras que en el segundo se nos oculta el primer ocultamiento, y es la memoria de esa Revelación lo que hemos perdido.

Como se ve, la escritura en Seligson aparece entonces como un flujo que va del registro de hechos a la argumentación política, de la memoria a la revelación, de la poesía al ámbito de lo ficticio. En esa variedad de registros, reconocemos en Seligson a una escritora experimentada, cuyas virtudes escriturales están presentes en los distintos modos discursivos que

practica, y en cuya alternancia el lector percibe vínculos constantes entre lo público y lo secreto, entre los desahogos privados y las preguntas que a todos implican.

Al valorar una escritura, el crítico suele preguntarse por la lectura que el texto invoca. En el caso de la escritura de Seligson, nos hallamos, me parece, ante una escritura de algún modo elusiva: Seligson elude los acercamientos fáciles, la lectura superficial, las tramas directas. De ahí que apele constantemente a quien sepa leer los intersticios, a quien esté dispuesto a volverse cómplice en la investigación personal que lleva a cabo gracias a la forma y el lenguaje. En México, rara vez nos encontramos ante una escritora cuya búsqueda religiosa esté al servicio de la precisión verbal. Y ese solo hecho es un hallazgo que debemos celebrar ●

● *Escritos a mano*, de Esther Seligson. Jus / Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2010.

Cartas desde una época sin heroísmo

● ENRIQUE PADILLA

Cartas ajenas es el cuarto libro de Geney Beltrán Félix, el segundo publicado dentro del orden de la narrativa. Se trata de una novela no desinteresada, pero tampoco agobiada por las polémicas tremendistas sobre el fin del género, y cuya fuerza reside, al menos en principio, en el interés de la trama por sí misma. Va la premisa inicial: Mariolario, gris empleado de una oficina de correos, empieza un buen día a robarse la correspondencia de otras personas. Descubre así un flujo patético de seres intranquilos, resultado de la triste capacidad generativa de las sociedades actuales. No es una falta salirse de lo monótono para consignar la monotonía, y eso queda claro desde las primeras páginas. La transgresión de Mariolario conlleva el deseable cambio de perspectiva, el corte oblicuo que permite hurgar en la vida diaria sin que la historia se vuelva una monografía o una caricatura, y transite, eso sí, por la zona de niebla de donde puede surgir la auténtica literatura de época.

Empecé mencionando el ordinal que ocupa *Cartas ajenas* en la lista de publicaciones de Geney Beltrán Félix (Culiacán, 1976) porque tal vez a ciertos lectores, como a mí, les cause curiosidad saber en qué se distingue esta primera novela de su obra previa. Una característica que puede aventurarse es la mayor soltura en el hilo del discurso; como en toda historia de ficción viva, los acontecimientos se suceden con naturalidad según su propio ritmo. El protagonista, un tipo frío, desapasionado, que rehúye o parece incapaz de cualquier contacto con quienes lo rodean, cae seducido, desde luego, por el morbo; pero desde su nicho invisible acaba por reconocer a sus semejantes, y más que un espectador, se vuelve su intérprete.

> O quién quite ande creyendo (llegó a pensar Mariolario) que así Luigi Gian, yo no, ¿yo por qué?, que Luigi Gian lo odiará más: *¡No sólo me abandonó, sino que también mató a mi jefa!* Cómo no pensar (se asustó en concluir) que lo que Lauro Gumersindo estaba deseando consistía no sólo en convencerse, antes de morir, de que durante su vida, en efecto, había hecho un gigantesco mal: más bien, más exactamente, en asegurarse de que Los Demás (concretamente: su hijo) heredasen la revelación del asesinato y la llegaran a conservar hasta la muerte como una herida en la memoria que ha resurgido gracias a su pertinaz infamia, qué hombre.

Pronto, Mariolario deja atrás el voyeurismo. Investiga más allá de las cartas y siente la tentación de intervenir. El buen curso de la trama se ve entorpecido, paradójicamente, por una pauta estilística que el lector aprende rápido a reconocer, con la inevitable pérdida de eficacia. Hay en la prosa un uso abundante y concienzudo, aunque anómalo, de ciertos signos ortográficos (paréntesis, guiones, dos puntos, interrogativos) cuyo propósito quizá sea reflejar la violencia de lo narrado en la sintaxis, o poner de relieve los distintos niveles interpretativos del texto. Una búsqueda semejante se halla también en los relatos más memorables de *Habla de lo que sabes* (Jus, México, 2009), el primer libro de narrativa del autor. Pero aquí el recurso parece un tanto gratuito, pues es el mismo aliento de la historia, su particular densidad y desarrollo, lo que va sumando nuevos significados a los hechos y creando resonancias en otros capítulos. En el caso de un escritor como Beltrán Félix, cuyos textos ensayísticos suelen presentar pasajes de envidiable armonía entre la idea y el lenguaje, esta singularidad técnica supone menos una falla que una concesión, una zancadilla a sí mismo.

En contraste, *Cartas ajenas* gana en profundidad gracias a dos recursos clave. Uno es el lúcido simbolismo de varios elementos diseminados a lo largo de la novela: el sueño de las estatuas de lodo de un anciano desahuciado; la mano amputada con que el protagonista se presenta por primera vez frente al lector; el corresponsal, múltiple y único, de la sarcástica Anna Stesse, remitente de un sinnúmero de cartas autobiográficas, destinadas a las personas con los nombres más extravagantes del directorio. Digámoslo así, por más que suene a trabajo de lingüística: es su amplitud metafórica lo que admite la lectura de esos detalles como imágenes autónomas, piezas con un mensaje estético y rotundo en su finitud.

> ... he comprendido, Omar, que la memoria no existe, la fantaseamos para asirnos a una identidad que de otro modo se diluye frente a los ruidos del mundo y sus personas interminables y violentas, y creemos que recordar, o más bien inventar ese pasado supuesto nos salva de la aniquilación o el vacío de nuestro yo vulnerable por la confrontación ordinaria con el portero, el jefe, el taxista, los peatones, y ahora, frente a la muralla última que detiene el tiempo sé que la única memoria poderosa es la de nuestras imaginaciones del futuro [...] todas las vidas que vivimos sin plenitud ni

cercanía posible, pero que con el solo hecho de aspirar a ellas o soñar con ellas vuelven válida y total la tibia nuestra.

La cita anterior ejemplifica bien, por otra parte, el segundo recurso al que me he referido: los pasajes de reflexión, sobria y visceral a un tiempo. Es en buena medida debido a ellos que *Cartas ajenas* no decae tratando de abarcar demasiado: el retrato social y el paisaje íntimo, el conflicto con lo material y el vuelo de la razón. Las conjeturas de los personajes, bien articuladas en la trama, dan solidez y pausa a la historia.

Para ser justos con la obra, sin embargo, hay que mencionar todavía un reparo que puede hacérsele. A lo largo de la primera parte (de tres que la componen) hay un sugerente juego entre lo real y lo fantástico que se extravía, de súbito, en el primer capítulo de la segunda. Beata María es capaz de vislumbrar la muerte de otras personas apenas unos segundos o minutos antes de que ocurra, lo cual le impide, desde el principio, cualquier tentación de heroísmo. Pero tan inexplicable fatalidad pareciera, de nuevo, salir sobrando, y no por ningún prurito de índole preceptiva, sino porque la joven, directa, cínica, indolente y pragmática, acelera el curso de las acciones del protagonista *por el simple hecho de estar allí*, en su cotidianidad desnuda, exponiendo de una manera más palpable el conflicto de los otros. Y para darle consistencia al discreto drama de cada día, que la fuerza de lo insólito desfigura, no hacía falta salirse de las leyes del mundo del diario. A veces, como razonaba Borges hablando de Quevedo, puede obtenerse un mayor efecto con sólo decir la verdad; o bien, para ser también justos con este siglo que todo lo cuestiona, lo que más se asemeje al rostro de la verdad.

Cartas ajenas no es, entonces, un libro impecable, pero eso no significa que no amerite una lectura minuciosa. En él se encuentran vidas en constante estado de tensión, apenas en equilibrio, y esto no es gratuito ni novelesco. La primera novela de Beltrán Félix exhibe la pena, el sinsabor de la anarquía institucionalizada; la sensación, tan en boga, de vivir al borde de cualquier anodino abismo. Ésta, una de las mayores apuestas de la novela, se ve ganada con creces, y en los capítulos finales del libro da pie a verdaderos alardes narrativos. Ejemplo y clausura:

> Era un pasmo en su cuerpo, el de ese antiguo adolescente que jamás se emborrachó con los amigotes (que no tuvo), que nunca se escapó a las putas, ni probó mariguana, ni fantaseó jamás con las piernas y las panochas de las jovencitas que veía pasar desde las ventanas del primer piso del orfelinato. Era lucidez: como si el agua misma que recorría su cuerpo estuviera dejándole luminosa su piel interior: en este ya no más veintiañero que no se aterró nunca de su indiferencia. Salió de la regadera [...] Como si usurpara la biografía de un eremita que de la noche a la mañana ha decidido salir a la calle y caer en su bruma, entregarse a la espesura de los ruidos, a lo súbito de un nosequé [...] No había manera de no ser hombre, depredador, beneficiario de una casta ●

● *Cartas ajenas*, de Geney Beltrán Félix. Ediciones B, México, 2011.

Infidelidad

● MARIÑO GONZÁLEZ

Asegura Rubem Fonseca que «la literatura exige coraje y valentía de quienes se dedican a ella para decir aquello que no puede ser dicho o aquello que nadie quiere oír porque es incómodo o insolente». En *Tratado sobre la infidelidad*, de Julián Herbert y León Plascencia Ñol, estos breves preceptos de Fonseca se cumplen a cabalidad y no sólo eso: los cuentos que lo integran hacen un guiño constante a la obra del autor brasileño, cuyos personajes viven enamorados de todas —sí, de todas— las mujeres del mundo.

En el libro abundan, pues, los infieles, aquellos que no se conforman con un solo cuerpo ni con un solo amor ni con un solo placer. La mojigatería no tiene cabida y la infidelidad no es únicamente temática, sino que se refleja en toda la estructura del volumen e incluso brota cada tanto en la trasgresión de géneros.

Hubo un tiempo en que las páginas de los libros estuvieron habitadas por ciertos caballeros que creían en la galantería y el romance, y en *Tratado sobre la infidelidad* nos encontramos con varios personajes que, con un perfil más o menos similar, pero carnosamente exacerbado, van por el mundo —y no es hipérbole— con la intención manifiesta de obtener aquello que satisfaga sus obsesiones sibaritas, cochinonas o genuinamente arrabaleras. Y quien sale ganando con este desfile es el lector.

El volumen arranca con un *kamasutra* desbordado, «Tarjeta postal con el Tajo al fondo», a cargo de dos amantes que, explica el protagonista en un afán más sexoso que erótico, encuentran cualquier momento para entregarse a sus artes amatorias. Así describe algunas de sus incursiones en el cuerpo de una mujer casada: «En el balcón le abrí las nalgas y la penetré. En el baño. En el estudio, con una foto de su marido sonriéndonos. En la cama: amarrada, travestida, cegada, herida. En un rincón de Madre de Deus. En el Castelo São Jorge. Como dos turistas que quieren dejar la foto del recuerdo».

La calentura de los connacionales sale a relucir no en una, sino en varias ocasiones. En «Gymnopedias», por ejemplo, Jeny Winterhagen, una deportista adolescente en pleno uso de sus facultades ninfómanas, le confiesa al narrador, después de meterse con no pocos caballeros: «Me dan gracia. Los mexicanos tan cachondos». En «Aspirina» encontramos al hombre que llega a La Habana para tocar como bajista con el grupo Daddy Dadá, cuyos integrantes, apenas terminado el concierto, corren «como buenos mexicanos en busca de las putas». Y añade: «Un mexicano es fácil de reconocer en La Habana, nos explicó el taxista: es barrigón, es exigente,

es tacaño, se viste bien, hace blin blin, pregunta dónde están las pirujas más güeritas».

La mirada de Shimamura, el protagonista de «Los sentidos» que visita Nueva York, «estaba educada para detectar cualquier atisbo: un seno a punto de emerger, unos labios húmedos, las piernas abiertas de algunas adolescentes en breves minifaldas, la risa total de una mujer madura, las nalgas levantadas gracias al prodigio de algún pantalón». En «Una horda de locos (fotografía grupal de internos en el manicomio La Castañeda)» la infidelidad es de aproximación, con trece descripciones de la imagen que pasan de la realidad y se fugan a mundos ficticios y mediáticos para solaz del lector, que en este caso se transforma en *voyeur*.

Ya en la parte final del libro, «Casi una novela», Fuzzaro, fotógrafo y sibarita, deambula entre el sexo y el arte contemporáneo, entre el amor y los gatos y su amistad con el buen Akbar, a quien como fanático de *La guerra de las galaxias* —todo hay que decirlo— imaginé con cabeza de molusco. Ya en el último de los relatos reaparece Shimamura, el mirón, sólo para acudir al relato que enfrenta al protagonista con el contraste entre un ano negrísimo y un punto blanco sobre el Tokio nocturno.

Los estilos que han delineado los últimos trabajos literarios de Julián y León están fielmente representados en este libro de cuentos, donde se conjugan también los lenguajes particulares que ambos escritores han desarrollado en sus libros de poemas. Los escenarios alterados de *Cocaína (Manual del usuario)*, el anterior libro de cuentos de Julián Herbert, se cuelan en *Tratado sobre la infidelidad* con impecable habilidad narrativa. De León se atisba la prosa sosegada, a veces con un registro fantasmal, presente en sus dos libros de crónicas: *Apuntes de un anatomista de ciudades* y *Seúl es una esquina blanca*, donde, por cierto, ya aparecían ciertos rasgos de ficción que aquí se potencian en historias tan redondas como un juguete sexual.

Quien haya seguido las trayectorias de León y Julián podrá detectar, en algunos casos, al autor de los cuentos. El ejercicio, sin embargo, es inútil, puesto que el efecto de este libro no depende de quién firma las historias. Como los grandes tratados, el que hoy nos ocupa está destinado a valer por su contenido, por la unidad que hay entre los relatos que lo componen, y no por el nombre de sus autores. Y aquí está, precisamente, la última infidelidad, desafiando la noción de pertenencia de la obra.

Afortunadamente todavía hay quienes apuestan por lo incómodo e insolente y confían, además, en que la literatura está por encima de la firma. Hace falta valentía para admitir que la autoría se puede compartir. Y es ese riesgo, si es que existen riesgos reales en la literatura, el que otorga la última esfera de interés a este proyecto narrativo del que, al final, sobresale una neta muy *zen* que se concentra en una sola frase de Rubem Fonseca: «Coger es vivir, como los poetas saben muy bien» ●

● *Tratado sobre la infidelidad*, de Julián Herbert y León Plascencia Ñol. Conaculta, México, 2010.

Un nuevo continente

● GABRIELA CANTÚ WESTENDARP

I hear America singing, the varied carols I hear.
WALT WHITMAN

Tiento, de Rocío Cerón, se inscribe en la tradición de la poesía épica americana. Sé que esto puede prestarse a múltiples interpretaciones. Me explico. El principal hilo conductor del texto es el de una familia cuya identidad se ve trastocada al migrar del continente europeo al americano. El libro de Cerón, que está formado por tres partes que a su vez despliegan poemas de diferente longitud y forma, se construye a partir de fragmentos que revelan a un personaje femenino que también puede ser tierra, o mejor dicho, continente: el continente americano.

El texto me recuerda a la lucha de los intelectuales del siglo XIX para consolidar una identidad americana. Pienso en el sueño, o quizá deba decir deseo, de José Martí y en esa «semilla de la nueva América»; pienso también en Walt Whitman y su concepción de América como la tierra prometida. Pero el texto de Rocío Cerón, claro, está tejido en el siglo XXI, hemos experimentado ya las calamidades del hombre «moderno». Hemos vivido el desencanto. Ya han dejado su huella Pound, Stevens, Neruda, Ginsberg. Ningún poeta escapa a su tiempo. El yo poético de *Tiento* parece ser pesimista. «América se hunde», «América es una madre que mata», «América es un desierto sonoro», «América es una dura cicatriz en el cuerpo», dice la poeta.

Estamos ante el clan o la familia cuya historia se conforma de una mezcla del viejo y del nuevo continente: nada más americano. Un recorrido de tres generaciones, la abuela, la madre y la hija. Recorrido que va formando memoria e identidad.

Miramos a fondo un destino
[compartido. *La miseria era quedarse.*
El ritual prosigue en cada ciudad que
[mudamos de nombre.
Clara. Carmen. Eleonora.
Vestir a los hijos de vida, alejarlos de
[enredadera y piedra.
Nadie notará la huella de la huida.
Otra ciudad cantará tu nombre: Jovana.
Levitación. Los muertos dan alcance.
En América las tormentas son tan fuertes.
[*¿Sentís cómo tiembla el piso?* (p. 44).

En esta historia el clan «no es pausa», es una especie de recorrido. El clan avanza por ciudades y personas. De pronto la voz evoca el pasado como un tiempo idealizado: «Entonces Belgrado era suave cosa, violín matinal, gris costa, casa». Y el futuro espanta porque es una posibilidad de tocar fondo, es un bautizo que también es duelo, porque al ganar una nueva patria se pierde la anterior. Además, el futuro es

desconocido y lo desconocido provoca temor. La palabra *tiento* viene del ejercicio del tacto, pero también hace referencia a un palo que usan los ciegos para que les sirva como guía. Así el tacto nos ayuda a conocer el camino que se extiende hacia delante y que no conocemos. Tiento para conocer.

Una familia es tiento. Precisión de [sangre.
Una familia es borde. Derrumbe y asidero.
La habitación es el centro donde rondan [los nombres.
Un padre es trayecto entre la creciente y [lo que cae.
Algo ahí espanta (p. 34).

Aquel que deja su patria se enfrenta al dolor, a la invasión, quizás a la adopción de una nueva lengua, por lo menos, a la adopción de nuevos códigos o lenguajes; se enfrenta también al vacío, a la saturación y la transformación. «*Yo tenía una tierra, me despojaron de ella*...». La condición de la voz poética en este libro es el borde, la frontera, pero sobre todo la transformación: «Se llamaban Krusevac, ahora Cruz». El cuerpo del poema se va formando a partir de los fragmentos que se tienen de Belgrado: una flor recogida en Kalemegdan, la voz de la abuela, un retrato, una banca, un apellido; se van mezclando con los fragmentos de los que se apropian en el nuevo territorio: Machu Picchu, el cacao, el aguachile, el Golfo de México, el desierto de Sonora. Ocurre un mestizaje. No es esto o aquello sino algo más.

Lo que ha quedado lejos, es decir la patria antigua (Belgrado), es asociada con el padre ausente. En el fondo de la taza el oráculo dice: «Detente, la otra tierra y ese perfil masculino que apenas resulta de las sombras. Serbia era cobijo —Atlántico— hoy es un lago. Idea del lago». Es la figura femenina la que sobrevive, la que enfrenta la pérdida, es ella la que hace el recorrido hasta llegar a la tierra nueva. «Es cuestión de supervivencia». Y es ella la que resurge de la ceniza.

Las mujeres guardaban papas, [construían mundo. Cosa de
tiento insulso, se pensaba... Estas [mujeres son mis madres.
Desde ese día —América— la piel de [mis mejillas es llanura (p. 55).

Decía que la voz poética de *Tiento* se escucha pesimista. Hay un tono elegiaco. Sin embargo, en medio de esa atmósfera de pérdida, he dicho también, hay una ganancia: Eleonora, la hija, la tierra nueva. En ella se funden el tejido de la abuela, el eco de su voz, su retrato, pero también la esperanza de la madre: «Quedarás tú, la nueva historia que escribas, el lago malva de tu nombre», «Recibe los hábitos. Una lengua. Raíces, huellas. Escisión o corte». Eleonora balbucea, observa, aprende, y se va haciendo de mundo nuevo. Ella es tierra y fruto, es memoria y visión. En ella se concreta el deseo amoroso de inmolación. Es ella, como América, una ruta nueva.

En la historia de esta familia se escuchan ecos de la historia de un pueblo. Los poemas son espejos de otras historias. De ahí que se sostenga que el libro se inscribe en la tradición de la poesía épica americana. Género literario en el que se cuentan sucesos reales e imaginados. La narración de los sucesos no es lineal. Lo que acontece está en los fragmentos, a veces cortados en verso, a veces en prosa. Son momentos que nos van dibujando la geografía. El tiempo va y viene, así como las voces de la abuela, la madre y la nieta.

Los poemas del libro van acompañados de fotografías de Valentina Siniego Benenati y de la partitura de dos piezas musicales de Enrico Chapela. Rocío Cerón construye un nuevo continente al tacto de la pluma en la hoja, el lector tienta las páginas y celebra esta nueva tierra ●

● *Tiento*, de Rocío Cerón. Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2010.

Una voz propia

● SERGIO TÉLLEZ-PON

Las historias de la ganadora del Premio Nobel de Literatura 2009, la rumanoalemana Herta Müller (Nitzkydorf, 1953), se caracterizan por las ideas que tiene sobre la palabra —es decir, el lenguaje— y sobre el silenciamiento —es decir, el poder de la censura: el lenguaje dirigido desde el poder. En esa tensión, Müller ha construido su narrativa, al menos la que se conoce en lengua española: los cuentos de *En tierras bajas* (Siruela, 1990), la novela breve *El hombre es un gran faisán en el mundo* (Siruela, 1992), o en las novelas *La piel del zorro* (Siruela, 2009), *La bestia del corazón* (Siruela, 2009), *Todo lo que tengo lo llevo conmigo* (Siruela, 2010) y *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma* (Siruela, 2010). Por otra parte, sería interesante conocer en español sus dos libros de poesía: *Der Wächter nimmt seinen Kamm* y *Die blassen Herren mit den Mokkatassen*.

Ahora aparece *El rey se inclina y mata*, una serie de ensayos en los que continúa el pensamiento que ha desarrollado a lo largo de su narrativa; y digo *continúa* porque incluso en ellos hay mucha narratividad (de hecho, en algunos cita pasajes de sus propias novelas). ¿Tenía Müller la necesidad de escribir estos ensayos cuando en su narrativa ha quedado muy claro su pensamiento al respecto de la palabra, el lenguaje? Hay que decir que no los escribió *ex profeso*: la mayoría son conferencias dictadas en diferentes universidades o encuentros a los que fue invitada a lo largo de los años. Lo interesante es, entonces, la continuidad de ese pensamiento, su congruencia, y la lucidez con la que ha ahondado en el tema.

Es importante resaltar dos circunstancias determinantes en la vida de Müller: primero, que pertenece a una minoría alemana en Rumania, los suabos, y luego que, después de vivir 30 años bajo la dictadura de Ceauşescu, finalmente escapó en 1987. Cuando los migrantes salen exiliados, generalmente lo único que llevan consigo es su lengua, pero no fue el caso de Müller:

su lengua materna es el alemán, no el rumano —esto es, está más cercana a las lenguas germánicas que a las romances. Sin embargo, aunque el alemán es el idioma en el que habla y en el que ha escrito su obra literaria, lo curioso del caso es que, llegada a Alemania, la autora fue excluida desde el lenguaje mismo: en uno de los ensayos, «Aquí, en Alemania», cuenta que le hacen correcciones a su pronunciación del alemán, por lo que nunca será una alemana total.

Contra el silencio impuesto, piensa Müller, está la palabra que ronda en la cabeza, que se piensa; en la boca, la palabra que está a punto de decirse o la que finalmente se escribe: es conmovedor el inicio de su novela *La bestia del corazón*, en el que, al arreglar unos pañuelos en una escalera de la fábrica como castigo, ella piensa en lo que va a escribir. La palabra exterioriza, materializa las sensaciones o los pensamientos que nos rondan en la cabeza. Debe de ser *shockeante*, por decir lo menos, que una sola palabra o una oración traiga un torrente de miedo, dolor y muerte. Porque el término que más aparece en estas páginas es «miedo»: durante la dictadura el miedo estuvo en todas partes y es imposible que no esté aquí. Sobra decir que ninguno de los nueve ensayos tiene desperdicio.

Vida cotidiana, lengua y política son indisolubles en su obra. En oposición a esa lengua, «la lengua Estado» como la llama ella (una «jerga ideológica, distorsionada, rota», ha declarado en una entrevista), está la lengua nacional que, pese a todo, sigue hablando la gente en la calle. La «lengua Estado» quiere privar de una voz propia y, aunque no lo consigue, logra infectar a la lengua nacional, alterarla. Y es sobre esa privación de la voz propia que discurre Müller en estos ensayos: con una lucidez y precisión deslumbrantes, desmenuza minuciosamente el hecho más insignificante para que el lenguaje sea el único protagonista y vuelva a brillar. Las expresiones o las palabras describen o evocan alguna vivencia en la infancia o en la dictadura, y todo lo que ella implica, como si de la madalena proustiana se tratara. Son «escenas o experiencias que resultan cruciales y tienen consecuencias» en la vida cotidiana o, como en su caso, en una experiencia vital.

Un amigo me reclamó que dijera, mientras leía *El rey se inclina y mata*, que Susan Sontag me parecía tan poca cosa al lado de Müller (lo cierto es que ya me lo parecía desde que leía a Elfriede Jelinek). Sontag, como buena intelectual orgánica, le expliqué, escribió sobre todo, que es como decir que no escribió sobre nada; en cambio, Müller, por su parte, y Jelinek por la suya, tienen un tema central: no intentan escribir sobre todo, profundizan en ese tema, que no es otro que la lengua (¿hay otro interés supremo para un escritor?, pienso ahora). Me parece, rematé, que no es casual que les hayan dado el Premio Nobel con tan poco tiempo de diferencia a esas mujeres que escriben en lengua alemana. Y otro amigo me espetó: ¿Entonces qué va a hacer Herta Müller a una feria del libro donde la invitada es Alemania y no la lengua alemana? ¿Tendremos que esperar a que Rumania sea la invitada?, respondí. La patria está en la lengua que se habla, respondería la propia Müller ●

● *El rey se inclina y mata*, de Herta Müller. Trad. de Isabel García Adánez. Siruela, col. El Ojo del Tiempo, Madrid, 2011.

¿Quién grababa los videos de Joseph Beuys?

● DOLORES GARNICA

Alemania, el país invitado de honor en la edición 2011 de la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, trae a colación una de las nuevas y viejas preguntas en torno al uso del video, específicamente como medio en las artes visuales contemporáneas. Se expondrá en el Museo Raúl Anguiano una colectiva de videos de los años setenta y ochenta, reunida por el Zentrum für Kunst und Medientechnologie Karlsruhe (ZKM), y entre los autores destaca Joseph Beuys, quizá uno de los más incomprendidos de entre los más reconocidos creadores de los últimos tiempos.

Así es. Videos de Joseph Beuys en Guadalajara. Para los admiradores del alemán adicto a las liebres, los cisnes, los ciervos, las abejas, la arcilla, la grasa y, por supuesto, el fieltro, esta presencia resulta celebración, pero también detonante de preguntas que vienen al caso en una era en la que el video, la fotografía y el cine «nos devuelven el mundo. Son instrumentos no primariamente de visión, sino de filosofía en un sentido antiguo, original. Aportan el mundo *en sí mismo,* en su integridad cosmoantrópica; sacan a la luz la cohesión, el entramado en el que estamos comprometidos a través de las tecnologías de la imagen óptica. Producen contenidos», en palabras del gran Bill Viola.

Uno de los orígenes del videoarte se señala en Fluxus, movimiento de los sesenta en constante diálogo con Joseph Beuys, el profesor de ideas firmes que creía en un arte AKTION en completa soledad y sin público participante, en la transformación personal y social a través del arte, en la fuerza de los signos, de los ritos y de los movimientos provenientes de la intuición. Beuys en 1963 mezcló una pieza de Satie jugando con una liebre, una pizarra y montoncitos de arcilla para «preparar» el piano, y terminó sacándole el corazón al mamífero de orejas largas, acción que dejó registrada en un video. El artista sabía que era grabado: ésa es, quizá, la forma en que la acción atacaría el instante, pero ¿qué tanto estaba Joseph Beuys atento a la grabación? Mientras rasura a alguien, en otro video, parece respetar los ángulos, pero cruza frente a la cámara sin remordimiento alguno al encerrarse con coyotes en una galería neoyorquina.

Nam June Paik y Charlotte Moorman llevaban a cabo numerosos *performances* en plena época Fluxus; allí el video formaba parte de la pieza, a veces como soporte y otras veces como parte del juego. Paik hacía música con el video, y *Global Groove* es considerado el clímax del primer videoarte cuando en 1971 alineó en él 21 secuencias de video. Paik es tenido hoy como uno de los padres del videoarte y, en muchos sentidos, algo de él provenía de Joseph Beuys, colaborador incansable

del rompimiento, de la libertad de las artes fuera de las estructuras, los soportes y los medios. Beuys es, en muchos sentidos, el gran fundador de los procesos del arte contemporáneo (mi hipótesis es que Duchamp fue el teórico del rompimiento, mientras que Beuys lo puso en práctica intuitivamente). Según los libros, el alemán creó más de 70 acciones, 50 instalaciones y 130 exposiciones individuales, pero no se nombra al video en su currículo bibliográfico.

Según algunas teorías, el videoarte es aquel que utiliza el video como medio, el que se explora a sí mismo a través y desde el video. Mientras tanto, el *videoperformance* es la acción planeada y realizada para registrarse en video; el video es su soporte y no la acción; en él, el *perfomance* «comparte la instantaneidad, permitiendo al mismo tiempo una prolongación de la acción», según Marina Abramovic. El videorregistro, entonces, es sólo el medio que un artista utiliza para dejar constancia de una acción o una pieza de arte. Si es así, ¿qué valor estético tendría un videorregistro? ¿Tendría que analizarse desde los juicios de valor utilizados para criticar un video? ¿Tendría que enmarcarse en una colectiva de video? ¿En una colectiva de arte-acción? ¿En una colectiva de *performance*? ¿De arte videograbado? Y si vamos un poco más a los extremos, ¿qué valor tendría en el mercado un registro en video? ¿Quién grababa los videos de Joseph Beuys? ●

The Notwist, eine musikalische Wanderung von Weilheim nach Guadalajara

● Ana Paula Santana

Situémonos 22 años atrás en Weilheim in Oberbayern, un pueblo de Baviera, Alemania, habitado por 20 mil personas. Markus y Micha Acher tienen 22 y 18 años respectivamente, llevan el cabello largo y les gusta Neil Young. Su padre es Julius, músico multiinstrumentista y fanático del *jazz*, cuyo sueño más grande es formar una banda de *dixieland* con sus hijos. A Markus le ha enseñado guitarra y a Micha bajo y trompeta; la banda se llama New Orleans Dixie Stompers y tocan en eventos locales. Los dos jóvenes alternan en otras bandas, pero nosotros nos hemos situado en 1989 por una razón: aquel año los hermanos Acher deciden formar The Notwist. Aunque las influencias musicales de los Acher habían comenzado con el *folk* tradicional bávaro, así como el *jazz* y el *swing* de Nueva Orleáns, una ola de música estadounidense reciente había llegado a sus oídos, y Markus confiesa que fue hasta escuchar aquello que se identificó con un género musical. Bandas como Dinosaur Jr., que experimentaban en el *noise rock*, y otras más violentas como Jerry's

The Notwist: Markus Acher, Micha Acher y Martin Gretschmann.

Kids y Minor Threat, ambas de *hardcore punk*, fueron los referentes de la primera alineación de The Notwist: los hermanos Acher, guitarra y bajo, y su amigo Martin Messerschmidt en la batería. «Era un pueblo tan pequeño, tan conservador y tan aburrido que éramos adictos a cualquier impulso foráneo, cualquier cosa que hiciera el mundo más grande, como lo hacía la música estadounidense», recuerda Markus en una entrevista para *Pitchfork*. Un año después de formar la banda ya tenían un LP titulado homónimamente, con un sonido crudo, distorsionado y viril en el que apenas se reconoce la voz de Markus en melodías que visitan lugares comunes del *punk* y sus derivados. Pero dos años más tarde graban *Nook*, un disco donde ya es audible la complexión que tomarían más tarde: aleación de *noise rock* y líricas *pop* en ambientes melodramáticos. Sobre esta línea continuaron, abandonando cada vez más el acelere de percusión y la abundancia de distorsión en las cuerdas, hasta el disco *12*, de 1995, en el que, por primera, vez entrometen la electrónica como parte fundamental de su estética. Esto sucede cuando Martin Gretschmann lleva a Weilheim un *sampler*. La inquietud de Markus sobre la música electrónica lo lleva hasta Martin para experimentar con varios *sampleos* en el aparato; después de un tiempo, deciden que Martin también debería formar parte de la banda. *12* es el primer disco en el que se puede reconocer a The Notwist como se escucha ahora: recurrentes *loops* en el inicio y el descanso de las canciones, texturas electrónicas... pero, principalmente, lo que por muchos discos ha caracterizado el sonido de la banda: una sobriedad opaca y progresiva que remata en una ruptura de batería incurable, de guitarra rasposa, que produce una increíble gana de mover la cabeza como metalero. En esta amalgama de rock pesado que no es pesado y que tiene mucho de electrónico pero también de *pop* hicieron los siguientes discos, y fue

con *Neon Golden*, de 2002, que los dedos índices de muchos escuchas comenzaron a poner *play* en The Notwist.

Una de las características (y aciertos) de esta banda es que han sido sedentarios en términos laborales: primero firmaron con Morr Music, pero pronto los hermanos Acher fundaron el sello musical Alien Transistor y a la fecha es en Weilheim mismo donde continúan produciendo. Esto les ha dado tiempo y espacio para trabajar en proyectos alternos: por ejemplo, Markus forma parte de Lali Puna, banda fundada por su actual esposa; Micha colabora con Ms. John Soda, y ambos son integrantes de Tied & Tickled Trio, colectivo de *jazz* electrónico, y de Village of Savoonga, grupo de improvisación libre. Por su parte, Martin es *Console*, en su proyecto electrónico como solista.

La versatilidad musical de los integrantes introduce en The Notwist un toque lozano y abierto, y a la vez una metodología de trabajo del músico en un equilibrio ideal: con una banda se experimenta, con otra se gana dinero y se hacen grandes giras, con otra se improvisa y se hace ruido y con otra se toca en familia. Así es como los hermanos Acher han entendido el negocio de la música: no limitan colaboraciones o pseudónimos para diferentes proyectos, como es el caso de 13 and God, banda que en 2005 formó The Notwist en colaboración con Themselves, grupo de *hip hop* estadounidense, y con la cual las ramificaciones de exploración musical son aún más copiosas. En *The Devil, You + Me*, de 2008, su último disco, colaboraron con la Andromeda Mega Express Orchestra, diversificando todavía más los alcances de una banda que en 22 años, al contrario de envejecer, se ha transformado gentilmente para sonorizar el tiempo ●

Zona intermedia

Olvidar, descifrar, evocar

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

Llegué a Berlín con la imagen del Muro antes que cualquier otra. Lo busqué para contemplarlo cabalmente. No tenía en mi imaginario más que puntos dispersos de Alemania: el *Fausto*, Schiller, los Conciertos de Brandemburgo, Hölderlin, Rilke, Celan, la guerra, el genocidio nazi, el Muro. Puntos dispersos: un montaje hecho con mi poca información, escasas lecturas y una especie de trauma universal.

Pero en lugar de Muro encontré un río. Y en el río una isla. Y en la isla un conjunto de museos: salas y salas de arte grandioso. Al salir de la isla, Unter den Linden: la gran avenida. Al caminar por ella descubro un conjunto de edificios cuya modernidad me parece inconcebible; edificios en diálogo con su entorno, adosada su modernidad al pasado. Híbridos y armoniosos. También se suceden edificios reconstruidos en su propia antigüedad, nacidos de las cenizas,

como el Staatsoper, la Ópera Estatal de Berlín, encargado por Federico II en 1791; el Viejo Palacio que ahora alberga a la Universidad Humboldt, hasta llegar al símbolo alemán por antonomasia: la Puerta de Brandemburgo, la frontera más dura con el Este durante muchos años. Y de ahí la Ebertstrabe, larga avenida que hacia un lado lleva al famoso Reichstag, sede del Parlamento, cuyo incendio destruyó la cúpula y marcó el inicio del poder nazi. Ahora —de cristal la cúpula— es de las joyas arquitectónicas más asombrosas de Berlín. Porque uno puede ascender por una rampa hacia la cúspide subiendo entre un juego de espejos y cristales en el que inciden y coinciden la tierra y el cielo, como en un trayecto de lo real hasta el infinito. Hacia el otro lado llega a Potsdamer Platz, uno de los conjuntos más modernos y donde por fin encuentro rastros del Muro: un camino de piedras: las ruinas, ¿vestigios?

Berlín es una ciudad sin centro. Ciudad de excesos, de sucesos, de memoria colectiva. Mi visita estuvo guiada por una agenda de citas con escritores, editores y gestores culturales. Berlín se me fue revelando entre diálogos literarios, en barrios del oriente y occidente, con su sello cada uno de la situación geográfica que le tocó después del Muro. Aun reconstruida la ciudad, su historia se percibe en cada tramo recorrido. Entonces llegué a lo que ya había comenzado en un tiempo pretérito (Peter Sloterdijk). Y mi conciencia de actualidad se me volvía una serie de jeroglíficos de inicios anteriores que tenía que descifrar y evocar. Olvidar, descifrar, evocar, tales eran mis sensaciones al ver a través de la literatura la Alemania actual: en medio de las historias leídas percibía la atmósfera alemana tatuada por la guerra, la malformación, el miedo, la desconfianza, la pérdida. Era Berlín, y de pronto «Todos tenían los ojos puestos en mí. Unos ojos vacíos. Sus pupilas punzaban bajo los párpados. Los hombres llevaban fusiles en bandolera, y las mujeres desgranaban sus rosarios» (Herta Müller). Caminé por esos oasis en que se convierte Berlín todo el tiempo: las grandes avenidas y luego un recodo, un jardín, un riachuelo, un bosque, un lago. Entre sorpresas así «en algún punto del camino sobre la plaza de la estación del tren perdí a un amigo. Se despidió con un breve abrazo, cruzó una frontera invisible y desapareció. Desde donde estaba lo podía ver muy bien. Vi cómo irguió la espalda, sus pasos se volvieron más cortos, su caminar se adecuó a las disposiciones del otro lado. Poco antes de llegar a la rampa se volteó una vez más: me envió un saludo, es decir, a empujones alzó al aire el brazo izquierdo» (Lutz Seiler).

Después, retazos del Muro que fui hallando en diferentes puntos de la ciudad: bloques marginales de lo que alguna vez dividió mortalmente a Berlín. Al contemplar los dibujos y pinturas que lo cubren, vi la explosión de la impotencia: camuflajes, aversiones, apenas *lobbys* y ninguna habitación. Comprendí: el Muro no fue sino la interrupción de la sintaxis de esa ciudad oscura en mi memoria colectiva —ciudad atada—, y que afectó al mundo entero porque socavó su lenguaje destruyendo su sistema de referencias y sentido, hasta dejarlo en la indeterminación —afuera de sí mismo— más allá del silencio: en la desconexión total de las palabras con los actos y las cosas ●

Favores recibidos

Entre voces: Resonancia / Poesía en dos lenguas

● ANTONIO DELTORO

El árbol que da frutos a los pájaros es un árbol de dobles frutos: el fruto de sus ramas y el fruto con alas y pico que esparce las semillas. En *Entre voces: Resonancia / Resonance. Poesía en dos lenguas / Poetry in Two Languages*, los árboles son los idiomas que dan frutos traducibles y los traductores son los frutos con alas que atraviesan fronteras y esparcen semillas: el idioma inglés adquiere, en voz de Alaister Reid —en los poemas que lee, tanto en los escritos originalmente en inglés como en los escritos en español—, la textura pastosa y poética de un pájaro de mucha bruma, de un pájaro que hubiera fumado pipa y hubiera bebido mucho ron marinero; los mismos poemas leídos por Pura López Colomé, en español, alcanzan la calidad aérea de un pájaro más meridional y colorido, yucateco e ilustrado, capaz de silbar y silabear su canto muy sabiamente y con sentido del humor. Ambos pájaros atraviesan fronteras, intercambian músicas, enriquecen el oído.

Resalto lo del oído, porque estos discos son una antología para este sentido. Hasta tal punto que recomiendo que se escuchen, por lo menos alguna vez, sin ayuda del cuadernillo, siguiendo la corriente de los poemas en ambos idiomas, olvidándose de autorías e historias. Una de las experiencias poéticas más puras es hundirse en un poema sin saber quién es su autor, concentrándose en el poema como en un organismo con vida propia; de manera parecida a como oíamos los cuentos en la infancia.

Los oyentes de estos discos pueden disfrutar algo así; incluso en cascada: oyendo todos los poemas juntos; entrelazados como una cadena de dos ADN vecinos pero diferentes. Creo que sus traductores por esto leen cada poema sólo con el título, sin mencionar el nombre de su autor, relevando así al poema por encima de cualquier consideración extrapoética, permitiendo que la amistad de los poemas prevalezca sobre las relaciones entre sus autores e idiomas. Las trenzas formadas por las dos voces y por los dos idiomas son un continuo con tantas curvas como una carretera de montaña, una verdadera aventura auditiva y sentimental que he practicado muchas veces y que recomiendo.

Además está el cuadernillo, donde se pueden seguir los poemas con el ojo y enterarse de quiénes son sus autores e incluso hacer una lectura independiente del disco, leyéndolos solitarios, con nuestra propia voz e interpretando, también nosotros, sus partituras.

Una advertencia dolorosa: al invitarme a presentar estos discos en dos idiomas, Pura López Colomé ignoró, una vez más, mi desconocimiento del inglés. Pura López Colomé vive en el antiguo camino

a Chalma, en los aledaños boscosos de Cuernavaca; yo vivo en una calle que se llama Antiguo Camino a la Sierra, por la que subían, antes de convertirla en cerrada, los peregrinos del Valle de México a ese santuario. Quizás nuestras casas, tras lomita, estén tan cerca como yo la siento a ella; además, no quito el dedo de la llaga: todos los años le pido al santo señor de Chalma el conocimiento del inglés.

Les agradezco a los antologadores el descubrimiento de muchos poemas que no conocía. Me hubiera gustado oír otros poemas de Emily Dickinson, otros de Neruda, alguno de Paz... ignoraba que Juan Carvajal y Heberto Padilla fueran tan buenos poetas. Desconocía incluso de nombre a muchos poetas norteamericanos que ahora empezaré a leer.

Para terminar y descender de los cielos quiero citar un poema en el que hace unos treinta años anticipaba, milagrosamente, está presentación. Entonces se lo dediqué a Dámaso Alonso, cartógrafo de las palabras; hoy se lo dedico a Pura López Colomé:

CARTOGRAFÍA

para Pura López Colomé

Diques invisibles para las palabras.
Líneas que sin serlo nos dividen.
En la claridad de un mapa
de colores distintos, están pintadas
las distintas familias de palabras.
Un hombre y una mujer se miran,
se hablan: no se entienden.
¿Se sueña distinto, más tenue,
en inglés que en español?
¿Las neblinas nórdicas, el azul de la
[montaña,
se mezclan con el idioma?
De cuando en cuando una palabra
cruza su frontera,
se arriesga por despeñaderos, por
[falanges
de palabras enemigas, se casa con otra
que hospitalaria la recibe, la declina
o le sirve como escudo,
poco a poco las palabras se vuelven
mestizas, se acriollan;
a aquella familia de palabras morenas
le sale una hija rubia,
a aquella otra una con ojos azules,
poco a poco por ellas van entrando
nubes sutiles de paisajes nórdicos
a tierras tropicales;
guijarros, humedades de mar,
a escarpados picos,
sensuales pensamientos de muchachas
a frentes adustas y otoñales.
Las palabras erosionan acantilados,
arenillas del desierto van destiñendo
con ellas marcados rasgos.
Las palabras castellanas se desbroncan.
En silencio las palabras se aman
cuando se encuentran gentes de
[distinto idioma.
Hay palabras que no se dejan conquistar
[y acaban.
Pero las palabras aptas, las jóvenes,
[vencen su pudor,
su timidez, su hosquedad adolescente
y al fin se aman, se entienden,
porque para la palabra no hay nada
[extranjero ●

● *Entre voces: Resonancia / Resonance. Poesía en dos lenguas / Poetry in Two Languages*, de Pura López Colomé y Alastair Reid. Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

Visitaciones

Portrait of Dylan

● JORGE ESQUINCA

El libro lleva un subtítulo: *A photographer's memoir*. Lo encontré por casualidad, entre piezas de cerámica, viejos candiles, alfombras de dudosa procedencia oriental... Tamaño carta, la pasta dura y forrada en tela color verde lleva impreso el título en caracteres dorados junto a un medallón de reminiscencias celtas. La autora, Rollie MacKeena, fotografió a Dylan Thomas en su casa y los alrededores de Laugharne (Gales), y en Nueva York durante los últimos años de su vida. La edición data de 1982 y es la primera publicada por Stemmer House Publishers. La gran mayoría de las fotos son en blanco y negro.

En el principio estaba el árbol. El eje, lo sabemos. Éste, una glicina, desnuda. El tallo se abre casi desde la base. Se convierte en ramas. Entreveradas, no demasiado. Hay un espacio suficiente para que Dylan se coloque detrás. Ríe. Luego se queda serio. Sus manos se afianzan a las ramas huesudas. Ríe de nuevo. La luz ilumina parcialmente zonas de su cara y las ramas. La ancha nariz, el mentón redondo, las mejillas hinchadas, los rizos revueltos. Sus ojos hacen pensar en un adolescente bullanguero. Algo distraído. Pronto aburrido. Listo. Como si ya quisiera marcharse. Al más cercano *pub* y a la cerveza mañanera. Pero no. Resiste. Un gesto súbito, algo teatral, le hace reclinar la cabeza. Abandonarse en el árbol. En espontánea, venial, crucifixión.

En la fotografía con la familia, Dylan mira al perro que está de espaldas a nosotros. O mira nada. Es una de esas miradas que reflejan un entretiempo. No sólo en la imagen, ahí adentro, el instante se detiene. En la fotografía del caballo Dylan no aparece. El caballo es color leche. Jaspeado. ¿Puede un caballo ser una Vía Láctea? Pasta en un campo sembrado de margaritas. Al fondo la torre ruinosa del castillo. *I see the boys of summer in their ruin*. En su cercanía, Dylan supo de Caitlin. La cortejó. Se casaron. Y más allá el estuario, un muslo de gigante caído, el río monosílabo: Taf.

El estudio de Dylan: «una cabaña pintada de un verde luido con vista al estuario. En el interior, ya traspuesto el arco de madera de una puerta baja, podemos ver que está escasamente amueblada; un escritorio, un librero, una silla recta de madera y una estufa de hierro que nunca, hasta hoy, se ha encendido, porque, simplemente, no tiene chimenea. Libros y manuscritos, viejas botellas de tinta seca, plumas y trozos de papel, cerillos usados y paquetes vacíos de cigarros Woodbine sobre el escritorio. Arañas y sus telas compiten con la hiedra para ocupar los espacios vacíos. Me siento halagada al ver mi fotografía de W. H. Auden, que le regalé a Dylan en Nueva York, sujeta con una tachuela en la pared blanqueada. Pero, el lugar de honor, justo encima del escritorio, pertenece al barbado Walt Whitman. En otros lugares: Marianne Moore, D. H. Lawrence, los aldeanos danzantes de Brueghel, un Chagall y otras reproducciones recortadas de revistas».

Dylan & Caitlin. Imposible no comparar esta fotografía con aquella otra tomada por Nora Summers años antes. Y sobre la que escribiste —con una dedicatoria a Francisco Hernández— lo siguiente: «Es sólo viento o tizones avivándose lo que escucha ella cuando apoya su oído en el torso del muchacho. Tal vez la marea de siempre en su vaivén, el crujido de los mástiles, el silbido de la grieta en el lugar del corazón. Pero nada en verdad sabemos de lo que ella escucha, y sí lo que él mira desde su sitio junto al muro de ladrillos: Está mirando un fuego azul en la frente del hijo, a la virgen que en una colina da a luz ese fuego, a la sombra de esa virgen que se funde con el mar en la distancia. ¿Y cómo es que mira todo esto el muchacho despeinado, con los ojos ya enrojecidos por el alcohol de cada día? Lo sabemos al repasar la ropa de ella, mientras descansa su cabeza sobre el costado izquierdo de él y se queda escuchando: una pañoleta atada al cuello, un suéter gris con un desgarrón en el brazo».

I flew over America like a damp, ranting bird; boomed and fiddled while home was burning; carried with me all the time, my unfinished letters, my dying explanations and self-accusations, my lonely half of a looney maybe-play, in a heavy, hurtful bunch... I made money, and it went, and I returned with none. Aun en la prosa veloz de una carta, Dylan plantea dificultades casi insalvables para el traductor. De ahí que Isabel Fraire no lo incluyera en sus *Seis poetas de lengua inglesa* (1976), esa pequeña joya que contiene un sexteto de preciosos retratos verbales y que, lamentable e inexplicablemente, no ha vuelto a editarse. Lo cierto es que, salvo aislados empeños, no tenemos una buena traducción de sus poemas. (Dicho sea de paso: la *Poesía completa*, que circula en la edición de Visor, es lamentable. Me guardo el nombre de la traductora).

Dylan lee en voz alta sus poemas. Lleva un traje oscuro que se funde con el fondo oscuro del escenario. Luce una camisa blanca y una pajarita. Su cara iluminada por una luz cenital ilumina los papeles y libros en la mesa. Hizo cuatro viajes a los Estados Unidos, con un programa maratónico de lecturas. Le obsesionaba su obra *Under Milk Wood* y trabajó afanosamente con los actores —él mismo entre ellos. *Love the words, Love the words*, les decía, una y otra vez.

Nueva York. Noviembre 5 de 1953. De los 18 poemas a los 18 whiskies terminales, se cierra un ciclo de vida y escritura. «Todo un récord», dicen que fueron sus últimas palabras. Después cayó en una especie de coma del que no se repondría. Y en la fotografía su cruz de madera simple dice: «In memory of DYLAN THOMAS died nov 9 1953 R.I.P.» Años después, en el parque de su pueblo natal, se colocó una laja en la que están inscritos los últimos versos de «Fern Hill»: *Oh as I was Young and easy in the mercy*

of his means / Time held me green and dying / Though I sang in my chains like the sea. Cito la traducción de Marco Antonio Montes de Oca: *Oh cuando era despreocupado y joven / me brindó el tiempo las fuentes de su gracia / Y me sostuvo lleno de verdor y moribundo / Aunque entre cadenas yo cantaba como el mar.* La fotografía, como la piedra cortada, da testimonio ●

Nodos

El Renacimiento y el poder de la ignorancia

● NAIEF YEHYA

El Renacimiento *representó un peligroso alejamiento de un mundo teocéntrico hacia un blasfemo mundo homocéntrico. A partir de entonces la cultura comenzó a deslizarse hacia un nihilismo destructivo, un cinismo materialista y un ateísmo siniestro. Hoy la cultura occidental está obsesionada con la autogratificación, el hedonismo, el consumo y la ilusión enfebrecida y falsamente redentora de la libertad. El humanismo sin la guía e intimidación que provee la religión se convierte en un culto diabólico de la muerte y la destrucción.*

Esta visión apocalíptica de la cultura tiene la peculiaridad de que es compartida por fanáticos religiosos de diversas denominaciones, tanto los fundamentalistas musulmanes como los cristianos que desearían dar marcha atrás a los logros, descubrimientos y creaciones en las artes, las ciencias, la educación, la literatura y prácticamente en todo ámbito humano. De acuerdo con estos retrovisionarios, de no ser por el Renacimiento hoy viviríamos en un beatífico idilio religioso de paz y felicidad. La vital infección de curiosidad, libertad de pensamiento y transgresión que surge en el siglo XIV en lo que hoy es Italia, y que se extendió por toda Europa en el siglo XVI, sembrando el escepticismo en las rancias ideologías medievales y la desconfianza en las autoridades que se decían de linaje divino, equivale para ellos a una influencia satánica.

Antes de que el Renacimiento llegara a Portugal, el rey Manuel I decidió enviar en 1497 a Vasco da Gama en una misión de gran importancia: derrotar al Islam y reconquistar la Tierra Santa para establecerse como el rey de Jerusalén. La idea era un ambicioso disparate, pero Da Gama creía que podría contar con aliados poderosos: los cristianos perdidos en la India de los que hablaba el apóstol Santo Tomás, de acuerdo con el historiador Nigel Cliff en su nuevo libro *Holy War. How Vasco da Gama's Epic Voyages Turned the Tide in a Centuries-Old Clash of Civilizations.* Da Gama y sus marinos se aprovecharon de las obsesiones religiosas del rey, pero en realidad soñaban con riquezas insospechadas y placeres terrenales a los que únicamente podrían acceder si podían reclutar a los míticos indios cristianos para

destruir el control musulmán de las rutas comerciales en el océano Índico.

Aquellos exploradores desconocían la existencia de otras religiones, como el hinduismo, por lo que al escuchar Krishna no les quedaba duda de que se referían a Cristo. Esta ignorancia es muy relevante cuando se habla de choque de civilizaciones, ya que pone en evidencia que lo que estaba en juego desde entonces no era una lucha por ideas religiosas ni cosmogonías. Cristianos y musulmanes despreciaban y desconocían mutuamente sus ideologías. La lucha, entonces como ahora, era por bienes materiales, por especias, oro y rutas comerciales en el siglo XV, por petróleo, gas e intereses geoestratégicos en el XXI.

Trescientos sesenta y cinco años después de la aventura de Da Gama, otro magnate fanático religioso, el zar Nicolás I, también tuvo la idea desquiciada de lanzar una guerra religiosa en contra del Islam. Una serie de disputas religiosas en torno a Jerusalén y Belén llevaron al zar a declararle la guerra al Imperio Otomano, que entonces controlaba el Medio Oriente. Nicolás se imaginaba también a sí mismo como el liberador de Tierra Santa, una peligrosa ilusión que no le permitió ver que las fuerzas del Imperio Ruso eran muy inferiores a las de los otomanos y sus aliados franceses y británicos. Esta cruzada, que hoy conocemos como la guerra de Crimea de 1853, fue una terrible masacre en la que murieron más de un millón de seres humanos, además de que fue el antecedente de la Primera Guerra Mundial y vino a abrir el mundo islámico a las potencias europeas, las cuales más tarde se lo dividieron como botín, dibujaron fronteras coloniales, impusieron autoridades, idiomas y saquearon sus riquezas. Los conquistadores ignoraron deliberadamente la voluntad o etnicidad de los pueblos que vivían en la región, con lo que se sembró el profundo resentimiento de los árabes en contra de Occidente.

El problema para los fundamentalistas es el conocimiento, el conocimiento prohibido para ser exactos, no la intolerancia ni la ambición desmedida. Para ellos, los problemas del mundo siempre pueden resolverse prohibiendo, censurando y castigando, rara vez creando, escuchando o debatiendo ideas. Los fundamentalistas de todas denominaciones creen fervientemente en el choque de las civilizaciones que pregonaba Samuel Huntington. Ese conflicto es visto como el esperado Armagedón que validaría sus chifladuras. Sin embargo, ese cuento sólo se sostiene en la ignorancia, al despreciar la historia y los hechos. La *guerra contra el terror* de George Bush y Obama es el más reciente episodio de esta historia criminal de guerras santas y de la campaña fundamentalista en contra del Renacimiento ●

La tragedia puede convertirse en enseñanza. *Migrando*, el libro de Mariana Chiesa Mateos (Petra Ediciones, 2011), conjuga la tragedia y la belleza en sus páginas-imágenes por las que los ojos del lector viajan, sin necesidad de palabras, por el pasado, el presente y el futuro de los migrantes del mundo: aves-mujeres y aves-hombres que buscan rehacer los nidos de amor destruidos en las tierras de las que huyen.

NUEVE pósters

grandes vinos mexicanos

Más de 200 etiquetas nacionales podrán ser consultadas en esta nueva aplicación.

Busca en el Appstore "Grandes Vinos Mexicanos"

descárgala AHORA

Día Siete PARA iPad

SÓLO POR PLACER

LA PALABRA y el HOMBRE

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

·Luis Zapata · Hans-Otto Dill·
·Ramón Kuri Camacho·
·María Martínez Iglesias·
·Francisco Rodríguez·
·Miguel Ángel Flores·
·León Guillermo Gutiérrez ·
Dossier: Araiz Mesanza·
· Otoño 2011·